



FLAR. 0005

Roberto Andrade

# ¡SANGRE!

## ¿QUIEN LA DERRAMO?

(Historia de los últimos crímenes cometidos en la Nación  
del Ecuador)



<b>BIBLIOTECA NACIONAL QUITO - ECUADOR</b>	
<b>COLECCION GENERAL</b>	
Nº <u>440070</u>	AÑO <u>2009</u>
PRECIO _____	DONACION _____

Ficha # 440070  
QUITO

Imprenta antigua de "El Quiteño Libre".

1912.





General Julio Andrade



# I

## El General Andrade

Concedida licencia por el Gobierno del doctor Freile Zaldumbide, sustituto inmediato del General Eloy Alfaro, después del 11 de Agosto de 1911, el Excmo. señor General don Julio Andrade, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Bogotá y Caracas, donde había permanecido siete años, vino de esta última ciudad, y entró á Quito el 6 de Setiembre del año mencionado. No le recibió el Gobierno del señor Estrada, ya en el poder, ni siquiera como á persona por él conocida. Hizo su entrada sin ningún ruido; sólo le recibieron algunos individuos del Cuerpo Diplomático, su familia y algunos antiguos amigos. Nunca consideró en cosas frívolas; pero sí le llamó la atención la indiferencia, porque ella no es de Gobiernos ni pueblos educados.

Tratarán otros de los servicios anteriores del General Andrade, como estadista, militar y diplomático. Quizá en breve sean publicados documentos. Yo sólo refiero lo que me es forzoso referir, en investigación de los crímenes que acabamos de presenciar aterrados. Colombia y Venezuela están elogiando bondadosamente al Plenipotenciario ecuatoriano:

"Entre los diplomáticos que han visitado últimamente á Caracas se ha distinguido desde los primeros días de su llegada, por su tacto en las gestiones que su Gobierno le confía, por su franco afecto á nuestra tierra, por su inteligencia, cultura y exquisitos modales, el señor General Julio Andrade, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario del Ecuador en Caracas.

"Hoy, con motivo de embarcarse el distinguido diplomático, acompañado de su honorable familia, para su patria, donde permanecerá por algún tiempo, es de profunda complacencia para nosotros, publicar su retrato y hacer un breve recuento de sus méritos y servicios.

"El General Andrade es una de las personalidades de mayor porvenir político de nuestra hermana el Ecuador. Ha hecho una carrera pública brillante, distinguiéndose desde muy joven, ya en el Ejército, ya en honoríficos cargos civiles, ó en altos puestos diplomáticos.

"Profesa admiración á Bolívar y á los próceres que lo secundaron y realizaron la independencia; y como sinceramente que el esfuerzo contemporáneo, debe concretarse, en lo que se refiere á política internacional, á ejecutar el plan trazado por aquellos hombres de visual tan dilatada y de voluntad tan firme: es, pues, un colombiano sincero y lo creemos capaz de consagrar toda su vida y energías á trabajar por tan puro ideal. Nunca se ha puesto en tela de juicio su integridad que es proverbial, y su gran desinterés en todos los actos de su vida pública y privada.

"Acompañen al eminente diplomático nuestros fervientes votos por la felicidad de su viaje y por su ventura personal". (1)

El Presidente de Colombia acaba de decir: "En el General Julio Andrade pierde el Ecuador una esperanza de paz y de justicia, Colombia un aliado fraternal, y sus amigos un gran corazón, un caballero sin mancha". Se aprovecharon los Gobiernos ecuatorianos de, los servicios diplomáticos del General Andrade; pero ni siquiera dieron publicidad á sus trabajos en Colombia y Venezuela; y por esta razón, el Ecuador no los conoce todavía.

Hé aquí como se expresa el mismo acerca de su llegada á Quito:

"Mi llegada á la capital fue silenciosa; mi familia, una media docena de amigos; me esperaban en la estación. El Gobierno no creyó oportuno usar ni siquiera de la tradicional cortesía del coche de Palacio, y periódico hubo que, al anunciar mi llegada, lo hizo después de la de una compañía de cómicos... Visitas personales, numerosas, y algunas de ellas reveladoras de afecto sincero: telegramas, cartas de bienvenida, muchas de todas partes, y las más, con frases de bondadosa lisonja." (2)

No fue difícil comprender que la frialdad del recibimiento dependió exclusivamente de la influencia de un círculo, el de la Sociedad Liberal Democrática, ó sea, de los partidarios ardientes de Leonidas Plaza.

A pocos días de llegada á Quito, trasladóse á las florestas de Oeste, donde evocó á los lares de su infancia. Impresiónóle, al

(1) "El Universal".—Caracas 23 de Agosto de 1912.

(2) Carta del General Andrade á su hijo Rafael.—"La Paz" N.º 6.

partir, la conducta de las autoridades públicas. "En la tercera semana hice mi excursión á Mindo, dice también en la carta citada: salimos de aquí con un magnífico tren; toldas de campaña, cajas de provisiones, dos perros, un arsenal de carabinas y escopetas, etc. Aquello iba en una carreta, hasta Cotacollao; y allí supimos que la carreta había sido registrada, en las calles mismas de Quito, por agentes de la Seguridad. ¡Quedó edificado!" [1]

Era indecible la sed de campo ecuatoriano que le devoraba en los últimos días de Caracas. La cañra siempre tira al monte, dicen. "Mi programa es salir á Imbabura, ocho días después de llegado, decíame en carta de Caracas, fechada el 8 de Agosto de 1911; y toma tus medidas para acompañarme. Creo que Daniel y Carlos tampoco tendrán dificultad. Iremos á la Quinta, á Ibarra, y gastaremos quince días. Hay que prevenir á Virginia, que nos tenga buena chicha, y á Guillermo buenos caballos, para una excursión á Cambugán. Para entusiasmarto, te aviso desde ahora que la chicha resa conmigo, pues tú has de tener buen vino y exquisitos cigarros, y Daniel podrá habérselas con un jamón de lo selecto, que venga de las cocinas del Duque de York. Ya veréis qué fiesta. ¡Pensad un poco! ¡Cambugán! Ahí donde tú mataste tu primer venado, ahora... ¿cuántos años pongo?"

El General Andrade nació en el Puntal, hoy Bolívar, parroquia, entonces de la Provincia de Imbabura, hoy de la del Carchi, el 21 de Octubre de 1866. A su padre, don Rafael Andrade, le llamaba el vecindario el señorón; y no sólo lo era por su aspecto, mas también por su comportamiento. En Quito fue muy conocido y querido por las personas espectables. En lo físico y en lo moral era Julio quien más se parecía á su padre. De su madre, doña Alegría Rodríguez de Andrade, puede formarse idea por las condiciones mismas de su hijo. Ambos educaron á sus catorce hijos; en la infancia, por sí solos, pues ni escuela, propiamente dicha, había en la aldea. Entre estos hijos, siete mujeres y siete varones, Julio era el noveno. Era éste de elevada estatura, ceceoño, bien formado, elegante y fuerte, pues su musculatura era vigorosa, adecuada para las fatigas militares. Su cabeza era pequeña y noble, cubierta de cabellera ondeante y casi blanca. Frente hermosa, barba rubia, bigote retorcido á lo guerrero, ojos de mirada ingenua, acariciadora siempre, y sólo relampagueante cuando el alma se agitaba como el mar tempestuoso; voz clara, varonil, sonora; todo esto lo revestía de atractivos de belleza. Caminaba rápidamente: solía llevar el cuerpo como un lord, y sin asomos de la menor afectación. Sus padres fueron modelo de felicidad conyugal, sanos y robustos ellos mismos; y educaron á sus hijos vigorosos, aptos para desempeñarse en las batallas de la vida.

(1) Ib.



Los primeros rudimentos de instrucción los recibió el General Andrade en el Colegio de Ibarra, de donde pasó a la Universidad de Quito. Un catedrático le dio un certificado en que constaban estas palabras: "desgraciadamente no es católico". El alumno, leído el certificado, salió a prisa, para evitar que concurrese su padre al examen; la madre había visto ya el certificado, y comunicado las citadas palabras a su esposo. Cuando éste se vió con el joven: "vamos, le dijo riendo: quiero presenciar tu examen, para convencerme de la conducta de los señores profesores contigo: ten valor y nata más". El certificado produjo escándalo; pero salió el estudiante aprobado.

El mayor de sus hermanos salió a la política, cuando era todavía casi niño, y arrastró a este pantano a todos los demás. "Quizá habría sido mejor dejaras que sembráramos papas", me decía Julio cinco días antes de morir. Todos los hermanos, excepto uno, que murió muy niño, han luchado en diferentes contiendas civiles, y siempre en favor del liberalismo legítimo; pero sólo el General Andrade ha avanzado hasta ahora la distinción de General. A más de la ley de herencia, y del medio ambiente: en que nació y se crió, el de los gentiles campesinos, el de los valerosos patriotas del Carchi, formáronle la historia antigua, gran parte de las mejores lecturas modernas, y, sobre todo, las páginas relampagueantes de Montalvo. Era su instrucción vastísima; la lectura era uno de sus principales trabajos. Sin la meditación, la lectura hubiera sido inútil; y él lo sabía, y meditaba gran parte de su tiempo.

Muy temprano, a la edad de 21 años, casó con una joven hermosa y discreta, hija de colombiana y francés, un matrimonio también ejemplar. El padre, don Julio Thomas, murió temprano, y dejó muchos parientes en París. Arreglos testamentarios fueron la causa por la que el General Andrade se trasladó muy joven a Francia. Allí permaneció tres años, tiempo del que se sirvió para perfeccionarse en el aprendizaje de ser útil a los hombres. La familia era numerosa, como he dicho; y en el tiempo en que permaneció el ecuatoriano: entre ella, no trató con ningún hispano-americano, lo que le facilitó el aprendizaje del idioma francés, y la elegancia francesa en los modales. Un individuo de la familia era Diputado al Congreso; y él le dio la llave de una de las tribunas, para que concurrese, cuando quisiera, a ser expectador de las sesiones. Por asimilación aprendió la misma oratoria, en la que llegó a ser modelo con el tiempo, auxiliado por su inteligencia y la hoguera de su corazón generoso. Fue amigo de Renán y de varios otros hombres célebres, a cuyas conferencias asistía con la más grande exactitud.

Sus conexiones se dilataron en el Ecuador, a su regreso de Europa; y terció en las lides políticas, empeñadas por el partido

liberal, en resistencia á las acometidas de los Gobiernos de Camaño, Flores y Cordero. En los clubs y en los meetings en Quito, ejercía gran poder su oratoria: el pueblo lo buscaba y lo levantaba á tribunals. Una ocasión fue llevado al Panóptico, por destemplanza en sus discursos, y permaneció preso varios dias. En el lado interior de la puerta de hierro de una de las celdas, se lea: "Viva la patria liberal y Alfaro!—Octubre de 1888.—Julio Andrade". El nombre de Alfaro era entonces el grito de guerra del partido liberal ecuatoriano.

Su estreno en los combates fue en el 10 de Enero de 1883, cuando los Generales Sarasti, Landázuri y otros, con tropas venidas del Sur y el Norte, embistieron á la célebre Marieta de Veintemilla, en Quito, por derrocar la Dictadura del General Ignacio de Veintemilla. Se incorporó, por casualidad, en las tropas del Carchi, y peleó como soldado, en compañía de sus valerosos paisanos.

Los jóvenes liberales de Quito lo proclamaron su Jefe, en Marzo de 1895, para combatir al Gobierno que cubrió con el pabellón de la República, la compra de un buque de guerra, hecha por el Japon á Chile. Salió acultamente con ellos al Sur. Eran sesenta. Entonces hubo de empezar á resistirse á las tenebrosas asechanzas de la envidia, en las que, por fin, acaba de morir. En San Miguel de Latacunga combatió, y fue vencido. Está fue su única derrota. Los 60 soldados liberales eran todos bisoños, y casi todos estaban mal armados. Combatió en seguida en Guaranda, y triunfó. Fuese á Guayaquil, ya proclamada la revolución en el puerto, regresó con el General Alfaro y su ejército; y al mando de una División, combatió y triunfó en la batalla del Gatazo.

A continuación fue nombrado Subsecretario del Ministerio de Guerra, y él mismo ejerció el Ministerio, por falta de Ministro. Después partió de Secretario de la Legación en Méjico, desempeñada por el insigne juriconsulto doctor don Luis Felipe Borja. A su regreso, fue elegido Diputado á la Convención de 1896 y 1897, en la que sobresalió por su inteligencia, energía y dotes oratorias, y más aún, por su varonil independencia.

El Congreso, después de aclamarlo unánime y espontáneamente Coronel de la República, le nombró Ministro del Tribunal de Cuentas de Quito.

Con los jóvenes liberales de la capital, organizó un cuerpo de ejército, al terminár el año 1898, cuando los conservadores se levantaron en armas, al mando del General José María Sarasti, y ofreció al Gobierno sus servicios. Combatió y triunfó en Guano, donde fue herido. En seguida, en Enero de 1899, se dio la batalla del Chimborazo; y en ella el Coronel Andrade era Jefe

de una División, en el ejército liberal, mandado por los Generales Rafael Arellano y Francisco Hipólito Mincayo. Todavía el Coronel Andrade no sanaba de la herida. Él dirigió la batalla, según declaración de los mismos Generales, y obtuvo así mismo la victoria.

Acaecieron disturbios, si bien no con matanzas, en la elección de nuevo Presidente. Andrade se adhirió á la candidatura del General Manuel Antonio Franco; pero quien triunfó fue Leonidas Plaza, por úno como descarrío inexplicable del General Eloy Alfaro.

El Congreso de 1901 le dió el grado de General. Ya Andrade había alcanzado gran prestigio. Plaza, por acreditarse, le nombró Comandante General del Azuay, una de las provincias más bellas y pobladas, cuna de hombres de talento; pero donde poco se estudian las ciencias modernas, poco se observa el movimiento intelectual de los últimos dos siglos.

Proviene estas imperfecciones de que Cuenca es ciudad cerrada en los Andes, sin un solo ferrocarril, ni siquiera carretera.

Antes de partir, el General Andrade creyó de su deber dar á la publicidad las declaraciones que copiamos:

"Señor Director de "El Tiempo":

"He venido á tomar sus órdenes para Cuenca y á rogarle que se sirva publicar en su periódico éstas á modo de declaraciones, que creo convenientes formular.

"El día en que el General Franco publicó su último manifiesto, adhiriéndose al General Alfaro y reconociendo que la política de éste había tendido siempre á favorecer los intereses de la causa y las conveniencias del partido, ese día, fui para el hombre que había exhibido yo en esta ciudad, como Candidato de la agrupación radical opositorista y le dije que me considerase desde ese instante como políticamente desligado de él. Y si no di á la estampa una exposición que tenía escrita en este sentido, fue por un acto de deferencia personal para con él.

"Llevado de este mismo sentimiento y del cariño que el General Franco había sabido inspirarme, continué á su lado, procurando inclinarme el ánimo hacia la conciliación, puesto el caso de que el Congreso legalizase la elección de Candidato oficial. En este evento, pensaba yo, nosotros no podemos obrar sino por revolución ó por conciliación. La revolución la rechazo en lo absoluto, ni creo haya quien piense seriamente en ella: ¿hasta cuándo hemos de darles razón á quienes nos tienen en el concepto de pueblos primitivos, reacios al progreso, á la cultura contemporánea? Queda la conciliación, en el supuesto, apenas hay necesidad de decirlo; de que el General Plaza diese, prácticamente garantías de liberalismo y de honradez. Si esto no sucede, debemos optar por la oposición seria, levantada, que nos acredite en el concepto público.

"He entrado en estos detalles para manifestar á usted que desde Agosto me hallaba yo dispuesto á entrar en lo que usted se ha servido

llamar componendas; y eso, á virtud de principios de política muy fijos en mí, que no por razones de interés exclusivamente personal. De suerte que mi consulta al Directorio Radical nuestro, sobre la proposición con que me habia favorecido el Gobierno, de servir el empleo de Comandante General del Distrito en Cuenca, fue un acto espontáneo de disciplina, cuyas tendencias no fueron, no pudieron ser ni aún la de atraer la atención sobre mí, menos la de exhibirme como Caudillo.

"Y aquí viene lo principal, lo que más me interesa en esta declaración. No soy ni seré jamás Caudillo. Al igual de mis otros hermanos, he heredado de mi padre la ausencia absoluta de ambiciones personales desmedidas, y la honradez; los que conocieron á mi padre saben lo que él llamaba ser modesto y ser honrado. Modesto hasta la humildad; honrado hasta ser impecable. Como ciudadano, eso quiero ser yo, y me parece bastante; y como militar, no será mi espada, créalo usted, señor Director, la que provoqué disturbios en la República.

"General-caudillo; General, ¡Jefe de bandera política, no en la vida.

"Cuanto al Directorio Radical y á la determinación tomada por él, de no ponerle dificultades á un Gobierno que tan bien se anuncia, él dará sus explicaciones y rectificará los errores intencionados ó no en que, al respecto, ha incurrido su periódico.

"De usted atento S. S.

*Julio Andrade*."

"Quito, Noviembre 7 de 1901".

En Cuenca permaneció más de un año, y en aquel tiempo alcanzó la dicha de ganarse aprecio y respeto de un vecindario que, en su mayoría, era contrario á él en ideas sociales y políticas. Léase lo que dijo de Cuenca, al despedirse:

"CUENCA..... ¡Buena tierra! ¡Buena gente! Allí sonríe la luz en un beso primavera con la Naturaleza espléndida; los campos, en fiesta perpetua de inmarcesible ventura, se extienden en horizontes vastísimos que las lejanas cordilleras abrazan, regados por límpidas aguas y adornados por una pujante florescencia. El cielo azul, la atmósfera serena, el ambiente tibio, las perspectivas entusiasmadoras, todo hace de esta comarca afortunada un vergel digno de los sueños de un poeta.

"Y las gentes que la pueblan, sencillas y leales, nobles y valientes, hanse distinguido en el Ecuador por sus dotes, recomendables, desde los tiempos de la Colonia.

"Los hombres tienen algo del espíritu audaz y altivo de los antiguos castellanos que, envueltos en los pliegues de la amplia capa como en un manto romano, al viento las airoas plumas del sombrero, y la mano

en la empuñadura de la espada, solían pasear, graves y mesurados, como llevando en su continente el orgullo de toda una raza.

"Bondad, virtud, belleza, ingenio, piedad honda y sincera, los distintivos de las mujeres.

"Y la vida patriarcal y casera, las veadas íntimas en el hogar; aquel darse sin interés, aquel recibir con nobleza, aquella ausencia de bajos ideales; y la pertinacia en la convicción, y la voluntad en el sacrificio, y la bravura innata anudada á la sencillez de costumbres y á la falta de mezquinas ambiciones, hacen de aquella ciudad una excepción honrosa, y nos truen á la memoria la época de la leyenda heroica, cuando la lealtad no era un mito, ni la honrada virtud un nombre vano.

"Yo amo esa región privilegiada, donde pasé buenos días, en cumplimiento de un deber que no se me hizo penoso llevar á cabo; amo á su juventud inteligente, para la cual parece que la poesía es un don común que enseña las almas, y el entusiasmo artístico, el acicate de todas sus aspiraciones; y guardaré, mientras viva, grata memoria de su brillante sociedad, que abrió generosamente sus puertas al huésped desconocido.

"Cuado la ola del progreso, rompiendo montes y borrando demarcaciones provinciales, invade la región azuaya y borra prejuicios de educación é ideas que se engendran en el aislamiento, entonces Cuenca—así lo creo firmemente,—adquirirá grandeza tal, por la generosidad de su tierra y el carácter de sus habitantes, que será el emporio de las finanzas de la paz y el lugar de concurso para el trabajo de los ingenios ecuatorianos.

"¡Que ese día feliz esté cercano es mi vehemente deseo!

*Julio Andrade*". [1]

En los primeros meses de 1903, fué llamado al Ministerio de Instrucción Pública.

La envidia es una planta que nace donde otras plantas difunden aroma. El General Andrade inspiraba aprecio á mucha gente; pero al mismo tiempo engendraba envidia en los corazones mal formados. Yo presencié algunas veces el desasosiego de Leonidas Plaza, delante, sobre todo, de extranjeros, cuando el General Andrade ocupaba un sillón á su lado. Presentí que lo alejaría en breve; y así lo hizo, pues le mandó á Bogotá de enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario, puesto en que le dejaron los Gobiernos de don Lizardo García y el General Eloy Alfaro, sin proporcionarle los estímulos de que forzosamente han menester personas que, como Andrade, pueden ser útiles, pero que no han nacido acaudaladas. Solicitó varias veces se le cambiara la plenipotencia con las facilidades de trasladarse á Francia, y las

(2) "Patria".—Revista ilustrada de Guayaquil.

de perfeccionarse allí en la carrera militar, pues para ello tenía ofertas del Ministerio de la República francesa, y no le fue posible conseguir. El Gobierno de la Ilustre Francia, condecoró, quien sabe por qué medios, de las cualidades del General Andrade, condecoró con la medalla de Caballero de la Legión de Honor. Parece que influyeron en el Gobierno Francés, los caballeros de la Comisión Geodésica, que recorrió el Ecuador cuando el General Andrade se hallaba de Ministro de Estado.

Fuera de los negocios diplomáticos, en los cuales siempre obtuvo triunfos, dedicábase á estudios no menos importantes. Removía con frecuencia los archivos de la Biblioteca Nacional, donde dio con manuscritos de los que su patria podía aprovecharse. El mandó á la Municipalidad de Quito, obras inéditas del célebre Espejo, las que todavía no han sido dadas á la estampa. Al autor de estas páginas mandóle, para que le sirviera en la composición de sus obras históricas, copia del Expediente seguido en Quito, contra los patriotas de 1809, enviado á Bogotá por Rutz de Castilla al Virrey Amat y Bobón, Expediente perdido, según suposiciones. Adonde más asiduamente concurría, era á las conferencias militares con los Generales más acreditados de Colombia; invitábale á las revistas, á las paradas, aún á los festejos íntimos de la gran clase militar colombiana. Véase como se expresa uno de aquellos Generales, en carta publicada en un periódico de Quito:

"Al general Andrade lo consideramos aquí como nuestro, como á un viejo "camarada." El ha seguido muy de cerca, y punto por punto nuestra reorganización militar. En los seis años que aquí estubo representando dignamente á su patria, siempre fue invitado de modo especial á nuestras grandes maniobras y en ellas pudimos admirar al táctico de concepciones verdaderamente asombrosas. El General Andrade es todo un Jefe á la moderna, que hace honor no sólo á su patria sino también á la familia militar de la América latina. Está en todo el vigor de la vida: Vasta inteligencia, ilustración nada común y cerebro esencialmente ilustrado.

*Paul Emilio Escobar".* (1)

Su bondad debió de ser conocida por cuantos le trataron. Cuando volvía de la última campaña, con uno ó dos de los batallones que triunfaron, detúvose el tren en Machachi, y el General pasó á visitar á sus soldados: dio con tres ó cuatro enfermos; pálsolos, se convenció de la gravedad del mal, salió, buscó en la estación un asilo, volvió y mandó á los enfermos se quedaran. No les era posible ni ponerse en pie. El General fue tomándoles de

[1] "La Prensa".--Quito, 28 de Agosto de 1911.



uno en uno en brazos, descendiéndolos del vagon y colocándolos en el sitio ya previsto. En la noche del día de la victoria de Huigra, hallábase el General en su habitación, escribiendo partes telegráficas: rodeábale dos ó tres de sus compañeros íntimos, todos de su familia: todos habían arreglado sus camas y dormían, menos el más joven, quien contemplaba el trabajo del Jefe. Ya bien avanzada la noche, envió los telegramas á la oficina, no muy cercana, con el Oficial que se hallaba despierto, quien, cuando volvió, encontró que el General le había arreglado la cama de la mejor manera posible.

De su probidad, su hombría de bien, hay innumerables ejemplos:

Se hallaba de Ministro de Instrucción Pública: entró un norte-americano y le propuso le comprara plantas: díjole que si le compraba gran número, para alamedas y otras cosas de Gobierno, el mismo plantaría cuantas quisiera en la hacienda que le designara el Ministro, y sin que á él nada le costara.

Levantóse éste, tomó al extranjero de los hombros y sacóle de un recio empellón. "Aprenda usted á tratar con Ministros de Estado", le dijo.



## II

# Leonidas Plaza

No le de llamar General á Leonidas Plaza, á pesar de que contribuí con un discurso y con mi voto, en la Convención de 1897, para que obtubiera esta alta distinción. [1] Plaza no es ecuatoriano. Quien ha leído la "Campaña de 20 días", sabe los antecedentes de este ya conocido personaje [2] Se me olvidó, al escribir dicho libro, el incidente que voy á narrar en seguida:

Días después de la hazaña del Alajuela, hallábase, de paso, en Barbacoas, ciudad colombiana, donde fui visitado por el anciano Don Pastor Díaz del Castillo y otros respetables barbacoanos. Hablóse del heroísmo de los que en el Alajuela combatieron: "Los buenos ecuatorianos deben enorgullecerse de este hecho", dijo el caballero mencionado. También contribuimos á él los barbacoanos, pues uno de los soldados del General Alfaro fue Leonidas Plaza, nacido en Barbacoas, como pueden atestiguar los caballeros presentes". Plaza huyó del hogar; y esto sirve de testimonio de su conducta posterior. Plaza vino como Juan José Flores; como él, casó con una dama rica y de elevada posición social; como él aparenta valor, magnanimidad y ciencia de Gobierno. ¡Desgraciados los pueblos que se dejan llevar de apariencias, y no profundizan lo verdaderamente sustancial de las cosas! Bolívar toleró

---

[1] Véase la "Campaña de 20 días", pág. 11.

[2] Ib. pág. 3.



la intrusión de Flores en la autoridad de Quito; pero Alfaro dio él mismo á Plaza la Presidencia de la Nación ecuatoriana. La historia de Eloy Alfaro no se lavará jamás de este oprobio.

Lo que en el Ecuador hizo Plaza, antes de ascender á la magistratura del Estado, no merece quizás ni recuerdo; nombróle el General Alfaro Gobernador en Cuenca, en 1898; los conservadores comandados por el Coronel Vega, levantáronse en parajes comarcanos: asustado Plaza, ni siquiera consideró en que tenía tropas en Cuenca: fugóse una noche, vestido de mujer, y vino á dar á Guaranda, de donde pasó, siempre amedrentado, á Riobamba. Allí se encontró con el General Alfaro, quien le puso al mando de una tropa y fue con él al encuentro de conservadores, también en armas, bajo las órdenes de don Pedro Lizaraburu. Venciéronlos y tornaron á Riobamba, donde por mandato del General Alfaro, Plaza quedó de Jefe de operaciones. A poco se supo que el joven García Alcázar, hijo de García Moreno, y el Coronel Costales, andaban por la Provincia de León, con tropas revolucionarias: Plaza recibió orden de salir á combatir, y salió, con 600 hombres. En Ambato incorporó á su fuerza trescientos hombres que se hallaban allí de guarnición, y continuó. García Alcázar y Costales no habían tenido sino obra de 200 hombres, mal armados. Plaza llegó con sus 900; y agrupándolos siempre delante de él, porque en esto consiste su ciencia militar, dispersó á los enemigos en Santo Domingo y Guapante.

Juzgada tenemos la primera administración presidencial de este individuo: (3) hubo paz; pero ella no dependió sino de que los conservadores habían agotado sus fuerzas, combatiendo á Alfaro; y cuando Plaza, se encontraban ya muy débiles, inhábiles. La permanencia del General Alfaro en Guayaquil fue parte para que el partido conservador se comportara respetuoso. ¿Y no fue cierto que los liberales, por disciplina, y por seguir los consejos del General Alfaro, se unieron á Plaza? Se debió á esta disciplina, y también á estos consejos, el que el General Andrade haya sido uno de los Ministros de Estado de Plaza. Y fuera de la paz, ¿dónde está la bondad del período administrativo de este hombre? No se contrajo sino á crear partido, como él dice; y todo lo que creó, no fue sino una muchedumbre de perros de presa, que actualmente le están proporcionando banquetes de sangre. La ociosidad más grande predominó en todo el Ecuador. No hay en toda la extensión de la República obra alguna que recuerde á la posteridad el nombre de Plaza. Dio la casualidad de que algunos de sus Ministros fueron ciudadanos de provecho, y á ella se debió el que siguieran victoriosas las principales doctrinas liberales, como la libertad de imprenta; y otras fueron promulgadas sin obstáculo, como el matrimonio civil, por ejemplo.

[3] "Campana de 20 días".

Concluyó su período y desapareció su nombre entre toda la gente de valía: sólo quedó entre los logrerros, que habían hecho su Agosto con él, y que tenían la expectativa de continuar en su faena.

Fue enviado á Washinton, de Ministro Diplomático, por el Gobierno de don Lizardo García, en pago de haber sido Plaza quien elevó al señor García al poder, y porque merecía una Plenipotencia en Washington quien acababa de descender del sillón presidencial. De repente fue llamado á defender al Gobierno, á causa de una revolución acudillada por el General Alfaro. Llegó á Guayaquil cuando todavía estaba esta ciudad por el Gobierno de García. Llegaba con tres títulos, que, sin duda, le habieran dado prevalencia en Guayaquil: Ministro en Washington, ex-Presidente y General. La plaza de Guayaquil estaba guardada por 700 hombres, y era Comandante General el General Fidel García. Correspondíale á Plaza persuadir á García y demás autoridades, que debía aumentarse el pie de fuerza, y salir á combatir á Alfaro en la región interandina. Había hombres, armas, dinero. No lo hizo, y quizá es disculpable, porque en el mismo día de su arribo circuló la noticia de la victoria de Alfaro en el Chasqui. Al día siguiente llegó á saberse que el Presidente García se hallaba asilado en una Legación en Quito, y que el General Alfaro había entrado en triunfo á esta ciudad. ¿No deba de comprender Plaza que el General Alfaro era ya invencible, que casi toda la República se hallaba en su poder, que aún en la provincia del Guayas había guerrilleros que peleaban por Alfaro, como Valles Franco, Rujel, Martínez, y que en la misma ciudad vitoriaba á Alfaro el pueblo con delirio? ¿No debió convocar una Junta para que tratase de arreglos de paz? En vez de obras de honradez y pericia, lo que hizo fue no hacer nada, en orden á la seguridad de Guayaquil. Aconsejó al doctor Baquerizo Moreno asumiese el poder como Vicepresidente, y procediese á nombrar Ministros de Estado, sin prever que el tal Gobierno no duraría ni dos horas, dada la cobardía é ineptitud militar de Plaza. Realizósse este hecho. Apenas tuvo conocimiento de él el pueblo, amotinósse junto á la Gobernación, volvió á vitorear á Alfaro y pidió la disolución de aquel Poder Ejecutivo. Por elejar el tumulto, mandósse poner en libertad á los presos políticos, á petición también del pueblo. Este se hinchó, como las olas del mar en tormenta: acometió á la Intendencia, apoderósse de 300 fusiles y abundante cantidad de municiones, y empezó á inundar las calles, cual torrente. Detívose, redactó una acta, nombró Jefe Civil y Militar á don Emilio Arévalo, y acometió en seguida á los cuarteles. El General de Baquerizo se había desvanecido. ¿Qué era del General Plaza? ¿Es posible creer que había acudido á la oficina del tesoro, que había pedido el pago del viático que, como á Ministro Plenipotenciario se le debía por el viaje de Washington á Guayaquil, y que se entretenia en contar \$ 7.000, lo único que el tesorero pu-

do darle, mientras retumbaban cañonazos, que no hacían sino destrozar al pueblo desarmado? Plaza contaba dinero; no se preocupó de aquella acometida inútil y sangrienta, que él solo pudo evitar con una orden inmediata. Continuaba el cañotico..... Plaza guardó el dinero, encontró en las asidones al General Manuel Serrano y al Comandante Luis Quirola, herido, poco antes, en el combate de Bellavista; comprometióse para que le acompañaran á bordo de un vapor, que en aquel momento iba á partir á Panamá; huía por una parte el General, mientras en otra morían cuatrocientos diez y ocho individuos, entre ellos niños y mujeres.... En Santiago de Chile decían: "Ese hombre no puede volver á pisar tierra ecuatoriana". En el Ecuador hubo gente que le recibió más tarde como á prócer! Desde entonces permaneció emigrado, y no vino sino cuando supo que el General Alfaro había caído.

Plaza no venía á su Patria natural, sino adoptiva; pero debió haberla servido en otros pueblos, así como ella toleró fuese Presidente. ¿Qué es lo que hizo en aquella ausencia, digno de que le agradeciera el Ecuador? Seis años permaneció en los Estados Unidos y en Europa; y no hizo sino consagrarse al juego, como quien confía sólo en la fortuna, á fin de acumular en abundancia dinero, no en el esfuerzo propio, puesto por obra por quien anhela ser grande. Ahorraba dinero como avaro, para dilapidarlo en las mesas de juego. Es fama que su esposa, dama de educación fina, criada en la riqueza, en la opulencia, veíase obligada á ocuparse con tareas de sirvientes. Por no pagar salario á nodrizas, Plaza era la nodriza de sus hijos. No sabe ni el inglés ni el francés; dice que no aprendió el inglés, por la antipatía que le inspiraron los yaukees. No adquirió ni una sola amistad honrosa, temiendo facilidades, como persona que había gobernado á un pueblo, y á pesar de que se halló de Ministro Diplomático. No tiene un libro, no lee jamás. "Desde niño, me dijo cierta vez, mi ocupación ha sido devorar las obras de Montalvo". No me le reí en su cara, porque tal embusté produjo en mí otros sentimientos: el asombro, la indignación, el menosprecio. En el Ecuador acabau de morir centenares de hombres, por defender la candidatura de este hombre, y lo han elegido otra vez Presidente!

En Panamá se unió con el General Andrade, y ambos legaron á Guayaquil, donde Plaza fue recibido con aplausos. Quien no tiene méritos reales, busca siempre los fingidos, los que les dan las multitudes inconscientes. Desde puertos extranjeros, Plaza había acordado con sus amigos la preparación de recibimientos en Guayaquil y Quito, á fin de que hubiera numeroso concurso que aplaudiese. Plaza fue saludado como prócer, en el vapor en que el Gral. Andrade y él arribaron á la ría del Guayas, mientras el primero no lo fue sino por pocos amigos de peso, en el camarote donde se refugió con su familia. Plaza desembarcó con aplau-

Sos de gente que vitorea por monedas; y el General Andrade vino á tomar en silencio el ferrocarril que lo trasladó á la Capital. ¡En Guayaquil aclamado Plaza, único y principal culpado del sacrificio de cuatrocientos diez y ocho guayaquileños muertos en 1906, entre hombres, niños y mujeres!

En los siguientes términos habla el General Andrade de su viaje con Plaza:

"Sabes que el viaje de Panamá á Guayaquil lo hicimos, [el venía con su familia], en compañía del General Plaza: al vernos á bordo, naturalmente nos echamos los brazos al cuello y nos dijimos palabras amables; pero yo no pude engañarme: mi amigo hubiera preferido sabarme á un millar de leguas de distancia.... En los tres y medio días de navegación, me sondeaba, y por fin no llegamos á tocar ningún punto concreto.—En Puná subió á bordo una comisión de recepción, alguno de cuyos miembros; probablemente de propia iniciativa, hizo el ademán de prenderme al hombro un retrato de Plaza; me excusé cortesmente, y me entré á mi camarote, á ocuparme en arreglos de desembarque". [1]

El origen del partido de Plaza es el de cualquiera asociación, cuyos objetos son ilícitos, y cuya vida no depende sino de connivencias de quienes están en el deber de perseguirla. Cuando salió de la presidencia no dejó partido serio, sino tales ó cuales cómplices, que se oscurecieron pronto entre las turbas. La inercia en que permaneció en la ausencia contribuyó al eclipse de sus áulicos. En Quito habían fundado un periódico, que era como el arúspice del crimen: impostor, intrigante, calumniador, inverecundo, necio y torpe, redactado por menesterosos, con habilidad para escribir, ha mantenido en esperanzas á toda la gente inhonesta de estos pueblos. La caída del General Alfaro, quien alcanzó un desprestigio inmerecido, á causa de sus malos consejeros y de su gran cansancio intelectual, despertó en el corazón ecuatoriano la esperanza de reconciliación de la familia, de la formación de un Gobierno, á satisfacción de todo ciudadano. Los conservadores modernos no son los terroristas antiguos; é iba desapareciendo el deslinde entre liberales y conservadores históricos, pues en uno y otro bando hay personas de humanidad, de luces, de virtudes. Ya aparecían indicios de aurora. Todos esperaban unánimes la dicha; pero no todos se daban la menor cuenta del camino. En la República no asonaba un solo hombre de Estado capaz de dirigirla por dicho camino y sin obstáculo. El Jefe del Gobierno se hallaba inhábil, á causa de una muy grave enferme-

[1] Carta citada.

dad; y los estadistas extraños á él, se abstendian de concurrir, por hábito de negligencia acaso, y también porque no en todos hay denuevo. La prensa no era respetable: diarios hab'a, en especial el de los amigos de Plaza, que sólo trabajaban de intereses de circulo, de injuriar á los caídos, de entonar alabanzas á exaltados ó en camino de exaltarse, no de la solución de los más insignificantes problemas sociales. En estas circunstancias supose el viaje de Plaza á Quito, y hé aquí que aparece la Sociedad Liberal Democrática, nombre dado á la tal Sociedad, como al baquero de los infiernos se le dió el de Carón, ó sea, el Gracioso. Esa sociedad es un conciliábuló de hombres oscuros, gente que tiene sed de dineros, y que para apaciguarla, pone en ejercicio toda clase de recursos. A pesar de desacreditada, esta Sociedad es la que vino á desvanecer las esperanzas nacionales. Ella trabajaba en pos de veta en la mina, mientras los otros partidos confiaban, como mal homéanos, en su suerte: Está, en su mayoría, compuesta de galopines inexpertos, de aventureros políticos, y de víctimas infelices del engaño. Hay individuos en ella que participan de los trabajos, sin conocer el punto á donde van. Los fundadores, destituidos de delicadeza y dignidad políticas, hábiles intrigantes para pueblos incipientes, empezaron por estigmatizar el caudillaje, por ofender al General Alfaro, ya caído; pero inmediatamente han proclamado, sin el menor rubor, el caudillaje de Leonidas Plaza. Clamaban contra el militarismo, sostenido por un General, y aplauden el militarismo, sustentado por un malhechor. Estos no son cómicos: son payasos disfrazados de hombres de Estado y de políticos. Esta es la gente que ha traído al Ecuador á la situación en que se encuentra. ¡Sustitución de un hombre de trabajo, que construyó un gran ferrocarril, por uno que ha construido hogueras, donde se ha incinerado hasta el nombre de la patria!

Freile Zaldumbide fue el primero que se dejó embaucar por este grupo de bribones; impusieronle hasta el nombramiento de ciertos Ministros de Estado. Un militar de los más innobles, de vida de lo más indigna, sin valor, sin instrucción, sin práctica, fue elevado á Ministro de Guerra, sólo porque era uno de los secuaces de Plaza. Después obtuvo el grado de General, en premio de nada grande ni pequeño; y Estrada, tan débil como Freile Zaldumbide, le conservó en el mismo Ministerio, á instancias de los consabidos intrigantes. Causó sorpresa que se ofendiese Estrada, porque algunos de sus amigos del Guayas, á quienes había ofrecido Ministerios, anhelaban que Leonidas Plaza fuese elevado al Ministerio de Guerra.

Personas honradas y buenas cayeron también en este triste engaño, impelidas por la aspiración á lo mejor, ó sea, por el optimismo político. Retrocedieron al var. el precipicio, ó están retrocediendo en estos mismos momentos.

Plaza entró á Quito con más ruido de aquel con que había entrado á Guayaquil. Aplaudía e el pueblo de Quito, sin saber por qué ni á quien aplaudida. Si el Presidente de la República falta, es sustituido por el Presidente del Senado, y si éste también falta, por el de Diputados: habían oido los partidarios de Plaza que el Presidente del Senado, entonces en ejercicio del Poder Ejecutivo, iba á alejarse á Europa; y por tal razón proyectaron que su apóstol concurriera á la Cámara de Diputados, que sustituyese, mediante intrigas, al Presidente de ésta, á fin de que llegara á ser de la República. No se sabe por qué, fracasó, el proyecto; pero Plaza se había apoderado ya de Estrada, quien le nombró Ministro de Hacienda, y le encargó la cartera de Relaciones Exteriores. Con infulas de ex-Presidente, de Ministro en Washington, de experto, de versado, de General, predominó en el Gabinete y resintió á los Ministros que tenían sangre en el ojo. Pidió al Congreso una considerable suma de dinero, en pago de sueldos atrasados; y el Congreso tuvo la indignidad de concederle. Aprovechándose de la enfermedad, de la consiguiente inutilidad de Estrada, y de que los otros Ministros eran hombres sin circulos políticos, por lo que no podían oponer seria resistencia, colocó en los empleos públicos á cuantos partidarios pudo, en expectativa de la lucha eleccionaria. Parece que le obligó Estrada á la renuncia del Ministerio de Hacienda; pero él escogió una oportunidad que no dejó de acarrearle prestigio: Estrada objetó un decreto del Congreso, en contra de la Sociedad Nacional Comercial de Guayaquil, y Plaza se proponía, cautelosamente por supuesto, que esta Sociedad desapareciese, con intenciones provechosas, y no honrosas.

---



### III

## Antecedentes

Plaza había caído del Ministerio; pero su inverocondia le mantenía al lado del Gobierno. Vino el General Andrade de Minda, y todas las miradas se volvieron hacia él. Propúsole el Gobierno el nombramiento de Ministro de Guerra, á lo que contestó sinceramente: "Ministro de Guerra, está bien; pero será con nuevo Gabinete". No se resolvió Estrada á alejar á los Ministros de quienes estaba rodeado, probablemente á influjo de las súplicas de Plaza. "A los pocos días, dice el mismo General Andrade, en la carta á su hijo; se me llama al Ministerio de Relaciones Exteriores, y se insiste en que acepte la triple Legación en Chile, Argentina y Brasil, que ya se me había ofrecido: persisto en mi negativa, y la fundo esta vez en razones como ésta, dicha á la cara del señor Canciller: "No tengo fe en la eficacia de la acción diplomática, desarrollada por los Gobiernos débiles de Naciones pequeñas: tonifiquen el suyo tornando vigoroso, popular, metódico, y entonces veremos". El Canciller, hombre nuevo en política, y que, por lo mismo, no sabe de más sino que voy todos los días al Ministerio de Hacienda, á reclamar mis viáticos, lleva al Gabinete impresiones desfavorables acerca de mi persona, impresiones que algún Subsecretario de Ministerio se encarga de echar á la calle, y de telegrafiar á periódicos; con el aditamento de que estoy encendiéndome con los conservadores. ¡Claro! ¡Había que buscar una explicación á esta mi resistencia de aceptar triple plenipotencia, con sueldo de treinta ó cuarenta mil sures anuales, un pobrete como yo!—A todo esto, Córdoba y no sé qué otros placistas más,



venían instándome para que me afiliase en la Sociedad liberal democrática, que ellos habían fundado; me niego rotundamente. —Llega el Dr. Tobar, y se encarga del Ministerio de Relaciones Exteriores; y se intenta el postrer esfuerzo: con una bondad, con una tenacidad afectuosa, que no olvidaré en mi vida, insiste en la triple Plenipotencia, y por fin, en la de Washington; me encierro en mi negativa, y hago valer las mismas perentorias razones. —Y entonces, el mismo día, (coincidencia en la cual nada tuvo que ver, lo juraría, el digno y honorable Dr. Tobar), empiezan las veladas, se insinúan las calumnias, se teje la trama, en la cual he de quedar tendido de pies y manos, y perdidos el honor y el porvenir políticos para siempre. Se me envía sargentos uniformados, oficiales de baja, se comentan las visitas de bienvenida que me hicieron algunos condiscípulos míos, conservadores, ahora tres meses, se habla de un convenio concreto mío con el Sr. Ajzobispo, quien tuvo la bondad de expresarse en términos favorables, bondadosos, respecto de mí, hace diez y ocho meses; se me espía hasta en mi propia casa, y, por fin, cuando gracias á mi desdén, la bola ha corrido y ha engrosado con el lodo de las púles, se lleva la cuestión al Gabinete y se examina la conveniencia de meterme al Paucóptico: ...en junta de dos ó tres cutuchapas de menor cuantía. No me han metido, ni me meterán por esta vez, hijo mío; pero la guerra es á muerte, por lo que veo; y las pasiones políticas tienen aquí una acritud, una tenacidad y violencia tan salvajes, que no sé hasta dónde quieran ir. Estoy tranquilo, sin embargo, y nunca me he sentido con tanto aplomo. Tú no pierdas, por tu parte, la confianza ni la serenidad: estudia, trabaja, prepárate, cual si en un momento dado, hubieses de reemplazarme, sin más hereucia que mi nombre limpio”.

Plaza se había comprometido con el Dr. Tobar en Europa, á conseguir del Sr. Estrada el nombramiento de Ministro de Relaciones Exteriores; consiguiólo y llamó inmediatamente á su amigo, quien hubo de permanecer en el engaño, hasta que Plaza no pudo ya ocultarse.

El espionaje no provenía sino de la suspicacia del crimen, del cuidado que tiene el perverso de no ser sorprendido en sus maldades. Hay conmovedor presentimiento en el pasaje que acabo de copiar. “Plaza es un aventurero muy audaz, y entré nosotros se atreve á todo, estimulado por su pasada Presidencia y su matrimonio con una señora expectable, —me decía el General Andrade, apenas volvió de Venezuela: —pero en breve ha de tropezar con un obstáculo, y ha de caer ahí descalabrado”. ¡El obstáculo había de ser los cadáveres de los Generales Alfaro, de otros ciudadanos y de la misma persona que así hablaba!

Se agravó la enfermedad de Estrada, y partió, con esperanza de salud, á Guayaquil, donde falleció el 21 de Diciembre del año próximo pasado.

Inmediatamente Plaza se propuso ocupar la Presidencia: en la noche de la muerte de Estrada acudió, en compañía del Ministro de Guerra, á los cuarteles, peroró á los batallones, en la madrugada despertó al Encargado del Poder Ejecutivo, y llevóle á la oficina del telégrafo, á conferenciar con Guayaquil; y en seguida el diario de ese círculo presentó su candidatura, con elogios de medidas. Los escritores de aquel diario se apoderaron de telégrafos, correos y teléfonos, comprometieron á colaboradores en todas las Provincias, y á porrillo daban á la estampa adhesiones. Plaza no podía ser candidato: se lo impedía la Constitución política. Plaza había sido Presidente constitucional hasta Agosto de 1905; la Constitución dada por la Convención nacional de 1896 y 1897, dice: "Art. 89.—El Presidente y Vicepresidente de la República lo son por cuatro años. No podrán ser reelegidos sino después de dos periodos..."; y la Constitución que ahora rige, la decretada por la Asamblea nacional de 1906 y 1907, dice: "Art. 76.—El Presidente de la República durará cuatro años en sus funciones, y no podrá ser reelegido sino después de dos periodos constitucionales". Hé ahí, pues, que Plaza no ha podido en 1911, ni lo podrá hasta 1914, ser elegido para gobernar esta República. En nuestra juventud hay una lepra: ésta consiste en la adulación á cualquier advenedizo, que se presenta con habilidad para el engaño. La de Plaza fue la candidatura única. Abogados son los principales áulicos de Plaza: conocieron, sin duda, el obstáculo; pero arrastraron á turbas tras turbas de escritorzueltos, de logreros, de vagos. Fue ostensible el apoyo del Gobierno á una candidatura que desde el principio apareció impopular. Nadie podrá asegurar que pasaron de 500 los que firmaron por ella en toda la República. Plaza, con todo eso, se convenció de que iba á subir en brazos del pueblo: "En mi primer periodo presidencial, solía decir, no tenía á quién agradecer, porque no tenía aún partido: yo lo torpé; y como ahora son mis partidarias hasta las piedras, me veré en la dificultad de premiar á todo el mundo". Los abogados amigos de Plaza, tomaron el nombre del General Julio Andrade, y escribieron á amigos de las otras provincias, que también el General Andrade era partidario de Plaza, por lo que obtuvieron adhesiones de importancia. Plaza no es hombre serio: se ha acostumbrado á mofarse del Ecuador, como los saltabancos se mofan de la plebe.

Veintitino de sus adladores pretendieron proclamarlo Jefe Supremo, aconsejados por el Dr. Gonzalo Córdoba, á quien el General Andrade trajo de Cuenca, con la esperanza de que sería hombre de provecho: Plaza lo conoció, y lo afilió en su bando. Los veintitino comisionaron á dos de ellos para que, por el telé

fono, fueran á ponerse de acuerdo con el General Montero, Jefe de Zona en Guayaquil. Al oír el nombre de Plaza, el General Montero respondió: "¡No, no, no!", y concluyó la conferencia. Plaza, sin embargo, ente raro, necio, inveracundo, sin la menor estimación por sí mismo, trasmintió á Montero telegramas de enhorabuenas, por la actitud que manifestó, después de la muerte de Estrada. (1)

La siguiente es la contestación burlesca de Montero:

"Guayaquil, Diciembre 25.

Señor General Leonidas Plaza Gutiérrez:

"Me abruman los términos de su atento telegrama, pues, mientras yo creo que pálidamente cumplo con mi deber, merezco su aplauso, el cual venido de Ud. á quien reconozco sus indiscutibles méritos y relevantes prendas, me estimulan para que continúe por el camino que me he trazado, el cual no es otro, que el proclamado ya por Ud: "Paz y Constitución".

"Reciba los cumplidos agradecimientos de su correligionario y amigo.

*Pedro J. Montero*".

Plaza telegrafaba también al Secretario de Montero: él cree que en el Ecuador se pueda quebrantar peñas con telegramas zalameros:

"Quito, Diciembre 24.

"Señor Coronel Joaquín Pérez.

"Por acá se aplaude mucho la actitud del Ejército que hace la guarnición en esa plaza, con el General Montero á la cabeza, y cuyo digno Secretario y colaborador es Ud.

"Yo también quiero felicitar á Ud., como lo hice con su valiente Jefe.

"Su afmo. amigo.

*L. Plaza G.*"

(1) No hemos dado con el telegrama de Plaza, y si sólo con la respuesta de Montero.

## IV

### **Sublevación de Esmeraldas, Manabí, Guayas y Los Ríos**

El 23 de Diciembre, con la noticia del fallecimiento del Sr. Estrada y la presentación de la candidatura de Plaza, se proclamó la revolución en Esmeraldas; y en Acta popular fue nombrado Jefe Supremo de la República el General Flavio Alfaro. En seguida acaeció igual suceso en algunos cantones de Manabí. La Provincia del Guayas se levantó el 28. Probablemente el General Montero se tenía por guardián del Partido Liberal, caso de que corriera peligro. Montero no había consentido en que un solo hombre de su ejército fuera cambiado por Estrada, ó por el Encargado, después de él, del Poder Ejecutivo. Era aquel ejército la principal fuerza en toda la República; y aunque a Montero le irritaba la candidatura de Plaza, continuaron en Guayaquil los partidarios de este sujeto con escandalosos aspavientos. No había otra candidatura, y la de Plaza aparecía sostenida por el Gobierno. El ejército del Guayas se irguió al fin, y proclamó Jefe Supremo al General Montero. Ni en las Actas, ni en las proclamas, ni en los artículos de diarios, ni en las Notas oficiales aparece programa claro, definido. Recién acaecido el cambio de Gobierno en Quito, predominaba el contento, de lo cual provino el susto por la reaparición del anterior. El nombre de Alfaro

llegó á inspirar espanto á unos; y los más no estaban persuadidos de que la revolución no fuese en nombre del Ex-Presidente. Estos fueron los motivos para que no fuera bien recibida la conspiración en las poblaciones serraniegas. ¡Oh si hubiera podido propagarse que la verdadera causa fue la candidatura de un aventurero, de un ente de las condiciones de Plaza, cómo se hubiera evitado el derramamiento de tanta sangre ecuatoriana! (1)

La Provincia de Los Ríos se levantó también, después de un ligero combate. En seguida hubo alzamiento en la de El Oro.

---

(1) El mismo General Montero afirma, en carta del 20 de Enero, escrita en Guayaquil, y dirigida á Plaza, en contestación á una de éste, en que desde Yaguachi le intima renuncia: "Las afirmaciones de Ud. me ponen en el caso de expresarle que la imposición de la candidatura de Ud. para Presidente de la República, por parte del Gobierno de Quito, con violación del sufragio popular, consagrado como garantía en la Constitución del Estado, ha sido la causa determinante del movimiento político del 28 de Diciembre, que el pueblo y el ejército me obligaron á aceptar".—"La Constitución".—Quito, Enero 30 de 1912.

## V

# Empieza la campaña

Acaecidos los levantamientos antedichos, el Gobierno de Freile Zaldumbide, en comprobación de que apoyaba la candidatura de Plaza, nombró á este individuo General en Jefe del ejército, y comenzó á desplegar actividad, indignado por la conducta de Montero. Freile Zaldumbide conocía la ineptitud de Plaza, sabía que no había mandado jamás una batalla, y que de General no tenía sino el título; y con todo eso, se apresuró á expedir el nombramiento. Hasta entonces, Plaza gobernaba é imponía á Freile Zaldumbide. Para Plaza fue terrible golpe el cargo, á pesar de que él mismo lo solicitó, sin duda, pues á él le correspondía la defensa de su candidatura; pero sabía al mismo tiempo, que no era apto, sino para la intriga, la zalamería y el crimen en tinieblas.

Causóle temblores la idea de que se defecionaría el ejército, como sucedió en 1906, cuando la contienda entre el General Eloy Alfaro y don Lizardo García, y se tuvo ya por vencida, desdeñado, silbado por el pueblo. Entonces puso la mirada en el General Julio Andrade, en quien hasta aquel día no consideraba probablemente el Gobierno, como apto para dirigir un ejército. Plaza y su círculo habían echado á volar el rumor de que el General Andrade acaudillaba á los conservadores, y de que con este partido podía derribar al Gobierno, apenas Plaza saliera de Quito. El mismo Plaza confesó más tarde su culpa. El General Andrade se había presentado antes en el Gabinete á desvanecer esta ca-

lumnia ante el Presidente y los Ministros, quienes se convencieron tal vez, de que lo era.

Estimaba á los conservadores sanos y honorables, como su cede en cualquiera Nación donde hay cultura; y los conservadores le estimaban también, como lo comprobó la aprobación de dicho partido, cuando la Sociedad Patriótica le nombró individuo de su seno. Roberto Andrade es amigo de conservadores, á los cuales ve como hombres de virtudes, y los cuales han justificado su conducta.

Se arrepintió de la mentira Plaza, en breve, y pidió al Gobierno llamara al General Andrade, para que fuese su compañero en la campaña. Era para Plaza el único recurso, pues le quitaba el sueño la idea de exponer la vida en los combates, y conocía la caballerosidad del General Andrade, quien le salvaría en todos los casos peligrosos. El Presidente le llamó, en efecto. A las proposiciones de Freile Zaldumbide contestó con la promesa de presentarle condiciones, que le obligarian á acceder, si por el Gobierno eran aceptadas. Fue á su casa, donde manifestó sus vacilaciones á los suyos.—“Hay dos peligros, dijo: la dictadura militar de Montoro, y la dictadura militar de Plaza; y de ellos el uno es menos grave, porque intervendrán los liberales de peso. La posibilidad de arreglos pacíficos es lo único que puede zanjar este embarazo. Yo he jurado no desenvainar ni espada para guerras intestinas”.

Consagróse á redactar las condiciones.

“No sabemos por qué motivo, dijo “La Prensa”, diario que había presentado la candidatura de Plaza, ello es que el General Julio Andrade permanecía tranquilo en esos primeros días, en que la ansiedad general era grande, en que todos se inquietaban, etc.” (1) Comprendía el General Andrade que sólo se trataba de derramar sangre por la candidatura de Plaza, de uno que no era ecuatoriano, y que era indigao; y él no quería prestar su apoyo sino al mérito.

Pronto llegó Plaza á su casa, á secundar, con ruegos, la petición de Freile Zaldumbide. La actitud, el gesto, los modales revelaban más humillación que las palabras:

“—No soy apto para dirigir campañas, le dijo: yo no nací para estas cosas. No puedo renunciar, porque me silbaría todo el mundo. Sin Ud. yo no soy nada; con Ud. me siento vigoroso. Sáqueme Ud. de este conflicto, de este abismo”

(1) “La Prensa”.—Enero 25 de 1912.

Plaza no se detiene en medios, con tal de conseguir su objeto, como sucede con todo hombre sin escrúpulos, ó en otros términos, de alma echada á las espaldas.

Négóse el General Andrade.

Plaza volvió á porfiar, á rogar, presentándose como el más abyecto de los hombres.

Négóse el General Andrade.

Plaza llegó á ofrecer que el General Andrade mandaría en Jefe, que él no sería sino un subalterno, que en todo se sometería á la voluntad de él.

Entonces llegó á comprender el General Andrade que era posible llevar á efecto las condiciones que iba á proponer al Gobierno, y dijo á Plaza

—“Si en presencia del Gabinete repite Ud. lo que acaba aquí de decir, acepto.

Siendo posible la paz, no le era dable, sin atenta, abstenerse de ofrecer su espada á la Nación.

Ya en el Gabinete, el General Andrade presentó al Presidente y á los Ministros las condiciones que van en seguida, que fueron aceptadas por ellos:

“Señor doctor don Carlos Freile Z, Presidente de la República.—Mi Presidente: En nuestra conversación de ayer, cuyo resultado fue que yo aceptara el puesto militar que se me hizo el honor de ofrecermo, pusimos todos de acuerdo en los siguientes puntos: a] El señor General Montero se ha hecho responsable de rebelión: El Gobierno constitucional cumple con su deber, preparándose á reducir militarmente al rebelde; pero admite que, por consideraciones de un orden más amplio,—la paz, la confraternidad política, la defensa nacional, etc.—pueda y aún deba buscarse otro término á la situación creada por aquel acto de rebeldía, que no sea el triunfo de las armas; b] En consecuencia, el Gobierno autoriza á Comando de operaciones, ó sea al General Plaza y á mí, á negociar un arreglo de paz, sobre la base del reconocimiento, por parte del General Montero, de la constitucionalidad del Gobierno representado por usted.—Este reconocimiento podría revestir una forma implícita, entendiéndose que una resistencia invencible del General Montero á convenir en ella, no rompería de suyo la negociación, sino que daría lugar simplemente á que el Gobierno considerara la proposición del General Montero; c] Las bases concretas del arreglo serán fijadas de común acuerdo entre el Gobierno y el Comando de Operaciones, y si alguna de ellas dice relación á determinada persona, ó á los intereses políticos que ella encarna, ha de darse la preferencia,



en todo caso, al restablecimiento de la paz, á la confraternidad política y á la defensa nacional, que son intereses más vastos y permanentes; d] Yo insinué que la discrepancia insubsanable de criterio acerca de un punto capital de la negociación, justificaría la solicitud de baja que quisiera hacer el Jefe disconforme. Declaré también que la ingerencia que iba á tener en estos negocios, era absolutamente desinteresada; que no mediaba compromiso ninguno entre el señor General Plaza y yo, y que ella obedecía á mi natural deseo de ser útil á mi patria y á mi partido, de corresponder á la benevolencia con que me trataba el Gobierno y á la cariñosa amistad que de tiempo atrás entuvo con el General Plaza. Con el mayor respeto soy de usted, mi Presidente, su servidor.—Firmado.—*Julio Andrade*.—Casa de usted y Enero 2 de 1912'.

Cuando en la lectura llegaron á la condición c], Plaza dijo que si se trataba de su candidatura, él la pospondría con gusto, por dar preferencia á los intereses nacionales, en tan conflictuosas circunstancias.

Entonces fue nombrado el General Andrade Jefe de Estado Mayor General del ejército.

Nuestra opinión era entonces y es ahora: no debió el General Andrade haber aceptado ese nombramiento, sino exigido, con toda su caballeresca franqueza, con toda su cortesanía diplomática, se le no obrase á él General en Jefe del ejército. El doctor Freile Zaldumbide podía convencer á Plaza, pues ya estaba éste casi convencido por el miedo, y sin gran dificultad hubiera renunciado. El partido de Plaza no era temible. El General Andrade poseía la fuerza de carácter, y sin duda habría vencido con la promesa de salvar la República, ó la amenaza de quedarse en su casa. ¡No lo quiso así el destino! La modestia del General Andrade era igual á su valentía y nobleza. Tal error fue el primer acto de la tragedia del 25 de Enero y del 5 de Marzo.

El periódico de Plaza dijo que era digno de admiración su héroe, pues *se había conquistado al General Andrade*. (1) Fue conquistado por el deber, como se ha visto, no por Plaza.

El General Andrade partió con Plaza, y ambos se detuvieron en Riobamba, donde se había detenido la vanguardia del ejército. La demora duraba ya algunos días, sin causa. Plaza demoraba por *hacer política*, por intrigar con el Gobierno, por conseguir que se efectuaran las elecciones de Presidente y de legisladores, ante todo! ¡De estos hombres vienen á la política en la venturosa Nación ecuatoriana! El General Andrade le pide á cada instante

[1] "La Prensa". Ib.

la continuación de la marcha; y por fin le pidió consentimiento para marchar él á la vanguardia. Plaza manifestó recelo. El General Andrade comprendió la causa, y le dijo:

“—Carezco de Ayudantes en mi Estado Mayor: déme usted alguno ó algunos de los que acompañan á Ud., al Coronel Rafael Palacios, por ejemplo”.

Plaza recobró la confianza sorprendido, pues Palacios era *su* alte: ego, consintió en la marcha y designó á Palacios para que acompañara al General Andrade.

Había quedado en Quito el Coronel Carlos Andrade, nombrado ya Jefe de la Tercera División; pero se retardaba su marcha sin motivo conocido. Merced á instancias, partió; pero fue detenido por Plaza en Riobamba. Es natural suponer que Plaza deseaba el triunfo; mas ¿por qué quería privar al General Andrade de tan importante apoyo como la presencia de su hermano? En rehenes quiso detener indudablemente al Coronel. Todo ésto revela la suspicacia del malo, no la desconfianza caballeresca del político.

---



## VI

# Los revolucionarios

Condición era del General Eloy Alfaro levantarse con más vigor, luego que sufría una caída; y hasta conseguir reparación, no arrimaba el arma de combate. No es dudoso que no vió una caída definitiva en el 11 de Agosto; pero tuvo la debilidad, impropia de su temperamento esforzado, de comprometerse á *permanecer alejado de la política interna del país, durante todo el tiempo de su ausencia en Panamá, la cual tendría que ser, por lo menos, de un año.* No fue el compromiso con el Cuerpo diplomático, según lo creyeron periodistas, sino con el Gobierno de Freile Zaldumbide. El Cuerpo diplomático no hizo sino intervenir en la consecución de salvoconducto del Gobierno. Fue humanitario y noble el proceder de los Ministros diplomáticos: el Excmo. Sr. Eastman Cox, Plenipotenciario de Chile, acudió en medio de las balas, y salvó al anciano Presidente, ofreciéndole y dándole asilo en su casa; el Excmo. Sr. Barros Moreira, Plenipotenciario del Brasil, partió hasta Latacunga, á contener al ejército que venía en salvación del Presidente, ejército que, si bien hubiera obtenido victoria, hubiera causado la muerte del anciano, como resultado del furor de los enemigos de él en Quito: el Excmo. Sr. Uribe, Ministro de Colombia, acompañó al General Alfaro y su familia á Guayaquil. El General Montero, Jefe de la zona militar de Guayaquil, telegrafió al General Ulpiano Páez, Jefe de la zona militar de Riobamba, acudiese en salvación del Presidente á Quito; pero luego le aconsejó retrocediera, en pre-

visión de que el anciano moriría, caso de que se trabase combate. El General Páez fue quien, con su ejército, regresó de Latacunga, después de la conferencia con el Sr. Ministro del Brasil.

En el Milagro encontró el General Alfaro al General Montero, su amigo, su subalterno, su hechura; y es muy probable que le insinuara entonces la idea de ser el sostén del partido liberal en peligro. No corría en aquellos días ninguno, porque componían el Gobierno los mismos compañeros del Ex-Presidente. Las advertencias á Montero fueron para el caso de que sobreviniese aquel riesgo, como la candidatura de Plaza, por ejemplo.

Entre los Generales Eloy y Flavio Alfaro no había buena armonía, por desgracia; el segundo, joven combatiente en la proeza del Alajuela, había permanecido emigrado en Centro-América, en compañía de Leonidas Plaza, á quien conocía y trataba íntimamente. Que Plaza se hubiera levantado á la Presidencia, causó á Flavio Alfaro osombro; y desde luego se le despertó la comezón de llegar también él á aquella altura. Plaza tenía exterioridades, tal ó cual versación, por el hábito de vivir de palacio en la América central, donde Presidentes, estadistas, Generales le trataban con la punta del pie, le menospreciaban como á servil aventurero. ¡Plaza ha venido á vengarse aquí de las ofensas recibidas en otros pueblos, de otros hombres! Este es instinto de vívoras. Flavio Alfaro no estaba preparado para subir al poder; pero no era su proceder de aventurero, sino honrado, serio, circunspecto. Al anciano Alfaro le asustaba la idea de que se iguiera en la Presidencia su sobrino, porque nadie mejor que él conocía que aún no era tiempo. Consideraba también en otra razón, la de que, si le sucediera un sobrino, todos atribuirían al propósito de encubrir supuestos latrocinios. No es de conjeturar que abrigaba venganzas por ofensas anteriores, como lo afirma un escritor. (1) ¿Cuántos no le lastimaron, y cuándo abrigó rencor el noble anciano? ¿Quién no se acuerda del Dr. César Borja, enemigo furibundo, escritor que procuraba clavar su pluma en el corazón de su adversario, y que más tarde vino á ser Ministro, confidente y dependiente íntimo y humildísimo de Alfaro; consejero que le enseñó á tirar sin escrúpulo las dilapidaciones de los empleados y amigos, y aún otros linajes de delitos? ¿Quién no se acuerda de aquella carta infamatoria, escrita por el Dr. Peralta en la prisión de Cuenca, y de la privanza de este personaje en tiempos posteriores? ¿Quién sabe si no se hubiera arrepentido más tarde, como se arrepintió hasta el quebranto, por haber levantado á Plaza y á Estrada al poder! No quiso llamar al General Andrade de la plenipotencia de Bogotá y

(1) "Apuntes para la historia". ["El Ecuatoriano" de Guayaquil].

Caracas, ni siquiera para que cooperara un día en su Gobierno. Siempre desconfió de los Andrades. La causa se la llevó á la tumba. El General Eloy Alfaro se equivocó varias veces en el juicio acerca de los hombres, y ésto le ocasionó dificultades, y fue uno de los motivos de su innmerecido desprestigio, y también de su tremenda caída.

Seguro es que el anciano Alfaro ya no ambicionaba el poder; sólo deseaba que prevaleciera el orden de las cosas; desordenadas con la elección y muerte de Estrada. Era un peligro la candidatura de Plaza, y otro, aunque menos grave, la exaltación de su sobrino Flavio. Recibió un despacho en que de Guayaquil le anunciaban la proclamación de Montero; y como éste le llamara, se embarcó y arribó á dicho puerto el 4 de Enero.

El buque de guerra "Cotopaxi" había partido el 30 de Diciembre, de Guayaquil á Esmeraldas, con el objeto de conducir al General Flavio Alfaro, llegado á este último puerto el día anterior: se trasladó, en efecto, á la cabeza de 500 soldados. A su llegada á Guayaquil, ya encontró allí á su tío, y se apresuró á conferenciar privadamente con Montero. Uno de los resultados de esta conferencia fue el siguiente, que consta en carta de Alfaro el joven á Montero, escrita en Guayaquil el 20 de Enero. (1) "El punto principal de la conferencia, la cláusula resultante de tal convenio, fue el pacto en cuya virtud se estipuló que el señor General Eloy Alfaro no tendría ingerencia directa ni indirecta en nuestros asuntos políticos". "Jamás se ha tratado entre nosotros de excluir á ningún ecuatoriano de nuestros asuntos políticos", le contesta Montero; mas no cabe duda de que es cierta la afirmación del joven Alfaro. He ahí cómo la autoridad del anciano Alfaro iba desvaneciéndose cual humo. Flavio abdicó su Jefatura Suprema, en cambio del nombramiento de General en Jefe. Eran sus amigos casi todos los jefes del ejército. El General Eloy Alfaro, ya en consideración á su edad; ya á dar pública manifestación de que cumplía con la promesa hecha, meses antes, al Gobierno, con intervención del Cuerpo diplomático; ya en desempeño de su papel de padre del Partido Liberal, cuyo Jefe había sido en cerca de 50 años; limitóse á asumir el carácter de Pacificador en la discordia, entre dos ramificaciones de dicho Partido, puesto que en ambas tenía amigos, discípulos, hechuras. El 5 de Enero dió un manifiesto á la Nación, apeliándose Pacificador. El Manifiesto es patriótico, discreto, obra de un liberal versado en la política. Por alejar la idea de que pretendiese él el poder, habla de que, para la Magistratura del Estado, no debe tratarse sino de un candidato civil. Por desgracia, el Manifiesto fue acompañado de dos cartas, una al Dr. Freile Zaldumbide, otra

(1) "La Constitución".—Enero 30.

al General Montero, en que propone una Comisión para que arregle las condiciones de paz, Comisión que debe constar de nueve individuos, tres por el Gobierno de Quito, tres por el de Guayaquil, tres por el de Esmeraldas. Para él, esta proposición era cuerda, porque él sabía no podía contar con los tres Diputados nombrados por el joven Alfaro; para los gobernantes de Quito fue absurda, porque ellos no sabían el alejamiento de los dos Alfaros entre ellos. Disgustó dicha proposición al Gobierno de Quito; pero él no tuvo la cortesía de modificarla; ni siquiera trajo á la memoria el compromiso con el General Andrade, relativo á reconciliación. ¡Tratábase de la vida de hombres, de hostilidades entre liberales; pero el Gobierno no hizo sino ordenar se expulsara á balazos á la vanguardia enemiga acantonada en Huigra! Contribuyó á esta resolución una carta del auciano Alfaro al Coronel Torres, de la que se apoderó el ejército de Alausí; el General Alfaro aconsejaba á Torres eligiera buenas posiciones, evitara sorpresas, etc. Era pacificador; pero no por eso debía dejar de precaver la ruina del ejército que más simpatizaba con él. No lo creyó así el Gobierno de Quito. Creyó necesario el derramamiento de sangre; y así fue. El desgraciado Freile Zaldumbide era dirigido por todos los satélites de Plaza. [¿] Incidente tan insignificante como la mencionada carta del General Alfaro, hubo de ser la única causa para rechazar la reconciliación entre liberales y hermanos?

---

## VII

# Batalla de Huigra

Antes de la llegada del General Eloy Alfaro á Guayaquil, había partido para Huigra una división constante de cosa de 2.000 soldados, mandada por el Coronel Belisario Torres, Senador de la República, liberal y persona de buen criterio. Casi todos los Jefes de los Cuerpos eran partidarios del General Flavio Alfaro. En Huigra recibió el Coronel Torres carta del anciano Alfaro, en que le recomendaba viese como entrar á todo trance en combinaciones pacíficas, designando para la Presidencia á tres candidatos civiles. El Coronel Torres envió al General Andrade un parlamentario, que llevaba una carta en sumo grado amistosa. Andrade la contestó en los mismos términos; pero esta respuesta no agradó á ciertos individuos del Gabinete de Quito quienes participan de la mala fe de Plaza y aparentaban recelar traición en Andrade. ¿Pensaban que entre beligerantes no era posible cortesía? Lo que se proponía el General Andrade era sobre todo, llegar á la paz, sin derramar sangre, principal objeto de su participación en la guerra, como lo demostró en las condiciones presentadas al Gobierno. El Sr. Lamota, parlamentario, llevaba el encargo de decir al General Andrade mandase á su ejército le proclamara Jefe Supremo, pues le apoyaría el ejército de Huigra y todo el del General Montero. No quiso el General Andrade, porque la deslealtad no está en su sangre. No habrían tenido el mismo escrúpulo Generales aventureros, educados con tiranuelos de la América central. Se limitó el General Andrade á enviar al General Montero el recado que consta en la frase siguiente: "Dile [al parlamentario] que consideraba imposible todo arreglo,



si el General Montoro no reconocía su yerro, y le insinúa que se pudiese en manos de una Junta de personas verdaderamente notables, para el arreglo de sus cuestiones políticas" (1).

Antes de salir el General Andrade de Riobamba, llegó el Coronel Tomás Reinoso con cosa de 500 soldados, casi todos de los valientes de la Provincia del Carchi.

El campo de Huigra es recientemente sacado á la civilización por los ciudadanos norteamericanos, constructores del ferrocarril de Quito á Guayaquil. Yendo de Quito, se toca en Alausi población situada al comenzar el descenso occidental de la rama occidental de los Andes. El ferrocarril desciende por la izquierda de Alausi hasta la Nariz del Diablo, pico muy elevado y abrupto, por cuya escarpa baja la vía en forma de ese, hasta la hoya del riachuelo Chanchán, conjunción de dos arroyuelos que aparecen por uno y otro lado de la Nariz del Diablo mencionada. De este punto á Huigra hay 17 kilómetros. El ferrocarril va por la orilla del susodicho riachuelo; y á uno y otro lado se levantan escarpas elevadísimas, que encajonan, por decir así, la vía férrea y el arroyo, y en cuyas cimas y declives se hallan los parajes que mencionaremos al describir la batalla. Hay en el ferrocarril dos estaciones, que llevan los nombres de los dos territorios laterales, esto es, de Chunchi y Sibambe.

Huigra es población muy reciente, limpia y risueña, como construída por norteamericanos; y se halla á pocos pasos de la línea férrea, en el punto de transición entre la temperatura ardiente y la fría.

En la noche en que llegó el ejército á Alausi, (6 de Enero), el General Andrade pasó en un vagón, en compañía de su cuñado Mr. Roberto Simmons y de su Estado Mayor, á la Nariz del Diablo, con el objeto de observar las posiciones enemigas. Encontróse con un puente destruído, y con una avanzada enviada de Alausi, la que se regresaba á prisa, porque suponía había avistado al enemigo. El General Andrade mandóle volver á su puesto, y que no se moviera, si no disparaban sobre ella.

El territorio de Chunchi es el que se levanta sobre la serie de lomas del lado occidental del Chanchán; y el de Sibambe, el opuesto. A Chunchi se dirigió primero el General Andrade, en compañía de don Modesto Corral, Jefe Político y vecino acaudalado de aquellas comarcas, á adquirir conocimiento por sí mismo de las posiciones escogidas por el ejército enemigo. Volvió y envió en la noche al Comandante Moisés Oliva ocupase, con el batallón *Juan Montalvo*, una loma comarcana al caserío de Chunchi. Su-

(1) Final de un telegrama del General Andrade al Gobierno, y que se verá adelante

po que el batallón repugnaba obedecer, con la idea de que el General no era inteligente ni valiente; y al momento montó á caballo, adelantóse al batallón, sin ser visto, ascendió á la posición designada, y desde ella saludó á las tropas que avanzaban, agitando su casco al rededor de la cabeza. Los soldados prorrumpieron en vítores. En las proximidades situó, con sus respectivos batallones, á los Coroneles Fiallo, Sierra y Jaramillo, con la consigna de esperar órdenes precisas. Pasó al territorio de Sibambo. Después de haber estudiado el campo, mandó al Mayor Enrique Páez y al Capitán Novoa, con artillería, á Pepinales. El Coronel Reinoso se hallaba acampado en éste sitio, y allí recibió la orden de enviar avanzadas hasta Cachipay, lugar situado abajo en el declive. Supo que avanzadas enemigas se hallaban en Yalancay, y fue á este lugar á ahuyentarlas, y á continuar, en seguida, sus estudios. Yalancay estaba adelanté, en el descenso. Avanzaron hasta Cachipay el General, su sobrino el Mayor Rafael Moucayo y todo el Estado Mayor. Desde un sitio se descubrieron avanzadas enemigas en Tilanje, lugar inferior en la gran loma. Regresó por la tarde á Cachipay, se encerró en un aposento por una hora, y trazó el plan de batalla en el silencio. Al Coronel Reinoso le ordenó trasladara á Yalancay el *Carchi* y el *Guardia Republicana*. La brigada de artillería Bolívar la situó en una altura, entre Pepinales y Chinancay. *Fue sabiamente colocada*, dice un escritor extranjero. (1) En seguida envió al ala izquierda órdenes terminantes, claras y precisas, como puede verse en el documento siguiente, que fue trasmitido por telégrafo:

"10 de Enero de 1912 — Señores Coroneles Fiallo, Sierra y Jaramillo.—Chunchi:

"Estoy en Cachipamba, y pernoctaré en Yalancay, con enemigo en Tilanje. Si soy atacado en la noche, me retiraré sobre Pepinales

"Mañana, al romper el día, [5 a. m.], destacarán ustedes el "Juan Montalvo" por el camino de Capsital, hasta la hacienda de este nombre, para amagar al enemigo que se encuentra en Pinancay y Namza, con orden de avanzar rápidamente hasta la estación de Chunchi, sólo en el caso de oír disparos de este lado: si no los oye, permanecerá quieto.

"El "Pichincha" avanzará á la misma hora directamente á estación de Chunchi, de donde destacará un oficial á mi campamento de Yalancay, á tres cuartos de hora escasos, á anunciarme su presencia:

(1) Don Juan Anzola Martínez.—"Notas de viaje".—"El Telégrafo".—Guayaquil, Marzo 27 de 1912.

"El *Marañón*" permanecerá sobre las armas, listo á proteger al "*Montalvo*", si éste se ve comprometido, para lo cual tomará posiciones en la línea Chunchi-Capsital.

"El "*Constitución*" maniobrará con idéntico objeto, sobre la línea Chunchi-Estación Chunchi.

"Mi objetivo es Tilanga, y eventualmente Huigra. [1]

"El de ustedes, voltear la posición de Namza, envolviéndola por el camino de harradura que va de la estación de Chunchi á Huigra. Ustedes me sostienen para realizar dicho objetivo; y, una vez obtenido, les sostengo yo, para lograr el suyo. Es probable que viendo envueltas sus posiciones el enemigo de Pinancay y Namza, se repliegue sobre Chunchi: atajarlo; ahí lo batiremos. No hay tiempo de enviarles artillería; pero no es tampoco indispensable para nuestro plan.

"La Artillería obrará de este lado.

"Dentro de este plan de batalla, la iniciativa de ustedes, con la que cuento, la modificará en los detalles.

"El Gobierno de Quito me urje por una victoria, para asegurar la paz: démosla, mis queridos compañeros.

"Avisen recibo del presente.

"Ya saben que en Alausí tenemos reserva.

*"General Andrade"*.

Compréndese, por este parte, que el General se había reservado la dirección del ala derecha, esto es, del territorio de Sibambe.

Necesario es notar aquí otra prueba de la innoble conducta de Plaza: quiso dar á entender que él participaba en la victoria de Huigra; y el 11 de Enero en la mañana, envió al Gobierno el parte telegráfico siguiente:

"Riobamba.—Señores Presidente y Ministros.—Avisan de Alausí que solamente se oyen los disparos de nuestros cañones. He ordenado que el batallón "*Juan Montalvo*" ocupe las posiciones que tenía el "*Marañón*", que seguramente ha marchado á forzar á Reinoso".

Esto es prueba evidente de que los Coroneles del ala izquierda transmitieron á Plaza la orden del General Andrade, y de que fue Plaza quien les ordenó desobedeceran, cosa que veremos adelante.

[1] Eventualmente está tomado en la acepción inglesa: EVENTUALLY, finalmente.

El 9 envió á Quito el General Andrade el plan de batalla siguiente:

"Alauá, Enero 9 de 1912.—Señor Presidente de la República y Ministro de Guerra:

"Se ha continuado movimiento de avance sobre flanco izquierdo enemigo. Batallón "Guardia Republicana" ocupó Sibambe á las 4 y media p. m.; "Carchi" avanzó á Pepinales á las 8 p. m., donde acampará por exigencias Coronel Reinoso, que ha juzgado bajo su responsabilidad, indispensable ocupar esa posición. Mayor Páez y Capitán Novoa reconocieron posiciones de la Artillería hasta Pepinales, á donde destacaré mañana la batería íntegra de la "Bolívar", apenas tenga aviso de la salida de la otra de Guanoite.

"Se tendrá presente la orden de la Comandancia en Jefe relativa al Escuadrón "Llaneros de Páez".

"El batallón "Marañón" continúa acampado en Susnia, sección "Chunchi", pues no pueden seguir allá, por la falta de víveres.

"Todos los reconocimientos que llevamos hechos sobre las posiciones de Namza, ocupadas por el enemigo, coinciden en apreciarlas como "inexpugnables" por sí mismas. El enemigo las fortifica, sin embargo, y emplaza en ellas cañones, según los datos que me han llegado últimamente.

"El doctor Isidoro García, procedente de Guayaquil, venido por Huigra, dice que las tropas del enemigo pueden estimarse en mil cuatrocientos hombres, número igual al que se me fijaba de otras partes; en lo demás, sus datos coinciden con los que les comuniqué ayer.

"En Cañar conjuraron el movimiento revolucionario, y el Comandante Arquímedes Landáezuri persigue á los revoltosos.

"La mayor dificultad que tengo que vencer es la de bagajes, y encarezco tome medidas prontas para subsanarla. Aquí no se puede sacar una bestia: de Quito pueden auxiliarme con las necesarias.

"El emisario Lamota regresó á las 5 p. m. llevando mi respuesta á Torres. Lo traté é hice tratar cual requería la decencia y nada más. Díjelo que consideraba imposible todo arreglo, si el General Montero no reconocía su error, y le insinuó que se pusiese en manos de una Junta de personas verdaderamente notables para el arreglo de sus cuestiones políticas.

"Buenas Noches.

"Julio Andrade, Jefe de Estado Mayor General".

La batalla estaba dispuesta desde el 9; pero Plaza pidió se le esperara. Era reñida la lucha entre la envidia al General Andrade y el miedo, comprometida en el alma de Plaza. La aspiración á cumplir el deber, no ha existido ni existe en este hombre.

Es notorio que en Riobamba se hallaba consagrado á juegos de suerte, como póker y dados, en los cuales, según es fama, perdió \$ 60.000, los que con la Presidencia se propone reembolsar. El hecho había sido causa de ciertos desórdenes gástricos, que le sirvieron de pretexto para no acudir pronto al campamento. Lo que hacía era dirigir al General Andrade, telegramas como los que van en seguida:

"Riobamba, Enero 6.—General Andrade.—Han llegado como cien tropeñas: temo que, si se les facilita traslado Norte, venga como consecuencia, desertión de los maridos. ESPERO ME DE SU OPINION.—L. Plaza G."

"Riobamba, Enero 7.—General Andrade.—Me complace toda noticia que se sirva comunicarme, respecto del movimiento de nuestras tropas.—Deseo pase Ud. una buena noche.—Suyo.—L. Plaza G."

"Riobamba, Enero 8.—General Andrade.—Aquí estoy comprando víveres.—Convenría dar carne fresca á la fuerza.—L. Plaza G."

De Quito ordenaba el Gobierno al General Andrade empeñara inmediatamente la batalla, y esta orden era repetida con urgencia. (1)

Concluidos los trabajos en la noche del 10, acostóse á dormir el General en Yalancay, hacienda de don Fernando Pareja, desconocido para el General Andrade y alejado de él por presuntas ideas en política. Tratáronse en aquella tarde, y llegaron á estimarse como si hubieran sido amigos de la infancia. El Sr. Pareja le presentó á un hijo suyo para que le acompañara de Ayudante de Campo.

Antes de amanecer el 11, estuvo en pie. Montó á caballo, visitó á todo su ejército del ala derecha, y con el Coronel Reinoso, el Estado Mayor y los valientes del *Carchi* y del *Guardia Republicana*, descendió á la vanguardia, á vista del enemigo, situado abajo, en la orilla opuesta de una ancha barranca. Luego

---

(1) Necesario es saber que no hemos tenido facilidad de conseguir todos los partes telegráficos. Es evidente que el Encargado del poder y sus Ministros quisieron á Plaza fino, en qué le intimaban avanzara hasta Huigra, so pena de destitución. Navarro, Ministro de Guerra, decía: "De Quito tuvimos que sacar á empujones al cobarde de Plaza: de Riobamba hay que sacarlo á puntapiés". "He resuelto yo ir á reemplazar al cobarde Plaza", dijo también á una persona muy seria.

su desplegaron las tropas en batalla. En seguida, mandó tocar dianas en toda la línea. Lo mismo hizo en la batalla de Sanan-cajas, ó sea, el Chimborazo, en obediencia á su modo de ser caballeresco. El General Andrade era gallardo, de elevada estatura, de fisonomía noble y atractiva. Empezó la batalla á las 7 y 40 a. m. "El Sr. General Jefe de Estado Mayor General, con su conocido valor, en la primera línea de fuego, infunda, con su airosa presencia militar, la mayor confianza en el éxito", dice en su Parte Oficial, un Jefe de Estado Mayor Divisionario. El combate duraba ya una hora, y no se divisaba á la división del ala izquierda, esto es, de las alturas de Chunchi. ¿No habían cumplido los Coroneles con las órdenes enviadas la víspera! Considerad la exaltación nerviosa del Jefe, ante tanta indisciplina, en Jefes que mangonean de veteranos. Al cabo de una hora llegó un telegrama enviado de Sibambe, á donde lo habían enviado, los Coroneles desde Chunchi, para que por la posta fuera remitido al campamento. "General Andrade, léase: Un Consejo de Oficiales Generales, considerando que las órdenes de Ud. requieren 30 horas para ser cumplidas, he acordado que manifestemos ésto á Ud.—Coroneles Fiallo, Serra y Jaramillo" —Inmediatamente fue la respuesta: "Há más de una hora empezó el combate, decía el General Andrade. Lo he empeñado por orden expresa del Gobierno. Si no ejecutan ustedes á continuación lo prescrito, serán juzgados en conformidad con las leyes militares".

Al recibir esta comunicación, aquellos batallones avanzaron, y empeñaron también el combate. Menester es saber que todos esos Coroneles eran de la confianza íntima de Plaza. La orden de desobediencia provino de este hombre. El telegrafista de Alausi comunicó más tarde al General Andrade, que en los momentos consabidos, Plaza hablaba por el telégrafo con los Coroneles de Chunchi.

Los Coroneles Fiallo y Serra descendieron á la línea del ferrocarril, y atacaron por ella, aproximándose á Huigra. El Coronel Jaramillo y el Comandante Oliva, iban descendiendo por Guavaleón, el paraje más occidental de toda la línea de batalla.

Con el concurso de los batallones de Oeste, se generalizó el estruendo desde las 11 y 30 a. m; y de una y otra parte se sostuvo la batalla con diabólica insistencia. "Los revolucionarios opusieron fuerte resistencia, puesto que ocupaban posiciones casi inexpugnables", dice el autor que acabo de citar. "El combate se efectuó con una precisión matemática", agrega el mismo. Por algunas horas vivieron los combatientes mano á mano con la muerte, y muchos fueron cayendo en brazos de ella. Impaciente el General Andrade, púsose á la cabeza del batallón *Guardia Republicana* y del *Escuadrón Escolta*, dirigiéoles fogosas frases,

y dio tan formidable carga al enemigo, que lo arrolló hasta abajo de Tuluje. (1)

¡En el *Guardia Republicana* hallábanse los individuos que, por dinero, habían de asesinar á su General en la Intendencia de Quito!

De las dos alas y del centro converjieron, cual relámpagos, á Huigra. El primero que llegó á la población fue el Mayor Ortiz, le siguió el Comandante Oliva, quienes con cuarenta soldados, tomaron obra de 300 prisioneros de guerra. Jefes, Oficiales y soldados, consultados por el General, opinaron que se diera libertad á la mitad de los rendidos.

Ascendían éstos á centenares; y eran otros tantos informes verbales y escritos, dados á los enemigos que no se habían hallado en la batalla. Esta benignidad no es nueva: había ejercido el General Eloy Alfaro en todas sus victorias. El General Andrade la puso por obra, especialmente por apresurar los arreglos de paz. ¡No la aprobó el Gobierno de Quito!

Entrados los vencedores á Huigra, el General abrazó á los Jefes á quienes halló prisioneros, y sentóse con algunos de ellos á la mesa. El Coronel Sierra reprobó este acto, y el General tuvo que imponerse con imperiosas palabras. Todos sus soldados que vieron esta acción, la imitaron, pues dividieron su rancho con los soldados prisioneros. No todos éstos tenían alimento: fue advertido el General Andrade de que un grupo yacía olvidado, y ordenó se le suministraran provisiones. Supo que prisioneros yacían en la prisión atarrados: fue á ella y les mandó soltar. Vencidos y vencedores victoriaron largo tiempo al General.

Murieron en Huigra, de parte del ejército del General Andrade, muchos jóvenes oficiales: Naveda, Viteri, Jaramillo, y muchísimos soldados.

Súpose en Quito el triunfo el mismo día; y en la tarde lo publicó el periódico de Plaza. Véase en seguida en qué términos:

## “COMBATE EN HUIGRA

### “TRIUNFO COMPLETO DE LAS FUERZAS CONSTITUCIONALES

“Esta mañana, en Huigra, á las ocho y cuarto, se rompieron los fuegos entre las fuerzas constitucionales y las de los traidores. El batallón Carchi, á órdenes del Comandante Piedra, apoyado por la *Guardia Republicana* (la Policía), mandada por el Mayor Alfredo García, y

(1) Palabras de una correspondencia de “El Comercio”.—Quito, Enero 12.

tres baterías de la Artillería Bolívar, fueron los cuerpos que después de batirse con denuedo, obtuvieron un triunfo completo, sobre los felones adversarios.

“El Coronel Reinoso, Jefe de la primera división, fue el primero que ocupó Huigra.

“El batallón “Marañón”, que iba de reserva, ha pasado á ocupar Bucoy.

“También han tomado parte en esta gloriosa jornada el batallón “Pichincha”, cuyo Jefe es el Comandante Alberto Darguea, el batallón de reservas número 83, á órdenes del Comandante Carlos Salvador y los “Llaneros de Páez”, comandados por el Mayor Martínez.

“Se cree que el mismo infame de Montero ha estado á la cabeza de los traidores, y que su Teniente Belisario Torres ha caído prisionero.

“A la una y media principió la derrota, y á las dos cesaron los fuegos.

“La mortandad de los enemigos ha sido horrorosa, á causa de los magníficos disparos de la aguerrida Artillería “Bolívar”, que estaba mandada por los pundonorosos Comandantes Luis Alberto Ducñas y Mayor Enrique Páez.

“En los nuestros ha habido poquísimas bajas, y apenas se sabe que el Comandante Luis Fiallo salió levemente herido.

“El número de prisioneros es erocidísimo.” (1)

Diarios hubo que, si no negaron la participación del General Andrade en la batalla, le insultaron, mutilaron y falsificaron sus telegramas, le convirtieron en instrumento de Plaza, su grande hombre. El triunfo, según “La Prensa”, *era debido tanto al Gobierno como al General Plaza y á sus valerosos subalternos, como Julio Andrade, como Reinoso, Sierra y Oliva.* [2]

Habiendo sabido Andrade en el campamento estas injusticias, envió el siguiente parte telegráfico.

“Huigra, 13 de Enero de 1912.—Señor Presidente y Ministro de Guerra:

“Sé que el Comandante General en Jefe salió hoy á las 6 p. m. al Sur. Vía férrea expedita hasta el Milagro, á donde podrá avanzar sin contratiempo. Parece que el General Flavio Alfaro se halla en Ya-

[1] “La Prensa”, 11 de Enero de 1912.

[2] Ib.—Enero 14.



guachi con sólo dos batallones. Durante el día háuse movilizado de nuestra parte seis batallones de las tres armas: mañana continuarás movilización. La victoria del 11 fue completa: fuerzas enemigas de un total de dos mil ciento setenta y cinco hombres, completamente dispersada; prisioneros ascendieron á más de quinientos, de los cuales se dió la libertad en el primer momento de fraternal entusiasmo y á iniciativa espontánea de Jefes, Oficiales y soldados, á cosa de doscientos; unos ciento se han incorporado voluntariamente en la "Escolta de Honor" de nuestras tropas. Trataré de llevarlos mañana á Riobamba, según órdenes del Ministerio. [1] Se tomó una batería de cañones, única de que disponía el enemigo; mil quinientos y tantos fusiles; todo el parque, almacén de provisiones, sesenta y cinco toneladas de carbón, toda la ambulancia y servicios auxiliares. Pérdidas de una y otra parte calculase en seiscientos entre muertos y heridos. Comandantes Divisionarios y de Brigada no presentan todavía sus partes, por la urgencia de las operaciones que continúan.

"Desearía que estos datos se publicaran, no por mí, que nada busco y me horrorizo más bien de estas contencidas, sino para estímulo del Ejército constitucional y precaver de la mala impresión, que no dejaría de sentir, si se apercibe que se le defrauda sus legítimas glorias. Por lo demás, puedo asegurar que presencé la batalla de mi propia iniciativa, constreñido por las circunstancias de carácter militar ineludible y en desarrollo de mi plan preconcebido y que pudo ejecutarse con ligeras modificaciones, merced á la pericia y subordinación de los Oficiales superiores y al valor y abnegación de todos. Ratificaré.

"Su servidor,

"Julio Andrade,  
"Jefe de Estado Mayor General.

Un Subsecretario de Estado, de los dependientes de Plaza, dió á la estampa este parte, después de mutilarlo, y de sustituir la firma con la de *Corresponsal en campaña*. La parte mutilada era la última cláusula, para que no se supiese que el General Andrade era el autor. Los partidarios de éste dieron con el original del telegrama, y lo publicaron en otro lugar.

El Ministro de Guerra dió la enhorabuena al General Andrade, en los términos siguientes:

"Le envío un abrazo al camarada victorioso".

Andrade contestó:

"Gracias, mi General y amigo, por su felicitación. He andado con suerte, y eso fue todo".

[2] La orden de Navarro se verá adelante. No pudo el General Andrade cumplir su ofrecimiento, porque recibió orden de seguir al Milagro, con el resto del ejército.

Cuando recibió la noticia del triunfo, Plaza se puso en camino, con la celeridad del rayo. Ha aquí como él mismo habló desde Huigra acerca de su salida de Riobamba:

“Huigra, Enero 12 de 1912.

“Señor Encargado del Poder Ejecutivo y señores Ministros de Estado:

“Mi salida de Riobamba fue un verdadero acontecimiento: la sociedad y el pueblo en masa despidieron al Estado Mayor en medio de los vítores más entusiastas y espontáneos. Igual cosa sucedió en los pueblos del tránsito. La Provincia del Chimborazo merece una especial mención en esta emergencia

“Después de breves momentos llegará el primer convoy de Alausí y en él marchará á Bueay una Brigada del ejército á ocupar ese punto estratégico. [1]

“*Leonidas Plaza.*”

De la estación de Luisa envió un parte que decía:

“Luisa, 2 de la tarde.—Sigo viaje á Alausí.—*L. Plaza G.*”

*En persecución de los derrotados*, añadió el pueblo de Quito. Y porque el parte venía de Luisa, y firmaba *L. Plaza G.*, los muchachos gritaban *Luisa Plaza G.* Telegrafió también que había sepultado á dos militares de las tropas de Montero, y en el acto le apodaron *General Entierromuertos.*

No tiene otro modo de castigar el pobre pueblo á los malvados.

De Alausí despachó un parte úno de los aláteros de Plaza, que decía:

“Enero 11.—11 y 15 p. m.—General Andrade.—En este momento sale en tren el señor General Plaza, con la Ambulancia.—*Rafael Palacios.*”

¡Ha aquí el General en Jefe! Había detenido á la Ambulancia en Riobamba! Quienes primero asistieron á los heridos, fueron los médicos de la Compañía del Ferrocarril.

Uno de los áulicos de Plaza, comunicó, desde Alausí, lo siguiente: “El Sr. General Plaza enenútrase desde anoche unido al General Andrade, después de haber desplegado actividad ó inteligencia en sus enérgicas y precisas órdenes [?] impartidas desde el cuartel general de Riobamba—Corresponsal de “La Constitución” en campaña”. [1]

[1] “La Prensa”.—Enero 12.

Un joven escritor, elogiando al General Andrade, dijo en los diarios: "Tan bien meditado, tan seguro, de tanta firmeza de visión fue el movimiento operado por nuestro ejército, y con tanto denuedo se procedió en todo, que el desastre absoluto de los rebeldes no podía menos de ser el que ha sido, hasta el extremo de quedar en el campamento los fusiles, parque, prisioneros, etc. de qué da cuenta el General Plaza G." Empezó á llamarle el pueblo *telegrafista en campaña*.

Plaza llegó á Huigra el 13 de Enero, á las 12 de la noche, con el resto del ejército. Su primer paso fue mandar reducir á prisión á 120 Jefes, oficiales y soldados, puestos en libertad por el General Andrade, quien estaba seguro de que no volverían á tomar armas en contra. Probablemente de acuerdo con Plaza, Navarro, Ministro de Guerra, envió al General Andrade el siguiente despacho:

"Quito, Enero 11.—General Andrade.—Sírvase remitir en el primer tren á los prisioneros que nuestras tropas han hecho hoy. Los principales deben venir á Quito, con una fuerte escolta, á órdenes de un Jefe de entera confianza.—Navarro".

También es probable que esta orden haya sido dada después de haber sabido que la mitad de los prisioneros había obtenido libertad, noticia que indignó al Gobierno en Quito. ¡Raro es que se piense en el tormento de los hombres, una vez alcanzada por otros una victoria en un combate!

Parece que el General Andrade contestó con severidad al Ministro, porque existió estote despacho firmado por éste:

"Quito, Enero 14.—General Andrade.—Al pedir envío de prisioneros, he tenido en cuenta lo estoroso de conservarlos con el ejército que está en operaciones.—Navarro".

Son espantosos los actos de crueldad después del triunfo. Uno que se dice poeta, entonces Ministro de Estado, uno para quien son infames asesinos los conspiradores del 6 de Agosto, remitió al General Andrade el siguiente telegrama:

"Quito, Enero 13.—General Andrade.—La revolución actual es obra de la lenidad que mostró el Gobierno el 11 de Agosto. Nadie aborrece más que yo el derramamiento de sangre; pero cabalmente para que no cerra la de tantas víctimas inocentes, es preciso acabar con los ambiciosos y asesinos. Hay que regar con sangre de traidores el árbol de la libertad, para que floresca y fructifique. Esta es mi opinión personal.—Carlos Rendón Pérez".

¿Fue otro el fin de los conspiradores de Agosto? ¿Y qué diferencia entre García Moreno alzado perpetuamente en el poder,

y los infortunados prisioneros de Huigra? La vida de los prisioneros de guerra ha sido sagrada en todo tiempo, no así la de los tiranos, en ejercicio de odiosas tiranías. ¡Y que diferencia entre presentarse á combatir y dar pareceres sanguinarios á distancia!

Al fin los prisioneros fueron enviados á Quito, á pesar de los esfuerzos del General Andrade. Los principales eran: el Coronel Belisario Torres, el Coronel Apolinario Campi, los Tenientes Coronales y Sargentos Mayores Camilo Landín, R. Vera, J. Vicente Alvarado, Carlos Chichonis, Carlos Martínez J. J. Arellano, Guillermo López y muchos más. Sólo Guamote se distinguió por no haberles insultado; en las restantes poblaciones, se amotinaba el pueblo, y apedreaba vociferando á los carros del tren. En Latacunga, la recepción fue más hostil que en otra parte: al extremo llegó de que el Gobernador intervino, y quiso entregar á los prisioneros al pueblo, para que fuesen despedazados por él. El Comandante Martínez, Jefe de la escolta, se opuso, y los trajo hasta la estación de Quito. A las tres y media de la mañana del 20 de Enero, llegó el tren á Chimbacallo: descendieron los prisioneros, y fueron trasladados al Panóptico por senderos extraviados. Cerca ya de él, encontraron aglomeración de gente, que los injuriaba con furor: militares dispararon tiros al grupo; y una bala acertó á penetrar por la espalda del Coronel Torres, al empezar el ascenso del plano inclinado que concluye en el portón del Panóptico. El Coronel no cayó, pero caminaba con paso vacilante. Los prisioneros iban atados uno á otro con cuerdas. Ya en la Penitenciaría, mandáronles atinear á todos; pero el Coronel Torres cayó en un calabozo, donde entró el Director de cárceles, llamado Rubén Estrada, vilipendió á Torres y dióle de puntapiés hasta en el rostro. Hermano de Torres era el Comandante Landín, quien presencié la escena atado, sin poder ni siquiera protestar. Al día siguiente espiró aquel nuevo mártir. No fue el pueblo de Quito el asesino. ¿El pueblo había de asesinar en público; en habiendo quien lo castigara? Píngieron que el pueblo había comprado 6.000 cuchillos: uno de los Ministros de Estado me lo dijo á mí. En el Ecuador hay gente para la obediencia, no para el mando; y como son casi siempre malvados los que mandan, el Ecuador da casi siempre muestras de protervo y corrompido. Militares fueron los asesinos de Torres; y la consigna vino desde el campo de batalla. Furor del pueblo no era ni podía ser, sin el acicate de otro. ¿Acaso no sabía ni sabe el pueblo que no era Torres culpado de tanta sangre, sino quien quería sostener su candidatura, siendo indigno?

Afirma un escritor muy serio de Colombia, quien, cuando estos acaecimientos, se encontraba en Quito, que Navarro, Minis-

tro de Guerra, ascendió personalmente al Panóptico, *en altas horas de la noche en que llegaban los presos de Huigra*. Era menester preparar á los perros de presa... Ya moribundo el Coronel Torres, según dice el mismo escritor, presentáronle un escrito y le pidieron su firma:

—Yo no firmo sin saber el contenido, respondió.

Era un documento airtentoso: todo era imposturas, y se quería que las autorizara un moribundo, para la impunidad de los feroces delincuentes. Leíase en aquel escrito que el tiro fue disparado á alguna distancia, en la Escuela de Artes y Oficios, que quien lo disparó fue una mujer, etc. Lo contrario dijo el Coronel Torres: fue trasladado al Hospital, y espiró á las 3 a. m. del 21 de Enero. [1] ¡Raro lobo el que se está tragando á tantos hombres, no vulgares, y se está lamiendo las fauces, á vista y paciencia de todos los demás hombres, sus hermanos!

---

(1) Manuel de Jesús Andrade.—"Páginas de sangre, ó los asesinatos de Quito el 28 de Enero de 1912".—Imp. "Diario de Panamá".

Lo que yo refiero, lo debo á informes de la familia del Coronel Torres, especialmente del Comandante Landfu, testigo presencial del crimen.

## VIII

### Asalto en el Naranjito

No demoró Plaza en Huigra. Dio orden al Jefe de Estado Mayor General alistara mil hombres, aglomerólos en convoyes del ferrocarril, en la tarde del 13 de Enero, y partió en persecución del Enemigo. Ni siquiera se despidió del General Andrade, á pesar de que no hubiera tardado un minuto en hallarlo, pues que Huigra no es sino un pequeño caserío. "Sé que el General en Jefe salió hoy, á las 6 p. m. para el Sur", dice el General Andrade, en parte al Gobierno, el 13 de Enero. La envidia la encubría Plaza con atenciones zalameras; pero á veces el odio estallaba como si fuera fuego de San Telmo. De Alausí había dirigido á la Señora esposa de Andrade, el siguiente saludo:

"Alausí, Enero 11.—Señora Elisa de Andrade.—Quito.— Con un abrazo le felicito por el triunfo obtenido por nuestro querido Julio. Una página más de gloria ha escrito Julio; y, la patria y el partido no la olvidarán jamás.—Su amigo, L. Plaza C."

Plaza había llegado á saber que el General Flavio Alfaro había venido hasta Naranjapata, cerca de Huigra, con 500 soldados, en el día de la batalla, que se había encontrado con derrotados, y regresado, por eso, á Guayaquil. Conjeturó, pues, que le precedía el terror de la derrota, y se apresuró á perseguir al enemigo, seguro de conseguir un fácil triunfo, que diera muerte al áspid de la envidia, que le devoraba. Hubo de robustecerse aquel áspid, por desgracia. Plaza no ha mandado jamás una batalla, y no tie-

he valer ni pericia militar. ¡Ir en convoy de ferrocarril, en las tinieblas de la noche, por campo enemigo, por enmarañados bosques, y no tomar ninguna precaución! Oigase como refiere el combate uno de los amigos de Plaza, y que iba con él en el tren:"

"El tren del General Plaza avanzaba á tientas entre las sombras impenetrables de la madrugada, explorando la línea con el reflector; llovía, y las primeras luces de la aurora contribuían á hacer más tenebroso el cuadro. De pronto, y á la vista ya de las primeras casas de Naranjito, se había descubierto que el puente estaba desmenuado y el tren se detuvo. Instantáneamente, descargas cerradas llovieron sobre el convoy, disparadas de ambos lados de la línea, desde la espesura, de lo alto de los árboles, de ras del suelo, una verdadera lluvia de balas que hacían blanco, impunemente para los agresores, pues, no se les podía descubrir en la oscuridad". [1]

No había mandado, pues, ni un carro vacío adelante, ni avanzadas; y á haber sido en mayor número el enemigo emboscado, pudo haber acabado con los mil soldados de Plaza. No eran sino 50 los mandados por el Coronel Valles Franco, y no todos estaban emboscados, pues es potrero el lugar donde se rompieron los fuegos. Plaza no mandó retroceder el convoy, que quizá era lo más hacedero, á fin de que el ejército pudiera salir sin peligro, y volviera á combatir, desplegado en guerrillas. Por no ser asesinados en los carros, saltaban los soldados uno en pos de otro, al fango del camino; y muchos iban recibiendo balas, sin que les fuese posible contestar. Murieron Cajas, Castillo y otros jóvenes distinguidos de Riobamba. Dicese que perecieron sesenta, y fueron heridos otros tantos. "Muertos, heridos, regados por todas partes, una triste victoria y el estandarte enemigo en mano de los vencedores, capturado á puñetazos por el Sargento Mayor Hidalgo Camarra, que tan cruel destino tuvo luego en Yaguachi", dicese en el artículo que acabamos de citar. Plaza envió al Gobierno el siguiente parte telegráfico:

"Naranjito, 14 de Enero de 1912.

"Hoy á las cinco de la mañana arribamos á este lugar, no sin que nuestra vanguardia fuera recibida á balazos por fuerzas aquí acantonadas.

"Parte de nuestras fuerzas avanzaron por la línea férrea, soportando valerosos el fuego que desde los bosques que rodean la población hacían.

"Después de una hora de un nutrido tiroteo y unos tres cañonazos, nuestra fuerza ocupó la población y puso al enemigo en desconcertada fuga. Hanse tomado algunos prisioneros.

[1] "Los horrores de la guerra en Naranjito". Artículo de "El Cuante", de Guayaquil, reimpreso en "La Constitución", Quito, Febrero 21.

"Lamentamos la muerte del Capitán Castillo y las bajas ocasionadas por heridos y varios otros valerosos oficiales y soldados.

"Un nuevo triunfo ha venido a premiar el arrojo y valentía de los bravos que defienden la justicia y el orden constitucional.

### *I. Plaza G."*

Al día siguiente envió otro parte del Milagro en que dice: "Milagro, Enero 15.....Encontré al enemigo con dos escuadrones, "Taura" y "Naranjito", y me di el lujo de dirigir á mis soldados por la línea férrea, como en posesión de parada. Aquello fue admirable, fueron invencibles.—Nuestros oficiales siguen víriles. Ni uno solo se dispersó ni se desertó....El efecto moral del triunfo fue espléndido....Felicito á Ud. y á la Nación por tan señalada victoria"...."El derroche de valor de estas fuerzas en Naranjito es algo que no he visto antes", dice en otro parte del Milagro. Como no le satisfacían las ponderaciones, y creía que las imposturas podían curar la llaga abierta por la envidia, el 16 envió el siguiente parte: "Milagro, Enero 16.—En Naranjito sacrificó el General Montero á su mejor cuerpo, el escuadrón "Taura", que dejó en nuestro poder su estandarte, el que lo ofreceré á las señoras de Quito". (1)

El parte oficial del combate del Naranjito, publicado por el Coronel Sierra, no es digno de leerse: en él no se ve sino *adulación y mentira*.

---

(1) Todos estos partes telegráficos están publicados en "El Comercio", "La Prensa" y la "Constitución".







## IX

# Batalla de Yaguachi

El General Flavio Alfaro se había fortificado en la aldea de Yaguachi, distante 15 kilómetros del Milagro, donde se hallaba Plaza con su ejército. Plaza llamó al General Andrade, pues no se atrevía á presentar batalla por sí solo. He aquí telegramas de él:

"Milagro, 14 de Enero de 1912.

"Señor Presidente y Ministros:

"Acabo de decir al General Andrade, que si me trae mil hombres, el parque general y la artillería moderna esta noche, mañana entrego rendida la plaza de Guayaquil y termino la campaña de un solo golpe.

"Afuero, amigo.

"General Plaza G." [1]

Hé aquí otro telegrama que dirigió Plaza al General Andrade:

"Milagro, Enero 15 de 1912.—General Andrade.—Huigra.—En vez de Venecia, debe quedar el segundo convoy en San Miguel: el primer convoy pasará hasta el ingenio Matilde, en donde acampará Ud., quedando á 10 minutos del ingenio Valdez, en que estoy yo. Usted vendrá hasta este cuartel general, donde le daré un abrazo, y discu-

(1) "El Comercio".—Ib.

tiramos su plan, que tiene que ser bueno, y que desde luego lo aceptaré y tomaré mi parte en desarrollarlo. Véngase usted, mi querido General, á mandar estas tropas y vencer con ellas, que yo no sirvo para estas cosas. La sangre de Huigra y Naranjito me tienen anonadado.

“L. Plaza. G.”

¡Y hay quien se atreva á decir que Plaza fue el vencedor en Yaguachi, y aún más, que Plaza *desplegó un valor sublime en Yaguachil*! (1) ¡Plaza anonadado por la saugre; Plaza, el que por cobarde, por inepto, por cargar con siete mil sueres, dejó matar en Guayaquil cuatrocientos diez y ocho individuos; Plaza, el que acaba de inmolar á tantos hombres ilustres; Plaza, anonadado en presencia de la saugre!

¡El Ecuador es una de las Naciones más adelantadas del planeta!

El General Andrade informaba al respecto en los siguientes términos: “Huigra, Enero 14.—Mañana llevaré personalmente refuerzos que se me piden, salvo que se me ordene quedarme”. Procura no nombrar á Plaza: iba ya penetrando en la podredumbre del alma de este hombre. Al día siguiente envió otro despacho: “Huigra 15 de Enero.—Salgo dentro de media hora, con cerca de mil hombres, en dos convoyes. Si no hallo interrupción férrea, que no tomo, dentro de cuatro horas estaré en Milagro.”

La noticia del triunfo de Huigra no se había comunicado á Guayaquil por órgano oficial; y si lo conocían, era por informes de los prisioneros, puestos en libertad después de la batalla. La generalidad no quería resistirse; pero el joven Alfaro empuñóse en combatir. El General Ulpiano Páez, anteriormente empleado del General Eloy Alfaro, había llegado, en aquellos días, de Europa, de regreso del destierro: fue nombrado Jefe de Estado Mayor por Montero, y enviado por el anciano Alfaro á Yaguachi, con un recado para Alfaro el joven. El encargo consistía en persuadir, en nombre del tío al sobrino, que convenía reconcentrar en Guayaquil al ejército, á fin de celebrar capitulaciones honrosas, y no derramar una sola gota más de sangre. “Fortificados en Guayaquil, agregaba el anciano, podría obtenerse que concedieran derecho á la candidatura del joven”. Este respondió exasperado: “Mi tío ha querido siempre impedir que vaya yo á la Presidencia: no me falta sino un salto, y no de los más difíciles; y por consiguiente él no será obedecido”. Todos comprenden que el General anciano era quien tenía la razón. De

(1) “La Prensa”.

Guayaquil eran enviados refuerzos á Yaguachi, hasta que ascendió la fuerza á 1.500 soldados.

Plaza se entretenía en telegrafiar así al Gobierno:

"Milagro, Enero 15.—Señores Presidente y Ministro de Guerra.—El pueblo histórico del Milagro me ha recibido en triunfo. Ni un solo ciudadano ha dejado de manifestarme su adhesión. Le ofrecí en nombre del Gobierno que en la próxima Legislatura le elevaremos á Cantón, y se lo cumpliremos".....

El 16 llegó el General Andrade al Milagro, con los consabidos mil soldados, á las 6 y media a. m. Al ver á Andrade, todo el ejército estalló en aclamaciones, y la confianza apareció en todos los semblantes. Plaza tenía conocimiento de que el enemigo se hallaba en Yaguachi, no por ninguna exploración personal, sino simplemente por informes de vecinos. No se había movido del ingenio Valdez. A poco rato, Andrade tomó la vanguardia, y se detuvo en el ingenio "Matilde", donde encontró al Coronel Carlos Andrade, su hermano, Jefe de la tercera División. Continuó en aquel mismo día adelante, á emprender el estudio de las posiciones enemigas. El 17 dispuso la batalla, y sometió el plan á la aprobación de Plaza.

Debemos copiar el Parte Oficial del Coronel Andrade, porque él da idea cabal de la batalla.

## "LA BATALLA DE YAGUACHI

"PARTE OFICIAL DEL SEÑOR CORONEL COMANDANTE DE LA  
"TERCERA DIVISIÒN.

"República del Ecuador.—Comandancia en Jefe de la 3ª División.—Cuartel General en Yaguachi, 19 de Enero de 1912.

"Señor General Jefe de Estado Mayor General del Ejército de Operaciones.

"Presente.

"De conformidad con lo dispuesto en la orden general de ayer, cumplesme elevar á conocimiento de la Superioridad, la relación de los hechos militares llevados á cabo por la División de mi mando.

"El día lunes, 15 de los corrientes, el señor General en Jefe del Ejército, cuyo Cuartel General ocupaba el Ingenio Val-

dez, ordenó que me embarcase en el tren con el batallón "Guardia Republicana" y cuatro piezas de artillería Vickers & Maxim; así como también que avanzara al Ingenio "Matilde", á fin de reforzar nuestras descubiertas que se hallaban escalonadas hasta el Ingenio "Luz María", de Chobo, unas al mando del Mayor Alberto Albán y otras al cuidado del Capitán Francisco Landívar. Habíanse recibido datos de que el enemigo se hallaba en la hacienda "Chagualú", y era inminente un ataque sobre nuestros puestos avanzados. En cuanto llegué á la "Matilde", dispuse que cien hombres fuesen á "Luz María" y á toda costa resistieran, mientras acudir con el refuerzo necesario, previo aviso del ataque que, sin pérdida de momento, debía comunicarme el capitán Landívar, en cuyo valor y disciplina tenía plena confianza. Mandé también cien hombres sobre el "Puente Negro", á nuestra izquierda y cerca del Ingenio "San Nicolás", donde se afirmaba que el enemigo había situado fuerzas. El resto de Infantería, junto con las piezas de Artillería, cuyo comando tenía el Teniente Coronel Moisés Oliva, quedaron en la "Matilde" para acudir, en momento dado, á cualquiera de nuestros puestos que fuese amenazado.

"Tomadas estas precauciones, di aviso al señor General en Jefe, quien ordenó que preparara alojamiento para Ud., pues de un momento á otro esperaba su venida de Huagra. Esta noticia, causó indecible entusiasmo, porque la presencia de Ud. significaba el inmediato avance sobre el enemigo. Ignoro las causas que retardaron su viaje. La verdad es que el martes 16, á la 1 p. m. arribó Ud., mi General, á nuestro campamento, con algunas unidades más y acompañado del General Deifin B. Treviño, Coronel Velasco Polanco, Luis A. Jaramillo y sus respectivos Cuarteles Generales. Acto continuo nombró Ud. una exploración compuesta de jefes y oficiales, á la cabeza de la cual partió Ud. á practicar un reconocimiento sobre la hacienda "Chagualú", no sin ordenar que el batallón "Guardia Republicana" siguiese sus pasos.

"El reconocimiento se llevó á cabo sin más novedad que haber visto á un jinete escapar á todo correr con dirección á Yaguachi. El enemigo pudo haber tenido avanzadas en "Chagualú"; pero al acercarnos, no las encontramos. Tomó Ud. posición de la hacienda á las 5 p. m. y ordenó que el "Guardia Republicana", convenientemente escalonado, pernoctase en ella.

"El batallón N.º 83, de la primera reserva, había avanzado también hacia "Luz María", por orden suya, rápidamente comunicada en esos momentos, de manera que regresamos á nuestro campamento, seguros de que el enemigo, al intentar una sorpresa, sería fácilmente rechazado.

"El miércoles 17, á las 9 a. m., Ud., mi General, con el Coronel Velasco Polanco y conmigo, partió al Ingenio "Valdez". En el trayecto nos encontramos con el señor General en Jefe y un ayudante, en cuya compañía seguimos adelante. En el ingenio tuvo Ud. una conferencia privada con el Señor General en Jefe, y luego se dignó Ud. ordenarme que partiera inmediatamente hacia "Chagualú" y tomara el mando de mi División, compuesta de las unidades siguientes:

"Batallón "Guardia Republicana", con 341 hombres, Jefe Mayor Alfredo García;

"Batallón "Juan Montalvo", con 192 hombres, Jefe Teniente Coronel Ricardo Gallegos;

"Batallón "Cantón Milagro", con 80 hombres, Jefe Comandante Miguel Andrade;

"Escuadrón "Guardia de Honor", con 90 hombres, Jefe Teniente Coronel Carlos A. Pareja;

"Sección de Artillería Nº 49, con 2 piezas Herart, una ametralladora y dotación de 85 hombres, Jefe Mayor Ulises Naranjo; y

"Sección de Artillería Nº 19, con 2 piezas Vickers & Maxim y dotación de 80 hombres, Jefe Mayor Enrique Páez.

"El comando superior de ambas secciones de Artillería á cargo del Teniente Coronel Moisés Oliva, cuya brillante actuación en los anteriores encuentros era preludio de buen éxito.

"Tenía, pues, mi División, tres Unidades de Infantería, con 613 hombres: un escuadrón de Caballería con 90; y cinco piezas de Artillería con 165; total: 868 combatientes.

"Verbalmente recibí instrucciones prolijas y terminantes sobre el avance de mi División y las posiciones que debía ocupar, así como también orden de permanecer en ellas, hasta que la Superioridad lo juzgara conveniente.

"Me hizo usted el honor de seguir marcha conmigo en el mismo tren hasta la "Matilde", y de allí partí á "Chagualú", á donde llegué á la una p. m.

"Mi primer cuidado fue formar una Brigada con los batallones "Juan Montalvo", "Milagro" y la ametralladora, y ponerla al mando del Teniente Coronel Ricardo Gallegos. Luego destacué dicha Brigada sobre nuestro flanco derecho, con orden de atravesar diagonalmente y con las precauciones del caso, el extenso y enmarañado bosque de ese costado para que ocupase sin pérdida de tiempo la ceja del monte, donde debía permanecer ocu-

ta entre los árboles y matorrales, quedando á discreción del Jefe las disposiciones que las circunstancias exigieran.

"El "Guardia Republicana" partió momentos después sobre nuestro flanco izquierdo á tomar posiciones análogas y guardar contacto con la División que, conforme se dignó usted indicarme, iba á operar por la orilla del río al mando del Coronel Luis A. Jaramillo.

"El escuadrón "Guardia de Honor" y la Artillería quedaron en el centro, ocupada á intervalos, por las piezas, la línea férrea. Con la Brigada Gallegos mandé al Jefe de Estado Mayor de mi División Teniente Coronel Juan F. Orellana, y al Teniente León Pío Acosta, ayudante del campo de usted, pústo á mis órdenes por usted mismo. Ambos llevaron instrucciones para examinar prolijamente el terreno que iba á ocupar la Brigada y volver á darme cuenta del arribo de ella, á la ceja del monte.

"El Teniente Acosta regresó al cabo de tres horas, y me participó que la Brigada había llegado sin novedad hasta el lugar indicado, y que en cuanto oscureciera ocuparía los caseríos contiguos á la hacienda "Carmela", cuya situación ofrecía seguridades suficientes. Por medio de un teléfono de campaña, instalado en "Chagnalá" puse lo ocurrido en conocimiento del señor General en Jefe, quien había avanzado hasta el Ingenio "Matilde". Como medida de precaución, anunciéme el envío de cincuenta mil tiros, los cuales llegaron en tren expreso.

"A las 5 y 30 p. m. volvió el Comandante Orellana. No en vano había confiado en sus talentos militares y sus conocimientos técnicos. Este inteligente Jefe, mediante ciertos informes suministrados por un anciano morador de una casaca próxima á uno de los puentes de la línea férrea, descubrió varias series de minas de dinamita, instaladas en inmenso círculo, é innumerables cartuchos del mismo explosivo, bajo los rieles, á largos trechos.

"No se dió reposo hasta hallar el conductor destinado á explotar las minas, al momento en que nuestras fuerzas y nuestros trenes avanzaron sobre el puente. Hallóse también un enorme baúl lleno de dinamita, perfectamente conectado. El acierto con que se me ordenó el avance de mis tropas y la inteligencia del Jefe de Estado Mayor de la 3ª División, debidamente secundado por el distinguido Jefe de la Brigada, salvaron al Ejército de una catástrofe espantosa y sin nombre.

"Después de hacer un conto de tres metros y destruir, por consiguiente, el conductor que debía causar la explosión, el Comandante Orellana fue á darme parte de tan importante descubrimiento, y acto continuo le ordené que avanzara al ingenio "Matilde"

y pusiera lo ocurrido en conocimiento del señor General en Jefe del Ejército. (1)

"Entre tanto, me llegó orden escrita del Sr. General en Jefe, conducida por el Coronel José Salomé Martínez, para que colocara una avanzada y una pieza de artillería sobre la orilla derecha del río, si las circunstancias lo exigían.

"La primera necesidad ya estaba prevista, en virtud del avance del "Guardia Republicana", cuya situación me era conocida, según aviso del Mayor Garza; y en cuanto á la pieza de artillería era sumamente difícil conducirla á través de esteros y tembladas casi infranqueables, aún para la infantería.

"A las 6 y 30 p. m. recibí un postal enviado por Ud., con una comunicación escrita, en la cual me decía que había ocupado el "Cóndor", hacia nuestro flanco izquierdo, y terminado su reconocimiento por ese lado. Decíame también que sabía que el enemigo había minado la hacienda "Margarita", propiedad del Sr. Pablo Roca; que era preciso tomar precauciones y que fuese á hablar con Ud., ya que nos encontrábamos á diez minutos de distancia.

"El postal me condujo al campamento de Ud., y después de las instrucciones para el día siguiente, que Ud. tuvo á bien comunicarme, puse en su conocimiento que las minas habían sido descubiertas ya, no en la hacienda "Margarita", sino en las inmediaciones de la "Carmela," y que no era, por tanto, de temerse, puesto que el conductor estaba cortado; y mediante el detenido examen que por la mañana habían de practicar nuestros técnicos, al efectuar el avance, en los trenes, de la artillería, todo peligro desaparecería. Previnome Ud. que el "Guardia Republicana", al cual había yo ordenado tomase posiciones á la iz-

---

[1] Plaza dio probablemente cuenta de este hallazgo á uno de los corresponsales de uno de sus periódicos en Quito, pues se publicó el suelto siguiente:

"SE EVITO UNA CATASTROFE.—Los traidores habían colocado minas y dinamita en los puentes y en varios puntos de la vía férrea, con el objeto de destruir completamente á nuestro ejército. Afortunadamente, la pericia del Sr. General en Jefe y nuestro buen servicio de exploración lograron evitar la espantosa catástrofe, hábilmente preparada por los perversos. La víspera de la batalla de Yaguachi, fueron capturados un individuo, de nacionalidad chilena, y otros sujetos más, en los precisos momentos en que terminaban los preparativos de esa obra nefanda".—"La Constitución", Enero 24.

Admira el conato de adulación de estos miserables periodistas. ¡El Ecuador es la Nación más adelantada del planeta!



quiera, iba á ser mandado personalmente por Ud. al día siguiente, para operar en la misma dirección y apoyar con eficacia el avance de mi División, conforme á sus nuevas instrucciones.

"Era entendido que todo el flanco izquierdo estaba cubierto por fuerzas nuestras, y para evitar confusiones, la señal de reconocimiento, el banderín tricolor y toques de media diana con tres pautos generales.

"Terminada nuestra entrevista, partí á mi campamento de Chagualí donde encontré un parte del Comandante Gallegos, en que me pedía dos piezas de artillería y me comunicaba su situación: una milla distante de Yaguachi y pocas cuadras de las avanzadas enemigas. Participábame también la captura de tres individuos pertenecientes á la Escuela Naval y á cuidado de las minas, quienes fueran tomados sorpresivamente y me los remitía. Estos pasaron al cuartel general de la Comandancia en Jefe para que dispusiera lo conveniente. Mis tarde recibí otro parte relativo á la captura del Jefe de los mineros, un chileno Moya, y un corneta de la artillería enemiga. Dábame noticias además, de que en ese momento rompían fuegos las avanzadas contrarias. El Comandante Gallegos, jefe experimentado y de indubiables dotes militares, procedió con la mayor cordura, no contestó los fuegos, y así el enemigo no se dio cuenta de que había caído en nuestro poder el comisionado para destruirnos, y seguía en la confianza de que nuestras fuerzas iban á avanzar tranquilamente por la línea férrea.

"A las 3 a. m. del 19, un parte más urgente del Comandante Gallegos, llevado por el Mayor Carlos Flor, segundo Jefe del "Milagro", en el cual, con insistencia me pedía refuerzos y orden para atacar Yaguachi. Todos los partes á que me refiero, en su debida oportunidad, fueron transmitidos sucesivamente, por teléfono, al señor General en Jefe y á usted, por medio del Comandante Orellana y Capitán Salgado. Al Comandante Gallegos le ordené permaneciese en sus posiciones hasta recibir instrucciones superiores. Usted me previno que en breve iba á avanzar sobre nuestro flanco izquierdo con la División del Coronel Jaramillo y el "Guardia Republicana", á fin de operar simultáneamente en momento dado, y era preciso que el Comandante Gallegos no comprometiese aún su Brigada.

"El señor General en Jefe me previno también, poco después, que á las cinco estaría en mi campamento con un convoy; y que en el concepto de que la Brigada Gallegos ocupaba posiciones demasiado avanzadas, aislada del grueso del Ejército, corría riesgo de ser fácilmente destruída por el enemigo, y convenía, por tanto, protegerla al momento. Sobre esto, ya había tomado usted las providencias del caso.

"A la hora indicada, llegó, en efecto, el señor General en Jefe del Ejército con su cuartel general y dos piezas de artillería suficientemente dotadas. Dispuso acto continuo que se embarcara en el mismo tren, para seguir marcha, todo el material de artillería que yo tenía en Chagualú, con la advertencia de avanzar muy despacio, á fin de examinar detenidamente los rieles, caso de que las minas no estuviesen del todo destruidas.

"El Comandante Oliva marchó adelante, á caballo, con el Teniente Arosta, para explorar la vía; y el Teniente de Fragata, Juan F. Anda; poseedor de buenos conocimientos técnicos en materia de minas y explosivos, avanzó en el tren comisionado para los estudios correspondientes. En seguida me ordenó el señor General en Jefe que fuese á tomar el mando de las fuerzas avanzadas, y partí con mi Ayudante Capitán Enrique Saigado. Mi Estado Mayor, compuesto de los señores Teniente Coronel Juan F. Orellana, Mayor Carlos Jurado, Capitán Teófilo Uscátegui, Capitán Gerardo Liborio Torres, Subteniente de reserva el Mayor Ricardo Piñeros y Teniente de reserva Ezequiel Cartagena, Jefe y ayudante del Parque de la División de mi mando, quedaron en Chagualú para incorporarse conmigo, en cuanto les fuera posible, pues carecían de bagajes. El escuadrón "Guardia de Honor" permaneció en el campamento, á fin de escoltar al señor General en Jefe y su cuartel general.

"A las 7 a. m. avancó á los caceríos contiguos á la hacienda "Carmela", dejando un poco atrás el tren que conducía nuestra artillería, y me incorporé á la Brigada Gallegos. El Jefe con el Comandante Oliva, acababa de partir en busca de un lugar adecuado para la acción de la ametralladora, pero en breve nos reunimos. Las defensas naturales del terreno, como bosques, cercas de alambre, esterós, pantanos, tembladeras y la yerba altísima de los potreros, eran obstáculos para el avance de nuestras tropas, pues era de suponerse que el enemigo trataría de aprovechar de ellas ventajosamente.

"Nuestra ala derecha resultaba demasiado extensa para ser cubierta sólo con la Brigada Gallegos, y era preciso refuerzo de una ó más Unidades de Infantería. Me permití hacer esta indicación al Sr. General en Jefe, por medio de su Ayudante, Capitán Gómez Santistevan, á quien encargué, á la vez, la conducción del chileno Moya, el corneta y tres individuos más que posteriormente fueron tomados en nuestras avanzadas. Sin embargo de todo, los bravos del "Juan Montalvo" y sus compañeros del "Milagró" ocuparon resueltamente posiciones, en línea de tiradores, ansiosos porque pronto se les ordenase acometer. La Artillería colocada ya en la vía férrea, de la mejor manera posible, aunque sin objetivo directo, porque el terreno montañoso y la elevación

de los árboles impedían fijarlo, se hallaba, con todo, en actitud de combate. Las avanzadas de uno y otro lado, se habían avistado desde el amanecer, firmes en sus respectivas posiciones; y por más que las contrarias hicieron fuego sobre las nuestras, éstas no contestaron. Con el antejo observé grupos de gente, á algunas cuadras de distancia, que trataban de internarse en el monte, por derecha é izquierda. Mandé levantar el pabellón tricolor y hacer señales de reconocimiento, porque suponía que ya Ud., mi General, había avanzado sobre el flanco izquierdo y ocupado la vía; pero las señales no fueron contestadas, y noté que aquellos grupos se dirigían cautelosamente hacia nosotros. Entonces envié una exploración de 10 hombres del "Juan Montalvo" por el filo del monte, y momentos después sonaron los primeros disparos. Era las 8 y 30 a. m. Todo el mundo acudió á sus armas: mi Ayudante Salgado me indicó que de los árboles nos disparaban y á su vez descargó un rifle que halló á su alcance, generalizándose el fuego. Dos piezas de Artillería hicieron sendos disparos. El Comandante Gallegos partió á ponerse á la cabeza de su Brigada para atacar por el flanco derecho, y el Mayor Montalvo, tercer Jefe del "Juan Montalvo", quedó á mis órdenes, con una guerrilla, mientras viniera el refuerzo de Infantería que aguardaba. En esos instantes asomó Ud. mi General, por nuestra izquierda, acompañado del Coronel Velasco Polanco y varios de los Ayudantes de Usted:

"No le pareció bien que hubiéramos comprometido la acción, porque venía Ud. de disponer el avance de los batallones "Pichincha" y "Constitución", al mando del Coronel Jaramillo, sobre nuestro flanco izquierdo, y temía que nuestros fuegos hicieran daño á aquellas unidades. Comenzamos á sufrir una que otra baja. El ruido ensordecedor de las descargas se hizo oír de pronto con intusivada violencia, en las líneas avanzadas hacia la izquierda, y comprendimos que el Coronel Jaramillo entraba en acción. Partió Ud., entonces, mi General, á apresurar la marcha de "Guardia Republicana" y efectuar el movimiento envolvente, conforme á su plan de batalla. A poco se presentó el Regimiento "Chimborazo" con su heroico Jefe, Teniente Coronel Octavio Mancheno, á la cabeza; y aunque no pertenecía á mi División, hubs de indicarle la conveniencia de proteger la Brigada del Comandante Gallegos, que iniciaba su ataque, según la dirección de los disparos. Ofreció como guía á mi Ayudante Salgado. El Comandante Mancheno conoció la necesidad de ceder á mi indicación; y con ese entusiasmo, con esa decisión de los valientes, cualidades ingénitas en él, marchó al trote, inflamando de coraje, con su ejemplo, al bizarro "Chimborazo".

"Rudamente se combatía en los flancos y acrecía el estruendo de las descargas; pero el centro aún no había iniciado su ataque, porque no llegaban unidades de Infantería para efec-

tuarlo y la acción de la Artillería se limitaba á disparar sus "Shrapnels" á largas distancias, con cálculos más ó menos aproximados, de dudosa comprobación, desde luego.

"Al fin acudió el batallón N.º 83, no completo sino en fracciones, y ordené que avanzaran éstas de frente por la vía férrea, al mando de los Capitanes José R. Mena y Gabriel L. Reyes. El avance se volvió suivamente difícil, y hube de tomar el mando de esas fracciones, mientras el Coronel Velasco Polanco, quien se hallaba conmigo, en esos momentos, reuniese el resto de la Unidad para empujarlo hacia adelante. El enemigo nos hacía crudísimo fuego por todos lados y sufríamos muchas bajas, que entorpecían nuestro avance. No había defensa para la tropa, que á cada paso se echaba á tierra. Un cañón Krupp de tiro acelerado, situado en mitad de la vía, y una ametralladora á la derecha nuestra, oculta por los matorrales, diezaban nuestras filas y las hacían vacilar. Sin embargo avanzábamos y en el avance encontré parte del "Guardia Republicana", por lo cual comprendí que usted, mi General, efectuaba el movimiento que se propusiera y era preciso continuar el ataque con todo vigor. Tuve la pena de ver por el flanco izquierdo, al intrépido Comandante Alejandro Andrade L. quien, apoyado en el Mayor Argüello, se retiró herido, y luego supe la muerte del no menos intrépido Comandante Miguel Darquea. Por fin llegamos á cien metros del cañón, el cual fue abandonado por el enemigo, y quedó en poder nuestro.

"Observé que á la retaguardia de él había dos carros de mano y varios rollos de alambre de cobre. Era una trinchera que el enemigo acababa de dejar.

"En ese rato me acompañaban, con recomendable serenidad, los valerosos Jefes, Comandante Juan de Dios Viver y Mayor Guillermo Hidalgo Gamarra. Muchos muertos junto al cañón, el cual estaba volteado, como que se hubieran hecho esfuerzos para arrojarlo al estero próximo; varios cajones de granadas y munición de Manlicher, balsas llenas de cápsulas, rifles, una carpa y por fin la ametralladora, con sus cajas de petrocho, fueron los trofeos que encontramos. Palmos á palmo fuimos batiendo al enemigo hasta encerrarlo en el pueblo de Yaguachi, que ya veíamos cercano. Cayó prisionero un Mayor Bravo á quien protegieron el Comandante Viver y el Mayor Hidalgo. De pronto, descargas hechas de varias casas de los alrededores y del pueblo, tendieron por tierra gravemente herido al Mayor Hidalgo. Ante tan repentino ataque fue preciso abandonar la vía y tomar á la derecha para envolver al enemigo oculto, el cual cesó sus fuegos en cuanto observó nuestro movimiento.

"El Teniente Leonardo Betancourt, del 83, y otros Oficiales, cuyos nombres ignoro, fueron heridos también; en clase de tropa había numerosas bajas y eran muy pocos ya los soldados que me acompañaban. Con ellos atravesé esteros, cercas de alambre y potreros hasta llegar á unas casas donde sostuvimos vivísimo fuego. De allí alcancé á distinguir á poco rato, á nuestra izquierda, y en la misma línea, una guerrilla, casi tan diminuta como la mía, que, al mando del Teniente Coronel Manuel Moreno, á quien acompañaban algunos Oficiales, entre los cuales conocí al Capitán Benigno Gallegos, se posesionaba de una de las entradas al pueblo. Puseme al habla con el Comandante Moreno y resolvimos atacar á la población hasta tomarla. En el momento que íbamos á efectuar el ataque, la mayor parte de nuestra gente comenzó á retroceder, sin causa alguna, y vanos fueron nuestros esfuerzos para contenerlos.

"En esto recibí una herida el Comandante Moreno. Dejé pocos combatientes con el Comandante Viver en una bocacalle con dirección á la plaza y contramarché por un potrero para mandar aviso á usted de la situación nuestra y pedirle nos protegiera á fin de coronar el triunfo, pues ya era débil la resistencia que oponía el enemigo, y un vigoroso empuje bastaría á derrotarla. A pocos pasos me encontré con el sereno y valiente Coronel Jaramillo, y convinimos en que era indispensable el refuerzo de cualquier género; y al dirigirnos á la vía férrea, se nos incorporó el Coronel Federico Dávalos. El Coronel Enrique Valdez y el Comandante Floresmilo Escobar, quienes llegaron en esos momentos; fueron comisionados á pedir el refuerzo que necesitábamos. Bete no se hizo esperar mucho tiempo y, como oyéramos cercano el estampido de nuestros cañones, todos los ánimos se levantaron y en breves instantes la población de Yaquachi fue nuestra. El denodado Coronel Retuoso, quien con su heroico "Carchi" N.º 7.º acudió oportunamente á su línea de batalla, había penetrado también al pueblo por el lado de la iglesia y en todas direcciones comenzaron á oírse diapas y gritos de victoria. La faena estaba terminada. La lucha duró hasta la una y 30 p. m.

"Muchas y sensibles nuestras pérdidas. En mi División se lamenta la muerte del Mayor Carlos Merizalde, tercer Jefe del "Guardia Republicana", del Mayor Carlos Flor, segundo Jefe del batallón "Milagro" y otros Oficiales y soldados, según se informará usted por los partes oficiales que luego elevaré á su conocimiento. El Capitán Landivar del "Guardia Republicana", uno de los buenos Oficiales del Ejército, salió herido en el brazo izquierdo. Yo me permito recomendar su actividad, valor, disciplina y abnegación. Innumerables nuestros heridos.

"Por lo demás, el éxito de la jornada indica que el Ejército constitucional cumplió con su deber.

"Excúse Ud., mi General, la extensión de este parte. Talvez en el lado que yo comandaba estaba indecisa la victoria; pero no había la menor duda de obtenerla, desde que el Ejército confiaba ciegamente en la buena dirección y conocido arrojo de la Superioridad.

"Soy de usted mi General atento servidor y subalterno.

"Carlos Andrade."

Véase, por el parte que acaba de leerse, parte intachable, [y sea yo perdonado, porque también el Coronel Andrade es mi hermano], cuál fue la conducta de Plaza en la batalla de Yaguachi. (1) No se presentó ni una vez, y por ningún paraje, en lo referido de ella, á dar siquiera una voz al ejército. Cerca ya del término, cuando el estampido ora al rededor del caserío, el General Andrade, movido por su generosidad caballeresca, regresó, en busca de Plaza, del sitio del fragor, hallóle á muchas cuerdas de distancia, y le dijo: "Dé usted el último ataque, General", y volvió con él al combate. En el camino iban encontrando soldados dispersos: Plaza, General que sabe su deber, encarabase con aquellos, y les decía, con voz de vieja enferma: "¡Adentro, mierdas!" El ardor bélico obligó á adelantarse al General Andrade: caminadas algunas cuerdas, volvió la vista: no había ni sombra del General en Jefe.... *No sirve para estas cosas*, como él mismo dice: sirve para asesino de un partido, de los más ilustres liberales de una Nación de Sud-América. El vagón blindado, idea de él, fué el más grande adeseo. Allí mismo le bautizaron de *vagón de Ambrosio*. El peruano don Luis Ulloa, con los ojos lince de su gran corazón humanitario, ha leído lo que está escrito en el alma de Plaza, y ha sentenciado á la horca á este malvado.

Se hallaba el General Andrade en un sitio peligroso, donde llovían balas de fusiles, y consagrose á mirar con el anteojo, á fin de cerciorarse de los movimientos enemigos: el Comandante Luis Fiallo, proveniente de la línea de combate, detúvose con algunos prisioneros, cerca de donde estaba el General: concluida su faena, volvióse éste, vió á Fiallo y lo retó con voz imperiosa, en la presunción de que huía: "Iba á dejar á estos prisioneros en lugar seguro", dijo el Comandante; pero me detuve, admirado de ver que á mi General no se le ha movido un músculo del rostro, en medio de este aguacero de balas".

A la entrada de Yaguachi, el General vió caer á un Oficial que se parecía á su hermano: era el Mayor Carlos Merizalde; al

(1) Cuanto se ha publicado en elogio de la conducta de Plaza en Yaguachi, no proviene sino de la adulación. Puede disculparla su categoría de General en Jefe, mas no en toda circunstancia.

echarse sobre el cadáver, preséntase en pie el Coronel Andrade y arrojarse uno en brazos del otro, llorando.

Inmediatamente después del triunfo, Plaza dió cuenta de él en estos términos:

"Yaguachi, Enero 18 de 1912

"Señor Presidente de la República, Ministros, Gobernador y Jefe de Zona:

"Una victoria espléndida es la que ofrece hoy á la Nación y al Gobierno que la representa, el ejército constitucional que tengo la honra de comandar. Sangre ecuatoriana se ha derramado á torrentes. Nuestros batallones han sido diezmados especialmente en la clase de Jefes y Oficiales. El Coronel Mancheno, el Comandante Darquea, Mayor Morizalde y el Mayor Flor han rendido su vida en defensa de la Constitución. Los Comandantes Andrades del "Pichincha" y "Constitución", los Mayores Hidalgo Gamarra, Jiménez, Ullauri, Ballesteros, Rivadeneira y otros cuyos nombres se me escapan por el momento y más de cincuenta Oficiales están heridos de más ó menos gravedad. Muertos y heridos de la clase de tropa pesan de 200: todos han cumplido con su deber.

"Felicito á la Nación por tan espléndida victoria, que seguramente pondrá fin á esta guerra fratricida. Los traidores deben ser castigados de acuerdo con las leyes.

"General en Jefe del Ejército  
"L. Plaza G".

Luego impidió que los telegramas del General Andrade llegaran á Quito al Gobierno, á sus amigos y á su familia, y que tampoco llegaran los que á él iban dirigidos. Duró este impedimento tres ó cuatro días. En Durán, por fin llamó el General Andrade á un telegrafista, dependiente seguramente de Plaza, reconvínole, en presencia de éste, y mandóle le trajera sus partes telegráficas: "Sepa usted, le dijo, que no hay autoridad suficientemente alta en la República, para censurar la correspondencia del General Andrade". Plaza guardó silencio; pero el empleado salió y volvió con muchos telegramas. Claras son las razones por las que Plaza se sustraía dichos partes: él quería presentarse como único vencedor en Yaguachi. Es satisfacción incomprensible la de ciertos ruites: mienten para ser desmentidos en breve. ¿Será tal vez porque de la mentira algo queda?

"Por más que el General Plaza jura que se ha respetado (la libertad electoral), el país se reirá de los juramentos de un hombre que jamás puede hablar la verdad", dijo el doctor Juan Benigno Vela, en 1907. (1) "Plaza sabe dónde le aprieta el za-

(1) "La Asamblea liberal ante la historia". Pág. 55. Este opúsculo es anónimo; pero todo el mundo sabe que no digo un embuste, al declarar el nombre del autor.

parto, dice en otro lugar de la misma obra. Fácil de lengua, dice y ofrece lo que le da la gana: jura y engaña por costumbre, por necesidad: sería un milagro que alguna vez cumplierse su palabra". [2]

Quien esto dijo, es ahora secuaz de ese impostor.

Apenas oyó Plaza que el General Andrade reconvino al telegrafista, despachó el siguiente parto á la Señora de Andrade, por dar ó entender que él no había cooperado á la sustracción de los telegramas:

"Duran, Enero 22.—Señora Elisa de Andrade.—Quito.—Telegrafíele al General todos los días, porque cuando le faltan sus noticias se pone nervioso, y tiene mucha razón.—Respetuoso saludo.—L. Plaza G."

En el mismo día le envió estotra parte:

"Le hemos telegrafiado continuamente con Julio. No deje de telegrafíarnos diariamente. Todos buenos, y le saludamos". ¡Plaza era de la familia! Estos partes si llegaron á su destino....

Telegramas como este eran dirigidos á Plaza por individuos residentes en Quito:

"Quito, á 18 de Enero de 1912.

"Señor General Leonidas Plaza G.

"Desde aquí le vemos entrar triunfante en Guayaquil; quisiéramos estar con usted. Así también en otras ocasiones, en íntima plática, veíamos á usted salir del país, hace seis años, con el corazón transido de dolor y desesperado de la redención ecuatoriana. Igualmente entonces deseamos: "cómo hubiéramos estado con él".

"Le abrazamos.

"G. S. Córdova, I. Cervantes F., L. E. Escudero".

¡Plaza, el gosquecillo en los palacios presidenciales de la América central, es tenido por hombre célebre en esta mísera Nación!

(2) Pág. 57.







## X

# Capitulaciones

Como ya se ha visto, el General Andrade había aceptado el nombramiento de Jefe de Estado Mayor General, porque fueron aceptadas las condiciones acerca de conciliación con los revolucionarios, propuestas por él al Gobierno de Quito. Plaza no ignoraba esto: hasta se comprometió á desistir de su candidatura, en vista de las susodichas condiciones. Triunfante en Huigra, el General Andrade había oído las proposiciones de paz, hechas por el Coronel Torres, prisionero; y ambos se habían comprometido á consultar con la autoridad de Guayaquil, después de que el General Andrade se consultara con el Comandante General, esto es, con Plaza. Este se negó redondamente. Le había puesto orgulloso el triunfo de Huigra: tenía seguridad de que, con él, el edificio revolucionario se iría desmoronando, sin necesidad de otras acciones de guerra; por eso envió al Coronel Torres con el objeto de que fuera asesinado en Quito, menospreció al General Andrade, puesto que ni se despidió, y se lanzó, á toda prisa, á la vanguardia, á recoger él primero los laureles. La sorpresa del Naranjito le aterró; y ésta fue la causa del parte suplicatorio, enviado al General Andrade del Milagro. Es evidente que, sin el concurso de este General, no hubiera habido victoria en Yaguachi. En el mismo ejército bautizaron á la campaña con el nombre de 606: Huigra, el primer 6, Naranjito, el 0, y Yaguachi el otro 6.

Apenas obtenido el triunfo en Yaguachi, envió Plaza al General Montero la siguiente intimación:

"General en Jefe del Ejército.—Cuartel General en Yaguachi, Enero 19 de 1912.

"Sr. General Pedro J. Montero.—Guayaquil.

"Un alto deber de humanidad y patriotismo me obliga á dirigirle el presente oficio.

"La sangre derramada en Huigra, Naranjito y Yaguachi es ecuatoriana, y esas víctimas sacrificadas, hoy, hubieran contribuido, mañana, á salvar la Patria.

"La suerte de las armas le ha sido á Ud. adversa, y es tiempo de que cese una guerra fratricida, provocada en hora desgraciada y sin bandera política.

"Le intimo la rendición de esa plaza, para que no continúe derramándose, tan inútilmente, la sangre de nuestros compatriotas.

"Si Ud. no hace la entrega de esa plaza, será el único responsable de todos los resultados que puedan traer las operaciones militares que, sin pérdida de minuto, continúa para obtener la completa pacificación de la República.

S. S. (f.) L. PLAZA G." (1)

La respuesta fue como sigue:

"República del Ecuador.—Jefatura Suprema.—Guayaquil, á 26 de Enero de 1912.

"Sr. General L. Plaza G.—Yaguachi."

"He recibido el oficio que Ud. se ha dignado dirigirme, con el carácter de General en Jefe del Ejército del Interior, desde el campamento de Yaguachi, el diez y nueve de Enero, de mil novecientos doce, en el cual me comunica que "un alto deber de humanidad y patriotismo" le obliga á enviarme ese oficio, con el objeto de que considerando que la sangre derramada en Naranjito, Huigra y Yaguachi es sangre ecuatoriana; que las víctimas sacrificadas, hoy, hubieran contribuido, mañana, á salvar á la Patria; que la suerte de las armas me ha sido adversa, y que es tiempo de que cese una guerra fratricida, provocada en hora desgraciada y sin bandera política, me intimo la rendición de esta plaza, para que no continúe derramándose, tan inútilmente, la sangre de nuestros compatriotas. Agréga Ud. que si no 'hago la entrega, seré el único responsable de todos los resultados que pueden traer las operaciones militares que, sin pérdida de minutos, continúa para obtener la completa pacificación de la República.

"Las afirmaciones de Ud. me ponen en el caso de expresarle que la imposición de la candidatura de Ud. para Presidente de la República, por parte del Gobierno de Quito, con violación del sufragio popular, consagrado como garantía en la Constitución del Estado, ha sido la

(1) "La Constitución".—Enero 30.

causa determinante del movimiento político del 28 de Diciembre de 1911, que el pueblo y el Ejército me obligaron a aceptar.

"Si es, como Ud. afirma en el oficio, un alto deber de humanidad y patriotismo el que le mueve á impedir un nuevo derramamiento de sangre humana, cúmplales á esos nobles sentimientos de Ud. agotar todos los esfuerzos posibles, postergando toda aspiración personal, para el logro de tan patriótico fin.

"Sea ésta la ocasión de asegurarle que, hoy, como antes y como siempre, estoy exento de toda ambición exclusivista, de manera que la Jefatura Suprema que ejerzo no es ni puede ser obstáculo para la realización de ese ideal suyo, de Paz, que es también el mío.

"Ya, pues, señor General: arrogámonos decorosamente la paz, como miembros que somos de la familia liberal y, más que todo, como buenos hijos de la Patria. Aprovechemos de los benévolo oficios del Cuerpo Consular, que en esta emergencia ha demostrado su cariño y predilección por el país, con el objeto de librar á la ciudad de Guayaquil de los horrores de la guerra. Las comisiones de los Gobiernos del Interior y de la Costa se encargaran de especificar las bases.

"Y si Ud. no acepta la proposición, concluyo devolviéndole sus propias palabras: 'Ud. será el único responsable de todos los resultados que puedan traer las operaciones militares que, sin pérdida de minutos, continúo para obtener la completa pacificación de la República.

"S. S. (L) PEDRO J. MONTERO". (1)

Enviada la intimación, Plaza se escabulló de la vista del General Andrade, y partió apresuradamente á Durán; pero advertido este General, tomó en carro de mano y partió también al mismo punto. No quería que Plaza llevase á efecto las Capitulaciones por sí solo; ya desconfiaba de aquel hombre. El objeto de la prisa de Plaza había sido otra inoble traición: fomentar un alzamiento en la ciudad de Guayaquil, con el objeto de que destrozasen á los revolucionarios que no habían combatido, pues los suponía enteramente inermes por el pánico. La carta que acababa de escribir á Montero no tenía otro fin que mantener desprevenidos á los infortunados Generales vencidos, para que no hicieran resistencia al asalto repentino que iba á prepararles. Casi cae de espaldas Plaza, al recibir el saludo del General Andrade en Durán. Sin embargo, en Guayaquil se realizó, en parte, lo que tanto deseaba Plaza: jóvenes y pueblo arremetieron á los cuarteles de Montero. Estos, á pesar de derrotados sus compañeros en Yaguachi, resistieron con mucha firmeza, y rechazaron á los asaltantes, causándoles desgraciadamente pérdidas. Entonces fue cuando el General Eloy Alfaro,

[1] "La Constitución".--Enero 30.

en vista de que Flavio estaba herido, pidió al General Montero le nombrara General en Jefe y Director de la guerra, ya no para resistir, mas aún para dirigir los arreglos de paz, pues quería evitar la destrucción de Guayaquil. Así era aquel noble anciano: nunca esquivó el peligro, si se trataba de algún beneficio á los otros. ¡Hay quien le inculpe hasta esta acción, pues la atribuyen al deseo de prolongar el derramamiento de sangre!

Hé aquí cómo dio cuenta Plaza al Gobierno de las primeras insinuaciones de paz, hechas por el General Montero:

"Durán, 20 de Enero de 1912.

"Señor Presidente y Ministros.

"Desde anoche se me anunció una comisión de paz compuesta de los señores Cónsules de Inglaterra, Estados Unidos, Argentina, y de los caballeros Carlos Benjamín Rosales, Edmarito Game y Sixto Durán Ballén, que llegaron hoy á esta parroquia de Durán. Después de cruzar ideas, aunque convencido de que el enemigo no puede librar otra batalla después del combate que hubo ayer con el pueblo de Guayaquil, que pudo haber consumado la obra si hubiera tenido armas y parque suficiente, he convenido en ofrecerles la paz, siempre que entreguen la plaza de Guayaquil y se comprometan los cabecillas á ausentarse del país por un tiempo prudencial hasta que se organice la República y se asegure una paz estable. Un sentimiento de humanidad, y más que eso, una razón de patriotismo me obligó á este paso, para salvar á Guayaquil de las consecuencias que ustedes deben adivinar y que las sufrió Yaguachi, á pesar de nuestros esfuerzos. Si Montero y el viejo Alfaro, nombrado General en Jefe en lugar de Flavio se resistieran á nuestra clemencia, tomaría la plaza sin más demora que la indispensable para trasladar á la otra orilla mil hombres en el yate "Caballero", "Colón" y "Sirena". Los tres de la comisión de paz, creen infundadamente que no habrá más resistencia, que los pocos soldados que quedan en la plaza no combatirán. Espero que ustedes aprobarán todo cuanto he hecho y haré para restablecer la paz de la República economizando sangre ecuatoriana. Lo de Yaguachi, fue horrible; el cálculo más moderado puede fijarse en 500 bajas de los dos ejércitos. Agradezco la felicitación de ustedes por esa victoria, felicitación que bien merece el abnegado y heroico Ejército constitucional. En nueve días, hemos dado dos batallas y un combate á cual más sangriento. El Ejército, pues, ha cumplido su deber.

"L. Plaza. G."

En esta comunicación hay conflicto entre el miedo, la vanagloria y la mansedumbre ficticia; y el resultado son contradicciones: "Convencido de que el enemigo no puede librar otra batalla, he convenido en ofrecerles la paz", dice al principio. Y más abajo agrega: "Los tres de la Comisión de paz, creen infundadamente que no habrá más resistencia, que los pocos soldados que quedan en la plaza no combatirán". Lo primero lo dice

por dar realce á su magnanimidad; lo segundo, por fundar en algùn sus ofertas de paz. Para todo esto, no consultaba con el General Andrade, cuando, por los antecedentes, él tenía más derecho que Plaza para la celebración de tratados. Vase ya comprendiendo que las Capitulaciones no fueron sino añagaza para echar manó á los caudillos derrotados.

En Quito se recibió la noticia del combate de Guayaquil con muy intenso regocijo, pues no fue ella de simple combate, ni menos de derrota, sino de definitiva victoria. Se ignoraba que el tal combate no había tenido otro objeto que la realización de los planes homicidas de Plaza.

Al día siguiente respondió Freile Zaldumbide al telegrama de Plaza:

“Quito, 21 de Enero de 1912.

“Señor General L. Plaza G.

“Puesto en consideración de los señores Ministros su atento telegrama en que me comunica su conferencia con los comisionados de Guayaquil, acordamos, después de estudiado atentamente que, proceda á la inmediata ocupación de Guayaquil, por medio de las armas, si fuere necesario, pues sería una vergüenza para ustedes y el Gobierno conceder garantías á los traidores que han ensangrentado la República. Esta resolución la hemos tomado, teniendo presente la manifestación que usted nos hace de la imposibilidad en que están los traidores de resistir por más tiempo, y que á conceder á los cabecillas la salida de la República, el Gobierno sería responsable de una nueva guerra civil en que esos pertinaces enemigos de la Nación, emprenderían, con seguridad, después de pocos meses. Puede usted conceder amnistía á toda la clase de trapa, á condición de que entreguen las armas antes de la ocupación de Guayaquil. Si usted cree necesario que se movilice á Durán mayor número de fuerzas, avise inmediatamente para enviarles mil quinientos hombres.

“Carlos Freile Z.”

Se funda este telegrama en la primera parte de la comunicación de Plaza, no en la segunda. ¡Ni siquiera se comprendían uno y otro estos encargados de la autoridad en las regiones de la Sierra y de la Costa!

Al otro día, como dudando, Freile Zaldumbide interrogó á Plaza en los siguientes términos:

“Quito, Enero 22.—General Plaza.—Durán.—Los señores Ministros y yo, tenemos deseo de que Ud., de acuerdo con el General Andrade, nos dé su opinión sobre si sería posible, al tomar Guayaquil, capturar á los cabecillas traidores, para impedir

que en lo sucesivo se repitan traiciones tan escandalosas como la que ha sido develada.— C. Freile Z." (1)

Plaza tenía hasta entonces la convicción de que los cabecillas fugarían, y por eso siguió aparentando generosidad, como se va á ver en su respuesta:

"Duran, á 22 de Enero de 1912.

Señor Presidente.

"Si el ataque á Guayaquil, nos diera por resultado la captura de los cabecillas, lo habríamos hecho sin pérdida de un minuto y seguros de triunfar sin grandes dificultades; pero como estamos convencidos que no será posible capturar á los traidores; porque tienen el vapor "Chilo" y los buques nacionales "Libertador Bolívar" y "Cotopaxi" listos para escaparse con sus familias, á las que tienen á bordo, hemos resuelto economizar la preciosa sangre ecuatoriana de nuestros soldados. Por otra parte sería criminal exponer á Guayaquil á las consecuencias que sufrió Yaguachi. En cuanto á que sea vergonzoso obtener la entrega de Guayaquil por capitulación, acepto esa vergüenza y desde ahora le aseguro que esta página será la mejor que llegue á mis hijos. Exento de ambiciones y hombre sin pretensiones ni vanidades, prefiero los modestos triunfos pacíficos á los ruidosos y sangrientos. Mi espíritu está enfermo; la sangre derramada en Pluigra, Naranjito y Yaguachi es sangre de nuestros hermanos y no puedo ser impasible ante semejante calamidad. Todavía tenemos 400 cadáveres insepultos en Yaguachi. ¿Se quiere más sangre? Que venga otro á derramarla.

"Soy del Sr. Presidente atento y S. S.

"L Plaza G."

Su intención está manifiesta aquí: la de aprehender á los Generales á todo trance; y la ocultaba con *el mejor legado á sus hijos, con enfermedades de espíritu, con que él es hombre modesto, sin pretensión, ambición ni vanidades.* Bufadó al Gabinete esta conducta; y la contestación fue en los términos siguientes:

"Quito, á 22 de Enero de 1912.

"Sr. General L. Plaza G.

"Si el Gobierno se ha empeñado en la ocupación militar de Guayaquil, ha sido porque la Nación clama por la sanción contra los traidores, bien entendido que los cabecillas siempre cuentan con los medios para eludir la acción de la justicia; pero esto no quita que nosotros por

(1) No hemos visto publicado este telegrama: hemoslo encontrado entre los papeles del General Andrade.

moralidad política y por intereses de la República, procuremos extirpar de una vez para siempre al elemento sedicioso, empleando los medios indicados por la ley—ya que ésta sería obra de verdadero patriotismo.—No podemos desechar más sangre ni nunca la hemos deseado, ni se ha derramado por nuestra culpa; y si empeño hemos puesto en el castigo de los traidores y criminales, ha sido precisamente para ahorrarlo, en un futuro inmediato, nuevas horribosas hecatombes.—Su amigo,

“Carlos Fécile Z.”

El día anterior había enviado Plaza los preliminares de las Capitulaciones; en el siguiente parte:

“Durán, 21 de Enero de 1912.

“Señor Presidente.

“Tengo el gusto de trasmitirles los documentos preliminares a la paz que se firmará hoy. Espero que todo será de la aprobación de Udes. Hoy conseguimos un nuevo triunfo con la aceptación de la Gobernación del Guayas por Du. C. Benjamin Rosales: “Memorandum. 1o. Dado el carácter militar que inviste el General Plaza, Comandante en Jefe del Ejército, carácter del cual no pu de ni debe desentenderse, se abstendrá rigurosamente de tomar en consideración ninguna proposición concerniente a la POLÍTICA INTERNA DEL PAIS, que el Sr. General Montero creyese oportuno tratar. 2o. En cambio, se halla dispuesto con agrado y hasta donde sus atribuciones se lo permitan, a tomar en cuenta las proposiciones que conciernan a la persona é intereses de dicho Sr. General y á los de los compañeros que designe. 3o. El Gobierno Civil de Guayaquil debe ser confiado al Sr. Du. Pedro Valdez M.: también se le facilitará todos los medios indispensables para garantizar la seguridad del noble pueblo del 9 de Octubre. 4o. El Gobierno militar lo asumirá el General Comandante en Jefe. 5o. El Sr. General Montero ordenará la cesación de hostilidades en todos los lugares de la República donde hubiere fuerzas en armas, comprendiéndose las provincias de Los Ríos, El Oro, Manabí y Esmeraldas. 6o. Se desea que la contestación del Sr. General Montero llegue al campamento de Durán, mañana domingo 21 de los corrientes, antes del medio día, entendiéndose que de no llegar se continuarán las operaciones militares.

“Durán, Enero 21 de 1912.—República del Ecuador.—Jefatura Suprema de la República.—Guayaquil, Enero 21 de 1912.

### MEMORANDUM

“1o. El Gobierno de Quito concederá amplias garantías á todas las personas civiles y militares, que por cualquier motivo directo ó indirecto hayan tomado parte en el movimiento político del 28 de Diciembre de 1911.



"2o. Licenciamiento previo de las tropas de Guayaquil, proveyéndose por el Gobierno de Quito; inmediatamente después, a su transporte al lugar de su procedencia ó hogares; pueden quedarse en el ejército los que voluntariamente quieran hacerlo así.

"3o. Libertad inmediata de todos los presos políticos por orden del Gobierno de Quito, así como también de todos los prisioneros.

"4o. El Jefe Militar de la plaza de Guayaquil será el General Don Julio Andrade.

"5o. El Gobernador de la provincia del Guayas será el Sr. Don Martín Avilés ó el Sr. Don Luis Adriano Dillon. El elegido entrará en el acto á desempeñar el cargo y lo ejercerá durante un mes cuando menos.

"6o. Reconocer que la actuación de los Sres. Generales Don Eloy Alfaro y Hipiano Páez en la actual evolución política, no ha sido otra que la de obtener por todos los medios decorosos, la pacificación de la República, evitándose el derramamiento de sangre, como lo justifica el hecho de haber aceptado cargos militares en el ejército del litoral, después de las acciones de Huigra, Naránjito y Yaguachi.

"7o. El Sr. General Montero ordenará la cesación de hostilidades de todos los lugares de la República donde hubieren fuerzas en armas y comunicará los arreglos en Guayaquil ó Esmeraldas, renunciando su aceptación.

### MODIFICACIONES

"1o. Aceptado, con las siguientes modificaciones. Donde dice: al Gobierno de Quito, se expresará: el Gobierno Constitucional de la República. Se exceptuarán del indulto las personas civiles ó militares que hubieren incurrido en responsabilidad penal por delitos comunes.

"2o. "Aceptado. Al licenciamiento de las tropas de Guayaquil, precederá el cuartelamiento armado del Cuerpo de Bomberos, que deberá atender á la seguridad de la población.

"3o. Subordínase esta cláusula á la ejecución de la séptima en la forma que luego se indicará.

"4o. El General Comandante en Jefe del Ejército designará el Jefe á quien encomiende la Jefatura Militar provisional.

"5o. Habiendo sido nombrado Gobernador de la provincia del Guayas el señor don Carlos Benjamín Rosales, será él quien desempeñe esa Gobernación.

"6o. No se toma en consideración.

"7o. La cesación de hostilidades, comprenderá la entrega de todo elemento bélico, entrega en cuya exactitud se interesará el honorable Cuerpo Consular de Guayaquil.

"Les abrazo.

"J. Plaza G."

¿Qué motivo tuvo Plaza para no consentir en que el General Ambade fuera la autoridad militar de Guayaquil? No es difícil comprenderlo. "No se toma en consideración", dice, cuando se trata de garantías para los Generales E. Alfaro y Páez.

Por fin, las Capitulaciones acordadas y firmadas por ambas partes, son las siguientes:

"Durán, 22 de Enero de 1912.

"Señor Presidente y Ministros.

"Los señores General don Leonidas Plaza G., General en Jefe del Ejército, y General don Pedro J. Montero, Jefe Supremo del Gobierno Sección, con el propósito de evitar la continuación de la guerra civil y su consiguiente derramamiento de sangre ecuatoriana, han acordado, bajo su palabra de honor las siguientes bases de paz, á saber: 1a. El Gobierno Constitucional de la República del Ecuador concederá amplias garantías á las personas civiles y militares que por cualquier motivo directo ó indirecto hayan tomado parte en el movimiento político de 28 de Diciembre de 1911. Se exceptuarán las personas civiles ó militares que hubieren incurrido en responsabilidad penal, por delitos comunes. 2a. Se verificará previamente el licenciamiento de las tropas de Guayaquil proveyéndose por el Gobierno de Quito, inmediatamente después, á su traslación al lugar de su procedencia ó hogar. Podrán quedar en el Ejército los que voluntariamente quisieran hacerlo así. Al licenciamiento de las tropas de Guayaquil precederá el cuartelamiento armado del Cuerpo de Bomberos, que deberá atender á la seguridad de la población. 3a. El General Comandante en Jefe del Ejército designará el Jefe á quien encomiende provisionalmente la Jefatura Militar de la tercera Zona. 4a. Habiendo sido nombrado Gobernador de la Provincia del Guayas el señor don Carlos B. Rosales, será el quien desempeñará esa Gobernación. 5a. El señor General Pedro J. Montero ordenará la cesación de hostilidades en todos los lugares de la República donde hubiere fuerzas en armas bajo su dependencia, y comunicará estas bases de paz á Esmeraldas, recomendando su aceptación. 6a. La cesación de hostilidades comprenderá la entrega de todo elemento bélico existente en Guayaquil: entrega que se efectuará dentro de tres días, y en cuya escrupulosa exactitud interpondrá el muy honorable cuerpo Consular de Guayaquil. El Sr General Montero ordenará igual entrega en los demás lugares de su jurisdicción. 7a. Después de cumplida la última cláusula ó sea á la base 6a. en cuanto ella se refiere á los elementos bélicos existentes en Guayaquil, el Gobierno Constitucional de Quito ordenará la libertad inmediata de todos los presos políticos, así como también de todos los prisioneros. 8a. Los Generales don Leonidas Plaza G. y don Pedro J. Montero hacen constar aquí su agradecimiento á los Cónsules de los Estados Unidos de Norte América y de la Gran Bretaña señores don Herman Dietrich y don Alfredo Cartwright, respectivamente, por sus buenos oficios en este arreglo decoroso de paz, obligándose á su cumplimiento ante ellos

mismos, con quienes lo suscriben por cuadruplicado, en el cantón de Guayaquil, á 22 de Enero de 1912.

“L. Plaza G., Pedro J. Montero, Testigos: Herman R. Diétrich, Cónsul General of the United States Of América. Alfredo Carterigohot, Cónsul de su Majestad Británica.

“Amigo de Ud.,

“L. Plaza G.”

Quien debió firmar estas Capitulaciones, si no primero, en seguida de Plaza, fue el General Andrade, porque como ya hemos visto, el había propuesto al Gobierno de Quito, antes de salir á campaña, condiciones relativas á conciliación con los revolucionarios, que fueron aprobadas por dicho Gobierno. “El Gobierno autoriza al comando de operaciones, ó sea al señor General Plaza y á mí, léase, á negociar un arreglo de paz, sobre la base del reconocimiento, por parte del General Montero, de la constitucionalidad del Gobierno, etc.” Plaza quería posponer al General Andrade, excepto cuando había riesgo de la vida, y Andrade lo soportaba todo en silencio, por dar cumplimiento á su deber, esto es, por observar la disciplina militar.

Partieron los Comisionados; y luego se supo que el General Montero estaba dando cumplimiento al compromiso, esto es, disolviendo su ejército y entregando las armas al cuerpo de Bomberos. En Durán ordenóse que se fuera embagacando el ejército, operación que requirió algunas horas. Oyéronse, al cabo, descargas disparadas en Guayaquil. Provenían ellas de los sucesos siguientes: el General Flavio Alfaro había regresado herido de Yaguachi; y como los Generales Eloy Alfaro y Montero no le visitaron, y el segundo nombró General en Jefe al anciano, sin siquiera dar aviso al joven, éste se hallaba muy enfadado con aquéllos. Diéronle noticia de que se estaban entregando las armas, y armadose el cuerpo de bomberos, indignóse y ordenó al batallón Esmeraldas fuese á impedir tal operación.

La lógica de los hechos convence que Plaza había dado orden á sus agentes de Guayaquil, aprovecharan la más leve circunstancia, tomaran las armas y embistieran á los revolucionarios. Su objeto era capturar á los Jefes, ó quizá dar buena cuenta de ellos. Los dichos agentes así lo hicieron; pero se ocultaron los Jefes, y ninguno de ellos pudo ser aprehendido. Mientras retumbaban las descargas, el General Andrade no estaba quieto en su sitio: se hallaba encendido en santa ira, pues había comprendido las intenciones de Plaza.

—“Mira la cara de ese baudido”, dijo en voz baja á uno de sus parientes, viendo la cara de Plaza, quien se encontraba á cierta distancia. Luego se acercó á Plaza y le solicitó permiso para partir inmediatamente á Guayaquil:

—“Dejamos que el pueblo nos haga justicia”, fue la contestación de Plaza.

Terminado el tiroto, concluyó el embarque del ejército en Durán; y al mismo tiempo viéronse lanchas que de Guayaquil venían, lo que dio á conocer que allí había triunfado el Gobierno. Todo el ejército se trasladó, pues, á Guayaquil. Fueron en una misma embarcación el General Andrade y Plaza; pero el segundo desembarcó a leñante, sin llamar la atención de su compañero de armas: quería que á él solo lo aplaudieran. Fue victoreado, en efecto, hasta que llegó á la casa de Gobierno. Allí se le presentó Don Carlos Benjamín Rosales, con un recado de parte del General Eloy Alfaro: mandábale decir al anciano que él y los otros Generales vencidos esperaban ser embarcados, en cumplimiento de lo pactado, y que se hallaban en tal aposento, en tal casa. (1)

Esto prueba evidentemente que los Generales revolucionarios cumplieron con las Capitulaciones; y si no salieron de Guayaquil, fue por confianza en la firma de Plaza, General en Jefe de las fuerzas vencedoras. Las capitulaciones fueron lazo, de aquellos de que se sirven malhechores. ¿Qué otro objeto había sino el de causar muertes para gozar de vida sin terrores? Perwersos de esta clase no tienen conciencia; y si la tienen, no la sienten. Para ellos son necesarias las religiones que amedrentan.

Hé aquí como Plaza da parte, en la misma noche del 22, de la violación de las capitulaciones:

(1) Quiza me refirió este hecho fue uno de los más respetables Cónsules extranjeros, residentes en Guayaquil. Hé aquí como Plaza lo refirió en Quito á un caballero de quien él debe acordarse: “Apenas llegué á Guayaquil, recibí recado del General Eloy Alfaro, transmitido por Don Carlos Benjamín Rosales, informándome del lugar donde se hallaba escondido, y pidiéndome le diera facilidades y seguridades para embarcarse. Entonces ordené inmediatamente á mi Cuartel General y á mi Escolta de honor, para que lo apresasen, junto con los otros Generales que estaban en el mismo escondite”.

Plaza no comprendía que hacía mal en mandar aprehender á quienes no debían ser aprehendidos, según las Capitulaciones, firmadas en la mañana de aquel día: creí que era un acto marcial, como apoderarse de un despojo de guerra. Lo refería sin la menor inquietud, como quien refiere un lance de cacería. A Plaza se le debe disculpar: el chacal da su zarpazo sin la menor reflexión, porque así está constituido; y éste es el procedimiento de estotro chacal con apariencias de hombre.

"Guayaquil, Enero 22 de 1912.

"Sr. Presidente y Ministros:

"Como lo habia previsto, el pueblo de Guayaquil arrebató las armas á sus verdugos y no dio tiempo á cumplir las bases de la rendición de Montero á las cinco ocupé la plaza en medio de gran entusiasmo de este pueblo patriota. En estos momentos se acaba de comunicar que ha sido capturado el General Eloy Alfaro y le ordenado su prisión en el Batallón "Marañón", á cargo del Coronel Sierra. Recomendando se le guarde todas las consideraciones debidas á esos desgraciados; también ha caído el desgraciado General Páez; el pueblo lo busca á Montero, todo está tranquilo. Enrique Gaillard, se hizo cargo patrióticamente de la Intendencia de Policía. El Gobernador, en uso de las facultades extraordinarias, hará los demás nombramientos. Tengo la profunda pena de comunicarles que el valiente Coronel Roinoso está atacado de fiebre amarilla; muchos y buenos médicos le asisten.

"*L. Plaza G.*"

"Guayaquil, Enero 22 de 1912, á las 9 y 10 p. m.

"Sr. Presidente y Ministros:

"También cayó prisionero el General Montero.

"*L. Plaza G.*"

*Que el Pueblo de Guayaquil arrebató las armas á sus verdugos, y no dio tiempo á cumplir las bases de la rendición de Montero, no es exacto. Lo exacto es lo que acabamos de narrar, acerca del tiroteo entre los bomberos y el batallón Esmeraldas. Hubo ligero combate del pueblo con la guardia de la Gobernación y Policía; pero ésto no fue porque el General Montero se demorase en la entrega de las armas. Y dado que hubiera sido ésto verdad, ¿el pueblo ó Montero fue quien violó las Capitulaciones? Y si las violó el pueblo, ¿qué culpa tenía el General Montero? ¿Cómo el General en Jefe vencedor, que firmó esa Capitulación en la mañana, por la tarde la violaba con la mayor inverecundia?*

Véase la opinión del General Andrade, al respecto, manifestada inmediatamente:

"Guayaquil, Enero 22 de 1912, á las 4 a. m.

"Sr. Ministro de Guerra:

"Mi opinión en incidente de la captura de los Generales Eloy Alfaro, Montero y Páez, es que debemos cumplir el compromiso de darles garantías para que salgan del país; lo contrario sería ofensivo para los Consules de la Gran Bretaña y los Estados Unidos, que garantizaron

el cumplimiento de aquellas promesas; y aún podría exponernos á una reclamación diplomática, si alguno de dichos Generales fuese víctima de un atentado popular que es muy de temer.

“Atto, *Jefe de Estado Mayor General*”.

Navarro tuvo el atrevimiento de echarla de hombre de Estado, y respondió:

“Para Guayaquil.—Quito, 23 de Enero de 1912.

“Señor General Jefe de Estado Mayor General:

“Refiriéndome á su telegrama de hoy, relativo á las garantías que debemos dar á los Generales prisioneros, causantes de la infamia que tantas víctimas ha producido, le funfisteo que, en una opinión con el Sr. Presidente del Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo y todos los Sres. Ministros, creo que ni el Gobierno ni Udes. han adquirido compromisos de ninguna índole, toda vez que no ha llegado á haber capitulación, ni ningún otro convenio que se halle consumado, debido á la actitud que supo asumir el noble pueblo de Guayaquil.—Los Sros. Consules no son sino Agentes comerciales, que si bien han tomado parte en los últimos desgraciados acontecimientos en pro de la paz, su acción no ha llegado hasta conseguir del Gobierno, única autoridad competente para sancionar arreglos, un compromiso formal que nos viéramos obligados á respetar; y esta consideración es tanto más digna de tomarse en cuenta, cuanto que el Poder Ejecutivo no sólo no aceptó la capitulación con los traidores, sino que ordenó la inmediata ocupación militar de Guayaquil.—Debe Ud., por consiguiente, cumplir las órdenes que se le han dado respecto de los prisioneros, á fin de que sean juzgados conforme á nuestras Leyes, evitando así á este hermoso País, nuevos trastornos por causa de sus malos hijos.—Garantías dará el Gobierno, pero sólo aquellas que debe ofrecer un Poder culto y civilizado, más sin que ello signifique la impunidad de los crímenes perpetrados por esos desgraciados.—Si por una debilidad, que generosidad no podría llamarse, el Gobierno procediera con lenidad, en el castigo de estos criminales, el pueblo se separaría de nosotros y quién sabe cuáles serían los resultados, aparte de que nuestro deber es hacer cumplir en todo caso nuestras Leyes, que no en vano se ha derramado tanta sangre ecuatoriana.—Su amigo.

“Ministro de Guerra, *J. F. Navarro*”.

“No ha llegado á haber Capitulación, ni ningún otro convenio que se halle consumado, debido á la actitud que supo asumir el noble pueblo de Guayaquil”.

Este argumento estaba fundado en la impostura de Plaza; había Capitulaciones, y quien intentaba violarlas era el mismo General que las firmó. ¿Y era el pueblo de Guayaquil quien

firmó las Capitulaciones, ¿ era Plaza, como General en Jefe del ejército?

“Los Señores Cónsules no son sino Agentes comerciales”.

Acabamos de decir que la intervención de los Cónsules era la de testigos oficiosos; pero sus patrias podían reclamar, en razón de que se las había ofendido, con el hecho de mirar con desdén á sus empleados consulares. No había deber de reclamar; pero si han tenido derecho de hacerlo.

“El Gobierno, única autoridad competente para sancionar arreglos”.

Los Generales en Jefe han estado siempre facultados, por el Derecho consuetudinario, para sancionar toda clase de arreglos. En lo contrario, no habría benignidad, ni conveniencia, ni racionalidad. Acaecen muchas veces las discordias en parajes muy distantes de aquellos en donde reside el Poder Ejecutivo, y no hay facilidad de transmisiones. Innecesario es citar ejemplos: llena está de ellos la historia de todas las Naciones.

“El Poder Ejecutivo no sólo no aceptó la Capitulación de los traidores, sino que ordenó la inmediata ocupación militar con Guayaquil”.

Las Capitulaciones fueron firmadas por el General en Jefe, y ésto bastaba. No hay, por otra parte, reprobación explícita é inmediata del Gobierno. La orden de la ocupación militar de Guayaquil, era de quienes nunca conocieron campamentos: un absurdo, en buenos términos, como lo comprobó el General Andrade en su telegrama del 23 de Enero, no publicado acto continuo, por complicidad de ciertos Ministros de Estado con Plaza:

“Guayaquil, Enero 23.—Presidente, Ministro de Guerra.—Quito.— Nuestra entrada á Guayaquil, sin disparar un tiro, tuvo como antecedente principal, el compromiso que se firmó la víspera en Durán y que los Generales prisioneros se disponían á ejecutar, por su parte, de buena fé, según de ello hay pruebas manifiestas.

“En el incidente del pequeño tiroteo entre el pueblo y unos pocos individuos de tropa, que no alcanzaron á ser disueltos, nada tuvieron que ver dichos Generales. Esta es la verdad, y ella debe ser tenida en cuenta por ustedes.

“De otro lado, es evidente, de toda evidencia, que sin el compromiso, los Generales no entregaban la plaza, no disolvían su Ejército, el pueblo se cruzaba de brazos impotente, y nos veíamos nosotros en las condiciones militares más desventajosas que imaginarse pueden, para continuar la campaña y obrar sobre Guayaquil con acción directa é inmediata.—A ningún ejército del mundo se le podía exigir más de lo que el nuestro había dado: tres combates en una semana, y después del de Yaguachi, la prostración fue evidente. Estéense ustedes seguros: ese

ejército no resistía una campaña de ocho días más, y habría sido indispensable perder el terreno ganado, retrogradar á Alaquí y Riobamba para reformarlo y establecer nuestros cuarteles de invierno.—Todas estas circunstancias debieron forzosamente ser apreciadas por el enemigo, y mi impresión íntima, absoluta, es que, si no obstante ellas, se llamaron á partido, fue porque, en verdad, consideraron ya inútil y desprovista de todo objeto la contienda.

“Los argumentos jurídicos que allá se aducen, revisten, sin la menor duda, su importancia, pero sin destruir estos otros.

“La civilización actual quiere, además, que el Derecho de Gentes tenga aplicación en las guerras intestinas, y aún desde este punto de vista, la exposición ó compromiso firmado, en pleno uso de sus atribuciones, por el Comandante en Jefe del Ejército, en operaciones frente al enemigo, debe ser respetada.

“Revistámonos todos de seriedad, estudiemos la situación descartándola, si posible, de las exigencias extremas del medio ambiente, y depositemos nuestra confianza en quienes la merecen, como soldados de honor y como hombres discretos.

“Servidor,

“Jefe de Estado Mayor General”.

Obligado por el ejemplo de uno á quien tenía por rival, envié Plaza al Gobierno el telegrama siguiente:

“Guayaquil, Enero 22 de 1912.

“Señor Presidente y Ministros:

“Los señores Cónsules de Inglaterra y de Estados Unidos de América reclaman íntegramente el cumplimiento de las bases de la capitulación acordada á Montero, creen que sería una cosa vergonzosa para ellos que los señores Alfaro, Montero y Páez no gozaran de los beneficios de dicha capitulación, agregando también que ya habían dado cuenta á sus gobiernos respectivos del éxito de sus gestiones para obtener la antedicha capitulación. El pueblo de Guayaquil está reunido y vigilante, y seguramente hará cuanto pueda para evitar la salida de los prisioneros; por mi parte, creo que deberíamos cumplir lo pactado, obligando á esos señores á dar garantía de que no volverán al país durante cuatro años; también esperaríamos para embarcarlos la entrega de todas las plazas rebeldes y de los elementos bélicos que tienen en ellas. Mediten bien el asunto y resuelvan lo más conveniente para el país y para el honor del Ejército

L. Plaza G.

La contestación de Freile Zaldumbide fué ésta:

“Para Guayaquil.—Quito, Enero 23 de 1912.

“Señor General Plaza G.

“El Gobierno, estudiado el telegrama de usted, sobre la conveniencia de cumplir íntegramente las bases de la capitulación acordada entre



usted y el General Montero, resolvió que se le contestara en los términos siguientes: Que para el Gobierno del Ecuador la capitulación á que usted se refiere no tiene ni puede tener ninguna fuerza obligatoria, ya porque tal capitulación no está comprendida entre las atribuciones que le corresponden á usted según la ley, ya porque el Gobierno lejos de aprobar ese pacto, lo rechazó, y finalmente porque de parte de los traidores no se cumplió con la condición *sine qua non* de la entrega de la plaza de Guayaquil, que fue tomada por las armas, por el heroico pueblo Guayaquileño. Si de este orden jurídico de ideas pasamos á considerar el asunto bajo su aspecto político, le manifestamos que los intereses nacionales, la justicia social, el pueblo entero exigen y piden el castigo de las personas que sólo llevadas por su ambición cometieron los crímenes de traición y rebelión á mano armada contra el orden constituido. Si el Gobierno tuviera la debilidad de consentir en la salida de los cabecillas de la República, habría perdido el apoyo de la opinión pública, puesto en peligro la paz futura de la Nación, pues el pueblo con esta conducta no se prestaría á dar su sangre nuevamente y se sentaría un precedente funestísimo, como es la impunidad de las grandes criminales de la Patria. Estas consideraciones son las que han influido poderosamente para ordenar que los prisioneros á que se refiere usted en su telegrama, sean trasladados á esta ciudad, bajo su más estricta responsabilidad, á fin de que sean juzgados de conformidad con las Leyes de la República. Finalmente los casos de indulto están determinados en nuestra Constitución Política, y el Poder Ejecutivo no pueden ejercer el derecho de gracia sino en la forma prescrita en ella y no están los delincuentes capturados por el pueblo de Guayaquil en estas condiciones.

Nada corresponde á usted por lo que atañe á las cuestiones que pueden suscitarse con el Cuerpo Consular; dichas cuestiones serán tratadas aquí por el Ministro de Relaciones Exteriores con el Cuerpo Diplomático residente. Por todo lo cual envío á ordenar á usted el envío inmediato de los cabecillas, con las seguridades debidas.

*Carlos Freile Z.*

Las vacilaciones de Plaza ponen en evidencia las inclinaciones de un maldichor, de un cobarde, de uno á quien es desconocida la moral y que pone en juego, en cualquier recurso, con tal de conseguir el fin que se ha propuesto. Firmó las capitulaciones, porque necesitaba desembarcar fácilmente en Guayaquil; las violó con la aprehensión de los Generales vencidos, porque los temía y quería deshacerse de ellos; se resistía á enviarlos á la muerte á Quito, porque ya veía que ésto sería el resultado, y que quería que la responsabilidad recayera en el Gobierno. La conducta de Freile Zaldumbide es la de un cobarde y de un inepto: sus íntimos le transmitían el terror de que los Generales Allaros salieran á puertos extranjeros, y él no prevenía el desastre que había de verificarse en Quito.

A la casa de don Ramón Mejía, donde se hallaba el General Andrade, acudieron don Martín Avilés, don Sixto Durán Balón, don J. Heliodoro Avilés y don Eduardo Whitley, á decir á dicho

General que los *Generales revolucionarios* habían sido aprehendidos; y que convenía fuera el General Andrade á salvar á los prisioneros del furor del populacho. Saló éste, ordenó llamaran á los Cónsules, testigos de las Capitulaciones, aproximaran lanchas á un punto determinado del muelle, un automóvil á cierta calle, y partió á prisa al lugar designado, donde halló á la escolta y á los presos. Ofreció el brazo al General Eloy Alfaro. Grupos de militares deshechos de paisanos, y algunos también del populacho, insultaban y amenazaban á los presos; un formidable mulato se disparó contra el anciano, levantando en alto un machete; sacó su espada el General Andrade, y le contuvo con una voz y un ademán. Comprendió que era imposible dar ninguna orden en favor de los prisioneros, y fuese custodiándolos hasta llegar á la casa de Gobierno. Al entrar á ella, existieron grupos de uno y otro lado; el anciano Alfaro quedaba atrás, pues todos los demás habían entrado; el General Andrade le empujó, se paró en el umbral con la espada en alto, y contuvo á los asaltantes con palabras y ademanes oportunos. Ya los prisioneros en una habitación, el General Andrade les puso guardia de toda su confianza, en gran parte jóvenes de Cuenca, y les estimuló con palabras oportunas, á un proceder noble, recto y de valientes. A poco recibió orden de Plaza para que enviara á los *Generales prisioneros* al alojamiento del batallón "Marañón"; Andrade le contestó que el "Marañón" estaba acuartelado en el barrio de "Las Peñas", á larga distancia de la Gobernación, y que por eso había riesgo de que fueran atacados por el populacho en la calle. Plaza replicó que obedeciera la orden. Andrade le envió decir que la mandara por escrito. Plaza hubo de ceder, y *pidió que quedaran en la Gobernación hasta nueva orden*. Andrade comprendió que se hallaba rodeado de espías de Plaza; pero no se abstuvo de tomar asiento entre los Generales, y de entablar largas pláticas con ellos. Presentáronse los Cónsules testigos, y demandaron el cumplimiento de la Capitulación firmada en Durán. Sabían ellos que sólo habían interpuesto sus buenos oficios, para lo cual únicamente estaban facultados; pero que ésto era bastante, ya que habían tratado con *personas honorables*. Plaza y el Gobierno de Quito honorables! Inglaterra y Estados Unidos han podido decir: "Esos Cónsules son mis empleados; como empleados míos son honorables, y han debido merecer miramiento del Gobierno ante el cual se encuentran de Cónsules." Tanto mayor razón había para que el Gobierno ecuatoriano tratase con consideraciones á los Cónsules, cuanto prestaron sus nombres para seguridad de la vida de un Ex-Presidente, y otras personas distinguidas. Plaza era General en Jefe; él mismo había aceptado la intervención de los Cónsules; y ni al Gobierno le era potestativo rechazarla más tarde. Los indigestos oficios del Ministro de Relaciones Exteriores, no sirvieron sino para desacreditar una vez más, al miserable Gobierno ecuatoriano de entonces.

Los Cónsules quisieron ir á hablar con Plaza, y llevar en su compañía al General Andrade; pero éste vióse obligado á excusarse, pues no debía él desamparar á los presos, ya que los militares le amenazaban de continuo. Mandó decir á Plaza estas precisas palabras. "Debe Ud. por honor militar, respetar su firma en las Capitulaciones. Ellas eran necesarias para nuestra entrada triunfal, en Guayaquil. No son contrarias á ninguna doctrina sana. La violación argüiría crueldad, cobardía, traición."

Nada consiguieron los Cónsules; y estarán hasta ahora sorprendidos de la buena fe, de la cultura é hincos sentimientos de los ecuatorianos con quienes trataron.

Ciertos periodistas de Quito habían recibido temprano, probablemente de Durán, telegramas despachados cuando apenas fueron firmadas las Capitulaciones, en que les ordenaban la organización de meetings, en solicitud de las cabezas de los Generales prisioneros. Organizaron ó en el acto: mujeres, y de la peor estofa, acudieron en multo, á casa del Encargado del Poder Ejecutivo, y levantaron estruendosa algarazara. Uno de los periodistas, ahora Ministro de Estado, ya que de tales periodistas se forjan Ministros, hábia compuesto un discurso que una de aquellas pronunció. Se realizaba la previsión de Plaza, cuando, con el objeto de irritar al populacho de Quito, exageraba el número de muertos en la batalla de Yaguachi. Si padres, esposos, hijos de algunas de esas desdichadas, habían perecido en las batallas, no podía devolverseles la vida, con la sangre de los Generales prisioneros. La ley del talión feneció; su ejecución era una cadena de crímenes; y ha optado la civilización por dar lugar á la clemencia, promulgada por la voz de la justicia. Intimidóse el Dr. Freile Zaldumbide, y en los balcones leyó el siguiente sanguinario telegrama, que acto continuo fue enviado á Guayaquil:

"Para Guayaquil.—Quito, Enero 22 de 1912.

"Sr. General L. Plaza G.:

"En vista de sus atentos partes en que se sirve comunicarme la captura de los señores Eloy Alfaro, Pedro J. Montero y Ulpiano Páez, los señores Ministros y yo hemos acordado que á esos presos se los remita á esta Capital con las seguridades debidas y bajo la responsabilidad de algún Jefe de prestigio, pues la Nación entera reclama al Gobierno el inmediato castigo de los que sin ningún motivo han ensangrentado la República, sólo por satisfacer sus mezquinas y bastardas ambiciones. El Gobierno confía en que Ud. cumplirá esta orden bajo su más estricta responsabilidad é inmediatamente.

"En este momento todo el pueblo de Quito, congregado bajo las ventanas de mi casa, solicita á gritos que á los presos se les traslade á esta Capital para su juzgamiento.

"Su amigo,

"Carlos Freile Z."

El populacho, en su totalidad mujeres de soldados, se arrojó en seguida, á la morada de la Señora esposa del General Flavio Alfaro, quien no vivía sino con hijos tiernecitos: por fortuna estuvo ausente: de otro modo, la turba la habría despedazado. Sólo fueron destruidos cuantos muebles había en dicha casa.

Volvamos á Guayaquil:

Ya entrada la noche, el General Andrade se retiró á su casa, en busca de descanso y de algún alimento, después de excitar otra vez á la guardia, escogida por él mismo, en nombre de la humanidad y la honra, desplegara el mayor valor posible, á fin de guardar la vida de los desgraciados Generales. A éstos se había agregado el General Medardo Alfaro, hermano del anciano don Eloy: había llegado de Manabí, con cosa de cien hombres, cuando ya Guayaquil estaba en poder de los triunfantes; y fue inmediatamente capturado, por orden exclusiva de Plaza, ejecutada por su cuñado Juan Manuel Laso. El General don Medardo no tomó parte, pues, en la contienda.

Había continuado la ayilantez de los soldados y el populacho en la prisión. A la 1 a. m. del 23, dos caballeros fueron á despertar al General Andrade, quien en compañía de ellos, acudió á toda prisa. Su presencia infundió respeto. El anciano General Alfaro yacía sentado ó inclinada la cabeza: al ver entrar al General Andrade, le extendió ambas manos y se puso en pie. Todos los demás se reanimaron. El General Andrade les dirigió palabras comedidas, y les aconsejó se acostaran sin recelo. Entonces el anciano Alfaro se quitó la ropa exterior, acercó dos sillas á una mesa, sentóse en la una, levantó los pies y los colocó en la otra, reclinó la frente en los dorsos de ambas manos, puestas en la mesa, y se durmió. Le imitaron los demás, acostándose de diferentes modos; y también el General Andrade, conocida la necesidad de permanecer allí, tiróse en un sofá, del cual no se levantó sino á la aurora. En el interín, la guardia había sido relevada por orden de Plaza, con otra del batallón Maraón.

Amaneció el 23 de Enero: tornó el pueblo, estimulado por soldadesca disfrazada y por la guardia, á intentar ataques, y arrojaba á los prisioneros contumelias. El General Andrade y Plaza, (siempre por guardar apariencias, este último) lo contenía con alocuciones. Los diarios de Guayaquil, todos partidarios de Plaza, sólo publicaban discursos de él, ninguno de los del General Andrade.

Cuando por la mañana habló éste con el General Eloy Alfaro, díjole contento el anciano: "Ya Placita me dijo que inclui-

ría, á fin de que Fraile Zaldumbide consintiera en nuestro embarque, y que si no consentía, él renunciaría y se embarcaba con nosotros". Salió el General Andrade, buscó á Plaza y le tendió la mano: "El General Alfaro acaba de referirme, le dijo, que usted le ha ofrecido proceder con rectitud. Ahora si somos verdaderos amigos."

En el mismo día recibió Plaza los siguientes telegramas, despachados de Quito por gente inexporta, cruel ó cobarde:

"Sr. General L. Plaza G.

"Amigos y compatriotas creemos absolutamente imposible la libertad de Eloy Alfaro ni sus cómplices por ninguna causa, so pena de la ruina de la Patria.

"La opinión es completamente unánime de que presos sean juzgados sentenciados con estricta sujeción á las leyes. Proyecto de libertad ha causado gran exaltación que puede traer funestísimas consecuencias.

"Lino Cárdenas, Manuel R. Balarezo, César Enriquez, Manuel Eduardo Escudero, Virgilio Cajas, Luis Calisto M., J. C. Valencia P., Max. Valencia L., Leoncio G. Patiño, Leonidas García, José M. Suárez, Alberto Larrea, M. A. Salgado, R. del Hierro, Alejandro Mosquera Narváez, A. Carrera Andrade, Gabriel Gómez de la Torre.

"Quito, á 23 de Enero de 1912.

"Señores Jefes, Oficiales ó individuos de tropa del Batallón "Marañón":

"Pueblo confía en que la energía y patriotismo de ustedes responderán de seguridad traidores Alfaro, Montero, Páez y demás, para que sean remitidos á recibir enérgica ejemplar sanción de justicia y honor de la República. Anoche y hoy nestings grandiosos hombres y mujeres para este fin. Nación entera tiene sus ojos en ustedes en momentos de grandes reparaciones que no exceptuarán á ningún culpable. Esperamos ansiosamente respuesta favorable; pues así cumplirán ustedes órdenes expedidas por Gobierno y voluntad del pueblo.

Viniéronle al pelo á Plaza, porque todav á le era necesario hacer ostentación de humanidad. He ahí su respuesta:

"Quayaquil, 23 de Enero.

"Señor Lino Cárdenas y demás firmantes:

"No comprendo la indignación de los ciudadanos de esa Capital, por el hecho de haber expresado honradamente mi opinión respecto al cumplimiento de una capitulación, que se imponía entouces para termi-

nar esta guerra rápidamente, evitando así que nuestro bravo ejército fuese diezmado por la fiebre amarilla que grassa en estas comarcas. Como no nací para verdugo, mañana mismo declinaré el mando del Ejército para que venga á reemplazarme quien se atreva á llevar á estos desgraciados Generales á esa Capital, con el propósito de que corran la misma suerte del infortunado Quirola. [\*]. Llevando á los prisioneros á Quito se va á infringir la Constitución, que ordena no distraer á los delinquentes de sus Jefes naturales.

"Soy de ustedes respetuoso compatriota."

"L. Plaza G."

Habla de una Capitulación, que en parte había ya infringido; pero habla de ella con prescindencia absoluta de la honra de un verdadero militar. "Cumplimentó de una Capitulación que se imponía entonces para terminar esta guerra rápidamente, evitando así que nuestro bravo ejército fuese diezmado por la fiebre amarilla que grassa en estas comarcas". ¡Quiere decir que sólo aceptaba las Capitulaciones, en cuanto le convenían á él, no al partido contrario, pues ya había aprehendido á los Jefes enemigos! ¿Será ésta la moral de hombres serios?

El General Andrade preguntaba a cada instante á Plaza si había despachado el telegrama ofrecido al General Alfaro, y Plaza contestaba invariablemente que sí. Al fin comprendió el engaño Andrade; y cuando el General Alfaro volvió á insistir muy en breve en su confianza, el General Andrade dijo: "Yo no participo de esa confianza, General. Conozco ya perfectamente á Plaza". Alzó los ojos el General anciano, miró sorprendido á su interlocutor, y luego dijo: "Yo creía que todavía no veía usted con toda claridad".

¡El infortunado anciano, caudillo, casi toda su vida, de un gran partido, veíase en la necesidad de aparentar confianza en uno de sus subalternos más criminales!

---

(\*) "Al General Plaza no se le comunicó el hecho desgraciado ocurrido aquí con el prisionero Coronel Belisario Torres á su entrada al Panóptico, pues á conocer el señor Plaza tal acontecimiento en vez de citar lo ocurrido con Quirola se hubiera referido al suceso último".— (Nota del periódico).



## XI

### **Primeras consecuencias de las Capitulaciones**

Plaza había dicho el 23 de Enero, en respuesta á solicitudes de gente de Quito, poco avisada ó perversa: "Como no nací para verdugo, mañana mismo declinaré el mando del ejército, para que venga á reemplazarme quien se atreva á llevar á estos desgraciados Generales á esa capital, con el propósito de que corran la misma suerte del infortunado Quirola". Apenas vio el Gobierno esta frase, temió que Plaza pusiese en libertad á los presos, pues éste era el temor que dirigía á Freile Zaldumbide, acordó con el mismo Plaza, y envió á Navarro, Ministro de Guerra, á Guayaquil, con instrucciones relativas á los Generales prisioneros. Plaza llamaba á Navarro, para que le sirviera de instrumento, como ya le había servido en Quito: el Coronel Torres había muerto; y preparado quedaba el suceso del 28 de Enero. En Guayaquil no podía Navarro ejercer el cargo de Ministro de Guerra, porque apenas se partió, fue nombrado otro en lugar de él. Pudo obrar como individuo en comisión; pero no usurpar las atribuciones del Ministro de Guerra del Gabinete de Quito. Haber consentido en este viaje fue otra de las debilidades criminales de Freile Zaldumbide. Plaza consiguió su objeto, cual era echar la responsabilidad de los atentados proyectados por él, sobre el Gobierno.

Apenas llegó Navarro á Guayaquil, Plaza se hizo el renunciante del cargo de General en Jefe: le era indispensable ocultar sus intentos; pero no los ocultaba con viveza, como César Bor-



gía, por ejemplo. El Dr. Froile Zaldumbide estaba atontado por el dominio de Plaza, y no se aprovechó de esta nueva conjuntura, venida tan á pelo, para libertar de ese malvado al Ecuador. Su contestación fue la siguiente; y lojos estuvo el renunciante de insistir:

"Quito, Enero 21.—General Leonidas Plaza G.

"El Gobierno reconoce la importancia de sus servicios militares que han cooperado eficazmente al restablecimiento del orden constitucional, y por esto el Poder Ejecutivo no puede ni debe aceptar su separación del ejército constitucional.

"Carlos Freile Z."

Como ya tenía sobre quién echar la responsabilidad, ordenó la prisión de dos Generales más y otras personas.

El 25 de Enero fueron reducidos traidoramente á prisión los Generales Flavio E. Alfaro y Manuel Serrano. Respecto del primero, ya firmadas, el 22, las Capitulaciones en Durán, los Cónsules de Inglaterra y Estados Unidos manifestaron, el mismo día, que el General don Flavio no había sido invitado á suscribir las; por lo que solicitaban un documento equivalente á ellas, como salvoconducto ó pasaporte. Tal documento fue inmediatamente otorgado, y enviado con los mismos Cónsules, en nombre de Plaza, al favorecido, su compadre. Hé aquí el dicho pasaporte:

"El suscrito, General en Jefe del ejército, expresa su voluntad de comprender en la exención que ha firmado el día de hoy con el Sr. General Pedro J. Montero, al Sr. General don Flavio E. Alfaro; de suerte que las garantías personales que se estipulan comprenden al dicho Sr. Alfaro, y á quienes, por cualquier motivo directo ó indirecto, hayan participado en los movimientos del 22 de Diciembre del año pasado, que ocurrió en Esmeraldas.—Se entiende que el Sr. General Flavio Alfaro cumplirá, por su parte, las estipulaciones concernientes á entrega de elementos bélicos, cesación de hostilidades y, en suma, pacificación total de las secciones que le hubieran reconocido como Jefe.—Durán, Enero 22 de 1912 —[Firmarlo] L. Plaza G."

A continuación envió Plaza el siguiente saludo á la señora esposa del General don Flavio, residente en Quito:

"Durán, Enero 22.—Señora Rosario Alarcón de Alfaro.—Tengo el gusto de comunicarle que mi compadre sigue mejorado. El señor Cónsul inglés le vió hoy, y trajo encargo de enviar noticias á usted. Dígnese avisar como están usted y niños.—Su compadre.—L. Plaza G."

Pasaron dos días: el General don Flavio permanecía en su casa, curándose de la herida de la pierna, amparado por el salvo-conducto, enviado por su compadre.

La tranquilidad de él era honrosa para Plaza, pues provenía de ciega confianza, de la que no participaban los amigos del joven Alfaro. A cada instante le insinuaban éstos que fugara. "Sería ingratitude grave, si mi compadre me aprehendiera, decía: tuve una discusión muy seria con mi tío, me impuse y conseguí que aprobara la candidatura de mi compadre, en 1901. El lo sabe perfectamente. Aquí tienen el salvo-conducto firmado por él.". A bordo del vapor "Chile", se encontraba una persona de la familia de Alfaro; y alla le dirigió una esquela, que llegó cuando todavía era tiempo. "Es preciso que, ya que los otros no pueden hacerlo, tú que tienes facilidad, lo hagas, pero sin demora, decía la carta, Vénte: debe salvarse siquiera uno de la familia". No quiso aquella víctima: le parecía imposible tanta felonía en su compadre.

De repente llegó una escolta: Plaza le mandaba decir con el oficial que aquella escolta no tenía otro objeto que custodiarlo, en contra del pueblo, y que de nada desconfiara. Probablemente llegaron a noticias de Plaza los consejos que los amigos daban a su futura víctima, y recalcó que éste se resolviera a fugar. El tenía resuelto enviarlo a Quito, y solamente esperaba llegase el instante. Lejos de mostrarse amigos los soldados, arrojábanle a cada rato contumelias. Avergonzada el Oficial, retiró la escolta; pero ahí luego fué Enrique Gallardo, amigo del joven Alfaro, pero más amigo de Plaza, y le suplicó fuese a la Gobernación con él, tan sólo para efectos del juicio seguido en contra de Montero.

Gallardo, pues, fue quien primero condujo al General Flavio E. Alfaro a la muerte.

A la vívora hay que disculparla, repetimos, porque hirió por movimiento impulsivo: Plaza reflexiona, calcula, se entenece, sonrío con la mayor sencillez, hasta llora, y de repente introduce la daga hasta el puño. ¡Es admirable esta clase de bandidos! [1]

Un comprovinciano del General Manuel Serrano, enemigo terrible de él, fue en busca de Plaza, no enemigo, pero sí individuo terrible por instinto, y celebró un muy sencillo contrato con él—"Aprehenda usted al General Serrano, le dijo, y yo respondo del triunfo de su candidatura en mi provincia, en las elecciones

(1) Es inadmisibile la especie propalada por algunos secuaces de Plaza: dice que entonces, cualquiera daba orden de arresto. ¿De manera que Plaza era un estafermo? Y dada por cualquiera la orden de arresto, ¿no habia reclamos después, y Plaza no podía ratificar el error?

nes próximas. [1] A las 7 a. m. del 25, un hombre llamado Clotario Paz, y otro de apellido Naranjo, llevaron preso al General Serrano. Era este General amigo de Plaza: en cierta ocasión en que el pueblo de Guayaquil amotinado, silvaba y quería aporrear á este sujeto, el General Serrano le cubría con su cuerpo, y lo acompañó así hasta su casa. Dícese también que fue uno de los que le custodiaron cuando, en Enero de 1906, huyó de Guayaquil, cargado con \$ 7.000.

Llegó á la prisión, y Plaza no aparecía. Esperó hasta que servían el almuerzo á los otros Generales presos. Dijo entonces al Gobernador que se iba á almorzar, y volvería; pero se le respondió que era preciso esperar orden de Plaza, y que se iba á aumentar otro cubierto para él. Esperó hasta las 3 p. m. A esta hora llegó Plaza, á quien el General Serrano reclamó.—“Yo no he sido revolucionario, le dijo: testigos los Generales presentes”. Tomó la palabra el General Montero:—“El General Serrano se ha negado á ayudarme, dijo: se le ofrecieron varios cargos, y no aceptó. No sé por qué le han traído aquí.”

Volvióse el General Serrano á Plaza, é hizo además de despedirse.

—“Quédese, quedese,” le dijo ésto con su acostumbrada dulzura, y como si fuera á brindarle una copa de champagne.

Probablemente tuvo miedo de inmolarse al General Serrano porque su inocencia era palpable, y no había medio de justificar la inmolación: dormitado por este miedo, escribió una renuncia, dirigida al Congreso, del grado de General, en que se decía la elevaba el firmante, porque conocía su ineptitud para el ejercicio del grado antedicho: el firmante debía ser el General Serrano. Ya escrita, mostróla á Navarro, á quien halló en Compañía del General Andrade:—“El grado de General no es renunciabile”, se atrevió á decirle Navarro. Mal haría usted en mandar á Serrano firmase esta renuncia”.—¿Y la opinión de usted?, dijo Plaza al General Andrade.—“Usted conoce el respeto que yo tengo por la dignidad humana, contestó éste; y mayor es el que abrigo por la dignidad militar. Es una humillación cruel aquella á que usted va á someter á un General de la República”. La serpiente sólo sabe mordér, no respetar ningún derecho en el hombre: Plaza envió el documento al General Serrano, con la amenaza de que si no firmaba, lo remitiría á Quito. Sabido es lo que signi-

(1) Esta versión es muy probable: es la generalmente aceptada, por lo menos. Verdad es que Plaza no necesitaba que otro le impulsara, pues no quería otra cosa sino que fueran desapareciendo todos los Generales amigos del General Eloy Alfaro, á quien temblaba.

ficaba este viaje. La hora ó la vida. El General Serrano devolvió el papel sin firmarlo, a pesar de algunas insistencias.

¡Dad á Plaza el calificativo de que es digno, oh ecuatorianos!

Navarro dió orden á Plaza mandase el enjuiciamiento de los prisioneros, en virtud de autorización del Presidente, constante en el telegrama que va á continuación:

"Quito, Enero 25 de 1912.

"Señor General don Juan Francisco Navarro.

"Guayaquil.

En unión de los señores Ministros lo saludamos afectuosamente. Aun cuando juzgo excusado recomendarle el cuidado y conservación de los prisioneros Generales Alfaro, Montero y Páez, con todo, me permito exigirle que tome usted todas las precauciones que le aconsejen su prudencia y tino, para que dichos presos no sufran ningún vejameo ni hostilidad del pueblo, menos que se atente contra su vida. Lo que sí es conveniente insinuarle es que ordene cuanto antes el juzgamiento militar á que por las leyes deben ser sometidos, para de esta manera satisfacer á la vindicta pública que reclama, con justicia, el castigo de los culpables. El juzgamiento, conforme al Código Militar, debe verificarse en esa ciudad, teatro de las infracciones. Concluido el juicio verbal, remítalos á esta capital para que cumplan su condena, empleando escrupulosamente todas las medidas eficaces para garantizar la vida de los conducidos.

"Acúsceme recibo de este telegrama.

"Carlos Freile Z."

Siquiera en esta decisión no se mostró aquel magistrado pusilánime é inepto: la orden de que los prisioneros fueran traídos á Quito, obedeció á la algazara de mujeres plebeyas; la de que los presos fueran juzgados en Guayaquil, provenía del sometimiento á las leyes. ¡Si todos los Gobiernos supieran que no van sino camino del abismo, cuando sus resoluciones son dictadas por algaracas populares! Más que á los preceptos legales, obedeció esta última decisión del Encargado del Poder Ejecutivo, al descubrimiento, hecho por él, de los preparativos para la inmolación de los presos, caso de que estos fuesen enviados á Quito. Desde entonces empezó la ansiedad de Freile Zaldumbide por contener en Guayaquil á los presos, cosa que ya no le fue posible; porque Plaza lo tenía ya envuelto en sus redes. Las medidas que adoptó para evitar el desastre, no fueron eficaces, porque

tema que también á él le asesinasen. Desde entonces se resignó á ser verdadero cómplice.

También fueron aprehendidos el Coronel periodista Luciano Coral y otros individuos. El Coronel Coral no era de ningún modo culpado: no hizo otra cosa que dirigir un periódico, en favor del Gobierno revolucionario. Si no hubo honradez en la defensa; tampoco la ha habido ni la hay, en los periódicos que han defendido y defienden á Plaza. ¡Plaza descendió del poder, en 1905, laureado por ciertos escritores, quienes le regalaron un album, con sendos encomiásticos autógrafos, porque en su Gobierno se gozó de libertad de imprenta! ¡Todo criminalanda en pos de la propia conveniencia únicamente!

Los otros presos encontraron amistades ú en Plaza ó en sus íntimos, razón por la que fueron puestos en libertad, á poco necesitar.

Véase como dio cuenta Navarro, vco de Plaza, de todas estas prisiones:

"Guayaquil, á 25 de Enero de 1912.

"Sr. Presidente y Ministros:

"Por interrupción de la línea no pudo pasar signicute telegrama: Medardo Alfaro, creyendo que todavía esta plaza estaba con los traidores, vino ayer en el vapor Luglés "Manabí" con ciento doce hombres, reclutados en las provincias de Manabí y Esmeraldas. Estos venían con armas; Medardo fue capturado y está en compañía de todos los traidores. También hice conducir preso á la misma localidad á Flavio Alfaro, quien, al entrar, ha manifestado que Eloy y Montero son sus más irrecconciliables enemigos. También está preso el General Serrano; así es que los presos son tres Generales Alfaros, Montero, Páez y Serrano; CON ESTA MEDIA DOCENA DE TRAIADORES, PRINCIPIARA A LIMPIARSE POR LA CADEZA EL ESCALAFON MILITAR

"En este momento, se sigue el juicio á Montero; así que, como les dije en mi anterior, esta noche dictarán la sentencia. En el pueblo sigue la misma exasperación de touprano, y aguarda con desesperación que se termine dicho juicio.

"He encontrado la oficina de telégrafos con su personal lleno, sin preaverse nadie de poner sanciones. Me han asegurado que la mayor parte son los mismos traidores; creo que estamos en la ineludible obligación de depurar en todos los ramos de la Administración el elemento corrompido, pues el Gobierno no puede contemporizar con ningún compadrazgo en tratándose de hacer el bien. Nuestro estimable amigo y compañero Ermel Piallo es digno de todas nuestras consideraciones; se le ha puesto obstáculos en la buena organización de esta oficina que es la principal. Espero que, á la brevedad posible, ordenen al Sr. Go-

bersador de facilidades al Sr. Biallo para que cumpla la comisión que vino recomendado. Soy enemigo de ser elemento de discordias, pero me gusta sean cumplidas las órdenes del Gobierno. Abrázoles.

*"Juan P. Navarro"*

Navarro es un hombre despreciable: puede ser que los términos arrogantes del parte, den idea de que es persona expectable. Su vida es la de un truhán; y hay en sus costumbres privadas, incidentes que deben calificarse de infames.

Hé aquí la orden de juzgamiento dada por Plaza:

"República del Ecuador.—Jefatura en Jefe del Ejército de Operaciones.—Guayaquil, Enero 25 de 1912.—Señor Teniente Coronel don José Rodolfo Salas.—Ciudad.

"Por cuanto es público y notorio que el General J. Montero, hallándose en el desempeño de la Jefatura de la Tercera Zona Militar, ha perpetrado el crimen de alta traición detallado en el artículo 109, del tratado noveno del Código Militar, poniendo en gravísimo peligro la seguridad interior de la República, jójgnose al expresado General, en Consejo de Guerra verbal; al efecto, nombro á usted Fiscal Militar, á fin de que proceda inmediatamente al juzgamiento legal; debiendo tener lugar dicho Consejo hoy á las cinco de la tarde en el Salón de la Gobernación de esta Provincia, con el siguiente personal: Presidente, señor Coronel don Alejandro Sierra; Vocales: Coronales, don Enrique Valdez, don Rafael A. Palacios, don Manuel Andrade L., don Manuel Velasco Polanco y don Juan José Gallardo, y, á falta de otro de igual graduación, el Teniente Coronel don Secundino Velásquez. Concurrirá también el señor Auditor de Guerra, doctor Rafael Arteta García.—Dios y Libertad.

*"L. Plaza G."*

Esta orden es monstruosa, si se considera que quien la da, es el General en Jefe que ha firmado las Capitulaciones. ¡Oh Presidentes, oh Ministros de Estado, oh Generales en Jefe, los que sobrevienen á esta Nación miserable, sin ventura!

Todos han observado que un Tribunal no debe componerse de enemigos, de enemigos que acaban de intentar matarse en combates, y sobre todo, en estos pueblos....

El General Montero nombró su defensor al General Andrade, quien se excusó en los términos siguientes:

"Señor Juez Fiscal Militar:

"Reprobé desde el primer instante la ofuscación de ideas, que fue la que sin duda indujo al señor General don Pedro J. Montero al mo-

viniento de rebeldía contra la Constitución y los Poderes Públicos por ella establecidos; y presté mis modestos servicios militares á la causa constitucional.

"Considero una honra la designación que en su adversario de ayer se digna hacer el General Montero: lo declino, me excuso de ella, con pena, en fuerza de los motivos que expongo lealmente; mas hago votos fervorosos porque antes que el rigor ciego de las Leyes Militares, sea la clemencia ciudadana la que aprecie y juzgue la conducta del Jefe rebelde.

"Guayaquil, Enero 25 de 1912.

"[1] *Julio Andrade.*"

Presenciaban el juicio algunos curiosos, en su mayor parte siempre soldadesca distraída; pero el ejército armado, el ejército que custodiaba al delincuente, componía la gran mayoría.

"Lo que pasó durante ese simulacro de Consejo, no es para olvidar, dice un escritor: (1) Se hizo apurar hasta las heces el sufrimiento al desgraciado Montero, con burlas, sátiras infames, llegando al extremo de que varios individuos le tiraran del pelo, lo empujaran hacia adelante y llevaran á cabo cuanta desvergüenza se les ocurria. Toda esa burla, toda esa saña desplegada contra un enemigo inerte, prisionero y que estaba en el banquillo de los acusados, era tolerada por Plaza, que se presentaba de vez en cuando, á gozarse en la agonía de su víctima, aluntando así la avilantez y el atrevimiento del populacho formado en su mayor parte de soldados del "Marañón" y de la "Artillería Bolívar", disfrazados de paisanos".

Ciertos soldados empezaron á mostrar al pueblo que sus armas estaban descargadas. Leyóse al fin la sentencia. Hé aquí una copia de ella:

"Guayaquil, Enero 25 de 1912.

"Vistos: Con la acta de pronunciamiento, legalmente reconocida y las declaraciones de los testigos Señores Luis Fernando Ruiz, José María Váscones Barrera, Manuel Medina León, Víctor Neira y Clotario Paz, se ha comprobado plenamente que el General Don Pedro J. Montero, hallándose en servicio activo de las armas, ha cometido el crimen de alta traición, puntualizado en el artículo 109 del título único del tratado 80. del Código Militar con la circunstancia agravante de haber estado desempeñando, á la fecha de la perpetración del crimen, el cargo de Jefe de la 3a. Zona Militar. Por lo expuesto, empuñando con el solemne juramento que hicimos al iniciar este Consejo, y no pudiendo imponerle la pena capital por hallarse abolida en el artículo 26 de nuestro Código fundamental, en nombre de la República y por

[1] D. Manuel de J. Andrade.—"Páginas de Sangre".

autoridad de la Ley, se condena al mencionado conde Pedro J. Montero a la pena de reclusión Mayor extraordinaria de diez y seis años de presidio, previa formal degradación militar, que se efectuará en una plaza pública y a presencia de todo el ejército, de conformidad a lo prescrito en el Código de la materia.—El Vocal, Teniente Coronel (f.) S. R. Velásquez.—El Coronel, (f.) Enrique Valdez.—El Coronel, (f.) Juan José Gallardo.—El Coronel, (f.) R. Palacios.—El Coronel, (f.) M. Velasco Polanco.—El Coronel, (f.) M. Andrade L.—El Coronel, (f.) A. Sierra”.

Apenas se concluyó la lectura, voces de reprobación se alzaron; pero no provenían sino de los soldados.—“Merece la muerte”, gritaban.—“¡Daré la vida, puesto que la piden; pero mañana!”, exclamó la víctima. Un tal Sotomayor, sargento 1.º de la primera Compañía del Batallón No. 12 de Guayaquil, sacó una pistola.—“¡Ahora mismito!”, gritó, y disparó al prisionero en la cabeza. Plaza se hallaba presente, y hay quien asegura le hizo una seña al asesino, para que disparara pronto la pistola. Cayó redondo el ofendido. Otro soldado llamado Samaniego, perteneciente al batallón “Marañón”, dio un silletazo al cadáver. En seguida se agolpó la muchedumbre, levantólo y lo arrojó por la galería á la calle, donde parte del “Marañón”, mandada por un cuñado de Plaza, lo recibió, lo arrastró, lo mutiló y lo incineró á algunas cuerdas de distancia.

“La Prensa”, periódico de Plaza en Quito, en el No. 750, de 6 de Febrero de 1912, publicó lo siguiente:

“Sabemos que el Comandante Luis Alberto Dueñas, ex-Jefe de la Artillería “Bolívar”, tomando en cuenta el brillante comportamiento del sargento 1.º Alipio Sotomayor, ha solicitado que se le ascienda á este veterano al grado inmediato superior.—Ojalá el Gobierno no tenga inconveniente para ejercer este acto de justicia.”

¡Al día siguiente al en que apareció este suelto, fue ascendido el asesino de Montero, por el Gobierno del doctor Carlos Fierle Zaldumbide! Este hombre no es malvado; pero la debilidad le vino á convertir en cómplice y algo peor.

Véase cómo dan cuenta de este hecho Juan Francisco Navarro y Leonidas Plaza:

“Guayaquil, Enero 25 de 1912.—Señor Presidente y Ministros:

“Como anuncié á ustedes, terminó el Consejo de Guerra, a las 7 y 50 p. m. y sentenció á Montero á degradación y 16 años de penitencia. El pueblo agrupado en la barra protestó de la sentencia por no haber sido condenado á muerte, y con peligro de los jefes que formaron dicho Consejo, ultimaron al traidor Montero cuyo cadáver arrojaron por una de las ventanillas donde le decapitaron.



"La fuerza armada que custodiaba el edificio de la Gobernación donde existe resto de prisioneros, no pudo contener este horrible hecho.

"Salúdales,

"*J. F. Navarro.*"

"Guayaquil, Enero 25 de 1912.—Señor Presidente y Ministros:

"Reunido el Consejo de Guerra, bajo la Presidencia del Coronel Sierra, para juzgar al traidor Montero, lo sentenció á degradación y reclusión mayor.

"Leída la sentencia, el pueblo la desaprobó y se lanzó sobre el desgraciado Montero y lo ultimó á balazos, arrojando el cadáver por los balcones de la Gobernación á la calle.

"Este acto de JUSTICIA POPULAR, cruel y bárbaro, ha calmado al pueblo.

"Los demás prisioneros ESTAN SIN NOVEDAD y se cumplirán con ellos LAS ÓRDENES DE ESTEDS.

Su afeco.

"General en Jefe.—*L. Plaza G.*" (1)

Plaza habla de justicia popular. Esta era la justicia que él deseaba y que la preparó con el mayor ahínco. ¡Justicia popular, en presencia del Tribunal, en presencia del Ministro de Guerra y del General en Jefe, y ejecutada por dos subalternos del ejército! ¡Qué autoridad tan respetable la de esos Ministro y General en Jefe! ¡Los soldados atreviéndose á cometer un crimen ahí, delante de tribunales, Generales y Ministros! ¡Y el Ministro y General en Jefe, calumniado á todo un pueblo, sin duda el más civilizado en la República, con la atribución de un crimen, que nadie podía perpetrar sin autorización de superiores! No se ha visto criminal más cobarde, que aquel que ríe ó llora de compasión, esforzándose en atribuir á seres inocentes la puñalada que él acaba de asestar. ¡Oh Ecuador! ¡Nunca llegasteis á tanta altura, nunca llamasteis la atención como ahora, nunca se manifestó con más viveza la bestia humana en el corazón de vuestros hijos!

Navarro dijo luego lo que va en seguida:

"Guayaquil, á 25 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 9 y media p. m.

"Señores Presidente y Ministros de Estado.

"A las 8 y media p. m. terminó el Consejo de Guerra sus deliberaciones, sentenciando al General Montero á la pena de dieziséis años de

[1] "La Constitución".—Enero 26.

precidio y degradación pública. El pueblo se sublevó contra esta sentencia, que defraudaba sus esperanzas de que fuera la pena de muerte. Tres ó cuatro mil hombres armados protestaban contra esta resolución del Consejo y pedían la cabeza del traidor. Hemos agotado nuestras fuerzas por contener pueblo. No fue posible. Nos atropellaron. Atropellaron Consejo, cordón de fuerzas, invadieron Gobernación, donde funcionaba Consejo y ultimaron desgraciado Jefe rebelde, encañándose en sus despojos, que arrastró en estos instantes por las calles. A esta exaltación frenética del pueblo ha contribuido grandemente la explosión que ocurrió en el Cuartel de Artillería y que el pueblo la ha atribuido á los rebeldes. Hemos expuesto inútilmente nuestra vida por salvar presos y el señor General Plaza, sin moverse del lado de los presos, ha agotado heroicos esfuerzos por salvarles la vida. La cólera popular es incontenible y terrible, de manera que en estos mismos momentos, apeñado el espíritu por los caracteres odiosos de la tragedia á que acabo de asistir, me preocupo de ver cómo salvar la vida de los otros presos. Luego comunicaré.

"Saludo á Uds.

"Ministro de Guerra. *J. E. Navarro.*"

¿Tres ó cuatro mil hombres armados? ¿Y esos tres ó cuatro mil hombres se armaron para oponerse al fallo del Consejo? ¿Y cómo supieron antes del fallo, que ese mismo fallo había de disgustarles? ¿Y por qué Ministro y General en Jefe, hallándose en medio de triunfadores victoriosos, hubieron de consentir en que tres ó cuatro mil de la caballa cometieran una abominación tan afrentosa? *¡Heroicos esfuerzos!*... Tratáis, á vuestros compatriotas como á parias, y por eso os están ellos tributando rendidos homenajes.... Otro de los objetos de estas exageraciones era estimular la exasperación del pueblo de Quito, para que acudiendo en muchedumbre, á la llegada de los otros Generales prisioneros, encubriera las verdaderas culpas criminales.

Arcaucaron el corazón y cortaron la cabeza al General Montero, para trasladarlos á Quito, como resplandecientes insignias de gloria; y la Señora esposa del mártir, los reclamó en telegrama al Presidente.

Iba el General Andrade á sentarse á la mesa, en casa de D. Félix González Rubio, quien le había invitado á comer, cuando oyó los primeros tiros: entonces salió, corrió y se encontró con el cadáver de General Montero, y los que le arrastraban entre gritos:

—¡Esto es infame, es contrario á la civilización!, gritó indignado.

Oyóle don Jorge Chambers Vivero, y le ofreció contribuir con cuanto le fuera posible á impedir tal escándalo.

Luego después, el General Andrade se encontró con Plaza, y le dijo:

—Ud. ha autorizado, ha ordenado este crimen.

—Había que sacrificar al negro, era imposible salvar de otra manera á los Alfáros, fue la contestación de Plaza.

Los doctores Gonzalo Córdova, Juan Benigno Vela y otros dependientes de Plaza, habiéndole tratado parte telegráfica, diciéndole que caería su candidatura, si no enviaba á los prisioneros á Quito. "La Prensa publicó el parte siguiente:

"Guayaquil, Enero 25 de 1912.

"Señor Dr. Gonzalo S. Córdova:

"Los conservadores, y con ellos algunos liberales frívolos, dizque están explotando la capitulación de Guayaquil, para llevar el agua á su molino. No los dejen en esa labor inaprovechable. Hágales saber que los prisioneros á quienes ellos tanto temieron y algunos de ellos los amaron, están bien seguros, y que irán á Quito tal y como lo ha ordenado el Gobierno. La justicia cumplirá con su deber, como hemos cumplido nosotros con el nuestro.

"L. Plaza G." (1)

Ya Navarro había transmitido al Gobierno este despacho.

"Guayaquil, á 25 de Enero, de 1912.—Hora de depósito, 11, 45 p. m.

"Señores Presidente y Ministros de Estado.

"El fin trágico del General Montero y el peligro inminente que corren los otros Generales presos, me ha colocado en el caso de suspender su enjuiciamiento y sacarlos de esta ciudad, aprovechando la circunstancia de que el pueblo enfurecido ha abandonado la Gobernación y anda por las calles con los despojos del desgraciado General Montero. Si no aprovecho estos momentos, tengo la firme persuasión de que los demás Generales correrán la misma suerte de aquél, á menos que nos resolviéramos á fusilar al pueblo, cosa que creo no está en el ánimo del Gobierno y que seguramente no lo está en el mío. He ordenado, pues, que el pundonoso y enérgico Coronel Sierra, llevando á sus órdenes el Batallón "Marañón", conduzca esta misma noche los presos á Quito, ateniéndose á las siguientes instrucciones:

"1.º Que adquiera víveres para que vayau en el tren y no haya necesidad de que la tropa tenga que adquirirlos en los pueblos del tránsito:

[1] "La Prensa", Enero 27.

"2.º Que no se detenga el tren en ciudad ó pueblo alguno del camino;

"3.º Que proteja los presos á todo trance, y bajo su propia y personal responsabilidad los entregue en el Panóptico de Quito.

"Abrijo la convicción de que ósto es lo mejor que se pueda hacer en las actuales circunstancias, pues no dudo de que aún en el caso de que pudiéramos ejercitar una defensa á mano armada con las tropas, nada ó poco avanzaríamos, dado el material ligero de los edificios, que son traspasados en todo sentido por los proyectiles, exponiéndonos, además á que se produzean incendios, que serían fatales á la ciudad y á los presos.

"Confío, pues, en que la medida que me he visto forzado á adoptar, será bien apreciada por Uds.

"Atentos saludos.

"Ministro de Guerra, *J. P. Navarro*"

¡Dijose que en Quito estaba ya preparado, por órdenes de Guayaquil, el asalto á la Penitenciaría!

"El Comercio" de Quito habíalo publicado lo siguiente:

"Huigra, Naranjito y Yaguachi, las calles de Guayaquil, la afrentosa muerte del perjuró, la captura de todos sus cómplices....."

"Y todo con una vertiginosa rapidez que asombra, que aturde el entendimiento, el que se declara incapaz de explicarse lo que está viendo, lo que está palpando, cuando pretende buscar las causas de sucesos extraordinarios, tan fuera de los alcances de la humana previsión."

Y "La Prensa" del 27 de Enero, reprodujo lo anterior, y le agregó esta línea:

"Aquí está el dedo de.....Plaza....."



R.F.!

## XII

### En camino

Hemos visto que Plaza dijo al Gobierno de Quito, en telegrama del 25, asesinado ya el General Montero: "Los demás prisioneros están sin novedad, y se cumplirán con ellos las órdenes de ustedes". Las órdenes á que aludía Plaza, no fueron otras que las del telegrama de Freite Zaldumbide, en que hablaba del juzgamiento en Guayaquil, telegrama que termina: "Concluído el juicio verbal, remítalos á esta capital, para que cumplan su condena, empleando escrupulosamente todas las medidas eficaces para garantizar la vida de los condenados". Siendo ésta la orden, Plaza no les juzga, y los remite á Quito, pretextando que los asesinará el pueblo, como asesinó al General Montero, esto es, calumniando indignamente á Guayaquil! La lógica de este pretexto está explícita en las siguientes frases de un oficio de Sierra, el Jefe del "Marañón":

"República del Ecuador.—Jefatura de la 3a. Brigada y 1a. del Batallón "Marañón", Ne 9 de la 1a. reserva.—Quito, á 29 de Enero de 1912.—Parte al señor General Ministro de Guerra y Marina.—Señor General:—En la plaza de Guayaquil, el día 25 del mes en curso, después de los acontecimientos ocurridos con el General Pedro J. Montero, á raíz del juzgamiento, recibí órdenes de usted para que inmediatamente saliera conduciéndoles á esta plaza á los presos políticos señores Generales Eloy Alfaro, Medardo y Flavio Alfaro, Ulpiano Páez, Manuel Serrano y Coronel Luciano Coral, para evitar que indignado como estaba el pueblo de Guayaquil, hiciera correr á estos señores la misma suerte que al General Montero, el cual propósito fue manifesto por la petición de sus cabezas, como les consta á usted y á los Jefes que presi-

didos por el señor General Leonidas Plaza G. y en unidad de acción, hacíamos esfuerzos inauditos para contener la turba y salvar la vida de dichos prisioneros." (1)

El que el día 23 dijo, *no nació para verdugo*, el día 26 remite á Quito á los prisioneros, desobedeciendo la orden del Presidente Freile Zaldumbide. En el primer día dice, en el segundo hace: en el primer día aparece un inocente, en el segundo obra como un verdadero foragido. ¡Este es Plaza, oh Ecuador; este es aquel á quien incensáis como á profeta!

Una observación: Plaza se resistió á enviar á los presos el 23, porque sabía que iban á morir. ¿Cómo lo sabía? ¿Por qué calumniaba á Quito con tal afirmación? ¿Y si lo sabía el 23, por qué dejó de saberlo el 26? ¿El 23 no sabía á quién echar el muerto, el 26 ya lo supo!

"Se cumplirán las órdenes de ustedes", dice Plaza al Gobierno con la mayor sumisión; al mes y pocos días, el 5 de Marzo en Quito, imitó al General Montero, á quien, aunque por mano ajena, había combatido, y derribó al Gobierno con traición, cobardía é insolencia.... ¡No imitó al General Montero; imitó á Caín y al gran asesino de Berruecos!

La protervia en ese hombre está unida á la más grande estúpidez. La astucia es condición de malos y tontos.

En la noche del 25, el General Andrade hizo cuanto pudo para convencer á Plaza y á Navarro que enviaran á los presos á bordo del "Libertador Bolívar", para que allí fueran juzgados; para comprobar que no habían nacido para verdugos, se obstinaron en mandarlos á Quito á la muerte.... El batallón "Macañón", cuyo Jefe era el Coronel Alejandro Sierra, sacólos de la prisión á las dos de la madrugada del 26; y por calles resbaladizas, pues que llovía, caminando por en medio de fardos y cajones aglomerados delante de la Aduana, por sitios donde el anciano General Alfaro caía á menudo, trasladáronlos á bordo del vaporcito que atraviesa el río hasta Durán. Ya embarcados, apagaron las luces del vapor, á fin de que en Guayaquil no sospecharan que los presos partían. Estas precauciones dan idea de que los verdugos tenían que el pueblo arrebatara á los presos, no que intentara matarlos. Al tomar el tren en Durán, el General Eloy Alfaro dijo: "¿Y por qué no nos fusilan aquí? Subieron á los vagones y el tren partió. ¡Si pudiéramos saber de Sierra cuáles fueron las órdenes de Plaza y Navarro! Y fueron éstas tan terminantes, que Sierra las antepuso á las del mismo Presidente.

[1] "A la Nación".--Documentos publicados por el Gobierno.—  
Pág. 29.

Hé aquí otra impostura criminal de Navarro, siempre encaminada á justificar el atentado:

"Guayaquil, 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 6 a. m.—Señores Presidente y Ministros de Estado.—Como lo prevení, entre cuatro y media y cinco de la mañana, el pueblo regresó á situarse frente á la Gobernación, en busca de los demás presos. Se ha enterado de que ya no están en la Gobernación, y se oyen gritos reclamándolos. Insisto en creer que si no los hubiera despachado de aquí, habríamos tenido otra hecatombe." (1)

Los caballeros norte-americanos hánteme asegurado que pasaron á la hora y por el lugar citados en el parte anterior, y no vieron á tal pueblo ni oyeron tales gritos.

En Guayaquil reinó el estupor, apenas los habitantes se convencieron de la partida de los presos. Los deudos y amigos de ellos acudieron á la oficina del telégrafo. Recelosos de que los telegramas no llegaran, iban para don Carlos Benjamín Rosales, Gobernador nombrado por Plaza, y obtenían recomendación de él para el Director de telégrafos. No recibieron ninguna noticia, hasta que les llegó la del desastre. El señor Rosales comprendió que servía de instrumento de asesinos, y renunció la Gobernación é los seis días.

Apenas tuvo conocimiento el General Andrade de la partida de los Generales víctimas, despachó los siguientes telegramas:

"Guayaquil, Enero, 26.—Ilmo. señor González Suárez.—Quito.—Dign. V. S. una palabra de conmiseración para con estos infelicitados prisioneros, y salve al país de una nueva vergüenza, que nos haría aborrecibles.—Julio Andrade."

Este parte no llegó á su destino: se lo sustrajo Plaza, á fin de enviar otro, firmado por él, el cual está concebido en estos términos:

"Guayaquil, á 27 de Enero.—Sr. Arzobispo.—Quito.—Apelo á sus sentimientos humanitarios y cristianos, para que emplee su influencia en favor de los prisioneros de guerra, que son conducidos á Quito. Vele Ud. por la vida de éstos, á fin de que la justicia cumpla con su deber. Un acto de sauge y de violencia, sería un escándalo ante el mundo, y nos exhibiría muy tristemente. Apelo á Ud., apelo á la Junta Patriótica, apelo al noble pueblo de Quito, para que todos reunidos euiden á los prisioneros, y contengan la ira popular, que es inconsciente. La tragedia de ayer tiene consternada toda la ciudad, y hasta el pueblo, que la consumó está arrepentido y avergonzado. Déme su respuesta tranquilizadora.—Soy del Ilmo. S.—L. Plaza G."

(1) "A la Nación", Pág. 7.



Fácil es de comprenderse la razón por que Plaza se sustrajo el telegrama del General Andrade: quería conseguir él la intervención del Arzobispo, sabiendo que sería ineficaz contra las asechanzas de él, para demostrar al público que esas asechanzas no eran de él, ó en otros términos, que él no era sino toda piedad, todo mas sedumbre. ¡Pedir conmiseración á otro, cuando él estaba ejerciendo crueldad; pedir á otro que procurara salvar á aquellos á quienes él estaba condenando; pedir á otro lo que sólo él podía conceder, por aparecer donación y lloraduelos, es hipocresía infanda, que desde luego revela alma criminal!

Hé aquí las pruebas de la sustracción del telegrama del General Andrade: El 29 de Enero fui á la Oficina de telégrafos, á averiguar por mi hermano Julio:—"Ningún parte se ha recibido del General Andrade, me respondió el telegrafista Sr. Miguel Egúez. Antenocho oi que recibían un parte de él, en que preguntaba si habian recibido uno de él mismo para el Sr. Arzobispo; se le contestó que no, pues para el Sr. Arzobispo sólo se recibieron dos, uno del General Plaza y otro de la Señora Colombia Alfaro de Huerta". La contestación enviada al General Andrade fue ésta: "Quito, Enero 29.—General Andrade.—No se ha recibido ningún telegrama de Ud. para Arzobispo ni Club Pichincha.—Marchán". Y de Guayaquil, cuando ya el General Andrade estaba en camino, le transmitieron lo siguiente: Guayaquil, Enero 29.—General Andrade.—Guamote.—Sus telegramas no han podido ser transmitidos, por interrupción líneas. Ayer se franquearon; pero cuando todo era ya tarde.—Director telégrafos". Apenas empezó el viaje de los presos, se interrumpió la línea telegráfica; pero no para los telegramas de Plaza y para Plaza.

Otro de los telegramas del General Andrade fue éste, enviado á su hermano:

"Guayaquil, Enero 26 de 1912.

"Carlos Andrade.—Huigra:

"Esta mañana salió tren con Generales prisioneros: incorpórate al convoy y haz cuanto puedas por salvarles la vida, á don Eloy especialmente: yo trato de salir hoy para secundarte, y si lo consigo, nos encontraremos en el camino. Te abrazo, y piensa que ésta es la comisión más noble y más sagrada que has podido desempeñar.

"Julio".

El General Andrade partió á buscar á Navarro y Plaza el 26 en la mañana: vióles á uno después de otro, y uno después de otro le enseñaron el siguiente telegrama:

"Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 2 p. m.

"Señores: General Ministro de Guerra y General en Jefe del Ejército.

"Viene siendo imposible la medida de enviar á los prisioneros á esta Capital, porque no se podría ponerlos á cubierto de la ira popular, ni á su paso por las poblaciones del tránsito, ni á su llegada aquí.

"Además, debiendo verificarse el juzgamiento de ellos en Guayaquil, sería necesario correr, en su regreso, el mismo peligro que en su venida; complicándose entonces la situación, porque el pueblo presumiría que se trata de cludir el juzgamiento y de poner á los prisioneros á salvo de la sanción legal.

"Lo que necesitábamos era que no se pusiese en libertad á los que trastornaron tan hondamente la Nación; y fue porque se pensaba en ello que se dispuso se los enviase acá; mas las circunstancias han cambiado y veo que lo más conducente al juzgamiento y á la seguridad de ellos sería mantenerlos presos en el "Libertador Bolívar", tomando las medidas del caso para evitar su fuga, y en espera de que las agitaciones se calmen y se pueda entonces proceder al juicio, conforme á las leyes.

"Repito que su venida no puede verificarse, porque los riesgos son inminentes, y el Gobierno está en el deber de prevenirlos y evitarlos.

"Por tanto, sírvase Uds. ordenar que regrese el convoy de los prisioneros, convoy que he mandado detener en Huigra.

"El Encargado del Poder Ejecutivo,  
"Carlos Freile Z".

Todo es impostura: aquel telegrama no pudo ser despachado á las 2 de la tarde del 26, porque los presos partieron á las 2 de la mañana del mismo día; y en 13 horas pudieron haberlo sabido en Quito. ¿Y cómo si el General Andrade lo vió en la mañana del 26 en manos de Navarro y Plaza en Guayaquil, se dice, al publicarlo, que fue despachado en la tarde de aquel día? *No llegó oportunamente á su destino*, se lee en una nota, pág. 3 del cuaderno "A la Nación", publicado por el Gobierno. ¡Y sin embargo el General Andrade lo vió en Guayaquil, en la mañana del 26, en manos de Navarro y Plaza! ¿Si los presos habían ya partido, no era de lo más fácil ordenar regresaran de Huigra? ¿Que la línea del telégrafo estaba rota! ¡Y sin embargo llegó oportunamente á Huigra el telegrama del General Andrade á su hermano el Coronel Andrade! El desaliento viene al alma, en presencia de tanta aglomeración de negruras....

Sierra recibió en Huigra el telegrama siguiente:

"Quito, Enero 26 de 1912.—Hora de depósito, 2 p. m.

"Señor Coronel Sierra.

"Se me ha avisado que Ud. viene á ésta, trayendo Generales presos. Considero sumamente peligroso el viaje á Quito de esos prisione-

ros, y mientras el Sr. Ministro de Guerra imparta las órdenes del caso para que Ud. regrese á Guayaquil, sírvase Ud. detenerse en Huígra, hasta segunda orden.

"Saludo.

"Encargado del Poder Ejecutivo",  
"Carlos Freile Z."

En seguida recibió este otro:

"Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 6 y media p. m.

"Señor Coronel Sierra.

"Salúdole y aviso recibo de su telegrama, en que me comunica su llegada á Huígra.

"Antes de recibirlo, dirigí á Ud. todo en que dispongo que se detenga en ese lugar, para que contramarche á Guayaquil, en cuanto reciba orden del señor Ministro de Guerra.

"Así lo exige la necesidad de asegurar á los prisioneros contra los ataques populares, de manera que regresando ellos podríase mantener mientras sea oportuno juzgarlos, á bordo del "Liberador Bolívar" ó en donde más conveniente sea.

"Entre tanto, tome Ud. las medidas de la más escrupulosa vigilancia, así para evitar la fuga de los prisioneros, pues si tal sucediese tendríamos antes de dos meses nuevas revueltas y matanzas, como para asegurar también la vida de ellos mismos, cosa que se la recomiendo muy especialmente.

"El Encargado del Poder Ejecutivo,  
"Carlos Freile Z."

A estas órdenes, Sierra se atrevió á responder así:

"Huígra, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 6 y media p. m.

"Señor Encargado del Mando:

"Recibí su telegrama de las 2 p. m.. Su orden para que me estacione aquí y luego regrese á Guayaquil, es absolutamente contradictoria con la que recibí del señor Ministro de Guerra, quien dispuso salida de presos, precisamente para salvarlos. Como yo mismo tengo convencimiento de que si los regresara á Guayaquil perecerían, y como tropa á mi mando, que es de reserva, está violenta por avanzar á Quito, en bien de los mismos presos me atrevo á manifestar á Ud. que sigo á Alauquí, en obediencia de aquella orden imperativa del Sr. Ministro de Guerra. Si debiera contramarchar á Guayaquil ó quedarme aquí, temería por la vida de los presos, á causa de la exaltación de la tropa, que vería en ellos el obstáculo para seguir á Quito.

"Saludo á Ud.

"Coronel Sierra".

Sierra es un hombre de desconocido origen, de aspecto ordinario, de fisonomía agrreste, con todos los números de esbirro: sólo él pudo aceptar la responsabilidad de tan horrendos atentados. Dcese que en 1877, vino sobre Quito, con escápatarios y detentas, con el corazón de Jesús; de estandarte, incorporado en la tropa de Yépez y Landázuri, en contra del General Ignacio de Veintemilla. Ahora ha desempeñado el papel más execrable. Nadie respetaba á Freile Zaldumbide; y la disciplina de sus subordinados era propia de hombres inuchos. ¡Respetar más la orden de un Navarro, de uno que no era nada en Guayaquil, y cuya orden era anterior á la del Presidente!

Navarro y Plaza recibieron esta insistencia de Freile Zaldumbide:

"Quito, á 26 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 7 p. m.

"Señores General Ministro de Guerra y General Jefe de Operaciones.

"El funesto ejemplo de lo acaecido allá, con el General Montero, sería un antecedente que explotarían los pueblos por donde vinieran en tránsito los prisioneros hacia esta Capital; de suerte que ellos no llegarían aquí sino mediante los más severos cuidados y la más estricta diligencia de los encargados de su conducción, cosa que se debería prever con suma prudencia. La ansiedad que promueven estos hechos debe conducirnos á evitar su repetición; y ojalá que el buen sentido de los elementos prestigiosos y sensatos de esa ciudad devuelva la calma al ánimo del pueblo guayaquileño, en punto de ser quizá preferible resguardar allá, más bien que aquí, á los prisioneros.

Al amparo de la ley y bajo la custodia de Uds. deben hallar seguridad personal los demás prisioneros; de suerte que, con el criterio que aconsejen las circunstancias, sirvause proceder en forma que no tengamos nuevos atropellos que lamentar.

"El Encargado del Poder Ejecutivo,  
"Carlos Freile Z."

Navarro y Plaza aparentaron no haber recibido á tiempo este parte, á pretexto de la interrupción de la línea telegráfica, cuando esta línea podía ser sustituida con la de la Compañía del ferrocarril.

Freile Zaldumbide volvió á porfiar, con otra orden, la que tampoco fue obedecida, como se ve en los partes siguientes

"Telegrama para Huigra ó Luisa.

"Quito, á 26 de Enero de 1912.

Sr. Coronel Sierra:

"Imposible evitar que los prisioneros sean castigados por la ira popular, así en su tránsito por las poblaciones, como en su llegada aquí.

"En esta virtud he dispuesto al Sr. Ministro de Guerra y al General en Jefe del Ejército, el regreso del convoy que viene á su cuidado, pues, es preciso de todo punto poner á los prisioneros á cubierto de atropellos bárbaros.

"Así, pues, mientras reciba Ud. orden de contramarchar, deténgase en cualquier pueblo donde pueda acampar con su tropa, cuidando escrupulosamente de los presos, y no entre Ud. en ninguna de las ciudades del tránsito, porque las consecuencias serían funestas.

"Atentamente.

"El Encargado del Ejecutivo,  
"Carlos Freile Z."

"Huigra, á 26 de Enero de 1912.

"Sr. Encargado del Poder Ejecutivo:

"Quedo al corriente del contenido de su parte. Debo decirle á Ud. que es materialmente imposible que la tropa regrese un metro para atrás, sin riesgo de algún acontecimiento fatal, toda la gente está desesperada por llegar á sus casas, por estar enferma. Sigo adelante las 6 y 15 p. m. Del tránsito comunicaré á Ud. Auto.

"Coronel Sierra". (1)

Desde Huigra acompañó á los prisioneros el Coronel Andrade.

Transcribiremos algunos trozos de una carta de él, escrita pocos días más tarde: á la Señora Colombia Alfaro de Huerta, hija del General don Eloy:

"Riobamba, Febrero 20 de 1912.—Señora Colombia A. de Huerta.—Guayaquil.

"El 26 de Enero próximo pasado, hallábame en Huigra, lugar designado por la superioridad militar, cuando recibí el siguiente telegrama del General Julio Andrade, mi hermano, transmitido por la línea del ferrocarril. (Aquí el telegrama ya incerto).—En cuanto recibí este parte, aprestéme para tomar el tren, que conducía á los dignos Generales, en compañía de mi Estado Mayor. El referido tren llegó á Huigra á las 6 de la tarde. Presentéme en seguida al Coronel Sierra, Jefe del convoy y del batallón "Marañón", á cuya custodia estaban consignados los prisioneros, y le manifesté que iba á embarcarme para acompañar

(1) "El Comercio, Marzo 21."

los, puesto que el General Andrade habíame comunicado esta orden. El Coronel Sierra no puso el menor inconveniente; y luego fui á saludar al General don Eloy, de quien recibí un abrazo; y asimismo saludé á los Generales Flavio, Medardo, Páez, Setrão, Coronel Coral y Comandante Saona. (1) En el hotel "Huigra" de Mr Morley estaba preparada la comida; y los Generales y demás compañeros fueron servidos dentro del vagón. El General don Eloy, al empezar á tomar la sopa, me dijo:—"Desde ayer de mañana, sólo he tomado una tacita de café, que me dieron en Guayaquil; ahora no quiero sino unos bocados de caldo.—Ya has de saber la muerte de Montero. No es obra del pueblo guayaquileño. . . . Picaita hizo lo que pudo, y se portó bien". (2)

"A poco siguió el tren su marcha. Pasada la Nariz del Diablo, el maquinista se detuvo y comunicó que había obstáculos en la vía. Encontráronse, en efecto, muchas piedras en la línea. Salvóse pronto el inconveniente. Cerca de Alausí, otra detención: de una manera intencional, habían querido destruir el tanque de agua, á golpes de hacha, para inundar la vía; pero llegamos á tiempo, y la obra no pudo consumarse. Más adelante, una piedra enorme, colocada en mitad de la línea. Pasamos el obstáculo. Al llegar á Alausí, de noche, una poblada nos esperaba en la estación, y prorrumpió en gritos torpes contra el General Eloy y compañeros. Me asomé á una ventanilla, increpé duramente á los manifestantes, y se disolvieron. Entramos á un hotel, y pasamos allí la noche sin novedad. Catani, dueño del hotel, facilitó colchones para los Generales don Eloy y Flavio, quien estaba herido, como Ud., Señora, debe saber. Al día siguiente, 27, supe que había orden de no seguir la marcha, sino la de que los prisioneros regresaran á Guayaquil, para ser allí juzgados. Fui á hablar con el Coronel Sierra, que estaba alojado en el pueblo, casa del Comisario Fialto, y supe que, en efecto, tenía orden de suspender marcha, y volver con los prisioneros á Guayaquil. Tratamos detenidamente sobre esto, y el Coronel Sierra me manifestó que había inminente peligro, que la tropa no quería seguir, porque estaba desesperada por llegar á Quito, y que la gente de Alausí, así como también la de los pueblos cercanos, se había apercebido de que los prisioneros no avanzarían, y estaba de acuerdo con la tropa para fines siniestros. Entonces convinimos en poner un telegrama al Gobierno, para que orde-

[1] Este preso obtuvo libertad, antes del arribo á Quito.

[2] Podemos afirmar que habló con sinceridad, en lo tocante á Guayaquil. Respecto de Plaza, hablaba delante de otros, y creía el noble anciano que le era menester disimularlo. Poco le importaba la vida de él: lo que le importaba era la vida de sus compañeros y la de la pobre Patria.

nase el avance del convoy, entendido que respondíamos de que en el trayecto no habría novedad, y que era más peligroso el regreso á Guayaquil.

"Mientras obtener respuesta del Gobierno, volví á la estación, y me informé que los soldados del "Maiañón" habíanse instalado en los vagones, y estaban resueltos á seguir viaje á todo trunco. El pueblo, esa masa inconsciente, que en todas partes existe, había formado causa común con la tropa, y la azuzaba de mil maneras. La permanencia de los prisioneros en el Hotel de la estación, no ofrecía seguridades; y el Coronel Sierra ordenó fuesen trasladados á un departamento de la Municipalidad, convenientemente escoltados. Ofrecí mi apoyo al General don Eloy; y al momento de llegar á dicho departamento, me entregó un rollo de papeles escritos en máquina, en presencia de los demás prisioneros, y oficiales y tropa que los custodiaban: "Te encargo ésto, me dijo, que me ha tenido muy preocupado durante el viaje, por temor de que se me pierda, no de que me roben, porque felizmente éstos muchachos son muy honrados: (En el tono de la voz se notó la ironía de la última frase). La maletita en que los he guardado, á cada rato se me confunde; y en tus manos, los papeles quedan seguros. Es la historia del ferrocarril". —Tomé el rollo, agradeciendo á la confianza del General, y lo guardé cuidadosamente.

"A poco respondió el Gobierno que podíamos seguir viaje á Quito, y que contaba tomaríamos providencias para que en el camino no ocurriera novedad. Entonces bajaron los prisioneros á almorzar en la estación; y sentados ya á la mesa, el General don Eloy Alfaro me dijo: "Esos papeles que te he dado son muy interesantes: sería lástima que se perdieran. Contienen la historia del ferrocarril. Es la vindicación del pobre Harman, á quien tanto se ha calumniado. Comenzó á publicarse en "El Tiempo"; pero supongo que ya no existen los manuscritos. En cuanto puedas, que eso se dé á luz. Es la única copia que ha quedado.... Talvés me dé un cólico en el viaje; y quiero estar seguro de que esos documentos no desaparecerán."

Ya puede usted imaginarse, señora, cuánto me conmovió al oír al General; y sólo, pude contestarle que en mis manos estaban seguros los papeles, y que los haría publicar en primera ocasión. Consérvolos con religioso respeto; y su publicación se hará conforme á los deseos que me expresó.

"A la una de la tarde estuvo listo el tren para seguir marcha, y los Generales se embarcaron. Una turba más numerosa é insolente que la de la víspera, se había reunido en la estación y comenzó á gritar desahoradamente. No pude calmarla, á pesar de mis esfuerzos. Fuí insultado también yo. Por fortuna partió el tren, y no hubo novedad.

"En otras estaciones del tránsito no faltaron alarmas: sin embargo, seguimos tranquilamente.

"De Guamote se comunicó al Gobierno y á otras autoridades, que iba bien el convoy y que llegaríamos á las 4 de la mañana á dos kilómetros de Quito, según el itinerario acordado.

"En Ambato trataron de hacer manifestaciones hostiles: había mucha gente en la Estación; pero pasamos rápidamente, y sólo alcanzamos á oír una porción de improperios, indignos de una ciudad culta, indignos de un pueblo liberal, indignos de una juventud intelectual y noble, que se ha educado bajo las inspiraciones del ilustre Juan Montalvo, quien tanto debió al no menos ilustre Eloy Alfaro.

"Por varios motivos sensibles, falta de combustible, imperfecciones de la máquina, etc., demoramos en Latacunga cosa de dos horas; y en consecuencia, no se pudo realizar el itinerario acordado. En esa estación hubo también una feroz asonada. No obstante haber llegado á las 12 de la noche, acudió una horda de mujeres desarrapadas, y todo el tiempo no hizo sino insultar infamemente á los Generales prisioneros y arrojar tierra y guijarros á las ventanillas del coche. En un rato de indignación, hice, sin poder contenerme, dos disparos de revólver al aire; pero ni así se contuvo la furia de aquella gente, hasta que el tren estuvo en disposición de seguir marcha. Allí tomó el General una tacita de café: yo me permití ofrecérsela, y la aceptó sin repugnancia ni recelo.

"Al amanecer, después de una noche horriblemente fría, llegamos á Tambillo. El Gobierno ordenaba el avance á Quito, después de una conferencia por teléfono con el Coronel Sierra, á quien acompañé á la oficina respectiva. La tropa del "Marañón" nos inspiraba serios temores, y era imposible demorar en Tambillo, ni retroceder, razón por la cual el Coronel Sierra recibió autorización para continuar adelante. Ya en el tren, el General don Eloy llamó al citado Coronel y á mí, y nos dijo textualmente:

"A mí me gusta preverlo todo: entiendo que en la estación de Chimbacalle nos espera una poblada, y yo quisiera que ustedes enviaran adelante una comisión para que se entendiera con la multitud, manifestando que me resigno á ir al Panóptico, á esperar el resultado de un juicio, ó lo que sea. Si acaso no conviene, que me permitan hablarles, y les convenceré de que estoy resuelto á irme al Panóptico, y en último caso les diré que me perdonen. No quiero que me vengan á agarrar de las orejas ó de la barba, ni ser ultrajado de ningún otro modo."



"El Coronel Sierra y yo le dijimos que no tuviera cuidado, que ya estaban tomadas las medidas, y que no había novedad. Se resignó el General, y no volvió á decirnos una palabra. Por lo demás, su actitud durante el viaje fue de completa serenidad y de una resignación imponderable. Ni un reclamo, ni una queja. Ahora yo le hago este relato, Señora, relativamente sereno; y evoco recuerdos, reconstruyo escenas, todo confuso en aquellos momentos, pero que la memoria no ha podido olvidar, porque sucesos de esa importancia quedan hondamente gravados. En tantos días que han transcurrido, no he podido resolverme á la penosa obligación de referirle cuanto sucedió desde el instante que en Huilgra me incorporé al convoy de prisioneros; pero la consideración de que la hija, la noble hija, y demás deudos de la infelicitada víctima, tienen derecho á saber los postreros tránces en que se viera, me ha dado ánimo para hacerlo.

"Ya cerca del lugar en que debía parar el tren, para que los prisioneros fueran trasladados á un automóvil, según lo convenido, el General don Eloy recomendó al Mayor Alberto Albán, quien iba al frente de su asiento, el cuidado de dos maletas de ropa anterior, para que se las mandara después al Panóptico.

"A las 11, más ó menos, de la mañana del 28, detúvose el tren, pocas cuadras antes de la última estación. Se acercaron el Comandante Pesantes, Subsecretario de Guerra, y el Comandante Fernández, Jefe de la Primera Zona Militar. Habían conducido tropas para resguardo de los prisioneros. Propusieron al Coronel Sierra un plan acordado en Quito, el cual consistía en llevar sigilosamente á la Escuela Militar á los Generales Eloy y Flavio, ocultarlos durante el día en escondites apropiados del establecimiento, mientras los demás siguieran en el automóvil y en el tren, sin mayor peligro, puesto que las prevenciones populares se singularizaban contra los dos Generales nombrados, y en las primeras horas de la noche conducirlos fácilmente á la Penitenciaría, una vez que el tumulto se despejase. Convenció el Coronel Sierra "que tenía orden expresa de entregar á todos los prisioneros en el Panóptico, que no podía haber excepciones y preferencias, y que todos debían correr la misma suerte". Yo traté de convencerle á insinuación del Comandante Fernández, para que el plan se levase á cabo; pero me expresó que, en su condición de militar y á cargo de gran responsabilidad, no podía hacer otra cosa que cumplir terminantes disposiciones; pero que, por lo demás, estaba seguro que el pueblo no haría nada contra los prisioneros, y llegarían al Panóptico sanos y salvos. Resuelto esto, los Comandantes Pesantes y Fernández no insistieron en su propósito, sino que manifestaron estaba perfectamente resguardado el trayecto, en previsión de cualquier evento, y que, á pesar de la aglomeración de gente y la ira que se observaba, el pueblo tal vez no se atrevería á intentar un ataque. Entonces los Genera-

les bajaron del tren y subieron al automóvil, con absoluta serenidad. Yo pedí un caballo para acompañarlos; y como no hubiera, el Coronel Sierra me indicó que fuese en el automóvil. No hago comentarios sobre tal indicación, que quizá pudo ser inspirada por *buenos fines*; pero ya mi compañía, en esas condiciones, de ninguna utilidad podría ser á los prisioneros; y les vi partir, sin imaginar me que me despedía de ellos para siempre... Tengo evidencia de que algún día, Señora, el nombre del General Alfaro será considerado entre los más ilustres de la República, y sus victimarios colocados en la picota del escarnio y de la infamia...

"Con sentimientos de profundo respeto, tengo á mucha honra suscribirme de usted atento servidor, Q. S. M. B.—*Carlos Andrade*".

Se presta la carta anterior á comentarios:

¿Dos días no se había alimentado el General Alfaro sino con una taza de café, siendo su carcelero Plaza, á quien el General llamaba Placina, porque lo protegía desde muchacho, hasta elevarle á Presidente de su Patria?

¿Por qué era tan excesivo el odio del pueblo contra el General Alfaro? ¿Por qué provocaba desastres en el tren, por qué quería asesinar al anciano en el camino? ¿De dónde provenía tan espantosa venganza? ¿El General Alfaro no había construido, con mil sacrificios, ese ferrocarril por el que le conducían á la muerte; y el ferrocarril no es servicio inmenso, para el rico y el pobre, el joven y el anciano? ¿Era la primera guerra civil? ¿Plaza tenía cómplices en toda la extensión del trayecto, y con ellos se comunicaba á cada hora, por la línea telegráfica!

Vuelve Sierra á desobedecer al Presidente en Alausí. Desde Guayaquil debió conocer ese Jefe que su batallón no le respetaba, decir esto con claridad á sus superiores, y no aceptar, sin ningún escrúpulo, comisión tan por extremo delicada. Obedecía, eso sí, pero á Navarro, á uno que no era autoridad en Guayaquil, á uno que si era autoridad, ésta era inferior á la de Freite Zaldumbide. Sin la voluntad de Sierra, era el peligro inminente; y razón tuvo el Coronel Andrade de suscribir el parte que copiamos:

"Alausí, á 27 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 8 y media a. m.

"Señores Encargado del Poder Ejecutivo y Ministro de Guerra,

"Es preciso poner en conocimiento de ustedes que nuestra detención aquí es tan peligrosa para los prisioneros como para la tropa; y estimamos conveniente que ordene nuestro avance. Los pueblos de estos contornos se han apercibido de que se trata de hacer regresar á los prisioneros y no respondemos de la tropa, si se dicta esa orden, puesto que hay causa común con esos pueblos. Por otra parte, la marcha á

Quito se hará con prudencia y respondemos de entregar á los prisioneros sin novedad. Nos permitimos hacer estas reflexiones, que ojalá tengan acogida, para evitar más tarde males irremediables.

"Atentos servidores,

"Coroneles Sierra y Andrade"

¡Confíaba el Coronel Andrade en llevar á los prisioneros al Panóptico, cuyos muros son inexpugnables, especialmente para el pueblo asarimado! ¡Lejos estaba de comprender que no había muros ni pueblo, y que los asesinos estaban ya bien preparados! La contestación del Presidente fue ésta.

"Quito, á 27 de Enero de 1912.—Hora de depósito, 9 y 30 a. m.

"Señores Coroneles Sierra y Andrade.

"A pesar de que el Gobierno ha creído indispensable el regreso de los prisioneros á Guayaquil, tanto porque eso es el lugar de su juzgamiento, cuanto porque es preciso salvar á toda costa su vida, y ya que el regreso les coloca, tal vez, en mayores riesgos, el Gobierno declina en Uds. toda responsabilidad, en vista de su ofrecimiento absoluto de que harán la entrega de ellos en el Panóptico, sin novedad. En este concepto pueden avanzar, tomando todas las medidas de prudencia que su ilustración les aconseje. Al avanzar, darán Uds. cuenta reservadamente del día y la hora de entrada aquí, á fin de emplear, por nuestra parte, las providencias que sean posibles para asegurarles la vida, poniéndonos previamente de acuerdo, para lo cual deben hacer alto en un lugar adecuado.

"Atentos.

"El Encargado del Poder Ejecutivo,  
"Carlos Freile Z."

"J. F. Intiaga,

"Ministro de Hacienda, Encargado del Despacho de Guerra".

¿Qué hacían Navarro y Plaza en Guayaquil? ¿No se les había transmitido orden de contener á los prisioneros, la orden no llegó en la mañana del día anterior, y no la enseñaron ambos al General Andrade? ¿Pretextaban todavía que la línea estaba interrumpida? Es necesario saber que hay otra línea telegráfica, línea que no se interrumpe jamás, cual es la que sirve á la Compañía del ferrocarril: á ella apela, cuando es menester, el Gobierno.

El General Alfaro pensaba hasta el último instante en la obra maestra de su Administración de sacrificios, en el ferrocarril: desvanecer las calumnias, y cuando son contra amigos como Mr. Hurman, es anhelo de todo espíritu noble. ¡Hablaban de cédico, hablaban, con seguridad, de su próximo fin, y con serenidad imperturbable!

¡Manifestaciones hostiles en Ambato, cosa increíble! Se gloria Ambato de ser cuna de Juan Montalvo, y los ambateños saben que, sin Eloy Alfaro, parte de la gloria de Montalvo se hubiera oscurecido tal vez en las sombras, ó quizá no hubiera resplandecido hasta ahora. Con el dinero de Alfaro efectuó Montalvo sus dos últimos viajes á Europa, y dio á la estampa la mayor parte de sus obras.

Montalvo pensó, y Alfaro ejecutó. Hubo desaciertos en la ejecución de este último; pero no es lo mismo la obra del que escribe libros, que la del que gobierna á pueblos. Ambato, población de gente liberal, debió haber olvidado cualquier ultraje, en presencia de un prisionero, grande hombre, próximo seguramente á morir tapidado en las calles. . . . El odio de Ambato no depende sino de una causa: el ciego Vela. ¡Qué de remordimientos no abrumarán á este atolondrado y corrompido viejo, cuando recline sus sienes en sus almohadas mortuorias!

¡Feroz asonada en Latacunga! Latacunga no tiene motivos de odio: el ferrocarril está dando vigorosa vida á esa ciudad. ¡Plaza tiene conexiones de familia en ella!

El Ministro de lo Interior, D. Octavio Díaz ordenó á Sierra demorase en Tambillo: "Suspenda Ud. su viaje hasta mañana por la noche, le dice por telégrafo, pues que de llegar de día, serían victimados los prisioneros". [1] Sierra no obedeció, alegando varios pretextos: el riesgo de insubordinación del "Marañón", ansioso de llegar á Quito. ¿Era Jefe uno que á cada instante, y por cualquier motivo, temía insubordinación del cuerpo á quien mandaba? Otro era la noticia de que después de dos horas llegarían los batallones "Carchi", "Pichincha" y "Guardia Republicana". [2] ¿Por qué era inconveniente el arribo de estos cuerpos? ¿No tendrían en donde alojarse? ¿Estaban prevenidos contra los prisioneros y ayudarían á matarlos? El hecho fue que estos batallones llegaron á Tambillo, después de que salieron los presos; pero de Tambillo regresaron, en obediencia de una orden, dada probablemente por el temor de que estos cuerpos se opusieran á la comisión de los crímenes, que debían perpetrarse en el presidio de Quito. ¡La verdad es que Sierra quiso llegar á las doce de aquel día, porque tal era la orden de Navarro y Plaza!

¡Otra vez desobedece Sierra en Chimbacalle! ¡Desobedece á la primera autoridad de la República, se enlada porque quieren

(1) "A la Nación", Pág. 26.

(2) Véase Ib., Pág. 27.

salvar á los presos, y alega un argumento que le vuelve cómplice en la inmolación de ellos, cual es el de que *recibió orden expresa de entregar á los prisioneros en el Panóptico!* ¡Orden expresa de un inferior, un Navarro, en contra de orden expresa de un superior, el Presidente! ¡Y por una desobediencia que costó la vida de seis personas, entre ellas, de un Expresidente, un hombre ilustre, el tal soldado recibió premio, en vez de ser juzgado y castigado! ¡Los militares que iban en nombre del Presidente, se conformaron con la resolución de Sierra! ¿Qué ejército, qué disciplina, qué subordinación, qué orden eran esos? Freile Zaldumbide era Presidente en el nombre: nadie estaba por obedecer su pobre autoridad.

“En último caso les diré que me perdonen”, dijo el General Alfaro. ¿Y de qué iba á pedir perdón? ¿Iba á pedirlo de sus hazañas, de su desinterés, de su esfuerzo, de su constancia en la construcción de la más grande obra ecuatoriana, obra que le obligó á algunos errores, los que jamás llegaron á ser delitos ni crímenes? Era, por excelencia, humilde, muy asiduo lector del Evangelio. Cuando se ensoberbecía en la lucha, era cuando encontraba injusta resistencia.

En Quito ya era público que no tardarían en llegar los prisioneros. El Intendente de Policía lo afirma: “Un muchacho que repartía invitaciones del “Comité Patriótico Nacional” (digno hijo de la “Liberal Democrática”, maniquí de Plaza) decía al entregarlas: “esta noche llegan los cabezillas”. [1]

Léese en el folleto de don Manuel de Jesús Andrade: “Dicho día [28 de Enero] en la mañana, unos diez polizontes discurren sobre la segura muerte de los Alfaros:”

“—¿Qué dicen ustedes?”

“—Que es segura la muerte de los Alfaros.” [2]

Consistía el plan en atribuir al pueblo el crimen, para lo cual era preciso que el pueblo se agolpara. Todo pueblo es curioso: pocas cosas han de llamar la atención de un pueblo como el espectáculo de seis prisioneros por la calle, algunos muy espectaculares, todos ellos sentenciados por la infamia al último suplicio. Sierra debió de haber tenido seguridad, desde su salida de Guayaquil, de que iba á encontrarse con gran concurso de pueblo.

[1] Parte oficial del Intendente General, etc.—“A la Nación”, Pag. 37.

[2] Páginas de Sangre.

En Quito no había sonado el nombre del General Serrano hasta el 26 de Enero, en que se publicó un parte de Navarro; desde aquel día púsose en movimiento el joven don Guillermo Serrano, hijo del General; y consiguió la intervención del joven Intrigo, encargado del Ministerio de Guerra, quien le prometía todo cuanto puede prometerse en tales casos, con la intención de no cumplir el compromiso. Este desdichado joven, es uno de los cómplices más envilecidos de Plaza, en toda su inaudita campaña de felonías y crímenes. El 28 en la mañana recibió el joven Serrano un telegrama despachado en Tambillo por el General su padre: fué á ver á Intrigo, suplicóle: todos sus ruegos no consistían sino en que el General Serrano fuera separado de los demás, al entrar á Quito. A un Ministro amigo de Plaza, no le era difícil realizar este deseo, ya que, en verdad era inocente el preso, y ya que la solicitud era de un hijo, que conocía el riesgo de la vida de su adorado padre. Todo lo prometió Intrigo.... El resultado fue que, ora por cobarde, ora por cruel, contrató él el orden de Diaz, y dio á Sierra otra clara y terminante, para que saliera inmediatamente de Tambillo. ¡Horas más tarde, cuando los cadáveres de los Generales eran arrastrados por las calles, él se paseaba en gran carruaje, en triunfo, por las sobredichas calles infamadas, para alardear más luego en público, que había tomado toda clase de medidas en favor de aquellos mártires! [1]

---

[1] Véase el parte del Presidente y Ministros de Estado, en "A la Nación", Pág. 48.





## XIII

### El 28 de Enero

Apenas concluida la campaña, el Gobierno había ordenado el aumento de sueldo á los soldados; y al efectuar el pago á las mujeres, el encargado de hacerlo les decía: "Compren cuchillos: hay que matar á los Alfáros: ellos tienen que ser traídos aquí!"

—"El pueblo tiene seis mil cuchillos", me dijo, días antes del desastre, uno de los Ministros de Estado.

Navarro supo en Quito la prisión de los Generales; y después de saberla, fuese á Guayaquil. Navarro es el más cercano cómplice de Plaza. No es difícil entrever quién preparó en Quito la tragedia.

Entre nosotros, en los cuarteles pierde su dignidad el hombre, se deprava. Acostumbrado á las reconvenciones ásperas, á los castigos inhumanos, duros, el soldado pasa á ser sicario fácilmente. Plaza en Centro América era perro: se atrastraba entre las piernas de Presidentes, Generales, Ministros y todos los grandes de aquellas Naciones; y cada uno de ellos le daba un puntillazo. Llevaba un retrato del Presidente Iglesias en Costarrica, en cada charvetera, cuando en aquella República se encontraba empleado. De perro se convirtió en hiena, metamorfosis no muy común ni muy rara.

Los soldados mismos, los que habían ganado batallas con Alfaro, pusieron en la plaza de armas los retratos de los Generales Eloy y Flavio Alfaro, con manchas de sangre en el cuello, así



como en otra calle pública, y amanecían con dos velas á los lados. Freile Zaldumbide se hacía de la vista gorda; le infundía pavor el círculo de Plaza. El populacho se aglomeraba á ver los retratos: pocos se retiraban sin profunda tristeza en el rostro. El pueblo de Quito no es perverso: perversos son los que le han infamado sin culpa.

La prensa es un acicate inmenso, que lanza á todo el género humano en movimiento acelerado. La prensa dirige al hombre, el hombre propende al bien; y es escritor digno de exterminio aquel que aconseja al hombre la maldad. Escritores deben ser hombres austeros, que profesan la moral y aman la honra, versados en practicar las virtudes, en estimar como á sí mismos á los otros: ¿Que por la prensa dirijan á las Naciones testafierros cohechados, chiquilecuatros indecentes, panarras que se consumen de envidia, y andan locos por ser preferidos á otros, sin otra razón que su soberbia; y que la dirijan por inspiración ajena, como las mujeres que van llorando en los entierros, por monicas! ¿No fueron de esta clase muchos de los escritores de periódicos en Quito, en los días de aquella tempestad que ha constornado? Directores hay de periódicos que no saben escribir una escuela, y pagan á séros que odian, odian en virtud de elación ó insulso, y porque no se les dio dinero para vicios. Hay editoriales diarios, que no son sino hipóboles de ebrios, blasfemias de salvajes, en momentos de ferozes chamusquinas. ¿Son capaces esos pequeñuelos de dirigir la opinión pública á lo alto? ¿Capaces son de enseñar á ver arriba los que no levantan la vista de cloacas, cuyo fondo está cubierto de estiércol? Si la prensa hubiera sido grande y seria, no se hubieran efectuado tales crímenes, porque Navarro, Plaza y demás réprobos, se hubieran intimidado como el demonio ante la cruz, en presencia de conceptos propios de la virtud, de la honradez. Quien con premeditación delinque, atiénese á la impunidad seguramente. No entreveían ningún castigo aquellos hombres, ya que toda la opinión pública aparecía bendiciendo el homicidio. Ni siquiera pedían justicia: todo lo que pedían era sangre, sangre para satisfacer esa sed de insensatos. El paradigma era la muerte de los Gutiérrez en Lima; el objetivo, la justicia popular, apotegma de Plaza. Como la prensa, eran los discursos en los meetings, y así mismo eran los razonamientos en las Cámaras: todo respiraba sangre, por todas partes no se olfateaba sino crimen. El diario de Plaza, "La Prensa", era el portaestandarte, en ese regimiento de periódicos innobles.

Un quiteño, afrenta de Quito, un ser de criminal origen, y á quien la protección de un liberal volvió gente; uno de infames tachas en su vida, andaba por calles y plazas, por tabernas y salones, predicando el linchamiento de los prisioneros de guerra, como lo predicaba en su periódico: era redactor de "La Prensa".

¡Cuánto contribuyó el Presidente Alfaro á sacar á ése de su miserable esfera!

A las 11 y cuarto a. m. llegó el lúgubre convoy á Chiriquo, lugar en las afueras de Quito. De los vagones del Ferrocarril fueron trasladados los presos á un automóvil; pero éste caminaba al paso de los soldados de á pié. Venían por calles muy públicas, en las cuales se iba aglomerando el gentío. Vociferaba el populacho en parajes, en otros compadecían á los presos las mujeres.

—“Buen Presidente ha sido el viejito!”, decían éstas.

Hubo tales ó cuales escenas sangrientas; pero ellas no ocurrieron, de seguro, porque el pueblo intentara émbestir á los presos.

Llegaron, al fin, al presidio, y entraron. Todavía no había gran número de gente en las proximidades del Panóptico. Designaron una celdilla á cada uno de los presos. Las celdillas son muy reducidas. El anciano Alfaro pidió, al entrar á la suya, un cajón para sentarse, pues sabía que no le iba silla, y á su hermano el General Melardo ó al General Páez, para que lo acompañase. Cerráronse las puertas. El Coronel Sierra, al mando del “Marañón”, retirábase. En el seno del Panóptico quedaban dos batallones, sin autoridad militar de valía: parte de esos batallones rodeó las murallas, parte... esperó una orden....

En la calle inmediata al presidio, iba agolpándose la gente: “La enorme aglomeración de gentes era incontenible, dice el Intendente General: se había convertido en un verdadero torrente, imposible de resistencia: á su paso por las calles anteriores había arrollado y arrastraba consigo á las escoltas que las custodiaban, y los soldados seguían la marcha, revueltos en aquél torbellino incontenible.” [1]

El soldado armado no se deja arrollar por el populacho desarmado, si no ha recibido orden. Dispárese al aire, pónganse las bayonetas en ristre, mátese á uno ó dos, si es necesario, y cualquier populacho se detiene. No se detuvo entonces el de Quito: ¿ni cómo había de detenerse si le impelia la curiosidad, y si á su presencia le iban abriendo campo los soldados? Sierra descendía; y al encontrarse con el gentío, decía en alta voz:

“—He cumplido con mi comisión.—Ahora le toca al pueblo!”

Pero el pueblo no iba á atacar: no iba sino por curiosidad, é insultaba: ningún pueblo ataca cuando no cuenta con el triun-

(1) “Parte oficial del Intendente General de Policía de la Provincia de Pichincha”.—“A la Nación”, pág. 35.—A este documento, le damos crédito absoluto: es obra de persona seria.

fo; y el de entonces estaba desarmado, y delante de él había batallones con armas, que seguramente defendían á los presos. Furor delirante no había en el pueblo, pues por criminal que sea un hombre, cuando está prisionero inspira lástima.

Había pasado un cuarto de hora desde que los Generales entraron á descansar en las celdas. De repente algunos presidiarios *prorrumpieron en gritos y amenazas, pidiendo, en tumulto, castigo, para los reos políticos, léose en un parte oficial de ciertos Jefes.* (1) No fue así: cuando los soldados rompieron los fuegos, desde la loma, y por encima de las murallas, los presidiarios pidieron piedad para el General Alfaro y compañeros, y por eso fueron inmediatamente castigados.

Pueblo y soldados rugían afuera. Alguna mano abrió el portón. Entonces sonó la orden. Los soldados, fusil en mano, se arrojaron á las celdas. Abrióse la del anciano Alfaro: se había recostado al General en el suelo, porque no le llevaron ni el cajón, y reclinado la cabeza en la pared. Se puso en pie y se encaminó á la puerta, en ademán de hablar. Apareció un soldado, le injurió, tendió el fusil y le disparó en el rostro. Espiró el grande hombre al instante.

El General Páez, quien se hallaba en compañía del General anciano, salió, sin ser notado, apenas se abrió la puerta; pasó corriendo, por delante de dos celdillas y entró á la siguiente. Es probable que esta celdilla era la que primeramente ocupó, y que en ella dejó olvidada alguna arma. Luego salió, le acometieron, él disparó y mató á uno. Hallábase á un lado del octógono superior. Del otro lado le dispararon varios soldados, y le tendieron muerto.

El General Medardo salió de la celdilla y corría á ver á su hermano. Al paso le dispararon, y cayó cadáver.

El General Flavio Alfaro se hallaba en la celdilla cuando fue abierta: situóse detrás de la portezuela de hierro. Apareció el cañón de un fusil: él lo desvió con la mano; salió el tiro, y la bala fue á la pared. Siguiéronse algunos tiros, cuyo resultado era el mismo que el primero. Tenían los asesinos miedo de entrar. ¡Imagínate la situación de ánimo de aquel valeroso soldado! Le disparaban también de un mechinal abierto en lo alto; pero tampoco le acertaban. Un mozueto se atrevió á meter la mano, armada de revólver: la volteó, disparó y le afendió en el pecho. Cayó la víctima, arrojáronse sobre ella soldados, la arrastraron hacia afuera; y por encima de la reja, la lanzaron á los andenes inferiores. Se asió de las varandas y quedó colgado: los asesinos le cortaron las manos y cayó.

(1) "A la Nación".—Pág. 46.

Al Coronel Coral le sacaron de la celdilla, y le mataron también á balazos.

Ya el edificio estaba lleno de gente: los oficiales habían llamado desde el portón al pueblo, que iba apareciendo jadeante en el terraplén exterior.

“—¡Nos falta uno!, gritaron.

El General Serrano se había confundido entre la multitud; que por lo pronto, no lo conoció. Cuando repararon en él, se abrazó de una persona; pero luego fue separado y ultimado.

Sustrajeron á los cadáveres las prendas que pudieron hallar.

Entre el populacho había prostitutas y ebrios, y ellos se apoderaron de los cadáveres, les ataron con cuerdas, les arrastraron hacia afuera y continuaron así por todas las calles de la ciudad despavorida. Cosa de treinta cuerdas recorrió esta procesión horrenda. ¡Niños iban tras de los cadáveres, y les arrancaban los cabellos y las barbas! En aquellos momentos oyérouse dianes en la plaza de armas, que aumentaban el horror de la tragedia. Los cadáveres iban dando botes por las calles.

Aquel como alud, grupo de brujas ó arpias, en algazara y carrera endemoniadas; aquel cortejo de diablos con apariencia fúnebre, fue á detenerse en el ejido del Norte, donde fueron incinerados los cadáveres, díriase, entre danzas y gritos de salvajes. En la noche del día de la catástrofe, complaciéronse los militares en tocar retreta en la plaza de la Independencia.

Toda la gente delicada hubo de presenciar este espectáculo terrible. Si hubo algunos que aplaudieron, fue porque el odio sectario es excesivo en Naciones cuya mayoría es de ignorantes. Las personas finas, que por casualidad se hallaban al paso de los muertos, ya en las calles, ya en los balcones, casi dieron el espíritu de horror. Una Señorita de 18 años cayó con fiebre nerviosa, y espiró á los pocos días. Una Señora joven y hermosa, en la flor del matrimonio, se volvió loca, arrastraba á sus hijos pequeñuelos, y acaba de morir delirando en cadáveres. Jamás volverá Quito á presenciar espectáculo como éste, ni lo presenciará ciudad alguna en el planeta. ¡Qué grandeza la del autor y los factores en este más que sublime atentado! Noche y día debe pensarse el Ecuador en galardonar debidamente á estos próceres....

Esta tragedia es más horrible que la del 2 de Agosto en la misma capital ecuatoriana. Ruiz de Castilla, Arredondo, Archaga, Galup....fueron entonces los principales victimarios; pe-

ro todos eran extranjeros, zupia de la edad media, tiranuelos natos de las víctimas. En el 28 de Enero, los verdugos fueron los más protegidos, los más acariciados, los más engreídos por los mártires; todos, excepto Plaza, habían nacido en el mismo suelo que ellos; todos se han empapado en la resplandeciente luz de este siglo. El General Eloy Alfaro conocía la índole discolia de Plaza, desde que éste apareció de soldado en sus filas —“Es un bribón: me da asco de nombrarlo”, me decía en carta de Centro América á Lima, en 1892. Y era, en efecto, un bribón: desde entonces no profesaba ninguna doctrina política, sino que convirtió á la política en medio de hallar acomodo. En Nicaragua, por ejemplo, era: rivales Sacasa y Zelaya: Sacasa era conservador, Zelaya liberal: éste último era amigo del General Alfaro; y le había ofrecido auxiliarte en la expedición al Ecuador. ¡Plaza, ese aventurero vil, se puso al servicio de Sacasa, menospreciando las mi advertencias de Alfaro!

Y era tal la índole del auciano, que á pesar de esta verdadera idea, presentó á Plaza á sus amigos de expectación de la América Central, influyó para que le dieran buenos empleos; y en el Ecuador le levantó á la Presidencia. De tal manera agazaja Plaza cuando está en pos de gollerías, tal es su arte de ficción, tan admirable es su inverecundia, que aun el que está palpando sus crímenes, puede llegar á persuadirse que es un ángel. *Condiciones* son éstas que dan á Plaza el título de bandido hábil, de víbora de tegumento de oro, de uno de esos bribones que van impelidos como proyectil al crimen; pero que de repente caen destrozados ante el infrangible muro de la ley.

Navarro nació á la milicia bajo el Gobierno del General Alfaro, se bautizó en algunos combates en defensa de él, nunca compareció como enemigo de él, probablemente por insignificante.

El General Alfaro fue protector, largo tiempo, de la familia de Intriago.

En el curso de estas páginas hemos mencionado tal ó cual servicio prestado por algunas de las víctimas á Plaza. No fue otra la razón que tuvo este hombre para inmolarse á estos mártires, que el intento de paecer sólo él en el Prado, de ascender sin inconveniente á la cumbre, de no tener en ella á quien temer, de quien cuidarse. ¿Será posible que digamos con todo fundamento, ¡oh Ecuador! Plaza os conoció de frontera á frontera, convenciósse de que aquí no había hombres, de que en la pereza se había perdido el valor, en la negligencia el patriotismo, en la avaricia, la vanidad, la soberbia, la envidia, la lujuria, se había perdido hasta la última sombra de justicia; y que no temía sino al General Eloy Alfaro y sus amigos? ¿Aceptaréis esta afrenta, ecuatorianos, pondréis debajo del solio á ese como Maximino idiota, le arrastraréis el coche como acémilas, le serviréis las viandas como esclavos,

mientras él se entregue al juego, ó se roíe de ramerías proporcionadas por vosotros; y os consagraréis á esperar la espada de otro Alfaro, de seguro más benéfico ahora que en Gatazo porque ahora se trata de un monstruo, no de hombres comunes, como Cuamaño, Flores y Cordero?

En el 2 de Agosto ocurrió también la villanía de asesinar á presos en prisiones, de asesinarlos cuando estaban indefensos; y los asesinos fueron los mismos guardianes. ¡Pero no hubo la perfidia de atribuir esta atrocidad al pueblo inofensivo! No concurren ramerías y ebrios, no mataron á los cadáveres, no salieron con ellos por las calles, no les desnudaron, les mutilaron, les quemaron, como para decir al mundo: "¡No somos cristianos, sino bárbaros!" ¿En 1809 el Ecuador era menos salvaje que en 1912? ¿La prensa, el sol moral, que no alumbraba en 1809, en 1912 ha venido á servir para cegar al hombre, para extraviarlo y empujarlo al crimen, en vez de servir para enseñarle? En pueblos de inmovilidad triste como el nuestro, la historia es la repetición de hechos, no así en los que van hacia arriba agitándose, como sublimes bandadas de águilas ó cóndores. Culpa tiene el Ecuador, en las abominaciones recientes, él, él, por haber servido de instrumento á Plaza, ó la mayoría de él, por haber consentido en que cuatro miserables le sirvieran. ¿Plaza no ha sido conocido? ¿No hubo quien os lo mostrara tal cual es, desde el tiempo de la *Fronda*, y el opúsculo "Campaña de 20 días"? El *ilustre ciego* de Ambato, autor de un folleto foribundo, acaba de claudicar, porque no ha visto bien el enano... el camino de la honra, digo. ¿Plaza no ha sido conocido? ¿Pues por qué el Ecuador se ha dejado engañar de un hombre inepto? ¡Sois chiquillos, muy chiquillos, oh infortunados concitadanos y hermanos nuestros!

Amamos al Ecuador; y porque le amamos, le aconsejamos reforma. Para aconsejar reforma, es necesario enumerar las faltas; y si las que apuntamos son ilusorias, díganlo las personas de pro, no aquellos sobre quienes caen nuestros fulminantes anatemas, como serían los que intentarían justificar los crímenes de Plaza. Ni el odio ni la prevención, ni la venganza, ni la envidia nos mueven; muévannos la naturaleza, la justicia, la civilización, el amor al hombre, el deseo de ver la luz del sol, fatigados ya de tan horrible oscuridad. ¡Oh si nuestra patria diera un paso, si empezara á ir á la virtud por el exterminio del malvado!



## XIV

### Los triunfantes

Despedidos de Guayaquil los Generales prisioneros, Plaza dio por concluida su labor; y se alejó á Manabí, á pretexto de pacificar aquella provincia.

Plaza es Flores, yéndose de Quito á Guayaquil, después de haber ordenado en Pomasqui, la partida de Morillo á Berruecos, y después de haber ordenado en Quito, el degüello del 19 de Octubre.

En medio del gentío, dijole el General Andrade, al despedirse:

—¡Ojalá vuelva Ud. con honra, General!

Corrido Plaza, tartamudeó algunas palabras; y luego habló al pueblo, y terminó con la siguiente frase, arrancada por la presión de aparecer generoso:

—¡Declaro que el General Julio Andrade ha sido el alma de la victoria!

¡Cuánta angustia le costaría esta cláusula, que sus diarios cuidaron de no publicar! Fue trasmitida por telégrafo á "El Comercio" de Quito.

Al día siguiente salió de Guayaquil el General Andrade, rumbo á Quito. Hasta Bucay vinieron con él la señora Colombia Alfaro de Huerta, y su esposo el doctor Emilio Clemente. Huer-



ta, á servir en la prisión al padre de ambos.... A Bucay comunicaron al General Andrade la catástrofe, y entonces llamó aparte al doctor Huerta, y le dijo brevemente estas tristes palabras:

—“Se me ordena decir á usted que es inútil que la Señora y usted sigan adelante”.

Recibió aquella amante hija el golpe como primogénita, sin duda, de un héroe: pensó seguramente en la víctima; pero rechazó el pensamiento en el cruel victimario: así obran los corazones nobles y afectuosos.

A Quito entró el General Andrade, en medio de los aplausos del pueblo, á causa de sus recientes victorias. Coronáronle dos señoritas bellas; y uno que otro joven fervoroso pronunció oraciones laudatorias. Habláronle de gloria en una de ellas; y al contestarla, le corrieron las lágrimas, porque tenía ahí á la vista lo que se apellida gloria en pueblos tristes. ¡La gloria de Eloy Alfaro consistió en servir á su patria, y vino á concluir devorado, mutilado, escarrocado, pisoteado por aquellos á quienes tanto había protegido! Esas muertes merecen otras, seres por todo extremo nefarios.... Lloró el General Andrade, y el pueblo lloró con él. Ya Quito no era como antes: carcomida estaba la sociedad quiteña por asquerosos insectos, ensuciada por reptiles, lechigada de un caimán del Telembi. El hecho era nefando, y el General Andrade sabía quien era el culpable. Dijo más tarde, en confianza: “.... Los asesinatos de nuestros Generales constituyen uno de los crímenes horribles, que la Historia registra, y que sólo ella castiga. Mi opinión formada ya es que ese crimen fue crimen de liberales, de espada, más bien que de bastón de mando; y su descubrimiento, y el castigo de los delinquentes sería la caída inmediata y justa del partido liberal; por corrompido y por infame.” [1]

“Por Dios, clamó al contestar un discurso, en el día de su entrada; por la Patria, por la civilización, por nuestro buen nombre, basta ya de sangre, de lágrimas, de escenas horripilantes!

“Una triste necesidad impone á los militares el deber de derramar sangre humana; pero este deber es sólo de los militares, del pueblo no! El pueblo no debe saber de otras luchas que de las santas, humanas entoblecadoras del trabajo.....

“Todos debemos cumplir con nuestro deber, aunque nos cueste un dolor, aunque se nos imponga un sacrificio; no hay ~~otra~~ <sup>deber</sup> sin sacrificio, y sacrificio es toda nuestra vida”.

(1) Carta del General Andrade, escrita el 17 de Febrero, y publicada en “La Paz”, Quito, Marzo 18 de 1912.

“¿Llora? dijo un joven escritor. ¿Llora un General invitado, que viene triunfador en gloriosas batallas? Si, llora irremediablemente, llora con amargura, llora con angustia. ¿Las causas? Todos las sabemos; y de evocarlas en este momento, inviera el cronista que romper el lápiz, de indignación y de coraje; y cubriéndose la cara con las manos, llorar de despecho y amargura.....” [1]

Su primer paso fue acudir al Gobierno, en solicitud de la libertad de todos los presos políticos. A los que pudo dar libertad, como Jefe de Estado Mayor General, la dio en el acto: á los que no, la dió el Gobierno, poco á poco, á solicitud del General Andrade. Plaza ha querido imitar esta conducta; pero con objeto enteramente diferente: cuando quiere negociar algún amigo, manda poner en prisión á cualquier persona, por orden de cualquier agente suyo; y luego da su fianza, con el fin de alcanzar le libertad.

Hasta que partió á la campaña, mi hermano Julio se oponía á mí, cuando mis expresiones eran contra Plaza. No aprobaba, en su totalidad, mi libro, “Campaña de 20 días”. Nuestros enemigos eran unos mismos; pero el modo de combatirlos él era distinto. Yo habia venido por un sendero de espinas; para él se estaba abriendo uno de flores; y mientras yo rugía, él reía. Quizá no habia conocido bien á Plaza....; Yo le conocia mejor, y yo debi haber guardado á mi hermano de la mordedura de esa víbora! No pude. Vivía yo á dos millas de Quito, cuando partió á la campaña, y no se consultó conmigo y se fue. De su partida no supe sino al día siguiente. Hé aquí lo primero que me dijo á su regreso:

—No he visto alma más tenebrosa que la de Leonidas Plaza.... Es un malvado....; Y parece un niño, una paloma! A bordo, en el trayecto de Panamá á Guayaquil, díjome, después de varias conversaciones al respecto: “Apenas lleguemos á Quito, debemos entregar al viejo Alfaro al Poder Judicial”.

“Yo le respondí:

—El General Alfaro es padre del partido liberal ecuatoriano. El lo trajo al Poder heroicamente”.

“Se ve que el crimen fue premeditado. Con frecuencia me hablaba á mí de *justicia popular*; pero en público ha hecho siempre á pavientos de su ciega sumisión á la ley”. [2] ¡Ha jurado

[1] César W. Arroyo. —“Impresiones”.

[2] Véase sus discursos al pueblo en Guayaquil.

en sus adentros deshacerse de los Generales que han sido obstáculos á sus miras, y lo ha conseguido!"

—¡Cuidate!, le dije.

—Lo sé, me contestó. En Huigra y en Yaguachi, soldados de nuestro ejército me hicieron disparos por la espalda. (1) ¡Pero él me adora!, añadió, y reía.

Cuando el General Eloy Alfaro estaba asilado en la Legación de Chile, dijo Plaza á una Señora respetable:

—El imbécil pueblo de Quito debió arrojar de la azotea del Palacio al viejo Alfaro, para que se hiciera tortilla en la plaza.

Cuando ya regresó de la campaña, dijo á Plaza la misma Señora:

—Es usted incomprensible: antes decía que el pueblo debió matar al General Alfaro, y ahora quiere justificarse cuando le acusan de que usted ha enviado á los presos á Quito, para que los asesinen.

—Yo no he querido matarlos por mi mano: esto es todo, Señora, respondió Plaza.

La Señora es de lo más selecto de la clase distinguida de Quito; no puede dudarse de la afirmación de Plaza. Hé ahí cómo el mismo Plaza confesó con sus propios labios, que es cobarde, infame y asesino.

Quienes son más delincuentes, no son los malhechores que vienen á apoderarse del infortunado Ecuador, sino los miserables que les apoyan en su obra. Plaza es un perverso, criado descuidadamente por padres ignorantes. Muy temprano huyó de casa de sus padres, vagó como galopín, y por último se presentó en los cuarteles de Alfaro. Este es hombre ilustre, porque trabajó en obras dignas de alabanza; pero digno es también de execración, por haber alzado á Plaza de cloacas y dejado esta miserable herencia al Ecuador.

Plaza experimentaba la convulsión criminal de la incertidumbre y el absia de noticias, en su viaje. Apenas llega al puerto de Manta, telegrafía á uno de sus partidarios de Portoviejo, acerca de la urgencia de tener noticias de Quito:

"Manta, Enero 29) de 1912.— Coronel Balanzátogui.—Portoviejo.— Le intereso para que dé las más terminantes órdenes, á fin de reparar

[1] Hay varias personas á quienes dijo lo mismo el General Andrade.

la Hnea telegráfica á Guayaquil, pues tengo impaciencia de saber qué suerte han corrido los señores Alfaro, en su viaje á Quito.

"L. Plaza G."

De Portoviejo telegrafió á Navarro, ya en Quito, con estas palabras:

"Portoviejo, 31 de Enero.—General Navarro.—Quito.—Dígame algo de los prisioneros que fueron á Quito: estoy impaciente de tener noticias.

"L. Plaza G."

Esta curiosidad es una como concupiscencia, propia de asesinos.

De acuerdo con él, sus aláteres insistieron en su candidatura en "La Prensa" de Quito, y entonces se aproximó á la capital, como verdadero vencedor. En Guayaquil quiso demostrar el placer que le infundía la noticia de la tragedia de Quito, y despachó el siguiente telegrama á uno de sus cómplices:

"Guayaquil, á 6 de Febrero de 1912.

"Señor Coronel Alejandro Sierra.

"A usted, mi querido Alejandro, y á sus bravos compañeros del valeroso Batallón "Marañón", les agradezco la expresión de felicitación que me envían por mi arribo á esta plaza.

"Tengo el gusto de comunicarles que la República queda pacificada.

"El domingo los abrazaré á todos.

"Su Jefe que los quiere por valientes y leales.

"L. Plaza G."

Al Gobierno envió este saludo:

"Guayaquil, Febrero 5 de 1912.

"Señor Presidente y Ministros:

"Acabo de llegar y estoy en completa y franca convalecencia. Si ustedes no tienen órdenes que darme, saldré pusado mañana para quedarme en La Ciénaga, descansando de las fatigas de esta campaña que me tiene aniquilado física y moralmente. Quiero dejar el campo libre á los intrigantes y esperar en el retiro de mi hogar el juicio de mis contemporáneos y el de la historia.

"En la campaña que terminó el 20 de Enero puse cuanto debía poner y no tuve ni un segundo de vacilación cuando se presentaron las

oportunidades de exponer mi vida en aras de la Patria; en veintitrés días, con el glorioso ejército constitucional y con la colaboración de los intrépidos Generales Andrade y Treviño, devolví la paz á la República.—Abrazo.

"L. Plaza G."

El cinismo de Plaza en la más admirable de sus condiciones protervas: prevé que le van á acusar, y se anticipa á hablar de *intrigantes*: dice que *no tuvo un segundo de vacilación en exponer su vida*; y es porque cree indudablemente que ningún ecuatoriano tiene memoria, entendimiento y voluntad. ¡Nadie piensa en los terrores de él en Riobamba, mientras los valientes combatían en Huigra; nadie se acuerda de su imbecilidad en Naranjito; nadie de sus desuayos en la batalla de Yaguachi; y el General Andrade no se acordaba del pavor con que fue á solicitar su compañía! ¡*El devolvió la paz, con la colaboración de los Generales Andrade y Treviño!*

De Riobamba transmitió el siguiente parte á uno de sus dependientes:

"Riobamba, 9 de Febrero de 1912.

"Señor doctor Lino Cárdenas, Presidente de la Sociedad Liberal Democrática.

"Tengo el honor de saludar á usted y sus dignos compañeros.

"Voy abrumado con la adhesión de los pueblos, que me han ovacionado ruidosamente, desde Guayaquil hasta esta noble y heroica ciudad. Estoy casi bien; y en cuanto á mi espíritu, está confortado con la gratitud de mis compatriotas, sin que por lo demás hayan dejado huella ninguna la intriga, la ingratitude ni la mala fe de unos pocos. Comprendo de qué campamento han salido esos tiros, y confío en que la unión liberal, que se presenta pujante, arrojará á esos hombres al puesto que les corresponde. Mi programa ha gustado á todos y espero que también gustará á U. U. El domingo á las 2 p. m. estaré en la Capital á la disposición de mis amigos.

"Su afectísimo,

"L. Plaza G."

Quiénes le *ovacionaban* no eran sino los logreros, los vagabundos, los picaros, de los que hay abundancia en nuestra patria. Los hombres de bien que le seguían, le han vuelto, por fin, las espaldas. Los holgazanes de Quito, que no son pocos, porque en esta capital no hay grande actividad ni gran trabajo; leguleyos, curiales de mala fe, borrachuelos, petardistas, transnochado-

res famélicos, sacapotras, andrajosos, le prepararon recibimiento ruidoso, en la estación del ferrocarril en Chimbacalle. La gente honorable concurre por ver, pues son raros los espectáculos en Quito; ¡y cómo se ha reído después del de entonces!

Bajó del carro, desechó la compañía del Presidente y Ministros, y echóse en brazos de cholos y cholas, llamándoles *mi querido pueblo*. . . . Ascendió á pie hasta su casa, en medio de zarzapastrosas, mandigos, aguadorés. . . . ¡Quería demostrar agradecimiento á la plebe, por haber aceptado la responsabilidad del 28 de Enero! ¡Qué contraste con la conmovedora escena, con la intensa emoción del pueblo, cuando el General Andrade entró y le dirigió palabras de enseñanza!

A los jóvenes de buenas familias les dice todavía Plaza que va á fundar un partido aristocrático; á la plebe le dice que su gobierno va á ser popular.

Cuando después de los tratados de la Virginia, J. J. Flores iba á salir desterrado á Europa, fue á despedirse á bordo un quiteño: "Mi confianza en estos bribones de costeños me lleva al ostracismo", le dijo Flores; no hay que confiar en costeños". Horas después fue á despedirse un guayaquileño: "Mi confianza en esos hipócritas de los serranos me lleva al destierro, dijo Flores; no hay que confiar en serrano". ¡Y el Ecuador si había de confiar en aquellos *hombres ilustres*, zupia de Portocallo y Baracoas!

El 2 de Febrero había aparecido una acusación del joven D. Guillermo Serrano, hijo del General Serrano, si no directa, capaz de infundir espanto al asesino. La como consigna de éste á sus cómplices consistía en encerrarse en el silencio. "La Prensa", diario de Plaza, tuvo la desvergüenza de insertar dicha acusación en sus columnas.

Con fecha 12 de Febrero, había escrito en Panamá el Sr. Dr. Carlos Puig V., ecuatoriano, una carta vibrante á Plaza, acusándole por el desastre nefando. Plaza y sus cómplices han observado religiosamente la consigna.

El generoso escritor peruano D. Luis Ulloa, descubrió al asesino, escondido en el lacónismo de partes cablegráficas; y ha arrojado contra él rayos sobre rayos, y ha conmovido á todo corazón en la República.

El colombiano D. Manuel de Jesús Andrade, testigo de la catástrofe, partió á Panamá consternado, y desde allí fulminó también una centella sobre la cabeza infame de Plaza.

El Coronel Olmedo Alfaro, hijo del ilustre D. Eloy, le ha partido la frente con su clava, y lo tiene ahí de rodillas, implorándole siquiera una vislumbre de clemencia.

Muchos otros escritores, compadecidos del Ecuador, están despertando la indignación de los pueblos, excitándoles a prestar auxilio á nuestra patria, para que á sus asesinos los arrastre á os patibulos.

El Ecuador lee estas excitaciones con el más reconcentrado furor, buscando en torno suyo un arma, y la caterva de secuaces contumaces, ha elegido al criminal Presidente! Elección más despreciable, elección que revele más la ira, elección que signifique tan claramente engaño, impostura, no ha habido ni se repetirá jamás en nuestra patria.

Continuó la candidatura de Plaza con todos los aspavientos de un zarabique de negros. Embustes, baladronadas, torpezas, zorrerías, alharacas, rufanerías, adulaciones excesivas, todo hubo en aquella candidatura escandalosa. Se desesperaba esa chusma por llegar á ser dueña del erario. Navarro, Ministro de Guerra, dice: "Sin temor de equivocarme, puedo asegurar que, ostensiblemente, á nadie se le ocurrió atajar ó combatir la postulación del señor General Plaza, cuyo nombre brotó espontáneamente de todos los labios liberales". Se adula; pero no con tamañas hipérbolos. Ningún liberal histórico y genuino; ninguno de los alumnos de Rocafuerte, Moncayo, Carbo y Montalvo; ninguno de los que combatimos debajo de las banderas de Alfaro, excepto Plaza y sus fanáticos secuaces; ningún hombre de alguna virtud, de alguna luz, ha podido ser partidario de un vil aventurero. Los liberales quieren la libertad de todos, no las concupiscencias de unos pocos; quieren conseguir dicha libertad por el camino del bien, no por medio de desastrosos homicidios... como el de Quivota, el de Torres, el del ilustre Alfaro, el de Flavio Alfaro, el de Medardo Alfaro, el de Manuel Serrano, el de Ulpiano Páez, el de Coral, el de Julio Andrade, á quien el Ecuador, está comparando con el mártir de Berruecos.

Apareció la candidatura del doctor Carlos R. Tobar, antiguo conservador, defensor apasionado de García Moreno; pero ciuda dano probó, tranquilo, mesurado. No fue en el pueblo, no en Juntas, no en poblaciones donde primero se presentó esta candidatura: fue en el Gabinete, entre Presidente y Ministros de Estado. Cuando uno se llama Gobierno, hace lo que le dá la gana en estos desventurados países. Después de la batalla de Huigra, la candidatura de Plaza cayó en ridiculez completa: nadie le creía hombre siquiera; ya hemos visto los apodos con que le

bautizaba todo el mundo en Quito. También en el Gabinete se relan; y los partidarios de él se ponían furiosos. El más despreciable de los Ministros, Navarro, fue el primero que propuso la candidatura del doctor Tobar; y el primero que la apoyó fue Intriago, ambos satélites de Plaza. No es dable comprender qué motivo les movió; no se sabe si fue enfado con Plaza ó intriga urdida por el mismo Plaza. "Aún con el sacrificio de mi vida," dijo Tobar en su programa, sabré mantener incólumes la paz y las conquistas que ha alcanzado el partido liberal". Aunque causó gran sorpresa el programa, todo el partido conservador la ofreció incondicionalmente su sufragio. Freile Zaldumbide, liberal, apareció también como sostén de Tobar. Pero Plaza estaba todavía de General en Jefe, Plaza había asesinado al caudillo del partido liberal y á otros hombres de provecho, sin temor por su vida, ni al oprobio, y menospreciando la sentencia que sobre él habia de dictar la humanidad, sólo por dejar el campo libre á sus miras; Plaza echaba los bofes por alcanzar la Presidencia: era, pues, delirio proyectar el triunfo de una candidatura civil. Plaza llegó á decir á Freile Zaldumbide, en persona, "que el ejército no cedería á un triunfo eleccionario del doctor Tobar, ni en la Costa ni en la Sierra". El mismo Presidente lo afirma. [1] ¡Y sin embargo no aprehendió á tan audaz conspirador, consultándose con el General Andrade, cuyo prestigio en el ejército era inmensamente superior al de Plaza!

Entonces apareció la candidatura del General Andrade: esta candidatura habia nacido ya, cuando las Plenipotencias en Bogotá y Caracas; pero el candidato habia suplicado á sus amigos no la presentaran en público, porque le parecía que no estaba todavía preparado, y que en la República haba algunos hombres de más peso. Vino á afianzarse de modo sorprendente, con la conducta del candidato en la última campaña.

Yo soy hermano de Julio Andrade; dejemos que den su parecer los extraños:

"Ciudadano esclarecido, dice en un Acuerdo la Junta Patriótica Nacional, que como diplomático y militar, prestó valiosos servicios á la Nación; y en quien sus compatriotas confiaban para la defensa de la honra y el territorio de la República... Mereció bien de la Patria, y se hizo acreedor á la gratitud nacional" (2)

Suscriben este acuerdo el Presidente, Luis F. Borja; el Vice-presidente, N. Clemente Ponce; Federico, Arzobispo de Quito,

(1) "Reportaje al señor doctor Carlos Freile Z."—"La Paz", número 60.

(2) "El Comercio".—Quito, Marzo 13 de 1912.



J. Gómez de la Torre, Carlos Pérez Quiñónez, P. Villagómez, Luis F. Borja, hijo, Celiano Mouge.

El Directorio conservador de la Costa, compuesto de los señores Carlos E. Casmaño, B. J. Luque, Ricardo Cornejo, L. A. Chacón y Manuel DeFrance, le llama benemérito. [1]

Todo el Ecuador le ha calificado, después de sus días, de primer ciudadano ecuatoriano.

Apenas presentada su candidatura, la primera idea del General Andrade fue la reunión de una gran Convención, compuesta de liberales de toda la República, elegidos por todos tres candidatos: manifestó esta idea á sus amigos; y algunos de ellos se reunieron en Junta, cuyo primer acuerdo fue nombrar comisiones de su seno, con el objeto de que confirieran con los tres candidatos, acerca de la convocatoria de la antedicha Convención. El Dr. Tobar y el General Andrade aceptaron. Plaza no era, pues, evidente que la candidatura de Plaza estaba muy desprestigiada, ya que él no confiaba en que obtendría mayoría entre los liberales de peso.

El Dr. Tobar era en el Ministerio, hechura de Plaza, como ya hemos afirmado.

Pronto comprendió Tobar que Plaza quería ser á todo trance Presidente; y como también él deseaba serlo, buscó su apoyo en el General Andrade, porque le era indispensable un militar. Cuando apareció la candidatura del General Andrade, Plaza y Tobar temieron. Era de suponer que tanto el General Andrade como sus amigos y familia, no hubieran presentado con tanto retardo la candidatura de aquel, á no haber entrevisto claramente la victoria. No hubo tiempo de dar á la estampa las adhesiones de todas las provincias. Acto continuo se empeñaron Tobar y Plaza en estrechar conexiones con Andrade. A Tobar le fue más fácil, pues había sido profesor de él, y cultivaban, por consiguiente, buenas amistades. Conviniere entre uno y otro en que, si se fortalecía la candidatura del uno mas que la del otro, el vencido apoyaría al vencedor con todos sus secuaces; y en que el vencedor, una vez elegido Presidente, llamaría al vencido á colaborar con él, como uno de sus Ministros de Estado.

Plaza se puso en campaña: buscaba dia y noche al General Andrade, por sí y por medio de sus cómplices; pero á éste le repugnaba hacerse con Plaza. No bastaron protestas, halagos, promesas: resolvió el General Andrade no tener ninguna plática con Plaza, y lo cumplió. Otra de las medidas diarias de

(1) "El Ecuatoriano".—Guayaquil, Marzo 22 de 1912.

aquel hambre, era comprometerme á mí para que, á mi vez, comprometiera á mi hermano. Plaza no tiene idea de honra, de delicadeza, de dignidad, de lo que se llama estimación por sí mismo: los desprecios con que le abrumaron en la América Central, borraron en el alma de él todos estos sentimientos. ¡Erá yo el único hombre que había procurado poner en claro en mi patria la conducta de ese malvado escandaloso, era yo quien le había acusado alto, y seguídole con el fuste como á perro; y era él quien me proponía planes amistosos!

Acusado el General Obando de asesinato de Sucre, por una hoja suelta del General Luis Urdaneta, en los días en que aquél fue nombrado Ministro de Guerra, presentóse al Presidente y le manifestó no aceptaría el Ministerio, si la Corte Suprema de Justicia no sentenciaba su inocencia; falló la Corte, y fue Ministro el General Obando. Quien acusa á Plaza no es Urdaneta en una hoja suelta; es el mundo entero, asombrado de este pueblo. Malvados hay en todas partes; pueblo que les tolere, les disculpe, les adule, les levante á altos Magistrados, no hay sino uno, ¡oh vergüenza!, el desdichado patibulo, en cuyo centro hemos nacido! ¿Plaza solicitará ser juzgado antes de sentarse en *nuestro* solio? Yo no he oído hasta ahora que un hombre contra quien se han publicado acusaciones, como las comprendidas en la "Campaña de 20 días", haya dejado correr los tiempos, sin presentar justificación ó defensa, ó no haya mandado desafiar al acusante; y que, como borrico que va en pos de pasto, esté pretendiendo Presidencias, y haya gente que las otorgue, lisonjeándole. ¡Lejos de desaliarme, envíame dos amigos suyos y míos, cada uno en diferente día, para que me ofrezcan una renta buena, y un viaje á una Nación de Europa, con tal de que le facilite una entrevista con mi hermano, y trate yo de convencer á éste, de la bondad de las pretenciones de Plaza! No abofeteé á mis amigos. Conmovíome haber caído en mi reputación hasta ese punto, y me sorprendió la indignidad del pretendiente. A uno y otro contesté:

—Plaza no puede venir de Presidente á nuestra patria, sobre todo en nombre del partido liberal: la prensa nacional y la extranjera le están acusando de autor del crimen del 28 de Enero; y el partido liberal no debe elevar á un acusado, ora porque sería inmoral, ora porque daría vergüenza, ora porque en su Gobierno, Plaza se ocuparía en vindicarse, pues la tal acusación vendría á ser arma poderosa en manos de los opositores, que no le dejarían tiempo para las empresas en pro de la Nación.

¿Qué pretendía decir al General Andrade? ¿Pretendía ganarlo con ofertas de pleni-potencias ó dinero? Cualquiera que conozca mucho el mundo, tiene que admirarse de la naturaleza de ese insigne malhechor. Andrade era como Sucre, que co-

noía íntimamente á Flores; y porque consideraba en su inocencia, no se preocupó de guarecerse.

El Coronel Carlos Andrade, hermano del General, fué, en aquellos días, nombrado Jefe de Zona en Riobamba, y había partido ya á aquella ciudad.

Podemos afirmar que el doctor Freije Zaldumbide no dió ninguna prueba en público, en favor de tal ó cual candidatura. Uno de los principales amigos de Plaza llegó á enviar á las Provincias el parte telegráfica siguiente, que con toda claridad revela no fue el temor á la parcialidad del Gobierno, mas aún el miedo al General Andrade, la causa del atentado revolucionario del 5 de Marzo:

“Quito, Febrero 27 de 1912.

“A los Presidentes de los Clubs Placistas y Gobernadores de Provincias:

“Después de una cordial entrevista con el Señor Ministro de lo Interior, Doctor Don Octavio Díaz, he llegado al convencimiento de que el Gobierno no patrocina ni apoya ninguna candidatura para la presidencia de la República. Los amigos y partidarios del Señor General Don Leonidas Plaza Gutiérrez deben, pues, contar con la seguridad de que ninguna autoridad política ni militar pondrá obstáculo alguno al libre ejercicio del sufragio, garantizado por la Constitución, ni apoyará ninguno de los bandos contendientes á la próxima lucha electoral.

“Gonzalo S. Córdova.

“Transcribese.—El Ministro de Gobierno, OCTAVIO DIAZ”.

## XV

### El 5 de Marzo

Le es imposible una virtud á quien ha emprendido en una carrera de crímenes: los crímenes le han acarreado santos odios; y para resistir á éstos, le son indispensables más enormes y en gran número. El homicida contumaz es un ebrio: empezó por beber sangre, y tiene que beberla hasta exhalar el último suspiro. Si no vuelve á beberla, sus enemigos aumentan, y le causan daño á porfía; si no vuelve á beberla, hasta le matan. Tiene que matar, le es indispensable matar para gozar libremente de la vida. Pero hay Dios, esto es, Justicia. El único goce del criminal en la vida, no consiste sino en llamar á gritos á la muerte.

La Presidencia le ha sido necesaria á Plaza, como lo fue al asesino de Sucre, para contener el turbión de enemigos, que tienen que caer sobre él, como borrasca. En él vino á ser delirio obtenerla, y ya no le era dable retroceder ante obstáculos. El Ecuador no le tenía por tan malo, porque todavía no se daba cuenta de que él fue el autor de las atrocidades del 28. ¡Que no se haya dado cuenta el Gobierno, ó si se la dio temblara todavía ante Plaza, ante un malhechor á quien debió colgar inexorable!

Más de una vez, el General Andrade le habló con toda sinceridad á Freile Zaldumbide. La narración le infundió pavor, lejos de enardecerle en pro de la justicia. Continuó tolerándole en su ya innecesario empleo de General en Jefe, aun cuando el Ge-

neral Andrade había renunciado su Jefatura de Estado Mayor General. El 1.º de Marzo dirigió este ciudadano la siguiente circular á todos los militares de la República:

“Quito Marzo 1.º de 1912.

“Señor:—Hoy presenté la renuncia formal del cargo de Jefe del Estado Mayor General del Ejército: la fundé en que he adquirido compromisos políticos, incompatibles con el servicio nacional de las armas.

“Deseo pedir á usted, con este motivo, que exprese al Ejército de su dependencia mi viva satisfacción por la brillante manera como se condujo en la reciente campaña: sobresalió con entereza todas las penalidades y se mostró capaz de los mayores heroísmos.—La República puede sentirse orgullosa de él.

“Importa que se sienta, además, confiada y tranquila en lo referente á la defensa exterior, á la paz interna y á la estabilidad de las instituciones; y ello se obtendrá si el Ejército, penetrado de la misión clara, fija y única que le corresponde, se atiene á ésta y la cumple firmemente.

“Es preciso que ninguna agrupación, ningún partido, ningún hombre, por poderosos que se les suponga, sean osados á afirmar que cuentan con el noble Ejército de la República para prevalecer en las contiendas políticas de actualidad.

“Mis bravos camaradas pueden estar seguros de que me verán á su lado cuando quiera que se trate del cumplimiento inflexible de nuestros altos deberes nacionales y de la honra y dignidad de nuestra clase.

“Soy de usted, con la más sincera estima, su atento servidor,

“[F.] *Julio Andrade.*

“He contraído compromisos incompatibles con el servicio nacional de las armas”, dice. Estaba de candidato á la Presidencia, y no debía permanecer de autoridad militar. Era una bofetada en el cacheto de Plaza: pero éste ni se conmovió y siguió adelante sin cortarse. ¡Qué bien educaron en la América Central á este moderno Maximino, para que fuera merecedor de la Presidencia de una de las Naciones de la América del Sur!

En la misma fecha dirigió el General Andrade á sus amigos de Imbabura y del Carchi, á aquellos entre los cuales nació, y á quienes con preferencia amaba, el siguiente parte teográfico:

“Habiendo autorizado la exhibición de mi candidatura á la Presidencia y estimado incompatible este compromiso político con el servicio nacional de las armas, presenté renuncia irrevocable del cargo de Jefe de Estado Mayor. Desautoricen ustedes toda especie que se haga propagar con el fin de alterar el concepto claro de mi renuncia ó de hacerme aparecer como ligado por tales ó cuales compromisos. En materia de compromisos, yo no tengo sino los que me imponen mi honor y

mi conciencia de militar de la República: oponerme á todo trastorno, á todo atentado contra sus instituciones, vengan de donde vinieren y darle mi vida en su defensa. Publiquen y ténganme al corriente de toda intriga. Amigo.

"Julio Andrade".

El General Andrade no era Plaza, no había obtenido promesa de que no le aceptarían la renuncia; y Navarro la aceptó, sin la menor vacilación.

Convencido estaba el General Andrade de que las prácticas republicanas no eran bien observadas en su patria, y se propuso dar ejemplo de observancia. ¡No era desgraciadamente el primero, en el gremio que posee la fuerza; era el segundo; y el primero era el más malvado de los hombres! La elección dependió del cobarde Freile Zaldumbide. Cuando Bolívar daba las primeras lecciones de republicanismó en su patria, nadie le contradecía, porque era el primero, y su voz tenía inmensa retumbancia. Andrade era también en su patria, el primero en méritos: lo comprendía así todo el Ecuador; pero á Freile Zaldumbide se le ocurrió hacer á Plaza el primero en posición. ¡Plaza es hasta estas horas General en Jefe del ejército; y como tal le eligieron Presidente, con escándalo de cuantos tengan idea de república!

En los conciliábulos de Plaza y sus íntimos, aterrados de la propagación de la candidatura del General Andrade, empezaron á tratar de la ejecución de un plan impresionidible, el asesinato inmediato del patriota. Este plan era muy hacadero para ellos, así como era hacadero para el General Andrade y su bando, perderlos porque concibieron tal idea. Todavía no se publicaban firmas; pero pudo comprender cualquiera la popularidad de la candidatura en cuestión. Todos los partidarios del General Alfaro estaban plegando á ella con el más grande entusiasmo. Se adherían también otros liberales, los que se habían resentido con el susodicho General; en diferentes ocasiones. Respecto de los conservadores, ya hemos visto el compromiso con el pseudo liberal, candidato de dicha bandera. A Plaza no le quedaban sino los logreros, los famélicos, los que ya tenían escritos sus giros, para que la Tesorería los cubriese. Estos andan de ira.

"La Administración que llegase á organizar, escribía confidencialmente el General Andrade en aquellos días, dedicaría su atención preferente á las cuestiones económicas: buscara el equilibrio de las rentas, no por medio del aumento inconsiderado de los gravámenes, sino por la exacta percepción y honrada administración. Diez y seis millones para un país de millón y medio de habitantes, debiera ser el colmo de la holgura fiscal; y todo el mundo sabe, sin embargo, las estrecheces en que de por vida, se

agitan nuestros infelices gobiernos. La explicación está en su falta de sistema, . . . y de honradez.

"Cuanto á ideas, daría á las escuelas públicas una importancia que jamás tuvieron, buscaría en la enseñanza laica, que no en fútiles apariencias de reformas meramente escritas, la base científica, única é incommovible de los principios radicales. El catolicismo continuaría en la situación en que se halla; el clero, sin influencia ninguna en la política, que no es su campo de acción; negociaría (1) la supresión de las comunidades religiosas, etc.

"Es claro que en la provisión de empleos, no habría exclusivismos, sino respecto de los conocidamente incapaces ó faltos de hombría de bien.

"Mi amplio liberalismo, más bien europeo que ecuatoriano, pugna, como pueden imaginárselo, con el regionalismo: admiro la Costa, amo á Guayaquil, tierra del trabajo y la energía; y en ese punto, mis tendencias no serían otras que las de robustecer sus nexos con la Sierra. Todo cuanto se haga en contrario tiene más de traición á la patria que lo que tuvo de tal la ofuscación de ideas del infeliz General Montero.

"Hace cuatro años escribí desde Bogotá al General Alfaro, [Don Eloy], que nuestro partido fracasaría indefectiblemente, si no atiende á su organización científica, la sola que podría unifi-

---

[1] Esta palabra, según se nos ha referido, ha disgustado á algunos conservadores: ella no quiere decir sino que no expulsaría á las comunidades religiosas, valiéndose de la fuerza, sino que recabaría de la autoridad religiosa, el permiso de eliminar dichas comunidades, en cambio de cualquiera otra garantía. En estos asuntos, no la fuerza sino el convencimiento, era la teoría del General Andrade. Sabemos que se estudia el Programa político y social de él, y que en breve será dado á la estampa.

Plaza escribió el 9 de Julio de 1905, á don Lizardo García, una carta que tenemos á la vista: en ella hay este párrafo:

"Ojalá que se cumpliera su pronóstico y que el viejo se pronunciara en estos dos meses, y digo ojalá porque así le dejaría limpio el campo de yerbas malignas: figúrese usted lo que haría: por lo pronto continuaría á Onera, Albán M., Arias, Pachano, Calisto, Rivadeneira, Albornoz, Moncayo, C. O. Andrade, Villavicencio, y P. Villagómez, Julio Concha, Lapierra, P. Córdova, á fin de que perdieran el carácter de Jueces, y fueran reemplazados. Estos, á título de que son empleados por 6 años, son los que más guerra hacen: ahorearía á todos los perniciosos, y expulsaría á todas las comunidades religiosas."

Estos conceptos son propios de Plaza. Si tanto temía á los Jueces, [y algunos de los mencionados eran Ministros de la Corte Suprema], claro es que hubo algún enjuague en los Bonos.

carlo y solidarizarlo: indíqueme como medio la reunión de una Asamblea liberal, que expidiese la constitución del partido, más ó menos sobre las bases en que se constituyó el partido liberal chileno. Por desgracia para todos, el General Alfaro desatendió mi consejo; pero yo insistía en él hasta realizarlo. En tanto que las ideas no sean viables sino por obra de la persona, siempre estaremos expuestos á que los errores, las debilidades, y aún las traiciones, impidan ó retarden su entronizamiento. El concepto verdadero es que, en la marcha de las ideas los hombres no somos, no debemos ser sino agentes secundarios.....

"Sírvele decir á tus amigos que yo no aspiro el puesto de Jefe de partido, mas sí á cooperar eficazmente á su unión y á rescatarle la confianza, ¡ay! casi perdida, de la opinion pública". (1)

El 4 de Marzo, víspera de su muerte, escribía lo siguiente:

"Creo que sería faltar á nuestra vieja amistad el no decirle dos palabras acerca de mi candidatura: autoricé su exhibición tras de mucho meditarlo y de persuadirme, en el silencio de mi conciencia, que ese era mi deber. La fórmula audaz del *placismo*, "Plaza ó nadie", envolvía un atentado á la República y una humillación al Partido Liberal, sin contar con que preparaba un régimen de Gobierno todavía más despótico y exclusivo que cualquiera de los anteriores. Las ideas liberales no se sostienen ni se propagan con regimenes semejantes: la prueba está en que durante los diez y seis años que ellas han durado, hemos venido á parar al desprestigio del partido, á la pérdida total de la confianza del país, como único resultado! Es preciso, es urgente que el liberalismo *machetero*, al cual Plaza pertenece, por temperamento y por educación, ceda el puesto al liberalismo pensante: á cada época, á cada labor corresponden hombres y energías diversos. El liberalismo no puede sostenerse un periodo mas prosaicamente, no *acaso* el tiempo de un año, como partido de lucha: ¿dónde los luchadores que nos quedan? A sus oídos ha debido llegar qué puntos calza la pericia militar del héroe del Naranjito.... Yo estoy cansado, y cuando no, mal se me puede obligar á que luche, en contraposición á mi criterio de político civilizado, y mi conciencia de hombre íntegro, que rechazan el empleo indefinido y salvaje de la fuerza, como medida de Gobierno!... Pero cuán vasto no es el horizonte que se despliega en el Liberalismo, considerándolo como partido de Gobierno! Medítelo usted un instante, mi querido amigo. Escuelas, Colegios, Cuarteles, resurgimiento económico, seguridad social, defensa nacional, agri-

[1] Carta á un amigo. Febrero 17 de 1912. —"La Paz", Quito, Marzo 18 de 1912.



cultura, comercio, industrias; todo por hacer, todo por fomentar; lenta, gradualmente, con arreglo a planes fijos, á procedimientos escrupulosamente madurados. ¿Quién duda que este país, no menos dócil y gobernable, cuando se trata de su bien, que otro cualquiera del Continente, *dejaríase gobernar* en estas condiciones, y nos devolvería su confianza, y hasta nos ungiría con su gratitud, permitiéndonos guardar el poder por muchos años?

“Y no me vengan con *división de partido*: cabalmente la sola coyuntura que nos resta de unirlo, es separarlo del caudillaje y rodearlo en torno á los principios. Un hombre como el General Plaza, y un círculo como el que le rodea, nada puede unir sólidamente: ni hay más unión sólida que las de ideas y las auténticas de intereses colectivos.”.....

Entre sus papeles, hemos encontrado los siguientes apun-  
tamientos, escritos en aquellos días, sin duda:

“1) Memorias de lord Cochrane, y su opinión sobre los métodos empleados por los políticos sudamericanos. Por mi parte, hallo la observación exacta, y he resuelto ser un político sincero y franco. Expondré, pues, mi manera de pensar con sinceridad y franqueza:

“2) Situación del partido liberal á la muerte del señor Estrada: su fraccionamiento incontestable. Grupos Placista, Alfari-  
sta, Moutierista y el que yo llamo de los espectadores.

“3) Visita del General Plaza á los Cuarteles en la mañana del día en que murió el señor Estrada. Por lo que hace á mí, la aprecié como el primer antecedente desfavorable al mantenimiento de la paz.

“4) La exhibición de la candidatura presidencial del señor General Plaza, en las condiciones y circunstancias que todos sabemos. fué el 2º antecedente.—Aquello significaba que el Gobierno y grupo placista, á una, no deseaban tomar en cuenta los otros grupos y los intereses por ellos representados; lo cual era inducirlos, tentarles, á mirar por los suyos de propia cuenta.

“5) Así, pues, el hecho lógico, fatal, se ha producido, por culpa, hay que tener el valor de decirlo, y la buena fe de confesarlo, por culpa de los unos y los otros. Esto puede predisponer los ánimos á escuchar palabras de cordura, desentendiéndose de aquellas que suenan bien y que producen buen efecto.—Crimen, traición, peligro de las instituciones, está bien; pero el hecho es que va á correr sangre de liberales, y que es necesario evitarlo.

“6) En una agrupación política que surge al poder como surgen nosotros en el 95, se pueden distinguir dos períodos: el de los hombres de fuerza y el de los hombres de Gobierno. En el uno,

la necesidad primordial viene á ser guardar el poder, y está bien que todo se subordine á ella: ahí todo es elemental, y la energía del músculo priva sobre la sutileza del pensamiento. Me parece que no podemos prolongar por más tiempo este período, y antes bien, urge entreinos de lleno en el segundo: el machete se inclina y el músculo se debilita.

"7) Hagámos, por lo tanto, obra de Gobierno"

(Aquí se ha suspendido su pluma).

Aunque eran privadas estas cartas, todo el mundo conocía las ideas de su autor. Adelantaba y adelantaba en prestigio, y el día de las elecciones estaba próximo á llegar: ellas debían efectuarse á fines de aquel mes. ¿Cómo no había de aparejar asesinatos una pira que no pensaba sino en pasto, y no para la conservación de la vida, sino para la satisfacción de vicios y pasiones?

El General Andrade dijo, en uno de aquellos días, á su hermano Carlos, después de platicar acerca de los horrores del 28:

—Es posible que yo muera asesinado ó envenenado: si ésto sucede, ya sabes que el único que tiene interés en mi muerte, es Plaza."

A uno de sus sobrinos, díjole otro día:

—Sospecho que Plaza proyecta mandarme asesinar. Yo he llegado á obstruir el sendero de sus aspiraciones criminales. Plaza es lo que llaman *amoral*, ó sea inmoral, un individuo sin noción del bien. El asesinato está en la masa de la sangre de él.

A mí me dijo el 3 de Marzo:

—Plaza tiene que mandarme asesinar, porque yo no me he de parar en mi proyecto de impedir su exaltación. Un hombre como él no debe gobernar á ningún pueblo. Antes nos afrentó: el 28 de Enero decapitó al Partido Liberal.

Amigos y amigas le decían todos los días:

—¡Cuidese! Plaza lo asesina.

Estamos perfectamente informados de que cierto empleado convocó á otros, días antes, y les habló de la necesidad de matar al General Andrade, para que triunfara Plaza, candidato de ellos. (1)

[1] No es posible dar publicidad ahora á todo cuanto sabemos, varios amigos del General Andrade y toda la familia de él, acerca de incidentes que no dejan lugar á duda en lo relativo á los autores y fautores del crimen. Se publicará cuando no haya lugar á ocultaciones.



El doctor Freile Zaldumbide estaba asustado con los informes diarios de empleados, acerca de una conspiración ya inminente; fraguada por Navarro y Plaza en los cuarteles.

El hecho que proyectaba Plaza, como medio para perpetrar el homicidio, era tan infame como éste, pues no solamente era traición al Gobierno, sino también traición á la República, y traición al mismo Plaza, quien como General en Jefe del Ejército, acababa de develar una traición al Gobierno. Hemos convejeado presenciando crímenes; pero nunca fuimos testigos de uno tan infame, tan desvergonzado y repugnante, como el del 5 de Marzo de 1912. Plaza no buscó ni siquiera un pretexto serio, alguna causa que no apreciase tan á la vista, pretexto: apeló al que iba á combatir al partido conservador, encarnado en Freile y Andrade, el primero Presidente de la República, el segundo antiguo Ministro del mismo Plaza y compañero de él en la reciente campaña, y también Ministro de Freile Zaldumbide, ambos liberales históricos, diferentes de Plaza en la honradez, pues Plaza sí se había vuelto conservador, siempre que le convenía, mientras permaneció en la América central. También el doctor Tobar era Ministro de Estado y candidato á la Presidencia; pero tampoco á él, tenía derecho Plaza de calificarle de conservador, pues que, en conformidad con frases de Navarro, "el señor General Plaza, en su afán de convencer al señor Estrada, llegó á decirle que, por mero desconfiase del liberalismo del General Plaza, antes que del doctor Tobar." (1) ¿Y Plaza no defendió á estos mismos hombres en la campaña en contra de Montero? ¿Y más propiamente hablando, el doctor Freile Zaldumbide no había honrado á Plaza con el nombramiento de General en Jefe, y el General Andrade no había defendido á Plaza en lucha con Montero, así como le defendió en Nueva York de la miseria? (2) Freile, Andrade y Tobar eran Gobierno, Plaza era empleado de aquel Gobierno; y ni Freile, ni Tobar, ni Andrade actuaban como conservadores ó pretendían defender este partido. Si los conservadores estaban ofreciendo su sufragio en favor de un Ministro candidato, ¿qué culpa tenía el Gobierno? ¿Este solo hecho po-

(1) "A la Nación y para la historia".—Pág. 3.

(2) Plaza arruinado en Nueva York por el juego, escribió al General Andrade á Bogotá, describiéndole su situación estrecha y lamentable, á fin de que recurriese al Presidente de Colombia. Conocía el General Andrade sus deberes diplomáticos; pero no pudo abstenerse de dispensar un servicio al infortunio. Habló con el General Reyes, le manifestó la situación de Plaza, y entonces el Presidente de Colombia mandó asignarle una suma mensual. No sé si se llevó á efecto la oferta. Lo propio habría hecho el General Alfaro, caso de haberse dirigido el General Andrade á él. La dignidad de Plaza sólo se ha manifestado cuando no ha metido aguja y ha sacado roja, como dice un adagio español.

¿díá quitar al Gobierno su condición de libera? ¿Y era Plaza quien debía juzgar del liberalismo de Freile, de Tobar y de Andrade, y aún de cualquiera otro ecuatoriano? ¿Y quién es Leonidas Plaza? ¿Serían tal vez el chileno Cabrera, Juan Francisco Navarro, los fiatos Gallardos ó algún otro *hombrazo* de éstos, quien le autorizaba á tener por conservador al Gobierno? Y toda revolución tiene su Manifiesto, que la justifica ante los contemporáneos y las generaciones venideras. ¿El Manifiesto de la revolución del 5 de Marzo, no fue otro que el cadáver del malogrado Julio Andrade!

Si el fin era un crimen, el medio tenía que ser otro crimen; y Plaza y sus amigos no son personas muy escrupulosas. El y Navarro habían comprometido á ciertos Jefes; y algunos de éstos fueron á manifestar al Presidente, que no respondían de los cuarteles, si la candidatura de Plaza no salía victoriosa. Freile Zaldumbide se resolvió, por fin, á destituir á los sobredichos Jefes; y al efecto, dio orden á Navarro efectuara tal destitución. Ella deba verificarse en forma de cambio de empleos: el Comandante Moisés Oliva, primer Jefe del Regimiento de Artillería Bolívar, debía pasar á Ayudante del Ministerio de Guerra; el nombrado en lugar de él, debía ser el Comandante Arquimedes Landázarri; el Comandante Rodolfo Salas, primer Jefe del Regimiento de Artillería N.º 39, debía pasar á Ayudante del Estado Mayor General; el nombrado en lugar de él debía ser el Comandante Juan F. Orellana. Navarro contestó: "Está bien"; salió y fue á verse con Plaza. A poco entró éste á casa de Freile Zaldumbide, y le manifestó indignación y sorpresa, por las órdenes dadas á Navarro:

—"Está Ud. confirmando las noticias de la calle, le dije: está Ud. manteniendo al partido liberal, para entregarlo á los conservadores.

Tanta audacia provenía de que la conspiración estaba á punto de estallar, y de la falta de energía de Freile Zaldumbide.

—"Lo que el Gobierno desea, respondió éste, es demurar el ejército de superiores politiqueros, que introducen la indisciplina y propenden á oponerse á la libertad electoral, ofrecida por el Poder Ejecutivo.

Diose que Plaza le amenazó con el golpe de cuartel inmediato, y con el arrastramiento por las calles, como sucedió con los Alfáros.

Luego que Plaza se fue, llamó el Dr. Freile Zaldumbide al General Andrade. Le informó de la inminencia del riesgo y de las frases que acababa Plaza de decirle.

—“Montero se sublevó, y le vencimos: si Plaza se subleva, le venceremos, contestó el General Andrade. No es creíble que el ejército se comprometa á un crimen tan inicuo. No es aceptable en moral sana ni en buena lógica, que un ejército que ha soportado los rigores de una ruda campaña, para debelar una revolución en Guayaquil, incurra en el mismo crimen, y manche los laureles obtenidos con tan heroica abnegación. El ejército no ha tenido ocasión de conocer á Plaza como á Jefe en los combates, ni oportunidad de cultivar con él esos afectos que nacen de la comunidad de peligros. Cuando nosotros combatíamos en Higuera, el General Plaza banquetaba en Riobamba con su Estado Mayor. En Yaguachi se mantuvo á una prudente distancia de la zona peligrosa de los fuegos, cosa que, desde luego, yo no se la critico, porque éste era su puesto, por su condición de General en Jefe del Ejército.” [1]

En hecho de verdad, el General Andrade abrigaba la idea que todos abrigábamos: la de que ningún prestigio tenía Plaza en el ejército. Las amistades con Oliva, Sierra, Sulas, Navarro, no prueban sino que estos individuos esperaban favores, y que carecían de dignidad, de elevación. A un Jefe cobarde y vil, le menosprecia todo subalterno.

La segunda conferencia entre el doctor Freile Z. y el General Andrade, fue en la mañana del día siguiente, 5 de Marzo. Prevaleció la idea de obtener, de un modo pacífico, la destitución de los Jefes acusados de traición. Si no era posible obtenerla, por resistencia del Ministro de Guerra, era necesario tomar medidas para desvanecer la conspiración ó resistirla. Se llamó á los Jefes leales, que eran el Comandante Eliceo Alvarez, Jefe del “Marañón”, el Comandante Luis Cobos Chacón, del “Quito”, y don Leopoldo Navárez, Jefe del Cuerpo de Policía. Con ellos confirió el General Andrade, acerca de los medios de defensa, por si ésta fuera indispensable.

Cuando el General y los Jefes salieron, entró Plaza. Ya no le fue posible intimidar, al Presidente, porque el General Andrade acababa de infundir á éste la más absoluta confianza. Conviene advertir que días antes, antes también de la presentación de la candidatura del General Andrade, el doctor Freile Z. le había ofrecido el Ministerio de Guerra, deseoso de destituir á Navarro. Sabedor de este ofrecimiento Plaza, se opuso con la mayor porfía, hasta que cedió aquel hombre débil, y volvió á dejar correr el

[1] Estas palabras están literalmente copiadas de la “Exposición del señor Comandante don Luis Albertó Arenas, (“El Bonaeriano”).—Guayaquil, Marzo 18 de 1.912). Tenemos razones, que no son del caso expresar, para prestar crédito á este documento.

agua por donde estaba causando daño al sembrío. El General Andrade tampoco volvió á decir un término, hasta que se presentó su candidatura, circunstancia que, según sus principios, le impedía la aceptación de cargo alguno militar. El 5 de Marzo, decíamos, ya no pudo Plaza intimidar al Presidente:

—“Todo lo sé ya á ciencia cierta, dijo éste. Subleve Ud. al ejército. Haga Ud. lo que tenga á bien”.

Plaza se fue probablemente en busca de Navarro, á quien debió de ordenar desobedecerá la orden del Presidente, relativa á destitución de los consabidos Jefes.

Ya en el Despacho presidencial, el Presidente ordenó al Ministro de Guerra destruyese á esos Jefes. Véase como Navarro describe la escena:

“En el momento mismo de entrar á esta sala, me di cuenta de lo que se me esperaba, pues había en los semblantes de estos caballeros el gesto cabalístico de las resoluciones topicables. En efecto, apenas se retiraron los dos funcionarios que me habían acompañado, el Sr. Freile, con energía inusitada, y en términos que parecían no admitir réplica, me dijo que en el acto debía proceder á la remoción del Coronel Sierra y de los Comandantes Oliva y Salas. Le contesté tranquilamente que, para destruir á esos Jefes, necesitaba yo conocer los cargos que había en contra de ellos, pues mi opinión sobre su conducta funcionaria los escudaba contra todo mal concepto; ya que eran oficiales dignos, ejemplares en el cumplimiento de sus deberes y que merecían toda mi confianza. El Sr. Freile me replicó que no daba explicaciones, y que se limitaba á ordenar. A mi turno, dijele que yo no estaba dispuesto á firmar esas destituciones. “En tal caso, contestó el Encargado, ya sabe Ud. el camino.—Que renuncie: ¿no es eso? contestéle en el acto: pues bien, Sr. Dr., yo no renuncio, y le queda á Ud. expedir el camino: destitúyamel.—En el curso de esta desagradable escena ó inmediatamente después de ocurrida, entraron al despacho presidencial el Sr. General Plaza y el Sr. Ministro de Hacienda, D. Federico Irujo, caballeros que llegaron en hora oportunísima, porque yo me encontraba allí en situación bien poco envidiable, como víctima ante verdugos, por decir lo menos, ya que el escenario para dominarme había sido admirablemente preparado”. (1)

En estas frases describe su hilaza ordinaria el Sr. Ministro de Guerra, “Victima ante verdugos”. Las ineptitudes de los que le elevaron á Ministro de Guerra, le habían enseñado una gloria, alto concepto de sí mismo. La fanfarronada es defecto de

(1) “A la Nación y para la Historia”, pág 14.

toda nulidad. Hé aquí como refiere la escena el Dr. Freile Zalumbide, quien, indudablemente, merece más crédito:

"El General Navarro se negó á hacer los cambios, y juró por su palabra de militar y caballero, que dichos Jefes no infringían en manera alguna el orden constitucional. De suceder lo contrario, dijo, yo respondo con mi cabeza, pues no consentiré jamás que se manche con una nueva traición el ejército ecuatoriano. —Replicó que como amigo le pedía este cambio; y que si no se me daba gusto en el simple nombramiento de un Jefe de Cuerpo, más valdría dejar el difícil puesto de Encargado del Poder Ejecutivo. Sin llegar definitivamente á acuerdo alguno, salió el General Navarro del Gabinete presidencial, declarando que más bien presentaría su renuncia" (1)

El Dr. Antonio Barsallo, Secretario del Presidente, prestó, bajo juramento, una declaración ["El Comercio",—Marzo 14] en la cual describe la escena en estos términos, que indudablemente son los que expresaron la verdad:

"El General Navarro concurrió al despacho de la presidencia llamado por el Encargado Sr. Dr. Carlos Freile Z., quien le dijo después de los saludos de estilo: "conviene cambiar los dos jefes de las artillerías", á lo que el General Navarro contestó: "está bien, señor".—Después de guardar silencio algún rato continuó: pero señor, desearía saber qué motivos tiene usted para querer separar á esos jefes.—El Sr. Encargado manifestó que, porque tenía desconfianza de dichos dos jefes, quienes se decía iban á hacer revolución contra el Gobierno, que sin conocimiento suyo se trasladaba porque de una á otra artillería; que de la "Calderón" se habían llevado dos ametralladoras á la "Bolívar", así mismo sin su conocimiento ni consentimiento; que sabía muchas otras cosas y pormenores relativos á la revolución que se fraguaba, hechos que no tenía para qué ponerlos en su conocimiento y antes sí debía guardar reserva, para los fines y defensa del Gobierno; y que por último, si era el Presidente de la República, y que en ese carácter le ordenaba la separación de los dos jefes; y que si no quería obedecer, viese á qué atenerse. El General Navarro replicó: "está bien, señor, pero yo como Ministro de la Guerra y responsable de mis actos debo saber los motivos que hay para la separación de estos jefes. Si Ud. me da un acto en que ellos hayan delinquido ó se hayan separado una línea del cumplimiento de sus deberes, sobre todo, del Sr. Comandante Salas, estoy listo á separarlos; mientras no se me den hechos concretos, no puedo ordenar su separación, y más bien prefiero renunciar la Cartera".—El Sr. Encargado observó: vea Ud. lo que le parece; pues ya sabe á qué ateperse.—Concluido lo cual salió el General Navarro con dirección al local del Ministerio de Guerra, con intención, al parecer, de formular y presentar su renuncia".

(1). "Reportaje al Sr. Dr. Du. Carlos Freile Z."—"La Paz" N° 6.

Navarro suprime la relación de la siguiente escena, que fue la más interesante:

"Hallábanse en el Despacho Presidencial, el Presidente, los Ministros Díaz, Tobar y Navarro; los Señores Joaquín Gómez de la Torre y Luis Felipe Carbo; el General Andrade y algunos subsecretarios y empleados.

"Entraron Plaza y el Ministro Interojo, en el momento en que el Presidente y Navarro discutían acerca de la destitución de los Jefes.

"—No conviene esa separación: son Jefes dignos: no hay por qué desairarlos", dijo Plaza.

"—No quiero que se les desaire: qué por poco tiempo se les coloque en otros cargos, aunque sean superiores. Tengo informes de que no hay disciplina en los cuerpos que mandan, dijo Freile.

"—Pero yo soy el Comandante en Jefe, exclamó Plaza.

"—Y yo soy el Presidente de la República, replicó Freile Zaldumbide: mi deber es mirar por la seguridad del Gobierno, y también por la personal nuestra. Si Uds., agregó, dirigiéndose á Plaza y á Navarro, quieren haber revolución, que estalle inmediatamente.

Entonces se puso de pie el General Andrade, y se aproximó á Plaza:

"—No es ese el modo de hablar al Presidente de la República, le dijo. Ud. es quien ha venido creando esta situación ya bien difícil; Ud. quien sigue corrompiendo al ejército; con aquello de cautillo y candillaje. Si Ud. fuera caballero y tuviera delicadeza y dignidad, habría renunciado ya su cargo de Comandante en Jefe, como incompatible con la candidatura á la Presidencia, tal como he hecho yo, con la Jefatura de Estado Mayor General, desde el momento en que presentaron mi candidatura, porque nuestro deber es corresponder á la confianza de nuestros amigos, y no continuar en posición de presionar á nuestros subordinados, como lo hace Ud!

"—No es Ud. quien me da lecciones de dignidad. Yo sabré cuando renuncio, dijo Plaza, ya pálido y trémulo.

"—¿Renunciar Ud?, continuó el General Andrade, aproximándose á Plaza. Ud. no renuncia: le hace falta su Generalato en Jefe para hacerse gritar "¡Plaza ó nadie!", "¡Plaza ó balai!",



frases deshonrosas, con las que Ud quiere imponerse en la República.

—Son fórmulas que ha adoptado el partido liberal; que es el mío, dijo Plaza.

—¿Ud. liberal! ¿Sus partidarios liberales? El *placismo* no es el liberalismo. Conozco más de cien ciudadanos mucho más aptos que Ud. para gobernar la República. ¿Quién es Ud? ¿Qué ha hecho Ud. por nuestra Patria? ¿Qué derecho tiene Ud. para pretender imponerse á nosotros? ¿Quiere Ud. otra revolución? ¿Quiere Ud. más sangre? ¿No acaba de derramarse en abundancia, únicamente por culpa de Ud? ¿No se lo dijo bien claro el General Montero, en contestación á la exigencia de Ud. para la entrega de Guayaquil? Ud. ha sido causa del sacrificio de tantos ecuatorianos patriotas.... ¿Quiere Ud. más sangre? ¡Aquí está la mía! Si se triunfó en Huigra, en Yaguachi, en toda la campaña, se debe al Gobierno, á nuestro ejército, á mí, ¡no á Ud!... Y si entre los militares, alguno hay que tenga derecho á la Presidencia de la República, ¿ese militar soy yo! Mientras yo viva, no será Ud. Presidente.

Dicho esto, retrocede y se sienta.

Plaza también retrocede y se sienta, más pálido que antes.

—Usted me ha faltado en presencia del Jefe del Poder Ejecutivo, dice.

—Señores, les suplico guarden respeto al Gobierno, y procuren explicarse tranquilamente, dice Freile Z.

—Sírvasse disculparme, Señor Presidente, dice el General Andrade. De mi parte no ha habido faltamiento: no es falta convenir á un hombre indigno como ése, cuyos juegos é intrigas ponen en tan gran peligro á nuestra patria, y son ya conocidos en toda la República.

Silencio sepulcral en toda la sala.

—Insisto en que separe usted á esos Jefes, dijo el Presidente á Navarro.

—Opto, Señor, por presentarle la renuncia?, respondió Navarro.

—Bien. Ya sabe usted á qué atenerse.

Recobrado Plaza, todavía se atrevió á decir, dirigiéndose al Presidente; pero con voz temblorosa:

—¿Insiste usted en la separación de mis Jefes?

“—No en la separación, pero sí en el cambio, respondió Freile Z, siempre pusilánime. (1)

Navarro se levantó, se unió con Plaza, ambos salieron aturullados y pálidos, y entraron al despacho del Ministerio de Guerra, donde probablemente se consagraron á tratar del inmediato homicidio. “Conferenciamos solos por unos instantes... Navarro reparó órdenes secretas”, dice un testigo ocular de la escena que hemos referido. (2).

Lo asombroso es que Freile Zaldumbide no haya mandado reducir á Plaza y a Navarro inmediatamente a prisión, y que el General Andrade haya permanecido amigo de un Gobierno de cobardes, tan cobardes como Plaza y Navarro, á quienes lo único que daba vigor no era sino la expectativa de una alevosía. La prisión se habría efectuado, porque ahí estaba el General Andrade, á quien amaba la mayor parte del ejército. Nada importaban tres oficiales indignos, á quienes no hubieran obedecido todos los soldados. ¡Quizá el General Andrade no tuvo la suficiente confianza en la guarnición de Quito, porque ya en aquellos días habían salido al Norte algunos batallones! ¡Quizá quisieron todos visitar primeramente á los cuarteles!

Es probable que Plaza y Navarro acordaron en su conferencia secreta, que permaneciese Navarro en el Ministerio, hasta que hubiese impartido cuantas órdenes les eran necesarias.

Apenas Plaza y Navarro salieron del Despacho Presidencial, avino un estallido de euforaguenas al General Andrade. El doctor Freile Z le echó los brazos al cuello, exclamando:

“—¡Acaba usted de ganar otra batalla de Huigra, General!

El doctor Tobar le comprimió la mano, diciéndole:

[1] Copiaremos frases del doctor Tobar, acerca de la escena en referencia, en su información á su diario:

“No recuerdo ninguna palabra del General Plaza: era el que más tímidamente hablaba, y sólo hacía hincapié en mi partido, como él decía. Su actitud ya le dicho que era tímida. Yo creí que el General Plaza era mejor, pues en este concepto le tenía, cuando del Brasil le dirigí una carta felicitándole por su labor presidencial, cuando ésta terminó. Somos muy desgraciados; es la única República americana que queda gobernada por el militarismo..... Es una triste coincidencia para el General Plaza, el terrible disgusto de la tarde con el General Andrade, y la muerte del ilustre JULIO por la noche”..... [“La Paz”, cit.]

(2) “La entrevista del 5 de Marzo”—“El Ecuatoriano”—Quito, Marzo 26.

—¡Gracias, General: acaba usted de despedazar un ídolo de barro.

El doctor Díaz dijo:

—“Por fin hemos hallado al hombre que hablara á Plaza como era conveniente”.

Mandóse por la renuncia de Navarro, quien desde su Despacho, respondió:

—“No renuncio! ¡Que se me destituya!”

El Presidente propone al General Andrade acepte la Cartera de Guerra y Marina. Era cosa difícil para este último. Había incompatibilidad entre la candidatura y el Ministerio de Guerra. Las circunstancias, la urgencia, la seguridad de que el Ministerio sería transitorio, decidieronle. Entonces ordenó el Presidente pusieran por escrito la destitución de Navarro y el nombramiento del General Andrade. Al firmar éste el acta de posesión, se detuvo.

—“Quizá se impone una humillación innecesaria á mi camarada el General Navarro, dijo. Yo no debo contribuir á ella. Pido á usted diez minutos, añadió, dirigiéndose al Presidente.

Salió y se encaminó al Ministerio de Guerra. Allí estaban Navarro y muchos oficiales.

—“Deseo hablar á usted en privado, dijo á Navarro.

Navarro no consideró en que estas palabras fueron dichas con suavidad y cortesía; y respondió con displicencia, que los oficiales eran de su confianza, y que cualquiera podía hablarle delante de ellos sin recelo.

—“Me ha parecido necesaria la reserva: pero hablaré en público, si Ud. lo estima conveniente. Está Ud. destituido del Ministerio, y yo estoy nombrado Ministro en su lugar.

Sorprendido Navarro, mandó á los oficiales salieran.

—“Yo no acepto el nombramiento, si acaso antecede destitución de Ud., le dijo el General Andrade. Yo comprendo que la omisión en el cumplimiento de las órdenes superiores no procede de malicia de Ud., sino de algún inconveniente natural, relacionado con la administración del ejército. Conviene que Ud. explique su conducta, á fin de que el Presidente no lo destituya.

Acto continuo le tomó del brazo, y ambos se encaminaron al salón presidencial.

Navarro se excusó con argumentos frívolos, y dijo en conclusión:

—Aseguro que mantendré firmes la Constitución y las leyes, y por mantenerlas, daré mi vida: preferiría suicidarme, á ser infiel á mi patria y manchar mi honor". [1]

En cuanto á la destitución de los Jefes, terminó también por comprometerse á obediencia la orden superior. Quedó, pues, de Ministro de Guerra; y el General Andrade suscribió el acta de posesión de Ministro de Instrucción Pública.

*No aparecieron padrinos ni cartel de desafío, previstos por*

(1) Navarro no muestra gratitud por el rasgo generoso del General Andrade: "Estuvo redactado el decreto de destitución, dice en su folleto, ("A la Nación y para la historia", página 15); y de exigir y apurar su tramitación se encargaron el Ministro Díaz, y entendiéndose que todos los demás miembros de ese consejo áulico, excepto el propio doctor Freile y el señor General Andrade, quien parece se propuso obtener un arreglo del momento que menguase la magnitud del escándalo. Con este fin, el señor General Andrade, envió á pedirme una conferencia inmediata. Contestéle que estaba listo á recibirle. Acudió el señor General; y en nuestra conversación de 20 minutos, se esforzó en obtener que yo continuara en el Ministerio, y él sería mi colega en la cartera de Instrucción, ó mi subalterno en la Jefatura de Zona. Pidióme que fuera bastante noble para olvidar la escena inolvidable que acaba de ocurrir. Invocó mi liberalismo y mi pasado honoroso, para que, en nombre de ellos, no me retirara del Ministerio. Mi respuesta fue invariable: yo no renunciaría, porque quería brindarles á los Señores Freile y Díaz el honor de que me destituyesen y consumasen así la traición al liberalismo en que venían empeñados."

Se sabe ya que, si no renunció, fue porque le impidió Plaza renunciara, para no perder ocasión de ordenar lo conveniente. Hasta se comprometió á la destitución de los Jefes, pues reflexionó que podía demorarla hasta después de la tragedia proyectada. Hé aquí como se expresa adelante: "El asunto era quitar á esos Jefes de sus puestos actuales, particularmente á los dos Comandantes de Cuerpo. Yo me resistí. Y entonces tuve que escuchar nuevos argumentos, la Patria, el orden público, mi reconocido patriotismo. Don Joaquín Gómez de la Torre llegó hasta á invocar la memoria sagrada de mi padre. Tanto se me dijo, tanto se me pidió que **concluí por acceder.**"

Navarro aparece en sus frases persona prominente: "al General Andrade le importaba siguiere de Ministro, le ofrecía ser su subalterno en la Jefatura de Zona, invocó su liberalismo y su pasado honoroso etc." Jamás ha sido útil á nadie la generosidad con villanos, ¡Navarro quedó de Ministro, gracias al General Andrade; y sin embargo contribuyó Navarro al asesinato del General Andrade!

los circunstantes, según afirmación del Dr. Tobar. [1] Otro habría mandado padrinos; Plaza mandó sicarios.

Todos fueron á visitar á los cuarteles. "Todos los Cuerpos de la plaza recibieron al Gobierno con aclamaciones, léese en un diario. El ilustrado General Andrade les arenga: habla invariablemente de disciplina, de honor militar, de que la Constitución debe ser respetada, defendida, aún á costa de la vida. En el Regimiento Bolívar, especialmente, parece producir honda impresión sus palabras. Llama aparte al Comandante Oliva, de quien tenía alta idea, y á quien consideraba incapaz de traición, á pesar de su fanatismo *placista*. Créese haberle conmovido y convertido á sentimientos de dignidad y rectitud". [2]

[1] "Reportaje al Sr. Dr. D. Carlos R. Tobar". "La Paz" N. 6. Hemos tomado la relación de esta escena de cuanto documento se ha publicado acerca de ella, como un artículo de un Testigo Ocular, dado á luz en "El Ecuatoriano", Quito, Marzo 26, con el título de "La entrevista del 5 de Marzo"; las informaciones dadas á "La Paz", por los Señores Freile Zaldumbide y Dr. Tobar, y publicadas en el N. 6 de dicho diario; la ya citada "Exposición del Sr. Comandante D. Luis Alberto Arenas", impresa en "El Ecuatoriano", Guayaquil, 18 de Marzo, etc. y narraciones de algunos de los caballeros que estuvieron presentes.

Menester es advertir aquí que "El Ecuatoriano" de Guayaquil y Quito son órganos del Partido Conservador, y quizá los únicos que en toda la República, han tenido el valor de dar á la publicidad escritos verdaderos acerca del asesinato del General Andrade, y las protestas, renuncias, etc. con motivo del mencionado asesinato.

(2) "La Paz", Quito, Marzo 18 de 1912.

## XVI

# Noche del 5 de Marzo

Navarro, en ciertas páginas de su folleto "A la Nación y para la Historia", aparece personaje, árbitro de los negocios de esta muy feliz República, algo más que Presidente de ella. Compréndese que esta apariencia es contra la voluntad de él, porque no escribió él el folleto, según es pública voz y fama [1]

"Terminada la visita de los cuarteles, me retiré fatigado á mi casa, deseoso de reposar y formarme mi programa de acción para los días siguientes; sospechoso, bien sospechoso de que la condescendencia á que acababa de resignarme, por amor á la paz y con la esperanza de evitar una gran traición, debía ser no más que la primera etapa de la jornada de imposiciones que me reservaba el Gobierno, sostenedor de la candidatura oficial del señor Tobar".

¿A quién atribuye *gran traición*? ¿Al Presidente y á sus Ministros Tobar y Andrade? ¿Quién es Navarro, y por qué califica á estos tres personajes de *traidores*? Menciona la candidatura del doctor Tobar, porque era apoyada por el Partido conservador; pero no menciona la del General Andrade, apoyada por los liberales conspicuos! No hubo tiempo de publicar firmas, como antes hemos dicho; pero Navarro sabía que los liberales verdade-

---

[1] Atribúyese el folleto á un tal Cabrera, hombre de la plebe de Chile.

ros, los más recomendables y sanos, no sufragarían por Plaza, sino por el General Andrade. El pretexto de que el Gobierno iba á entregar en aquella tarde, el Partido liberal al Partido conservador, no es pretexto de estadistas, es de la más innoble canalla. ¿El Partido liberal es un mueble ó inmueble? ¿Freile Zaldumbide era dueño, y el General Andrade era un imbécil? ¿Parte de los cuarteles de Quito son toda la República, ya que parte le pertenecía á Navarro y Plaza? ¿Hay un solo ecuatoriano, hay una sola persona de las que sepan este escándalo, que revista de seriedad á tan ridículo pretexto? ¿No está convencido todo el mundo de que los verdaderos liberales querían alejarse de Plaza, veían con repugnancia á este hombre, porque él había asesinado á los Alfuros y sido única causa del derramamiento de sangre en la campaña? ¿Y para ósto había necesidad de que el Gobierno hiciera revolución, en contra de...de quién, sino de sí mismo? En nuestros pueblos, cuya forma de Gobierno se llama erróneamente república, ¿puede hacerse revolución en contra de otro que no sea el Gobierno nacional? A nuestro Gobierno le era muy sencillo destituir á Plaza y aprehenderlo: compréndese que no llevaron á cabo estas providencias, en razón de que, con fundamento, recelaban resistencia en algunos cuarteles. La acción del Gobierno vino á ser de expectativa, desde las palabras imperiosas, cara á cara y á rostro firme del General Andrade á Plaza. En la expectativa tenía que entrar el recurso de defensa.

"A la vez y por numerosos conductos, se me reiteró el denuncia de que a esa hora, 6 p. m., más ó menos, pisaban de 200 los individuos de filiación conservadora, que acudían á armarse á la policía", dice Navarro.

¿Y quién va á dar crédito á este hombre? ¿Pero tenía ó no derecho el Gobierno de apertibirse á la defensa, si estaba amenazado por Navarro, Plaza y sus satélites?

¿Y cómo comprobaría que eran conservadores los 200, si ni siquiera puede comprobar que se estaban armando 200?

El verdadero traidor es Navarro, por haber quedado en el Ministerio, á influencia del General Andrade, y haber contribuido, horas más tarde, á una revolución en contra del Gobierno, cuyo complemento era el General Andrade, y también en contra de la vida de este ciudadano.

Asegúrase que cuando Plaza descendía las escaleras del Palacio, dijo á un su acompañante:

—Voy á partir esta misma noche á Guayaquil.

Y pidió en seguida tren expreso.

Yo opino que no pensó partir sino después de ordenar el asesinato del General Andrade, con el fin de recibir la noticia en el camino, pues sabía que entre sus amigos había muchos sicarios adestrados, y tenía dinero para el pago: de Guayaquil había llegado en esos días un amigo con una buena suma de dinero. En 1833, Flores ordenó el degüello de Hall y demás patriotas, el 18 de Octubre, y partió á Guayaquil: el 19 acaeció aquella infamia; y la noticia la recibió el asesino en Ambato. Lo mismo quiso hacer Plaza; pero sus cómplices, menos valerosos que los de Flores, no quisieron cometer el crimen, sino en presencia de Plaza, el capitán.

Ya se había difundido en el público la reconvencción del General Andrade á Plaza, en el Palacio. Convocaron á los partidarios de Plaza, les dijeron que el traidor Andrade, que el intrigante Andrade, que el pérfido Andrade, que el ingrato Andrade había abofeteado á Plaza, y los arrojaron en torno de la residencia de este último. "¡Viva Plaza!", "¡Muera Andrade!", fueron los gritos de aquella muchedumbre; que poco después fue disuelta por la policía.

Plaza conferenciaba con tales y cuales amigos. Acordaron el motín de los cuarteles que les eran favorables, con el objeto de asesinar al General Andrade, único hombre que les inspiraba temor, á fin de que los otros cuarteles no se resistiesen. No sabían todavía por qué medios asegurarían el golpe. Como causa inmediata del motín, alegarían, según resolvieron, que en la policía estaban dando armas á conservadores, en aquellos mismos instantes. Navarro se encaminó á casa del Dr. Freile Zalduabide. "Llegalo que habe á casa del Encargado, dice, y en presencia de los Comandantes Pesantes y Landázuri, díjelo al Sr. Freile que era absolutamente indispensable prohibirle al Intendente de Policía, que continuase armando conservadores, pues, en el tren en que iban los acontecimientos; nadie sabía á dónde podíamos llegar con esa imprudente temeridad.—El Sr. Freile le ordenó al Comandante Landázuri que se fuese en el acto á la Intendencia á decirle al Sr. Narváez que se abstenga de seguir armando á más paisanos. ¡A más paisanos! ¿Comprende el país lo que ésto significaba?"

¡Armar á paisanos! Como eran paisanos, por fuerza tenían que ser conservadores: como eran doscientos, la República entera caía en manos de conservadores, si no se apresuraba el benemérito Navarro á imitar al General Montero, ahí al instante.

"Llegué á mi hogar profundamente preocupado de esta frase del Sr. Freile: "que se abstenga de seguir armando á más paisanos", continúa. ¡Luego se había dado armas á los conser-



vadores; luego era un hecho innegable ese principio de traición al Partido y á las Instituciones!"

Y en esta frase, sólo en esta frase, no siquiera en la proyectada destitución de Navarro, ya fracasada por intervención del General Andrade; no siquiera en la destitución de los Jefes de batallones, no todavía efectuada, aunque prometida por Navarro, en esta frase, fúndase la revolución gloriosa, la revolución memorable, la revolución que ha inmortalizado otro 6 de Marzo, según palabras de Plaza y de su corresponsal el *ilustre* ciego de Ambato. (1)

Si Plaza no cuenta con Navarro hombre infame, no se encontraría repleto de sangre; y de vivir en el Ecuador, nuestra patria, no viviría sino en el recinto de un presidio. Navarro, á más de infame, es estúpido: camina á ciegas por donde le indica Plaza.

Indudable es que éste, convencido de que ya no eran necesarios mandatos emanados del Ministerio de Guerra, ordenó á Navarro renunciara el dicho Ministerio. Navarro habló con Intrigo, Ministro de Hacienda, y ambos resolvieron enviar al Presidente sus renuncias.

Oigamos al doctor Freile Zaldumbide, acerca de la escena referida por Navarro:

"...El General Navarro, en compañía del Comandante A. Landázuri, nombrado Jefe de día para esa noche, vino á anunciarme que, si en la Policía se dieran armas á los conservadores, podría suscitarse algún conflicto armado. Entonces reiteré mis órdenes á los señores Intendente y Subintendente de Policía de que se cuidaran de dar ningún fusil á individuos extraños á esa institución; y además ordené al mismo Jefe de día se trasladara al cuartel policial, y previniera al Intendente y Subintendente el mismo cuidado. Aun le ordené que á los celadores que estuvieran haciendo el servicio urbano en traje de paisanos, los redujera al propio cuartel, á fin de prevenir cualquier sospecha. Debo eso sí, añadir que si impartí tales órdenes, fue sólo para satisfacer las suspicacias del General Navarro, y no porque yo creyera ni por un momento, que el Intendente trataba de armar á los conservadores: para tal creencia me apoyaba en la sencillísima razón de que

[1] "Ambato, 6 de Marzo de 1912.—Señor General Plaza:..... "Si, es verdad, amigo mío, se ha repetido otro 6 de Marzo: hay fechas aciagas para los enemigos de la libertad, fechas que se dan lo mano, que se entienden y completan: las fechas tienen espíritu. Hace dos mil años que los idus de Marzo son fatales y desastrosos para los Césares: la Historia los repite á menudo.....J. B. VELA."

este funcionario no tenía tales armas, ni era capaz de traicionar al partido liberal. La especie que se sigue propalando á este respecto, para cohonestar el cuartelazo, no pasa de ser, pues, una calumnia."

"Acompañado del Coronel Sierra y de uno ó dos de mis ayudantes, dice Navarro, fuime á casa del señor Freile. Le pinté enérgicamente la situación que el Gobierno había creado, le expuse la gran traición que se estaba fraguando, con la pecaminosa complicidad del propio Gobierno, y le entregué mi renuncia de la Cartera de Guerra y Marina, previniéndole que, hasta que la aceptara, estaba á su disposición en el Regimiento No 3 de Artillería, donde iba á constituirme para estar atento á cualquiera grave emergencia que sobreviniese."

Oigamos al doctor Freile Zaldumbide:

"A las 9 de la noche, más ó menos, me fueron entregadas las renunciaciones de los señores Ministros Navarro ó Intriaño, renunciaciones que se me anunció un poco antes por el mismo General Navarro".

Si damos crédito al Presidente y también á su Secretario el doctor Barsallo, (1) no entregó la renuncia Navarro, sino que éste la anunció, pero fue entregada por otro, en unión de la del Ministro de Hacienda. Un testigo presencial me ha asegurado que ambas renunciaciones fueron bajo de un mismo sobrescrito. *¿É ahí una prueba de que no escribió Navarro su folleto, pues á redactarlo él en persona, no hubiera mentido en asunto baladí.*

La renuncia de Navarro estaba concebida en estos términos:

"República del Ecuador.—Señor Presidente del Senado, en ejercicio del Poder Ejecutivo.—Porque mi dignidad me impide actuar en todas las larsas políticas que se efectúan en la actualidad, renuncio irrevocablemente el cargo que ejerzo.—Quito, Marzo 5 de 1912.—J. F. Navarro".

¿No estuvo ofendida su dignidad en el mismo día temprano, y lo vino á estar más tarde? ¿Cuáles eran las larsas políticas que ofendían la dignidad de tan respetable Ministro? La renuncia era muy intempestiva, la hora muy inoportuna, el lugar donde se presentó, muy inadecuado. ¿Algo extraordinario iba á ocurrir? ¿Pues el Sr. Ministro era muy digno, y no quería se le calificase de traidor, como hubiera sucedido á haber conservado el Ministerio hasta las 11 y 30 minutos de la noche! Con el Sr. General en Jefe, sucedía cosa muy distinta: ¿qué cul-

(1) Declaración—"El Comercio", Marzo 14.

pa tenía él si los cuarteles le proclamaban Encargado del Mandato Supremo? ¡Un General tan tierno y bonachón! "Si es admirable que sea General", dice uno de sus Ministros actuales, encantado. No sirve ni para matar un mosquito". — *¡Le pauvre homme!*

El Dr Freile Zaldumbide consideró, en el momento de recibir las renunciaciones, que iba á estallar la conspiración en seguida.

Volvamos algunas horas atrás:

Apenas el General Andrade regresó de la visita á los cuarteles, fue rodeado por sus amigos, y llevado al Club Pichincha, temerosos por su vida, y para proporcionarle reposo. Alguno de ellos le reconvino por las consideraciones con que había tratado á Navarro, quien no las merecía, y por no haber aceptado el Ministerio de Guerra. Entouces, [me ha referido este amigo], el General Andrade le iluminó con una mirada dulce y profunda, dejó caer una de las sienes en la mano, y se mantuvo un rato meditando. Vislumbraba, sin duda, una infinidad sombría, el alejamiento eterno del mundo. Levantóse, palmoteó, buscó de qué reír con los amigos, á quienes, formalizándose en breve, explicó su conducta en estos términos:

— Yo no puedo aceptar el Ministerio de Guerra, sin renunciar mi candidatura. Mis ideas al respecto son claras, irrevocables: el ejército debe mantenerse independiente de la política, por que, sin ella, vamos irremediamente á la peor forma de anarquía: todo compromiso político es incompatible con la autoridad militar. Acabo de declararlo así á la Nación, acabo de increpar á Plaza su falta de delicadeza en conservar el Generalato en Jefe. Puede que se me haga traición, pueda que me asesinen; pero ello no es una razón para que yo me aparte del camino que me he trazado. — Me propongo hacer sentir mi presencia en el Gobierno, imprimiéndole un rumbo de firmeza del que ahora carece, prosiguió, respondiendo á nuevas súplicas de sus parientes y amigos. Si Navarro renuncia, en consecuencia, lo que es probable, puede ser que me encargue de la Cartera de Guerra, por dos ó tres días, para reorganizar el ejército, y poner las elecciones sobre una base de igualdad y legalidad para todos". — "Si el doctor Tobar triunfa, dijo después, debe el partido liberal acudir á él y rodearle, para apartarle pacíficamente de los conservadores; pero la lógica se impone en los hombres y en los pueblos. El doctor Tobar es honrado: no se le ocultan los peligros que su elección entraña para la Nación y para él; y creo que una pequeña insinuación amistosa de aquí ó de Guayaquil, bastará en un momento dado, para que renuncie su candidatura, acaso recomendándome á sus partidarios. En todo caso, yo puedo entenderme con él y garantizar el régimen liberal en todos los terrenos. Mi empeño es salvar al Partido, al que considero seriamente amenaza-

do, sin derramar una gota de sangre. Esto sólo puede conseguirse, acabando de una vez con las pretenciones del liberalismo de *machete*. De aquí mi oposición á Plaza, cuya elección es, á mi juicio, el suicidio político del Partido Liberal." (1)

Me ha referido la Señora de Andrade que entró el General á su casa, á las 7 y 30 p. m., meditando, acarició á sus hijos y se sentó á la mesa.

—¿Qué ha habido?, le preguntó ella.

—Nada, respondió.

—Yo sí sé lo que ha habido.

Y narró.

—¿Cómo lo supiste?

—Por un mosquito.

—Tu mosquito te ha referido la verdad. ¿Y qué te parece?

—¡Ay, hijo! Tienes que cuidarte de Plaza; tienes que desconfiar de Navarro.

Tomó alguna fruta, y levantóse.

Entró un grupo de jóvenes de la familia:

—¡Julio, le dijo uno de ellos: ¿por qué consideraste tanto á Navarro? Ese no tiene inteligencia ni en el corazón ni en el cerebro.

—Cualquiera se mueve, si el estímulo es la honra, contestó el General. Ya está hecho, y volvamos la hoja.

Fuese al gabinete de su esposa, se sentó al lado de ella y reclinó la cabeza en uno de sus hombros:

—¡Pasa las manos sobre la cabeza de tu viejo, Elisa, le dijo: ¡estoy muy fatigado!

Anunciaron á otro grupo de personas. Acababa de llamarle por el teléfono el doctor Freite Zaldumbide. Ordenó le llevaran la capa de invierno y salió, después de besar á su esposa y á algunas de sus hijas. Era su hogar envidiable: afuera estaban las agitaciones, las tormentas; dentro de su casa, las más inefables alegrías. Sus hijas eran siete: la mayor de 17 años, la menor de

[1] "La Paz", N.º cit.

veinte días. Los dos hijos estaban ausentes, uno en Bogotá, otro en París. La Señora había salido al zaguán: llamó al General, cuando éste daba ya un paso en la calle, y se aproximó á él:

—¿Tienes confianza, Julio?, le dijo.

—Absoluta, contestó. ¡Cuántas penas te causo, hija! agregó, abrazándola y besándola. ¡Cuide de sus hijas! Y salió.

Deteniéndose á unos cincuenta pasos, y vuelve la vista á la casa. No dice nada ni nadie le dice nada. Continúa, en medio del grupo de amigos y parientes.

En la casa del Presidente, lee la renuncia de Navarro; y es del mismo parecer del doctor Freile Zaldumbide: la traición va á efectuarse, y á estallar la conspiración en aquel mismo instante: si ya no se la puede desvanecer, necesario es resistirse, y combatirla con cuanta energía sea posible.

—¡No hay que perder tiempo!, dice el General Andrade. Vamos al Ministerio de Relaciones Exteriores, lugar cercano al cuartel de la Intendencia, donde tenemos más de 1 000 hombres leales y aguerridos.

Todos salieron, con el Presidente á la cabeza. No habitaba nadie en la casa del Ministerio de Relaciones Exteriores, y fue inútil llamar al portón. El Intendente de Policía estaba presente, é invitó á aquellas oficinas á los circunstantes: Entraron á la Intendencia á las 10. p. m. Desde luego el General Andrade empezó á pedir informaciones, respecto de la situación de los otros cuerpos del ejército. Dos batallones, dos regimientos de artillería y un escuadrón de caballería, con un total de dos mil hombres, hacían la guarnición de la ciudad. Todos los cuerpos eran leales al Gobierno, y sólo se habían comprometido á traicionarlo algunos Comandantes, como Oliva, Salas, Albán, y el Jefe de Zona, Sierra. Para que cooperaran los soldados en favor del héroe del 25 y 28 de Enero, indispensable era el asesinato del vencedor en Huirga y en Yaguachi.

Mandóse convocar á los Jefes de los Cuerpos de ejército leales; y el General Andrade, Ministro de Guerra, aunque sin nombramiento todavía, entregóse á impartir órdenes, para el caso de que en los cuerpos desleales, estallara la conspiración esperada.

El Presidente, los Ministros Díaz y Andrade, el Dr. Barriallo, Secretario del Presidente, el Intendente Narváez, el Coronel Enrique Ruilova, del séquito del General Andrade, y varios otros individuos militares y civiles, eran todos los circunstantes, al principio. Luego se mandó llamar al Dr. Tobar, y vino al punto, acompañado de algunos parientes y amigos, que no pasaban de 25, según todas las declaraciones al respecto. El General An-

drale había despedido á todos sus parientes. ¡No quería que se molestaran por él! Procedi6se á los acuerdos, con la mira de moralizar el ejército y asegurar la paz en el Estado. Hé aquí el MEMORANDUM:

"Intendencia General de Policía de la Provincia de Pichincha. -Secretaría. -Quito, á 5 de Marzo de 1912.

"1º Circular comunicando nombramiento Ministro Guerra;

"2º Orden General cambios Comandante J. F. Orrellana, al Regimiento N9 19; y el de igual grado Oliva, al empleo de Ayudante General del Ministerio.

"3º Baja Sargento Mayor Albán, reemplazándolo interinamente con el de igual grado M. Crespo G.

"4º Subsecretario de Guerra, Coronel César V. Baca.

"5º Suprimir delegado militar del Carchi, Coronel Celso Arellano.

"6º Llamar al Teniente Coronel Gallegos, reemplazándolo con el de igual grado Romo.

"7º Comisionar al Subjefe de Estado Mayor, para rematar los croquis de las batallas de Huigra y Yagnachi, y la función de armas del Naranjito.

"8º Suprimir la Comandancia en Jefe.

"9º Decreto integrando Gabinete.

"10 Dictar artículo para orden general, prohibiendo á los militares en servicio activo, ocuparse en política, dando margen á que se los tache como agentes electorales de ningún candidato.

"11. Separación del Jefe de Zona Fierro.

"S6lo las pasiones políticas egoístas, mezquinas, venenosas, que empujan á la infamia, á la calumnia y al crimen, dice el diario del cual tomamos este documento, puede hacer ver en el precedente Memorándum, otra cosa que la aplicación á la práctica de los principios de inflexible, de intransigente honradez, que caracterizaron los actos tolos del General Andrade" (1)

Apenas el Presidente y Ministros habían entrado á la Intendencia, ya lo supieron Plaza y sus sicarios. Consideraron adecuado el escenario, y se consagraron á disponer la representación de la tragedia. Plaza volvió á conferenciar con Navarro. Oigamos á éste:

(1) "La Paz", cit.

"A las 9 y media de la noche ó un poco más, se me envió de la Policía una noticia de suma gravedad, pues se me hacía saber que ahí estaba reunido todo el Gobierno y que se trataba de un ataque combinado á los cuarteles del No 1o y No 3 de Artillería y á las casas del señor General Plaza y á la mía".

Es falso. Nadie pensó en dar tales órdenes: el General Andrade se limitó á dar órdenes preventivas, como era natural, para el caso de que la Artillería embistiese, en nombre de Plaza y Navarro. Se ve que á Navarro le han sido necesarias estas invenciones. ¿Quién puede imaginarse que, habiendo sabido tal cosa Navarro, había de entrar á la casa de Plaza, y dirigirse después á la propia, como lo refiere él mismo en seguida?

"En el acto, y en compañía del Coronel Sierra, continué, me dirigí á la casa del señor General Plaza, en cuyas inmediaciones ya pude observar la presencia de numerosas personas extrañas, patrullas de Policía completamente heterogéneas, pues se advertían policiales y paisanos mezclados en ellas".

A haber tenido intención el General Andrade de embestir las casas de Plaza y Navarro, no hubiera mandado *personas extrañas, patrullas de Policía, completamente heterogéneas*, medrosas, según la descripción de Navarro, pues sólo andaban por las inmediaciones, sino tropa de línea bien armada y bien formada, bajo la dirección de Oficiales expedidos, que no hubieran demorado en dar cumplimiento al mandato. (1)

"Hablamos largamente con el General en Jefe del ejército, sobre la situación gravísima en que nos encontrábamos", prosigue.

¿Hablando largamente y sin tomar medidas, después de haber tenido noticia de ataques combinados á la Artillería y á sus casas?

"El Sr. General Plaza me dijo textualmente: "Si se consuma la traición del Gobierno al partido liberal, estoy resuelto á

(1) El Intendente Narváez, en su declaración, ("El Comercio", Marzo 15), dice: .....Me llamó el General Andrade, me averiguó por el número de tropa con que contaba el Cuartel de Policía; y habiéndole dado yo razón, ordenó que 25 hombres fueran á la plazuela de la Merced, y 12 hombres á la esquina de San Francisco, con el único objeto de sofocar cualquier movimiento subversivo que pudiera resultar en uno de los Regimientos de Artillería".

No salió un soldado más. El mismo Intendente añade que mandó orden á las patrullas se recogiesen á su cuartel. Es indudable que las dos patrullas que salieron fueron enviadas para observar, no á sofocar movimientos: esto aparece ridículo.

irme á la Costa, para obedecer allí lo que resuelva el liberalismo de mi patria. Tengo el tren listo para el efecto".

Se habría ido Plaza á la Costa, pero quizá ocultamente, si fracasaba el plan de asesinato. Lo que sabemos es que él se empeñaba en partir, arreglado ya el plan de asesinato; pero los mismos que le aconsejaron el crimen, como medio de conseguir seguramente sus fines, fueron los que le detuvieron acaso por la fuerza; es probable que emplearon amenazas.

"Comentábamos y suponíamos cuál podía ser, en definitiva, el plan de los Señores del Gobierno...."

Plaza y Navarro son muy serenos, pero imprevisores: olvidaron por completo el ataque combinado á la casa en que comentaban y suponían.

"Llegó á nosotros el Jefe de Oja, Comandante Landázuri, con la plena confirmación del plan gubernativo. ¡Se le acababa de ordenar que alistase su cuerpo para atacar al Regimiento N.º 19 de Artillería, con el batallón "Quito", el cual contaría con la cooperación del "Marañón"! ¡Es decir que era ya una penosa verdad ese plan de ataques á los Regimientos N.º 1 y 3, con las fuerzas policiales, los conservadores armados y los batallones "Quito" y "Marañón"! ¿Y quién daba estas órdenes? ¡El Sr. General Andrade, Ministro de Instrucción, en nombre del Encargado del Poder Ejecutivo!"

El parte oficial de Landázuri fue escrito después del triunfo de ellos; y sin embargo no se lee en él lo que dice Navarro. He aquí las palabras textuales del dicho parte:

"Llegado que hube al cuartel, me hallé á un lado el señor General Andrade, y me dio la siguiente orden: "Al romperse los fuegos en las Artillerías ó en sus inmediaciones, ó al recibir nuevas órdenes de mi parte, por conducto del Ayudante que usted dejará aquí, usted con el Batallón "Quito" atacará al Regimiento "Bolivar", desplegando cien hombres de la esquina de Santa Bárbara hacia el Norte, y avanzará á ese cuartel; el resto del cuerpo emplearlo como reserva; y disponga que 25 hombres salgan mientras tanto á rondar las calles. Usted será apoyado por las fuerzas del Batallón "Marañón", que obrará por la carrera Guayaquil"

La frase "Al romperse los fuegos en las artillerías ó en sus inmediaciones", denota que el General Andrade esperaba el estallido de la conspiración en las artillerías; y para el caso de que estallase, ordenó el ataque del batallón "Quito", el que sería auxiliado por el "Marañón". Es infame y es indigna la interpretación que da Navarro, ó sea Cabrera. Estos hom



bres ultrajan á la Patria, púes escriben como si todos los lectores fueran parias!

Landázuri dice: "Yo me quedé perplejo al recibir este orden, pues el señor General Andrade había cesado, hacía muchos días, en el cargo de Jefe de Estado Mayor General, y desempeñaba entonces la Cartera de Instrucción Pública. No hice observación alguna. Salí de la Policía y me fui directamente donde los Señores Jefe de Zona y Ministro de Guerra, que se encontraban en la casa del señor General en Jefe del ejército."

Estaba allí el Presidente de la República, quien hubiera puesto término á la perplejidad de Landázuri. Debía saber Landázuri que Navarro había renunciado ya el Ministerio, y que el General Andrade estaba ya de Ministro de Guerra. ¿Si sabía Landázuri que el Gobierno estaba tratando de debelar una conspiración, fraguada por una traición, cómo, recibidas órdenes del Gobierno, fue á comunicarlas inmediatamente á los traidores?

"Confieso paladinamente, continúa Navarro, que no vacilé un minuto en adoptar las resoluciones que reclamaba la situación. Es verdad que yo era un Ministro dimisionario; pero, en este instante, recordé que me debía al país y á mi partido, y no trepidé en aceptar el reto á muerte que lanzaba un Gobierno que se decía liberal, á las instituciones y al partido liberal."

Presumimos que al lector le disgustan ya estas frases, y que han de disgustarle igualmente comentarios. En los tribunales de justicia se oyen á menudo excusas de esta clase, en boca de ladrones, asesinos, incendiarios.

"Pedi que se me dijese si estaban dispuestos los Batallones "Marañón" y "Quito" á atacar á los cuerpos de Artillería; y como se me contestase negativamente...."

Navarro no dice verdad: mientras el General Andrade vivía, el "Quito", el "Marañón" y todos los Cuerpos de la Plaza, excepto algunos Jefes, le obedecían á él, no á Plaza ni á Navarro. Hé aquí por qué le mataron.

Veamos las últimas imposturas de Navarro, imposturas que degeneran en sandeces:

"...Me despidí del señor General Plaza y me retiré al cuartel del N<sup>o</sup> 3<sup>o</sup>, de donde, sin medir las consecuencias, me dirigí por cortos instantes á mi casa. Eran tal vez las 11 p. m.

Tomaban una taza de café, en mi casa, las siguientes personas: Coronel Sierra, Comandante Borja, Mayor Piñeiros, Capitanes Fernando y Luis Cevallos y Subteniente Cueva (todos testigos del hecho que voy á narrar), cuando oímos una descarga cerrada contra la puerta de calle de mi casa. Saltamos apresuradamente al patio, y luego á la calle, los nombrados y además los sargentos Lugo y Calvache, que me acompañaban. Los facciosos conservadores, armados por los Señores Díaz y Narváez, tenían casi rodeada mi casa, pues sus guerrillas ocupaban la esquina de la Cruz Verde y la de la plaza de San Francisco. Fue buena nuestra suerte al escapar del fuego que se nos hizo de ambas esquinas, y cuyas huellas pueden verse en las paredes de mi casa y en las de las honorables familias Barba y Gangotena. . . . Con los que me acompañaban, seguí por la carrera Bolívar, hasta la de García Moreno".

La casa de Navarro está en el promedio de una hilera de casas que forman la calle larguísima de San Carlos: al frente no hay sino un muro del Convento de San Francisco y la casa de Expósitos de San Carlos. ¿Qué se hicieron los que hicieron una descarga cerrada contra la puerta de calle de la casa, ya que pudieron salir apresuradamente al patio y luego á la calle? Navarro y las personas que menciona? Se supone que diez personas no salen apresuradamente á la calle, si han oído una descarga cerrada contra el portón de la casa, antes de averiguar la razón de la descarga ó de tomar algunas precauciones. No hubo descarga, ó si la hubo, fue por orden del mismo Navarro. ¿Y facciosos conservadores, armados por los señores Díaz y Narváez, tenían casi rodeada la casa de él! ¿Cómo la tenían rodeada, si no encontraron ni un soldado en la calle, ya que todos pudieron salir? En las dos esquinas opuestas, bien distantes de la casa, había patrullas que hacían fuego. . . . ¿Cómo sabía que esas patrullas eran de conservadores, armados por los señores Díaz y Narváez? ¿Y cómo esas patrullas hacían fuego, ambas sobre la casa de Navarro, si ambas se hallaban opuestas en línea recta, una en la esquina de San Francisco, otra en la Cruz Verde, y podían despedazarse mutuamente?

Cita las huellas de las balas y el testimonio de sus cómplices, en comprobación de que ha dicho la verdad.

Así son nuestros indios gañanes cuando se les acusa de alguna falta en la hacienda.

Navarro y su séquito tuvieron la buena suerte de escapar del fuego de ambas guerrillas, y se dirigieron por la carrera de Bolívar hasta la esquina de García Moreno, es de decir, por una de las esquinas en donde hacían fuego.

El escritorio de Navarro es un tejido de embustes, de farfaleñas, de sandeces.

En lo que menos pensaban Plaza y Navarro era en defenderse: porque sabían que no les atacaría nadie. El objetivo único era el asesinato de un patriota. Vamos á presenciar el drama.

La Intendencia ocupa un edificio situado en una esquina: un lienzo da á la calle que desemboca en la plaza de San Francisco, otro, á la formada por una muralla del Convento y por hileras de casas; en esta última calle, á pocos pasos de la esquina, está la entrada; y ella conduce á un vestibulo oscuro, ancho y muy largo, que va á terminar en una escalera, por la que se asciende al segundo piso. El lado derecho del vestibulo está formado por un cuerpo de edificio, con pocas habitaciones, y un pasadizo que lleva á un gran patio, en el cual se hallan prisiones, caballerizas, departamentos de soldados, etc. Al lado izquierdo hay una serie de cuartos, en línea recta, donde se halla la oficina del Jefe de Policía ó Intendente: el primer cuarto, esto es, el más inmediato á la entrada, es el Despacho de dicho Intendente; el segundo, un pasadizo destinado á porteros; el tercero, la Secretaría; el cuarto, aposento de amanuenses; el quinto, está desocupado. Todos éstos cuartos están comunicados entre sí por mamparas, todos tienen también puertas al vestibulo. La mampara que comunica el aposento de amanuenses con el cuarto desocupado, estaba tapada con un grande armario, delante del cual se hallaba un escritorio. En este escribía el doctor Barsallo, y el General Andrade, sentado en una silla, le dictaba. El Presidente y el Ministro Díaz, en un sofá, junto á la pared que da al vestibulo; el Ministro Tobar, en pie.

Desde que Plaza supo en su casa que el Presidente y los Ministros de Estado se hallaban en la Intendencia, empezó un vaivén incesante de grupos de soldados, de Oficiales, de paisanos, en aquel edificio, entre la calle y el patio interior, donde ordinariamente habitan los soldados. Al Coronel Ruilova, situado entre los grupos de afuera, llamóle la atención el movimiento, entró y habló con el General acerca de él: el General, se aproximó al Presidente, habló con él y volvióse:

—No hay nada, dijo al Coronel Ruilova: aquí no habrá nada; esperamos resultado de afuera.

Dadas cuantas disposiciones eran necesarias, se había encerrado Plaza en su aposento, después de advertir que con nadie hablaría. Sobre sí mismo tiene gran dominio; pero no puede ocultar la alevosía de los ojos. Su mirada es nebulosa, tétrica, sinjestrat: es manifestación de las turbiedades interiores. Es bien sabido que le es imposible al hombre ocultar lo que la mirada está diciendo. Dejaría de haber engaños, si todo hombre fuera ob-

servador y si poseyera la ciencia de traducir el idioma de los ojos. Queret con la sonrisa, con la zalamería, con los discursos en entonación suave y musical, con los ademanes atractivos, con la regularidad de las facciones, modificar la expresión de los ojos ante un interlocutor inteligente, es delirio. Por eso es que los hombres como Plaza ya no pueden levantarse á alturas, á no ser en pueblos cuya educación se ha retardado. Aquí ha hallado innumerables cómplices, que lo tienen cetro en mano; en cualquiera otra parte habría sido encerrado en presidio ó ahorcado. No quería, pues, que en aquella hora de ansia, alguno le viesse á los ojos ó reparase en el temer de las mandíbulas. Iban, sin embargo, algunos emisarios: entraron dos individuos apellidados Garcías, uno Subintendente, otro empleado inferior, se encontraron con la prohibición de hablar con Plaza, pero dejaron á los dependientes el siguiente mensaje:

—Digan Uds. al General que todo está arreglado.

Para dar idea exacta del crimen, es indispensable continuar copiando á Navarro:

“Llegado que hubo al cuartel (Nº 3,) me encontré con el General Plaza, quien, al oír los primeros disparos, había volado al referido cuartel. Pregúntesele á él cuánta era la gente armada que rodeaba la casa, la insolencia con que pretendieron detenerlo, y cómo es verdad que pudo escapar, gracias únicamente á la audacia con que se abrió paso, por entre esa turba de comprometidos á quién sabe cuáles extremos”.

“Que voló Plaza, apenas oyó disparos”, puede ser verdad: “que encontró á mucha gente armada, que rodeaba su casa: que esta gente pretendió detenerlo con insolencia, habiendo estado facultada á extremos, es decir hasta al asesinato, y que pudo escapar, gracias únicamente á su audacia”, es de todo punto increíble. Si gente armada rodeaba la casa, debió ser mandada por el General Andrade: no era el General Andrade persona á quien desobedeciera una escolta, especialmente en tales circunstancias. El General Andrade era, en el concepto de todo ecuatoriano, el primer militar del Ecuador.

“Esa turba comprometida á quién sabe cuáles extremos.”

¿Uno de esos extremos sería el asesinato, sin duda? ¿Y Plaza se libertó de él, por medio de su audacia? ¿Únicamente por medio de su audacia se abrió paso por entre esa turba de tanta gente armada?

Baladronadas, torpezas, culumnias semejantes no escribe un Ministro de Estado en ningún pueblo, sino en aquellos en donde llegan á Ministros hasta los modernos Alejandro Farnacios....

"Del cuartel No. 3 me vi obligado á correr en dirección de Santa Catalina, porque por allí menudeaba un recio fago."

¿Y quien lo hacía? Indispensable les fue inventar combatientes á esos hombres, pues para inmolar á un hombre, tuvieron necesidad de dos mil hombres; y un tiroteo de toda aquella noche, según una frase del doctor Tobur, dicha al día siguiente á mis hermanos.

"Al aproximarme con una sección de tropas, huieron desparvoridos los paisanos de la conjuración, visto lo cual torné al cuartel."

Ni hubo paisanos, ni hubo conjuración, ni Navarro, pido saber si huían desparvoridos, ni él es Fierabrás, sino un simple Renato el florentino.

Dictaba el General Andrade la última cláusula del Memorandum, cuando sonó en las proximidades un disparo de fusil. Si guiéronse otros y otros, y venían acercándose. Los primeros habían sido hechos en el patio interior, de donde soldados salieron al vestíbulo, siempre disparando. En él causaron seis heridas, aunque ninguna de gravedad; al Coronel Ruilova, y mataron á un ayudante de él. Entre los tiradores, apareció uno armado de pistola Colt, que es de gran potencia, y se aproximó á la puerta del aposento de amanuenses, donde se hallaban el Presidente y los Ministros.—¡Viva Plaza!, se oía en medio de los tiros. A la primera detonación, el General Andrade se había estremecido en su asiento, puéstose violentamente en pie, gritado "¡tirros!", tomado un fusil de un ángulo del cuarto, y corrido á la puerta que da al vestíbulo, dando una voz estentórea de orden. Sabía él, que podían asesinarle; pero era incapaz de demostrar temor. Llegó á un metro de la puerta, cuando recibió un balazo en el vientre, disparado de afuera por la puerta entreabierta. La herida fue mortal:

—¡Ah caray!, fue su primera exclamación. . . [1]

Dio pasos laterales.

—¡Por qué, por qué! siguió exclamando.

[1] Interjección inocente, provincialismo de Quito, que denota gran sorpresa.

Llegó al punto de donde había partido, extendió los brazos estremeciéndose, con ambas manos asidas del fusil; soltó el arma; tambaleó; se asió con las dos manos de la mesa:

—¡Pero, por Dios!, dijo, y se desplomó y expiró

DIOS, palabra que es resumen de todo lo bueno y lo justo, de todo lo grande y lo noble, de todo lo hermoso y glorioso, fue la última que pronunció Julio Andrade en la tierra. El Ecuador unánime le está comparando con Antonio José de Sucre, el hombre más virtuoso de la guerra de emancipación de Hispano-América.

---



## XVII

# Después del crimen

Apenas cayó el patriota, apenas le contemplaron yerto, volaron á dar la noticia á Plaza. Uno le halló primero y le dijo:

—Está muerto el General Andrade.

Levantóse Plaza:

—¿No se engaña usted? ¿Usted lo vió? ¿Está usted seguro?, dijo.

"En el cuartel había dejado al señor General Plaza, dice Navarro, con el especial encargo de que no se moviese de allí. A mi regreso no le encontré. Pregunté por él, y me dijeron que había corrido á la Policía, en el instante mismo en que le habían dado la noticia de que hacía ya rato que el General Andrade estaba herido ó muerto, y de que corrían serios peligros los demás miembros del Gobierno, allí reunidos y presos, á consecuencia de un inesperado pronunciamiento de la Policía, que se había rebelado contra los planes del Gobierno tendientes á atacar los cuarteles con la fuerza policial y otros elementos.

¡Inesperado pronunciamiento de la Policía! Pero es necesario saber por qué se pronunció. ¿Qué planes *tendientes* había demostrado el Gobierno? ¡Plaza y Navarro eran espectadores impasibles, muy honorables y muy serios! Si eran inocentes, ¿por qué desde el principio, no concurren á la Policía? ¿Por qué, para ir á ella, y para ir corriendo, desalados, esperaron el asesinato del General Andrade?



"Imité el ejemplo del General en Jefa, continúa Navarro, y me fui apresuradamente á la Policía, no sin impartir antes las órdenes que consideraba oportunas para la acción de los diferentes cuerpos del ejército y la represión absoluta de la conjuración urdida por el Gobierno."

Las órdenes fueron: que salieran los cuerpos á las calles con bandas de música; que todos dispararan al aire, gritando ¡Viva Plaza! Hasta el amanecer ensordecieron el aire los gritos y disparos de fusil.

El abrazo de plácemes se lo dieron Plaza y Navarro, probablemente en la Intendencia, en presencia del cadáver del héroe.

El Presidente y los Ministros, cuantos del partido del Gobierno se hallaban presentes en el trágico suceso, buscaron un escondite, con intención de salvarse, porque todos se hallaban inermes, indefensos: derribaron el armario y pasaron á la habitación contigua.

Empleados de Policía, cómplices varios de ellos en el crimen, entraron á ofrecer garantías al Gobierno. Ya habían conseguido el éxito deseado: No les importaba nada lo restante. Uno de ellos lloró... Esas lágrimas no aplacan el ardor de la llaga en la conciencia; al contrario, lo recrudecen, lo eternizan. ¡Es aquel el infierno de esta vida!

Plaza entró, se agolparon en torno de él, le echaron al cuello los brazos, le acariciaron, le besaron, quedaron roncos de tanto gritar: "¡Viva el General invicto, viva el héroe!" todos cuantos llenaban la Intendencia. Se aproximó aquella masa elefántina al cadáver, vióle, miróle, contemplóle... ¿Quién puede comprender la fruición de aquella alma? "¡Julio Andrade, el canalla! se diría, ¡Esos labios que temprano me insultaron; esos ojos que me miraban con autoridad olímpica; ese continente regio, que al aproximarse, me aterró; esa diestra, que me iba á descargar un bofetón... ¡inmóviles!

Plaza bebió á grandes tragos el licor infernal de la venganza. Pero, entrevió algo, su dada... Vislumbró á una esposa moribunda, á un enjambre de niños que, trémulos de horror, procuraban asirse de la madre, á toda una familia loca de angustia... Mas, desechando esta visión, pensó en que ya nadie le hacía sombra, en que se hallaba sólo él en la cúspide; y tartamudeando de júbilo, dirigióse á los individuos del Gobierno:

—¡A una traición, un abrazo! les dijo, levantando los brazos para estrecharles el cuello. ¡Soy caballero!

—¿Traición? ¿Quién ha traicionado?, le contestó el doctor Tobar.

Leales y traidores, valientes y cobardes, viles y eminentes, salieron en tumulto.... ¡Ah! quedaba un cadáver!

Aparecieron parientes del General Andrade, y transportaron el cadáver á la casa.

La bestia más feroz es el hombre, no hay duda. Un pelotón de partidarios de Plaza se dirigieron á casa del General Andrade, apenas éste había espirado, é insultaron neciamente á la familia, y gritaron, con voces estentóreas: ¡Viva Plaza! Tal era el entusiasmo, la como demencia á que les arrastró la alegría, que, por encima del tejado, arrojaban los bastones al patio.

El empleado que, días antes, había dicho á otros de su gremio: "para que triunfe el General Plaza, es indispensable quitar la vida al General Andrade, iba por la calle en la noche del drama, en compañía de otros; y dijo: "ha muerto uno, y todo ha quedado en calma; ¿ya ven?" Fueron oídas estas palabras por quien acaba de narrárnelas.

Freile Zaldumbide y Plaza se encaminaron á casa de este último, quien, dejando al primero en ella, se dirigió á la oficina telegráfica, y conferenció con el Jefe de zona de Guayaquil.

Va en seguida esta conferencia. No la empezó Plaza, sino un individuo enviado por él:

"General Treviño: La Guarnición y el pueblo de Quito se pronunciaron en este momento, desconociendo al Encargado del Poder Ejecutivo y sus Ministros, expresando que lo hacen por cuanto traicionaban al partido liberal, entregándose con armas al partido conservador. Espero que el ejército y el pueblo de Guayaquil reconocerán que este movimiento incontentible, y exigido por el proceder injustificable del Dr. Freile Zaldumbide, afianza las instituciones democráticas.—L. Plaza G."

Informado el General Treviño de que Plaza no estaba en la Oficina, nada contestó hasta que concurrió este último, quien habló á su interlocutor en estos términos:

"Buenas noches, mi querido General. Acabo de arreglar á las tropas, que están formadas en la plaza de la Independencia.—Hasta ayer, el General Navarro, el señor Intriago y yo, agotamos todos los esfuerzos imaginables, para convencer á don Carlos Freile, de que no debía traicionar al partido liberal ni á la República. Llegué á ofrecerle que serviría de árbitro para fijar las bases de un arreglo que asegurara la paz y predominio del partido liberal. Fueron los comisionados y no los recibí, porque el Presidente estaba en conferencia, con el General Andrade y el Intendente Narváez, FRAGUANDO LA RUINA DEL PARTI-

DO LIBERAL, en combinación con el doctor Tobar y el partido conservador."

En estas frases, relampaguea, con luz sulfurosa, una alma infame. ¡Qué de mentiras, que de supercherias, que de calumnias!

"En la mañana de hoy volví á conferenciar con el Encargado del Poder Ejecutivo, acompañado del amigo Iñurriago y volví á ser engañado. Después de que me ofreció tener una conferencia con Tobar y conmigo, mañana á las ocho, reunió hoy el Consejo de Ministros é intimó al de la Guerra la separación de los jefes de la artillería "Bolívar" y del número 3, y, al mismo tiempo, ordenaba al Intendente Narváez armar á los conservadores, que entraban por pelotones al cuartel de Policía.

"Convencidos de esta nefanda traición, renunciaron irrevocablemente sus puestos y se puso en conocimiento del ejército el peligro que se corría con la iniciación de ese movimiento revolucionario con los conservadores.

"Apenas recibió el Encargado las renunciaciones, se trasladó al cuartel de Policía con el General Andrade. Le pedí que tuviera compasión de la República y le ofrecí la seguridad de que la paz no se alteraría, que el ejército no haría ningún movimiento, siempre que se comprometiera á conservar la organización actual de ese mismo ejército. En este momento estaba presente, también, el doctor Tobar. Me lo prometió; más aún, lo juró, y me pidió mandarle á su casa á los doctores Peñaherrera, Lino Cárdenas y don José Cervantes, para tratar con ellos, el candidato Tobar y el Ministro Díaz.

"Ya en la policía, recibieron y armaron á los clubs tobaristas, escogiendo, intencionalmente, á los más recalcitrantes enemigos del Partido Liberal, para ponerlos á la cabeza de ellos.

"En presencia de esta traición tan inicua, resolví trasladarme á Guayaquil, y pedí, al efecto, un tren expreso á Mr. Norton. El ejército y los directores del Partido Liberal, á quienes consulté este viaje, que resolví hacer, se opusieron á este paso y resolvieron poner coto á las maquinaciones del doctor Freile y los conservadores.

"En este estado las cosas, el cuerpo de policía, por su propia iniciativa, intimó prisión á los señores arriba mencionados y vivó al Partido Liberal y á éste su amigo.

"En medio de tal confusión, originada por el movimiento de la policía, los conservadores se atolondraron y dispararon sus pistolas, dando muerte al señor General Andrade, única víctima de este movimiento, que todos deploramos.

"La ciudad está alborotada y en todos sus ámbitos repercuten los vivas al Partido Liberal y á la República.

"Todos los notables liberales aquí presentes, opinan por una Jefatura Suprema, para dar un corte definitivo, dicen, á todas las intrigas y á todas las zozobras que ha sufrido la República.

"Descanso que Ud. y los liberales de esa ilustre ciudad nos den su opinión.

"Recuerde usted que hoy es SEIS DE MARZO. ¡Qué coincidencia! Aniversario del más glorioso movimiento que se ha hecho en el Ecuador en pro de la Libertad.

"Lo abrazo y lo abrazan más de un centenar de liberales aquí reunidos. Su amigo,

"L. Plaza G"

Quería, pues, entronizarse de golpe. ¡Oh si la inteligencia, el valor, la serenidad, el esfuerzo, estuvieran unidos en aquella alma al ausia desenfrenada y loca de poder!

La respuesta del General Traviño fue la siguiente:

"Correspondo su atento saludo, mi querido General y amigo.

"Comienzo por recordarle que la víspera de salir de esa Capital, cruzamos ideas con Ud., el General Navarro y el Ministro Intriago, relativamente á la situación, y al preguntarme qué temperamento se debía adoptar, caso de que el D. Freile Zaldumbide y Díaz trataran de entregarse á los conservadores, por uno ú otro camino, les contesté: que no debía romperse el nexo de la Constitucionalidad, en ningún caso, pero que si se presentaba aquella situación, que se le debía obligar á Freile Zaldumbide á dimitir, que se encargara del Mando Supremo el Presidente de la Cámara de Diputados.

"Recuérdole también que resolvimos, que convenimos en no hacer jamás tabla rasa de la Constitución, que acabábamos de defender en los campos de batalla. Usted convendrá conmigo en que, desde entonces, no quisimos escribir en el mar esa gloriosa, aunque triste página, que terminó en Yaguachi. Yo, y todos los leales defensores de la Constitución, no arrastraremos jamás por el fango de la traición nuestra dignidad militar y personal, ni nuestras insignias militares. Usted sabe que lo estimo en altísimo grado, pero estimo en mucho más el nombre que debo legárles á mis hijos.

"Los Jefes de las unidades militares, que hay en esta plaza, están presentes y me encargan decirle que conmigo deploran que los extravíos del Ejecutivo hayan creado esta situación violenta, con la que no podemos ser solidarios, no obstante nuestra adhesión personal á usted y estar en un corazón con todos los buenos liberales, dispuestos á sacrificarse para sostener la hegemonía del Partido.

"Malditos mil veces, los conservadores, si son los causantes de la muerte del General Julio Andrade, y malditos los infames que han sido solidarios con ellos. A Julio, haciendo caso omiso de su pesi-

mismo de última hora, le amaba como á un hermano. La pérdida de ese valiente tiene que llorar la Patria, sobre todo mañana, cuando tengamos que luchar con nuestros enemigos del Sur.

"No quiera usted, mi querido amigo, poner en conflicto el sentimiento del deber, innato en los que aquí estamos presentes, con el afecto personal á usted, porque lo primero es siempre lo primero. Salve su nombre y el de sus leales amigos, salve al Partido de una mancha y salve á la República de nuevas calamidades.

"Crea que la sinceridad de mi afecto y la de mis dignos camaradas, para usted, está á la altura del cariño y consideraciones que mereco, ya que sólo ha sabido empuñar su espada en defensa de las buenas causas. Correspondo á usted y á ese centenar de patriotas y buenos liberales el abrazo que me dedican.

"Su afectísimo amigo,

"*Delfin B. Treviño.*"

El General Treviño habría arrojado un rayo, que triturrara ahí mismo al delincuente, si hubiera sabido toda la verdad. *Pe-simismo de última hora*, llamó en el ofuscamiento del dolor, á lo que después habrá llamado patriotismo, liberalismo neto y puro, hasta heroísmo del mártir.

Plaza tembló con tal respuesta, y ahí mismo le vino horror por la Jefatura Suprema. Estas astucias son de imbéciles. Hé aquí su contestación:

"Estamos en un solo corazón y un solo pensamiento con usted y sus valientes camaradas: destruida la traición, debe volver el orden constitucional á imperar en la República y nosotros obligarnos á defenderlo, aun á costa de nuestras vidas.

"De un momento á otro espero en esta oficina al doctor Francisco Andrade Marín, á quien he mandado una comisión respetable para que lo acompañe.

"En el improbable caso que se negara este ciudadano á ejercer el Poder Ejecutivo, convendría que el distinguido patriota Pedro Valdez, Vicepresidente de la Cámara del Senado, viniera en un tren expreso á esta Capital, pues á él, según la disposición constitucional, le correspondería ejercer aquel cargo.

"Me horroriza la dictadura y puede usted estar seguro que si ésta se impusiera, como una necesidad del momento, no sería yo quien la ejerciera. Hemos sido, somos y seremos los sostenedores de la Constitución de la República, mi querido Delfin. Le agradecería hacer venir al telégrafo al Gobernador Valdez y á los principales liberales de Guayaquil.

"Estoy deplorando, como usted, la muerte de nuestro inolvidable General Andrade, como una pérdida nacional; ni su enemistad per-

sonal, de última hora, contra mí, logró arrancar de mi corazón el sincero afecto que siempre le profesé.

"Su amigo, que agradece altamente todas las manifestaciones de usted y sus camaradas y que los abraza, muy de corazón.

"L. Plaza G."

Hablar de Constitución es ya en el Ecuador manía chabacana: el que ataca, defiende la Constitución; el que se resiste, la defiende también. Todo es vulgaridad, todo es ineptia en esta desventurada tierra de infantes. El orden constitucional estaba volcado desde los cimientos, desde el 11 de Agosto de 1911; y desbaratado totalmente, con la caída del Dr. Freile Zaldumbide. ¿Un malvado como Plaza, un bribón como Navarro, eran árbitros de dar forma a la Nación, solamente con un horroroso asesinato? Si á pretéxto de evitar mayores males, nos convertimos en cómplices de indignos, en vez de contribuir á alzar el hacha, á fin de que la justicia ejerza su deber, los males se repetirán á cada instante, y jamas vendrá la calma, que es efecto muy natural de la virtud. ¿Debió el Dr. Francisco Andrade Marín, á pretéxto de obedecer á la ley fundamental, encubrir el horrible crimen de Plaza, la conspiración, la usurpación, el homicidio, contaminarse con el hedor de aquella mole, sin cargar la consideración en sus posturimerías, como hombre que en otras ocasiones ha sido útil á su patria? ¿Encubridor, qué vergüenza! Encubridor de los atentados más repugnantes de la humanidad en esta época, de bofetadas á la Civilización, de puñaladas en el corazón de la Patria, de decapitación é incineración de un gran partido político, de desgajadura espantosa de una de las ramas más robustas y más bellas del árbol de la esperanza ecuatoriana! La Constitución estaba destrozada otra vez, el gobierno de Andrade Marín es usurpado, y no usurpado por él, sino por un hombre que ha venido á ser oprobio de los hombres.

¡Oh Dios! La repetición de tantos crímenes no es imputable á la perversidad del Ecuador, más aún á su falta absoluta de virilidad para oponerse á las pretensiones de cualquier atrevido aventurero. ¡Oh patria la que vino á tocar en suerte á Espejo, á Mejía, á Rocafuerte, á Olmedo, á Moncayo, á Montalvo, á Luis F. Borja, á Eloy Alfaro y á Julio Andrade!

"Espere, mi querido Delfín, hasta que venga el Dr. Andrade Marín, que como Ud. sabe, vive lejos", agregó, por el telégrafo, Plaza.

Quería ganar la voluntad del Dr. Andrade Marín, antes de procurar la dimisión de Freile Zaldumbide. Ni uno ni otro le fue difícil: trataba con jurisperitos y jurisperitos; hombres

aptos para conceder cuanto no les causa daño á ellos, incapaces de un instante de vida luchadora, de fatigas. (1) Enajenado de júbilo, envió Plaza á Guayaquil el parte siguiente:

"Saludo á los amigos allí presentes y espero que, en vista de mi anterior exposición, aconsejen lo más conveniente en estas circunstancias. El doctor Freile dirige en estos momentos un oficio al señor Andrade Marín, pidiéndole se haga cargo del Poder Ejecutivo, por ausentarse del país indefinidamente.

"Como dije á mi querido amigo y compatriota el General Treviño, los liberales de esta Capital opinaban por una Jefatura Suprema transitoria, que yo no habría aceptado jamás.

"El orden más completo ha sido la nota sobresaliente en estos momentos.

"Soy de Uds. amigo y correligionario.

"L. Plaza G."

Parece que los doctores Baquerizo, Tamayo y amigos, sospecharon la verdadera causa de la muerte del General Andrade. El siguiente parte enviaron ellos á Plaza:

"Ya que los asuntos políticos han tenido el desenlace ocurrido hoy, juzgamos que lo más conveniente para el país es la continuación del orden Constitucional. Deploramos que en el movimiento haya sucumbido el General Andrade.

---

[1] He aquí palabras del entonces Encargado del Poder Ejecutivo:

"A las cuatro de la mañana, más ó menos, en momentos en que me encontraba con Pedro Salvador González, los doctores Ayora y Córdoba me hicieron llamar al departamento que ocupaba el señor General Plaza, y me indicaron que, ya que trataba de ausentarme de la República, lo llamase al doctor Andrade Marín para que me subrogara en el cargo. Convine en ello; pero haré notar que la nota de mi separación, escrita de puño y letra del doctor Ayora, lleva la fecha del día 5, siendo así que la escribí el día 6.

"Concluyo protestando contra la infame aseveración de que el Gobierno, ó alguno de sus Ministros, hayan tenido inteligencia con el partido conservador, ó hayan tratado de armarlo para entregarle el Poder, agrega el ya ex-Presidente. Ni mis antecedentes de familia, ni los míos propios, ni mi actuación política en más de tres lustros, ni mis pasos hasta los últimos instantes, autorizan para tal calumnia, y más bien manifiestan lo contrario, sobre todo, si se tiene en cuenta que llamé á sostener al Gobierno al ilustre y malogrado liberal señor General don Julio Andrade". ("La Paz", N.º 6.)

"Haga usted todos los esfuerzos que estén á su alcance para salvar la paz de la República.

"Lo saludamos.

*"Baquerizo, Tamayo y amigos"*

Y la contestación de Plaza fué ésta:

"Me complace que hayan estado de acuerdo con la opinión patriótica del señor General Treviño y con la mía que es la misma, y la de todos los beneméritos jefes de esta guarnición.

"Acaba de regresar la comisión que fué donde el doctor Andrade Marín. Sin ninguna dificultad ha aceptado encargarse del Poder Ejecutivo. Está, pues, salvada la constitucionalidad y venga otro abrazo. La paz acentuada como nunca.

"De ustedes,

*"L. Plaza G." [1]*

El criminal subía y subía; y en cada peldaño de su ascenso, vomitaba una nueva desvergüenza. Léase el parte que inmediatamente envió al Norte al General Rafael Arellano:

"Quito, á 3 de Marzo de 1912.—La Patria ecuatoriana tuvo otro 4 de Marzo y se salvó de mayores peligros. No puede usted figurarse hasta dónde llegó la audacia de los traidores. Á las tres de la tarde nombraron Ministro de Instrucción Pública al General Andrade, y en seguida el Presidente y su Gabinete visitó los cuarteles, arregando á los soldados el General Andrade. En seguida se acordó la separación de Sierra, Oliva y Salas, y ésto motivó las renunciaciones irrevocables de Intriaño y Navarro, presentadas á las 9 de la noche. Desde temprano empezó á invadir la Policía la Plana Mayor de los conservadores: á las 11 p. m. se trasladaron al mismo cuartel el Presidente y los Ministros Andrade, Tobar y Díaz, continuando la invasión de conservadores, que llegó á más de doscientos hombres, lo que alarmó á la Policía, y de su PROPIA CUARTA, sin acuerdo con nadie, redujo á prisión al Presidente, Ministros é Intendente. En este momento los conservadores que no habían entrado al cuartel y que estaban rodeándolo, hicieron tiros de pistola, y uno de ellos hirió al General Andrade, con tan mala suerte que al caer al suelo le cayó un gran armario y además los conservadores que estaban en la misma pieza, al huir pasaron sobre el armario, causándole la muerte. Esta es versión del testigo presencial señor Pedro Salvador González, Presidente del principal club conservador. La guarni-

(1) Todos estos partes hemos tomado de "El Telégrafo", Guayaquil, 7 de Marzo.



ción y el pueblo seomló, ó mejor dicho, aceptó ese paso audaz de la Policía, y luego el doctor Freile, de su puño y letra, dirigió su oficio llamando al ejercicio del Poder Ejecutivo, al Presidente de la Cámara de Diputados doctor Andrade Marín. El doctor Freile está en mi casa. Debo contarle que los conservadores, después del nombramiento del General Andrade, se insolentaron de tal manera que en la plaza de la Independencia lanzaban vivas al arrastre, á la capilla ardiente y al partido conservador, y mueras á mí y al partido liberal. Esto provocó un meeting liberal que, por lo improvisado, resultó espléndido. Ahora reina una tranquilidad y un contento sin ejemplo, etc.

"L. Plaza G."

Quien acaba de cometer grandes crímenes, difícilmente puede tener sano el cerebro. Aquí llegan á sandeces varias de las afirmaciones de Plaza:

*La Policía de su propia iniciativa, sin acuerdo con nadie, redujo á prisión al Presidente. Ministros é Intendente.*

¿Y no sabía el General Arellano, como lo sabe todo el Ecuador, que la Policía en Quito se compone de pobres hombres, que sin autorización superior, es incapaz de aprehender al Presidente y á Ministros, y que siquiera habría temido la intervención de alguno de los cuerpos de ejército más próximos? Si hasta el Intendente estaba preso, ¿movióla el Subintendente acaso? ¿Y no sabemos que el Subintendente, un tal García, se hallaba de mensajero misterioso entre la Intendencia y la habitación de Plaza? ¿Cuándo en el Ecuador, y cuándo en ninguna parte, uno de los cuerpos inferiores, como es el de gendarmes, ha conspirado por sí mismo, en contra de los Encargados del Gobierno Supremo, y los ha reducido á prisión, sea cual fuere el dictamen de los otros gremios nacionales?

*Los conservadores que estaban roleando el cuartel, hicieron tiros de pistola, y uno de ellos hirió al General Andrade.*

Acaba de decir el mismo Plaza que el General Andrade estaba fraguando la ruina del partido liberal, de acuerdo con los conservadores. ¿Y si los conservadores tenían esperanzas en el General Andrade, los conservadores iban á matar al General Andrade? ¿Y cómo sabía Plaza, si todavía no se presentaba informe alguno de médicos, que el General Andrade había sido asesinado por tiro de pistola, lo que resultó verdad á los dos días? Si los conservadores hicieron tiros de pistola, los soldados aprehensores debieron contestarles también con tiros; pero ninguno de los conservadores resultó ni herido ni muerto, y ni una sola arma les tomaron. Quien recibió seis heridas fue el Coronel Enrique Ruilova, el único que por amistad y abnegación, acompañaba al General Andrade.

*Un tiro de conservadores mata al General Andrade, con tan mala suerte que, al caer al suelo, le cayó un armario.... Esta es versión de D. Pedro Salvador González, Presidente de un Club conservador.*

El Sr. Salvador González desmiente á Plaza en una carta pública, y Plaza le satisface y conviene en que ha mentido, y atribuye la mentira á defecto de trasmisión telegráfica.

¡Disculpas, y disculpas torpes, de criminales ordinarios, vulgares, en la indagatoria rendida ante los Jueces!

Léase el Manifiesto póstumo, diremos, de los doctores Freile Zaldumbide y Tobar, pues no lo conoció el público sino después del viaje de ellos á Europa. Partieron estos señores en circunstancias en que no les era honroso el viaje. Parece que se dijeron entre ellos lo que el Cardenal de Mélicis dijo á su hermano Lorenzo, en el momento en que Alejandro VI, ya elegido Papa, revistióse con los ornamentos pontificiales y se apoderó á toda prisa, de la tiara.

—Nos hemos puesto, en las fauces del más voraz de los lobos; el que, sin duda alguna, nos devora, sino emprendemos en fuga al instante.

No debieron huir Freile Zaldumbide y Tobar, pues de un Presidente y un Ministro era dar lección de patriotismo, y buscar la reparación en el momento, ya que el Ecuador les estaba dando medios de alcanzarla. A ambos les tengo como hombres honrados y dignos, pero sin la necesaria fortaleza de carácter. He aquí el Manifiesto:

“Después de los luctuosos acontecimientos de la noche del 5 al 6 del presente, en que la deslealtad al dar la muerte á las instituciones republicanas, hundió en el sepulcro á una de las figuras políticas más culminantes de nuestra Patria, habíamos pensado guardar un respetuoso silencio, dejando que la calumnia aleva y la farsa infame presenten esos trágicos sucesos, como convenía á los intereses de sus autores. Mas, en presencia de inmotivadas acusaciones, de imputársenos traición al Partido Liberal, de acusársenos de haber puesto en juego una política de falacia é intrigas, para procurar la ruina del Liberalismo, no podemos por menos, que exponer á nuestros conciudadanos con verdad y llaneza, lo falso y calumnioso de aquellas imputaciones.

“El Gobierno traicionado en la noche del cinco, no tuvo otro ideal ni otra aspiración en su política que conceder á los ecuatorianos absoluta é irrestricta libertad electoral. Conoció que el pueblo del Ecuador que había vencido al militarismo en los campos de Huigra y Yaguachi, tenía derecho perfectísimo para reorganizar la República, elevando á la Primera Magistratura del Estado, al ciudadano que en su concepto le ofreciera mayores garantías de probidad, versación en el manejo de la

cosa pública y que cuidara solicito de los derechos políticos y civiles de todos, ciñéndose estrictamente á las leyes fundamentales de la Nación y que alejara todo peligro de fracaso para la libertad.

"A este fin, como consta á todo el país, por documentos oficiales, se encaminaron los esfuerzos del Gobierno, sin que nunca haya abrigado el propósito de combatir una postula por otra.

"Como es natural, esta conducta despertó en los ecuatorianos el amor á la vida política y todos los Partidos se aprestaron á librar al amparo de las leyes, el decisivo y pacífico torneo electoral que, haciendo práctica la soberanía popular, debía encaminar á la Nación por el sendero de la Legalidad, la Justicia y el Orden.

"Como el Ejecutivo tropezara con serias dificultades en la administración del ramo militar, propúsole al Sr. Ministro de Guerra, el cambio de algunos jefes de cuerpo, con otros militares de filiación netamente liberal y de confianza, así mismo para el Sr. Ministro de Guerra. Esta medida que en cualquiera otra circunstancia habría sido aceptada con agrado, sirvió de pretexto para una escisión en el gabinete, pues los miembros de él que patrocinaban determinada candidatura, creyéndola perdida en el debate electoral, acordaron y llevaron á efecto el motín de la noche del cinco. La presencia del Sr. General D. Julio Andrade, en el Gobierno, lejos de acusar vinculaciones con los conservadores, demostró los propósitos netamente republicanos y liberales del Gobierno y de que nuestra bandera invictamente tremolada por aquel valeroso General no podía nunca ser arriada por manejos conservadores. Esto lo demuestra eloquentemente, el Memorandum acordado por el Sr. General Andrade, pocos momentos antes de su victimación.

"Se ha dicho en todos los tonos que conservadores armados debían evolucionar, de acuerdo con el Gobierno, en la referida noche del cinco, en perjuicio de las instituciones liberales. Ante la Nación preguntamos á nuestros detractores: ¿qué conservador hubo en esa noche armado de rifle? ¿cuál de ellos disparó contra las tropas regulares? ¿qué combate se libró entre ellos y la guarnición de Quito? Mientras no sean contestadas estas interrogaciones y probados los hechos que las contienen, los que nos acusan de traición al Partido Liberal, pasaran á la Historia, con la nota degradante de impostores.

"El crimen tiene también su grandeza, cuando el que lo comete sabe aceptar sus responsabilidades. Mas, dar muerte á la República, causar un gran escañalo en el mundo, violar las Leyes organizadoras del Estado y procurar convertir á las víctimas en victimarios, eso es propio de individuos que, al crimen unen el cinismo.

"Por esto, ante la Nación, protestamos contra las inculpaciones con que los hombres que hoy manejan los destinos de la República, quieren afrentarnos. Asimismo, queda constancia de nuestra protesta por la violación palmaria de la Carta Fundamental del Estado, y hacemos presente que, los males futuros que sobrevengan á la Nación, la ruina talvez del Partido Liberal, no tendrán otra causa que la ambición de un cetro político, siendo responsables únicamente de esos

desastres, los autores y cómplices de la tragedia de la noche del cinco al seis del presente.

"Por lo demás á la vida privada llevamos la conciencia tranquila por haber cumplido el deber y esperamos que nuestros compatriotas, cuando se restablezca la calma y se miren las cosas con sereno criterio, nos harán cumplida Justicia y entonces, la Historia, Juez severo é imparcial, pronunciará su inapelable veredicto, declarando que nuestra labor durante el corto período de Gobierno, no tenía otro móvil que el bien de la Patria, el respeto á la Libertad y la consecuencia con los principios liberales.

"Quito, Marzo 22 de 1911.

"Carlos Freile Z., Carlos R. Tobar".

El juicio está terminado. El acusador es el mundo; el tribunal es la moral de todos los pueblos, ó sea la civilización genuina y santa; el crimen, el más enorme de cuantos se han perpetrado en esta época: crimen contra la Naturaleza, crimen contra la Humanidad, crimen contra la Patria, crimen contra las familias, crimen contra las generaciones venideras. El delincuente... ¡se pasen altivo! ¡Se ha burlado de Dios y de los hombres, ha derramado la sangre de sus padres, ha corrompido á miles de hombres, ha convertido á sus semejantes en guijarros, con ellos ha construido un trono, y se ha elevado... ¡Pueblos, contemplad ahí á esa mole infecta! Ojos de asesino, labios de verdugo, cuerpo de galeote, alimentado con carne y sangre humanas... ¿No veis esa sonrisa de cerdo vil, con que á todos os promete más y más jolgorios, si decís que sus delitos son virtudes, que su cobardía es valor sublime, que él es el más inmaculado y noble, y le rodeais, como al Arca Santa el pueblo de Israel?

¡Ecuatorianos! Cerca de cuarenta años me habéis atormentado, porque yo cooperé al exterminio de uno de nuestros más poderosos tiranos. No me he tenido yo por delincuente nunca; y es porque el Ángel de la libertad me ha absuelto y me consuela. Y ése contra quien yo alcé la diestra, ése á quien la civilización está llamando malo, ése que trabucó la idea de progreso y encerró á sus conciudadanos en la obscuridad de la ignorancia, ése que asesinó sanguinariamente á muchos, es santo, es grande hombre, es inclito, en comparación con este chacal que afronta á los humanos. Jambelí es una cosa, el 28 de Enero es otra mucho más infame; el fusilamiento de Viola es una cosa, el martirio de Montero es otra mucho más inicua; el sacrificio de Maldonado es una cosa, el de Julio Andrade es otra cuya alevosía enfurece... ¡Acaba de triunfar éste á quien estáis llamando Bayardo y

Sucre, fue su triunfo en pro de un hombre, y ese hombre le tiende asechanzas, le derriba y húndelo en la tumba! ¡Mojaría en la sangre del corazón la pluma, si esto fuera necesario para conmover á todo el Ecuador! Venganza personal siempre es innoble; pero en la Nación no hay venganza, pues ella puede imponer castigo como Juez. ¡Olvidaos, oh ecuatorianos, que Julio Andrade es hermano de uno á quien, sin razón, habéis aborrecido, olvidaos que nos alimentó un mismo seno; y acordaos únicamente que él amó á su Patria, como he amado yo á la mía y la amaré, y preguntad qué es de Abel á Caín! Apenas en mi hogar brotó un héroe, contrájeme á sufragar con todas mis potencias, cuanto en mi vida pudo haber de menos malo y menos bajo, para que se aprovechara él, y en consecuencia os aprovecháseis también vosotros, compatriotas! Dejé de existir desde entonces. Era yo como el pelcaño, que se destroza las entrañas por dar alimento á su hijo. ¡Si ahora he recobrado vida, si tengo aliento para dar estentóreas voces, para decir á toda una Nación, ¡levantáos! no es por venganza, no, conciudadanos. Es para que recobréis vuestro pundonor nativo; es para que comprobéis que no sois indiferentes á la virtud ni al progreso; es para que de aquellas entrañas pútridas, veáis como entresacar la reparación más digna de la Patria. ¡Muramos, y sea yo el primer cadáver!

---

# APENDICE

## I

Concluida la impresión de este libro, hemos dado entre los papeles del General Andrade, con el telegrama siguiente, cuyo texto debe conocerse: debió ser impreso en la página 42:

"Telegrama en clave.

"Quito, á 10 de Enero de 1912.

"Señor General Andrade.

"Por conducto de la compañía del ferrocarril sabemos que Montero se encuentra en Huigra y que el General Alfaro está en Gnayaquil cuidando la plaza. Así que Ud. debe cargar con todas las fuerzas sobre Huigra asegurando éxito y teniendo presente que por medio de emisarios tratan solamente de ganar tiempo para fortificarse.—De Ud. afmo.—Carlos Freile Z."

En virtud del parte que acaba de leerse, el General envió á los Coroneles situados en Chunchi, la orden que consta en las páginas 39 y 40. En extracto está publicada la contestación de ellos, en la página 43; pero el telegrama completo lo hemos hallado también más tarde. Hélo aquí:

"Telegrama de Chunchi.—Hora de recepción 11 y 30 p. m.

"Sibambe, 10 de Enero de 1912.

"Señor General Andrade.

"Nuestro deber y resolución es obedecer todas las órdenes que vienen del superior; pero como en el presente caso parece que los infor-

mes suministrados á Ud. no están exactos, nos permitimos manifestarle que la distancia en que se encuentran acampadas nuestras fuerzas con dirección al enemigo, no nos permitirán concentrarlas en la estación de Chunchi antes de treinta horas, con el peligro de que apercibido el enemigo de nuestro movimiento, avanzaría inmediatamente no sólo á ocupar nuestras posiciones, sino lo que es peor á atacarnos por flanco y retaguardia sin que en ningún caso pudiéramos proteger á Ud. desde la estación de Chunchi que se encuentra en la hoya de Chauchán, lugar completamente bajo del de Yalacay y más aun todavía de Tilange que ocupa el enemigo. Por otra parte al dejar el batallón "Juan Montalvo" que no pasa de 80 plazas, aislado, sería sacrificarlo estérilmente dándole al enemigo un triunfo barato que podría causar graves consecuencias por el desconcierto inevitable que causaría en nuestras filas. Si aceptase Ud. nuestras indicaciones, tendríamos mucha satisfacción de que Ud. venga á recurrir esta comarca para que forme juicio exacto y resuelva lo conveniente con conocimiento de causa. Esto se ha acordado en consejo de oficiales generales convocado por el Jefe de operaciones. (1) De Ud. atentos amigos.—Coroneles Fiallo, Sierra, Jaramillo".

A este parte fue la contestación del General Andrade, en que amenazaba á los Coroneles con Consejo de Guerra. (Pág. 43)

## II

Referimos en la pág 103, los esfuerzos del General Andrade por salvar á los prisioneros, enviándolos á bordo del "Libertador Bolívar". Ultimamente hemos dado con el siguiente Oficio de Navarro, acerca del asunto:

"República del Ecuador.—Armada Nacional.—Ministerio de Guerra y Marina.—Guayaquil, Enero 26 de 1912.—Señor General Jefe de Estado Mayor General.—Presente.—Comunico á Ud. que, en lo sucesivo, para las comisiones de importancia que haya de encomendarse al "Libertador Bolívar", sobre todo en las que se refieran á transporte de tropas ó empleo de sus elementos ofensivos, se esperará siempre la autorización del Ministerio de mi cargo.—He impartido también instrucciones al Comandante de dicho buque en el sentido indicado, sin perjuicio naturalmente, de la sujeción y dependencia que en conformidad á las ordenanzas, debe guardar á su autoridad.—Dios y Libertad.—[fdo.] Juan F. Navarro".

Todos estos incidentes dan idea de que Plaza y Navarro temían al General Andrade desde antes, y se oponían á todos sus intentos. Le era imposible salvar las sueros de la civilización.

(1) Este título tenía el Coronel Fiallo.

## III

Vamos á corregir un lapsus cálamí: al hablar del viaje de Plaza de Guayaquil á Manabí, omitimos hablar de la Capitulación que también celebró con los revolucionarios de esta última provincia y tratamos de uno de sus partidarios al Coronel Balanzátegui. Transcribimos un fragmento de una carta de Portoviejo, en la cual está bien explicado el asunto:

"Portoviejo, Abril 24 de 1912....."

"Cuando se supo aquí la ocupación de Guayaquil, había sobre las armas 900 hombres: Agustín Cevallos fue nombrado Jefe de Operaciones, y Jefe Civil y Militar, Balanzátegui.

"Se esperaba de un momento á otro á la Comisión que vendría á pedir la rendición de esta Provincia; y el Gobierno revolucionario escogió para Delegado de paz, con la autorización debida, al Sr. Roberto L. Donner, ciudadano alemán, Jefe de la casa Donner & Blazer de esta plaza, que fue á Manta á esperar la Comisión. Fue también una fuerza armada al mando de un Mayor.

"En Manta, Plaza al llegar, no saltó ni pudo saltar. Recibió á bordo al señor Donner, y contestó que daría amplias garantías, si se entregaba la plaza. Nombró á comisionados para que firmasen la Capitulación en que se estipulase eso, y fueron el Coronel Rafael Palacios y don Horacio Espinel.

"Llegaron éstos á Portoviejo el 28 de Enero. (día negro), y el 29 se terminó la Capitulación, firmada por Balanzátegui, Córdova y Donner, por una parte, Palacios y Espinel, por la otra. Se estipuló: amplias garantías para las personas y bienes de los revolucionarios de Manabí; entrega, por inventario, de las armas y municiones; garantías personales especialmente para las personas siguientes: Balanzátegui, Córdova, Agustín y Enrique J. Cevallos y Comandante Legarda. Todo está lleno de pormenores y declaraciones. La copia la mandaré próximamente: la espero de un momento á otro. Sin embargo, llegó Plaza á Bahía, y ordenó el enjuiciamiento por unos jueces que también fueron revolucionarios; tomó presos á Balanzátegui y á Córdova, y los llevó á Punta de Piedra. Este es el hombre."

Sucedió que Balanzátegui y Córdova fugaron; pero se sometió á juicio á los que se hallaban de guardianes de ellos!

¡Esta es la moral que trae Plaza á la venturosa Nación ecuatoriana.

## IV

La inmólación del General Serrano fue la más innecesaria á los intereses depravados de Plaza, á no haber influido la conju-



tura de que se opondr'a á su candidatura en El Oro, y la idea de que dicho General era, en hecho de verdad, una espada liberal y de buen temple. Era valeroso, experto, buen amigo y de innumerables conexiones; y desde la época de la contienda del Partido Liberal en contra de la dictadura del General Veintemilla, había sido Jefe en acciones señaladas de guerra, al mando de tropa organizada con dinero propio de él, en varias ocasiones. En la última campaña era, como constaba á todos, imparcial, indiferente. ¿Por qué le odiaba tanto Plaza, por qué le quería degradar, humillar, vilipendiar, y por qué, al cabo le sacrificó? Es la manifestación más luminosa de las tinieblas del alma de ese monstruo.

Ya preso el General Serrano en Guayaquil, Plaza le mandó pedir sus despachos de General: contestó el prisionero que se hallaban en Quito, y que en su poder no estaba sino el Diploma. Plaza pidió el Diploma. El General Serrano mandó por él á su casa, y después lo envió á Plaza. ¡El General en Jefe mandó despedazarlo, y lo despedazó con su espada, un oficial de apellido Solano de la Sala! A todos convertía en esbirros aquí! Mago....

Cuando el hijo del General Serrano solicitó á Intriajo, Ministro de Guerra, salvase á su padre, al entrar á Quito, Intriajo manifestóle el telegrama de Sierra, en el que aparecía marcada prevención de dicho Sierra; pero en vez de imponerse á éste, aconsejó al joven Serrano comprometiese á un pelotón de hombres valerosos, á fin de que protegiera á su padre, luchando con los que asaltarán seguramente á los presos.

Este consejo no es de Ministro ni de hombre: es de imbécil.

## V

Murió el General Andrade, y conservadores y liberales, y aún los mismos que, siendo patriotas y pundonorosos, habían cometido el error de fôrmar en las falanges viles y abyectas, en las de ese aventurero sin patria, protestaron dignamente en contra de él, y algunos se separaron de empleos, en cuya consecución había tenido él influencia. ¡Oh ecuatorianos patriotas, ha sido vuestro porte una luz, vuestra gallardía un consuelo para el enlutado hogar de Julio Andrade! ¡Qué esperanzas no habría traído al corazón de todo ecuatoriano generoso, de todo el que carga la consideración en su patria como la carga en sí mismo, la actitud de aquellos ciudadanos graves, que se han desentendido de ventajas propias, para atender preferentemente á la dignidad de la República! ¡El homenaje de agradecimiento de parte de los deudos del patriota, debe ser elevado á vosotros, los que tan generosamente habéis llorado por él!

Mil veces acreedor á maldiciones es el que atropella, viola la virtud, abusando de necesidades imperiosas, que el infeliz que vende su honra, aunque sea por la más despreciable moneda. Conciencias se venden en cualquier mercado, ya que ahora las conciencias son vendibles, porque muy raro es el que prefiera morir á infamarse; pero ¿no os admira que haya un hombre, que proponga comprar la ira y la amargura, ira como no hay otra tan santa, amargura la más angustiosa, si él mismo las originó, con motivo de su incalificable protervia? ¿Qué idea de los demás hombres tiene el monstruo, y cómo supone á la naturaleza tan infame, que sus hijos no han de ser sino malvados como él? Hay afecciones que son la vida, que en el corazón de cada uno son santuario, donde al malo no le es permitido ni poner su pensamiento: sacrilego es el que pretende acercarse á este santuario y profanarlo.

Ya ha de estar preparando Mensaje al Congreso, en solitud de renta para las viudas de los Generales asesinados por él. La hipocresía en aquel monstruo, solamente es igual á su cinismo. Conquencido está él de que á los ecuatorianos se les tiene por amigos, mientras se les ofrece mondrúgos, como á perros. Ha comprado, se asegura, el reloj que los asesinos robaron al General Eloy Alfaro; y como comprará también el del General Andrade y los de los otros Generales, cada una de las señoras viudas recibirá, en breve, esta dádiva, acompañadas de esquelas profundamente respetuosas. A tal extremo no llegó la desvergüenza ni entre los ruines tiranos del Bajo Imperio.

No ha mucho estuvo Plaza entre varios individuos del Cuerpo Diplomático, en un almuerzo ofrecido por uno de estos últimos; y entonces manifestó una como admiración respetuosa por el General Eloy Alfaro: "Fue como mi padre, dijo: me distinguía entre todos sus amigos, me trataba como á verdadero hijo suyo." Y refirió varias anécdotas, de hechos ocurridos en Centro-América, en que el General Alfaro aparecía como hombre intachable por su honorabilidad y probidad. La única contestación que damos á esta procaacidad llevada al límite, consiste en las siguientes frases del mismo Plaza, constantes en cartas de él á don Lizardo García, y que van publicadas adelante:

"En cuanto á la denuncia del *viejo Luchador*, con la cual tanto ruido, se quiere meter, debe tenerle sin cuidado. La estimo pura y simplemente como una baladronada más del viejo ambicioso, tan amigo de golpes de afecto, que se resuelven en escándalos políticos. Páreceme, y no me lo parece sino que lo creo firmemente en vista de la actitud de la República, que por esta vez, el esfuerzo le ha salido inútil y el efecto contraproducente. Quiso provocar un estallido, apenas se oye un cama-

retazo de indio en fiesta de aldea: total nada, etc." (Carta de 5 de Junio de 1905)

"El Viejo Luchador y Estrada son un par de necios, corrompidos que juzgan á los hombres por lo que son ellos y no conciben cómo es posible que haya honradez y lealtad en política". (Carta de 28 de Junio de 1905)

"Póngase de acuerdo con el Coronel Andrade, [debe de ser Andrade L.] para buscar un Jefe de toda confianza para la segunda jefatura del N. 1° una vez que Bravo es una momia. Esto es conveniente é indispensable porque en caso que se revolucione Alfaro, antes del 31 de Agosto, sera Andrade el Jefe de operaciones en la Costa [después del 31 seré yo el que vaya a colgar al Viejo y sus adoradores; á éstos por mal gusto] etc. [Carta del 30 de Julio de 1905.]

Tanta falsa espanta, y aumenta la admiración de que un hombre de tal linaja haya sido elegido dos veces Presidente. Plaza es un hombre que nada grande espera; y por lo mismo no piensa con madurez en lo que dice, sino por la utilidad que puede venirle al momento. ¿Qué le importa á él ser tomado en con tradiciones como ésta, si ya ha conseguido el éxito deseado? Opinaba con furor cuando trataba de victimar á un hombre, opina con entrañable ternura cuando ya lo ha victimado! Y opina en presencia del Cuerpo Diplomático, donde todos han debido quedar pasmados del cinismo!

## VI

Todo lo tuvieron previsto aquéllos asesinos desalmados: cuando el Coronel Carlos Andrade fue de Jefe de zona militar á Riobamba. Los batallones "Juan Montalvo" y "Tarqui", partidarios decididos del General Julio Andrade, formaban la guarnición de aquella plaza. No tenían insurrección alguna: muy conocidos eran ya el General Andrade y su bando: rectitud, honorabilidad, lealtad, eran de ellos. Lo que Plaza y Navarro temieron fue que ambos cuerpos vinieran sobre Quito, apenas fuera cometido el atentado. No quisieron oponerse al nombramiento del Coronel Andrade; pero sí se propusieron alejar de él ambos batallones. Navarro ordenó que viniese á Quito el "Tarqui", cuyo Jefe era el Comandante Pedro Celestino Acosta, uno de los valerosos de la provincia del Carchi. Llegó á la capital el cuerpo, y fue disuelto. En seguida ordenó Navarro el cambio del "Juan Montalvo" con el "Pichincha", acantonado en Quito. El "Pichincha" se había, compuesto también de hombres de punto: en el Milagro quiso proclamar al General Andrade Presidente, ya obtenida la victoria en Yaguachi. De regreso en Quito, confundióse con el batallón N.º 83 de reserva, y fue mandado entonces á Riobamba.

Su Jefe llevó indudablemente instrucciones reservadas, para el caso de que el Coronel Andrade tratase de venir con fuerza sobre Quito, al recibir la noticia de la consumación del crimen. La noticia de la muerte llególe; pero no la del atentado alejoso: no pensó, pues, en reparación ni en venganza, y si únicamente en acompañar á su familia á llorar sobre el cadáver de su hermano.

## VII

Hay dos documentos escritos por una misma mano, los cuales no dejan duda respecto de los autores y factores del crimen: son una carta dirigida á Plaza y un artículo del Subintendente de Policía, llamado Alfredo García: he aquí la carta:

“Señor General Plaza:

“Es clamoroso nuestro estado en las actuales circunstancias, pues continúan entrando al interior del Cuartel de Policía individuos vestidos de paisanos, quienes, por indicaciones de varias personas, sé son conservadores. En este momento, LAS 10 DE LA NOCHE, hay más de cien de estos individuos, apostados en los corredores y salones de la Intendencia, y más de 200 en el pretil de San Francisco y calles adyacentes al cuartel de Policía. Los Oficiales y tropa protestan, porque dicen que se les quiere entregar de esta manera en manos del partido conservador y me piden repela con la fuerza este procedimiento. También se me comunica que en este momento circundan la casa de Ud. individuos compañeros de los que ya se encuentran en esta Policía, con el fin de victimarlo cuando salga de esa su casa.

“*Mayor García.*” (1)

Recuérdese que á las 10 de la noche entraron á la Intendencia el Presidente y los Ministros, y también el General Andrade: la carta anterior fue escrita á las 10 de la noche, antes de que ninguna medida hubiera tomado el Gobierno, lo que demuestra que su contenido provenía de un acuerdo anterior. Aquello de 200 conservadores fue, como hemos visto, la causa de la conspiración; y es indudable que de esta carta tomó Navarro sus sandeces. ¡Atribuir al Gobierno, al vencedor en Huigra y en Yaguachi, tan pobres medios para apoderarse de un individuo como Plaza, y tan pobres que no suministraron buen éxito, es admirable! ¡Para disculpar el asesinato del General Andrade, les fue indispensable inventar proyectos de asesinato en la persona de

(1), “La Prensa”, Marzo 6.

Plaza! ¡Qué invención tan sorprendente! ¡Plaza ahuyenta á sus asesinos con sólo presentarse!

Sabemos de manera evidente que el susodicho García fue á casa de Plaza, después de las 10 p. m., como ya lo hemos afirmado.

La carta copiada es alarmante: da á suponer que el Subintendente debió ponerse ojo avisor. Pero véase lo que hizo, según él mismo lo refiere, en un artículo publicado cinco días más tarde:

"Luírigado al ver las mil disposiciones que se daban, tratando de ocultásemelas, y por las partes que á cada instante recibía de los Oficiales, respecto de que continuaban entrando individuos desconocidos al Cuartel de Policía, instado por muchos Oficiales de este cuerpo, á las 10 de la noche, dirigí la comunicación que el público ya conoce al Sr. General Plaza y continué en el cuartel hasta las 11 p. m., hora en que le dije al Sr. Intendente que me diera permiso para retirarme á mi casa, puesto que me encontraba con mucho sueño. El Sr. Narváez me contestó que podía hacerla y que para ello no había inconveniente. Me despedí del mencionado señor y me retiré á mi casa á la citada hora.

"Me encontraba desvestido y ya dispuesto á acostarme, cuando sonaron los primeros disparos, precipitadamente tomé, entonces, un vestido civil, y sin siquiera ponerme cuello ni abrocharme el calzado salí á la calle y corrí á la Policía, en donde al llegar, mis primeras palabras fueron para preguntar por el Sr. Encargado del Ejecutivo, donde yo les había dejado al salir. Corrí en esa dirección, cuando lo primero que se presentó á mi vista fue el cadáver del Sr. General Andrade tendido sobre una mesa. No pude menos de sentir ante espectáculo semejante, un inmenso dolor, por la muerte del que un día hizo las veces de mi padre y ayer no más hizo gala del aprecio que me tenía, brindándome toda clase de atenciones en la última campaña.

"Hondamente conmovido, retrocedí hasta la prevención, en donde oí muchas veces que decían, al ver las lágrimas que se me escapaban, tiene razón, mi Mayor; pero salve á los otros". [1]

Si las circunstancias eran de tanto sobresalto, el Subintendente debió permanecer en su puesto. Pero se fue tranquilamente á dormir. Antes de irse había platicado con alguno ó algunos parientes del General Andrade; y entonces se hallaba vestido de militar: al poco rato después de la tragedia, apareció vestido de paisano, y entonces volvió á encontrarse con un pariente del Gral. Andrade, á quien, *in promptu* y sin motivo alguno, dio explicaciones del cambio de vestido. Este pariente es el sobrino político del General Andrade, el joven Jorge Goetschel. ¿Parece que el sueño no fue sino por probar la coartada, y por cambiar de vestido? Todo esto se presta á conjeturas. En otros tribunales, ya todo se hubiera descubierto....

[1] "El Comercio", Marzo 12.

## VIII

Plaza se escuda en el silencio. Dice que así proceden los grandes hombres *Qui-s' excuse, s' acuse*, agrega. ¿Exonsarse? Nadie *imputa* á Plaza un crimen: todo el mundo afirma que Leonidas Plaza es famoso criminal. Los tribunales han debido arrastrar á Plaza ante ellos, y someterlo á cadenas ahí mismo, porque de otra manera, deben ellos ser juzgados. ¡Los tribunales están de espectadores, y ni siquiera demuestran disgusto, en presencia de tanta sangre y tanta afrenta! ¡De Director de la República, el que acaba de arrebatarse al Ecuador el último viso de forma de República! Plaza va á sentarse bajo el solio así, con la túnica de condenado empapada en sangre, con sangre que cria gusanos, con esas enormes mandíbulas, masticando carne humana putrefacta.... y con una Nación entera que le ofrece el cuello para que ponga en él los pies y se levante..... Y en silencio, y majestuosamente, y soberanamente, porque éste es el modo de proceder de los grandes hombres....

## IX

Hay en el mundo aventureros, que son como los perros de casas pobres, macilentos, entocos, famélicos, y que andan de casa en casa de vecigos, hasta que atrapan algún bocado sustancioso: entonces agachan las orejas, ponen el rabo entre las piernas; se escabullen, echan á correr cuando se ven en el campo, y van á roer el hueso en algún escondite agreste, echándose sobre las cuatro patas encojidas. El Coronel Ramón Larios G., periodista colombiano, vino de Panamá, de secretario del General Flavio E. Alfaro; y concluida la campaña, regresó al lugar de donde vino. En San José de Costa Rica acaba de dar á la estampa un opúsculo, cuyo título es: "La última guerra ecuatoriana". En esta obra está pintiparado el perro de que acabamos de hablar.

La mayor desventura de los hispano-americanos consiste en que no se educan en lo serio, y sacrifican, por monedas, la verdad, sea ó no en perjuicio de la totalidad de seres racionales. Estos mismos hombres-cieno, hombres-pouzoña, diremos más exactamente, llegan á dar puñaladas por dinero, si no poseen otro medio de adquirirlo. Dar puñalada moral es atribuir un crimen á un virtuoso, esforzándose en justificar al criminal, á sabiendas. Aquel periodista colombiano ha dado una puñalada moral á un pueblo; y la puñalada sería horrible, si el brazo que empuña el arma, fuera de alguna potencia en el mundo. El brazo no es sino de un Larios G., el puñal no

ha lastimado ni la piel; mas como al fin es puñalada á nuestra Patria, conviene enviar á la policia al criminal.

Emboscase en lenguaje blando y comedido, á todos se acerca, sombrero en mano, la cabeza inclinada y sonrisilla amable en los labios; pero de repente muere como perro, y se retira como que le ha lamido á uno los tobillos. Hay que darle un puntillazo.

Vino á la campaña, resultó derrotado el ejército en que militaba él, se refugió en Guayaquil, buscó amistades con Plaza, y entre aventureros se entendieron. Para despistar al lector, detiéndose en describir la entrevista de él con dos individuos de la policia secreta, que le buscaban con gran actividad. No ha despistado. Periodistas de esta clase son uno como zarpullido para la organización intelectual de hispano-América: todas las Naciones de este continente están enfermas en razón de tanto embuste, tanta intriga, tanta villanía, tanta ignorancia, tanta avilantez, tanta corrupción de los que escriben diarios. Dicen dogmáticamente, así sucedió esto, porque el delincuente les ha llenado los bolsillos; y como no todo lector posee fuentes que puedan dar bebida á su criterio, y no todo lector es reflexivo, ahí tienen Uds que la mayoría ha creído al periodista. ¡Qué le importa á él que el mundo arda, si se ha conseguido con qué pasarlo bien por algún tiempo!

"Si por un orgullo mal entendido y risible, dice González Prada, no reclamamos la formación de una policia internacional, que reprima los golpes de Estado y finalice con las dictaduras de Bajo Imperio, deberíamos trabajar porque los escritores, y de modo singular, los diaristas, organizaran una corporación higiénica, para desinfectar el aire saturado con el mismo político; mas los grafómanos sin convicciones definidas, los inverosímiles tipos de oscilación mental, ¿poseen la medula suficiente para iniciar una obra de tamaño alcance? Para sólo concebir la institución de esa nueva *Junta de Sanidad*, habrían de ser honrados, entendiéndose aquí por honradez, la adhesión á una doctrina, ó cuando menos, la fidelidad al hombre de su partido". (1)

El periodista colombiano, secretario del General Flavio E. Alfaro, no habla de él como hubiera hablado, á haber obtenido triunfo y conservado su jefe la existencia: habla como de un enemigo á quien quiere derrotar en la polémica. Por ahí se puede juzgar si aquel periodista es digno de atención. En otros pasajes deprime al General Andrade, á pesar de que le llama *ilustre y benemérito*. "El Coronel Belisario Torres, Jefe

(1) "Horas de lucha".

de las fuerzas que ocupaban las alturas de Pasán y Huigra, dice, había sido sorprendido por las fuerzas de Quito, á órdenes de los Señores Generales Leonidas Plaza y Julio Andrade.

"Verdaderamente, dice en otro lugar, hablando de la catástrofe del 28 de Enero, el General Plaza como el General Andrade sufrían al ver aquella hecatombe de terribles desastres.

"Y sin embargo, la opinión parcial, á la vez que absuelve al General Andrade, acusa al General Plaza.

"¡Cuánta ironía!

"Há aquí un reflejo de lo que puede la pasión del hombre, cuando mira con su lente, al través de los impulsos del odio.

"Si el General Andrade fue inocente como lo reconozco, también debe serlo el General Plaza; y hacerle justicia á este ecuatoriano ilustre es un deber de humanidad y justicia. Porque una de dos razones: ó el General Andrade careció de valor para llamarle la atención á su inmediato compañero de armas, y entonces fué cómplice, ó el General Plaza era su digno superior, y en este caso no hay otro dilema que éste: ó Plaza es inocente como su compañero é inmediato subalterno, el General Andrade, ó todos dos son culpables. Pero como está probado que la intriga venía de elemento clerical, ó sea del partido conservador, es natural y lógico que estos dos Jefes del liberalismo ecuatoriano han quedado libres de toda culpa, etc."

Raciocina como un sabio ese muy excelente diarista: las premisas son inamovibles, las consecuencias vienen como arroyo en cauce limpio. "Está probado que la intriga venía del elemento clerical" ¿Dónde está la prueba? Razonamiento semejante es infamia. El partido conservador ha venido á ser la piedra de escándalo, el yunque donde cae el golpe de los forjadores del 28 de Enero y del 5 de Marzo. Sóbrale justicia á este partido, para cuidarse como de la peste bubónica, de liberales que disertan de este modo.

Para Plaza ha venido este folleto, como aceite para intolerables quemaduras. No puede ser sino del mismo Plaza la carta acerca del asesinato del General Andrade, publicada en el folleto de Lamus. Es la lógica de la contumacia con el General Treviño, es la lógica del telegrama al General Aréllano. El sólo, y únicamente él sólo, es capaz de decir en todo el mundo, que *el único hombre capaz de regenerar esta tierra, es el bizarro General Leonidas Plaza Gutiérrez.*

Referíame el General Andrade que cuando en el campamento circuló una proclama risible del General Flavio Alfaro á su ejér-



cito, Plaza le dijo: "Flavio ha traído de Secretario una buena piza llamado Lamus, á quien conozeo: él le escribe estas ridiculeces!" Ya Plaza se proponia atraerse al tal secretario, de seguro. Ahora le ha de estar comprando á millares esa obra de la mejor de las artes: la deshonra.

No pueden curarse nunca las quemaduras de la conciencia de ese infeliz criminal. Donde quiera verá sombras, y en la profunda obscuridad, espectros; y los espectros siempre con teas encendidas, que alternativamente le irán aplicando á su conciencia, y arrojándole alaridos de réprobo. Por donde quiera ha de estar viendo ojos enemigos, torvos, airados, espantables, y manos que empuñan dagas, ó la formidable segur de la justicia. ¡Oh Plaza, oh serpiente, oh demonio, quién te ha de profesar cariño á la hora de ésta, á no ser el que en vez de halagos causa manchas, en vez de dulcificar trae amarguras, cariño que no es sino feticio, que en realidad es odio intenso, y que únicamente se compra por dinero? Continúa comprando ese cariño, oh desdichado! El ha venido á ser el peor de tus castigos.

Respecto de las Capitulaciones, la única palabra de ese seu-do escritor ó pícaro genuino es ésta:

"Habiéndose firmado un tratado de paz, por el cual se entregaría la plaza al ejército comandado por el General Leonidas Plaza G. se cometió la enorme tontería de abandonar los cuerpos, dejándoles á la de Dios, y sin señalarles rumbo definitivo de entrega".

No merece lectura, ni menos refutación quien escribe así acerca de una Nación, esto es, de una gran reunión de hombres....

## X

Hé aquí cartas de Plaza: son de un Presidente saliente á otro entrante: qué de proyectos patrióticos, qué de reflexiones humanitarias; qué de consejos filantrópicos no espera uno leer en tal correspondencia! Todo cuanto se halla no es sino interés personal mezquino, odio por malos instintos fracasados, inquina desvergonzada contra quien fue protector, ansia de encubrir delitos y de asegurar su comisión futura, engaños, dobleces, enconos banderizos, el reflejo de un corazón perverso y pernicioso. Contráigase el lector á observar: comentaremos, con algunas frases, algunas de las cartas.

La sed de la sangre de ELOY ALFARO empezó á consumir en 1.905, á quien vino á derramarla en 1912.

"El Tajamar, 5 de Junio de 1905. (1)

"Señor D. Lizardo García.

"Guayaquil.

"Mi estimada D. Lizardo: No le he escrito últimamente, porque no ha habido tema de interés para mi correspondencia, ni acontecimiento notable que comunicarle. Tampoco hoy tengo cosa mayor que decirle, pero no quiero dejar pasar más tiempo para saludar á Ud. y repetirme una vez más á sus órdenes.

"En una persona como Ud. creo que ninguna mella habrá hecho la campaña de necedades y calumniosas suposiciones emprendida contra Ud. por los voceros y órganos de las operaciones alfariata y ultramontana, tanto más cuanto su conciencia le estará absolviendo en ese juicio íntimo el más imparcial y el más inapelable de todos. Estas cosas hay que tomarse cómo y de dónde vienen, considerándolas más como una válvula de escape de los resentimientos, las envidias y los despechos de bandería, cuya violenta obstrucción sí que sería peligrosa. Si no templá el ánimo ante el injusto ataque, y no hace con tiempo provisión de paciencia, días amargos le esperan, amigo mío, pues la inquina del adversario interesado en herir y desacreditar, no ha de aplacarse, como todos los días vemos ni ante la evidencia de los hechos ni ante la respuesta imparcial y justa de los hombres de bien.

"En cuanto á la denuncia del *viejo luchador*, con la cual tanto ruido se quiere meter, debe tenerle su cuidado. La estimo pura y simplemente como una baladronada más del viejo ambicioso, tan amigo de golpes de efecto que se resuelve en escándalos políticos. Paréceme, y no solo me lo parece sino que lo creo firmemente en vista de la actitud de la República, que por esta vez el esfuerzo le ha sido inútil y el efecto contraproducente. Quiso provocar un estallido, y apenas se oye un camaretazo de indios en fiesta de aldea: total, nada. La Nación se encoge de hombros y el patriotismo, aun el más exigente y asustadizo, sourie con indiferencia. Para mayor abundamiento y en prueba de nuestra rectitud pronto llegará la respuesta de los Señores Gleyn, Mills Currie á un interrogatorio que les hizo el señor Game. Esa respuesta será abrumadora.

"Por mi parte, estoy tan tranquilo, que me he dado el lujo de vivir en el campo cerca de tres meses alejado de todo cen-

(1) La copia es literal: las faltas de Prosodia y Ortografía son, pues, de Plaza.

tro de población y sin más compañía que mi mujer, mi cocinero y un paje de mesa. Creo que ni armas tenemos, á no ser los revólveres, que de seguro no dan fuego, de viejos y descuidados.

"No hay que temer que la paz se altere. Probablemente á fines de este mes lograré convencer á mi mujer de la conveniencia de regresar á Quito á reasumir el ejercicio del Poder Ejecutivo.

"Mi Mensaje va muy adelantado y espero que le gustará. El primer ejemplar será para Ud.

"En unión de mi Avelina saludo á Ud. y su familia, y me repito

"Su leal y decidido amigo y S. S.

"L. Plaza G."

En esta carta pretende mantener en engaño á D. Lizardo García, respecto de los bancos, pues sabido es que el Sr. García no tuvo culpa en la compra fraudulenta de ellos con las £ 80,000 dejadas por el General Alfaro en casa de Gleyv Mills Currie de Londres. La pretensión provenía de que el General Alfaro había empezado las acusaciones por el peculado. Esta carta revela que algo hubo acerca de él.

---

"Quito, Junio 28 de 1905.

"Señor D. Lizardo García.

"Guayaquil.

"Mi querido D. Lizardo:

"Esta vez serán cuatro palabras y nada más, porque el maldito correo no da tiempo para más.

"Con el gusto y el interés que siempre leí su grata del 23. Con todo lo que ella dice estoy de acuerdo.

"Insisto en mi ofrecimiento de la casa presidencial para su alojamiento desde que llegue á esta ciudad, é insisto, con tanta mayor razón, cuanto que la primera insinuación le hice de acuerdo con mi compadre Sánchez. En esta casa encontrará Ud. toda la buena voluntad y el cariño que sabe expresar la amistad sincera y leal. Mi Señora, que me encarga saludar á Ud., hace suyo este ofrecimiento y lo hace extensivo á Adolfo y Señora, que sabemos acompañarán á Ud.

"El Viejo Luchador y Estrada son un par de necios, corrompidos que juzgán á los hombres por lo que son ellos y no conciben cómo es posible que haya honradez y lealtad en política. A este cuatro ojos le voy á dar su merecido en una correspondencia. (1)

"Ya sabrá que los Redentoristas de Riobamba asociados á Ricardo Borja se han robado las Haciendas de Galte y Atapo, por medio de una ejecución del segundo contra los primeros. Voy pues, á proceder contra todos ellos y expulsaré del país á esa comunidad.

"Si lee "El Tiempo" de esta ciudad verá la roncha que les ha levantado el Corresponsal X. Les dí en la matadura á esos canallas y les seguiré dando de filo.

"Quizá Ud. no sabe que hubo representantes canallas que en el Congreso anterior se vendieron á Harman por miserables sumas. Deseo tocar este asunto en una correspondencia para buscar siquiera la sanción moral; pero quiero oír su opinión al respecto antes de proceder.

"Se nombró á Vasquez para el correo.

"Le saludo y abrazo.

"Su afmo. amigo

"L. Plaza G."

Recuerde el lector cómo aduló después á D. Emilio Estrada para conseguir acomodo en su Gobierno.

"Quito, 30 de Junio de 1905.

"Señor Dn. Lizardo García.

"Guayaquil.

"Mi querido don Lizardo:

"Mi compadre Sánchez, que acaba de estar en esta su casa, me dice que, de su última carta saca en limpio que usted no

---

(1) Más abajo se verá que el mismo Plaza era el corresponsal X, cuyos artículos no hemos recorrido por falta de tiempo.

piensa venir á la instalación del Congreso y yo creo que eso será un error y que usted debe venir y presidir el Senado; por que estando usted presente es mas fácil trabajar para que Tamayo le suceda en la Presidencia del Senado.

"Y para que usted tenga mas confianza en el éxito de ésta combinación y para que se convenza que no sería posible elegir de primera mano á Tamayo, le pongo a continuación la lista de Senadores y en seguida la de Diputados:

"Carchi.—\*Abelardo Moncayo, Luis F. Carbo, 1.

"Imbabura.—\*Abelardo Posso, 2; Genaro Larrea, 3.

"Pichincha.—Amable Enriquez, 4; \*Manuel Velasco Polanco.

"León.—\*Sebastian Vascones, 5; Manuel A. Larrea, 6.

"Tunguragua.—\*Dr. Adriano Cobo, 7; Anacarsis Martínez.

"Chimborazo.—Isidoro Cordovez, 8; \*Juan Chiriboga Freile, 9.

"Bolívar.—\*Lino Cardenas, Ángel P. Chavez, 10.

"Cañar.—\*José María Borrero, 11; Aparicio Teráu, 12.

"Azuay.—\*Roberto Espinosa, único Senador, 13.

"Loja.—\*Francisco de P. Arias, 14; Angel R. Ojeda, 15.

"Esmeraldas.—\*J. Luis Tamayo, 16; Luis F. Borja, 17.

"Guayas.—\*C. A. Aguirre, Cesar Borja, 18.

"El Oro.—\*Baltazar Arauz, J. Miguel Valdivieso, 19.

"Los Ríos.—\*Horacio Espinel, Eduardo Game, 20.

"Manabí.—\*Elio R. Santos, 21; Lizardo García, 22.

"Como usted ve tenemos 22 Senadores seguros, sin contar á Espinel, que es seguro se pondrá de su lado; y para asegurarse el quorum debe agregarse á Lino Cárdenas y contarse con Dillon si se excusa el señor C. A. Aguirre.

"También es casi seguro que Manungo Velasco y Anacarsis Martínez no concurrirán: los suplentes son J. Modesto Espinosa y Pablo M. Borja, dos furibundos curuchupas, pero que ayudarán para que se instale el Congreso el 10.

"Los nombres marcados con una estrellita son los Senadores que terminarán su periodo este año. Piense pues, desde ahora en los que debe reemplazarles.

"Hoy escribo al Gobernador Cabezas para que se interese con Arias y Ojeda á fin de que no se atrasen en el viaje y puedan estar en ésta el 10. Como usted es amigo de Arias escribale en el mismo sentido.

"La lista de Diputados es la siguiente:

"Carchi.—Hortencio Garzón, 1; Daniel Andrade.

"Ambabura.—J. Elías Mouje, 2; Eliezer Chiriboga, 3.

"Pichincha.—Modesto Peñaherrera, 4; Rodolfo Riofrío, 5; Leonardo F. Salvador, 6; Enrique Bustamante, 7; Federico F. Madrid, J. Alberto Darquea, 8.

"León.—Enrique Iturralde, 9; Alejandro Sandoval, 10; M. E. Escudero, 11.

"Chimborazo.—Pacífico Gallegos, Miguel Montalvo, Vicente Costales, J. Adelberto Araujo.

"Bolívar.—Felix Pozo Reyes.

"Cañar.—Felix Maria Pozo.

"Azuay.—Francisco Cuesta, 17; Luis A. Loyola, 18; Cesar Malo, 19; J. J. Gonzalez Iglesias, 2; Cesar Torres.

"Loja.—Nicolas Arias, 21; J. Antenor Burneo, 22; Juvenantino Vélez, 23.

"El Oro.—J. Moises Ugarte 24.

"Guayas.—E Gallardo, 25; P. P. Garaicoa, 26, F. de P. Avilez Z. 27; Cesareo Carrera, 28; Euclides Cabezas, 29; Juan Marcos, 30.

"Los Ríos.—José M. Barahona.

"Esmeraldas.—Carlos Concha.

"Manabí.—M. S. Lucas, 31; Sergio E. Alcívar, 32; Virgilio Stopper y Reinaldo Cueva, 34.

"La lista anterior le demostrará que tenemos una mayoría abrumadora en la Cámara. Allí se puede elegir Presidente á cualquiera de los señores F. de P. Avilez Z., Modesto Peñaherrera y M. E. Escudero. Estos datos nos prueban que tendremos Congreso el 10, á pesar de los esfuerzos del luchador ó ladrador.

"Olividaba decirle que C. Freite Z. dejó de ser Senador por la misma causa que dejó de serlo Terán. El doctor Freite es amigo de Alfaro pero no es alfarista. Es hombre honrado.

"Salí del maldito Cupón gracias á usted. Era esa mi pesadilla.

"A Oyarvide que me pide el cambio de 2º y 3º jefe le digo que se entienda con usted y General Moncayo para que me propongan los remplazos. Allá está Quevedo, si usted tiene confianza en él podemos nombrarle 2º jefe y ascender al Mayor Escobar, á la electividad y nombrarlo 3º jefe. Este joven es del Colegio Militar, educado por los émbenos y leal á toda prueba. Quevedo ha sido algo franquista; pero es joven, está bien casado y creo que no traicionará. Si le parece esta combinación dígamelo por telegrama. Así quedará el Alajuela bien servido.

"Póngase de acuerdo con el Coronel Andrade para buscar un jefe de toda su confianza para la segunda jefatura del N.º 1º, una vez que Bravo es una momia. Esto es conveniente é indispensable, porque en caso de que se revolucione Alfaro antes del 31 de Agosto, será Andrade el Jefe de Operaciones en la Costa, (después del 31 seré yo el que vaya á colgar al Viejo y sus adoradores; á éstos por mal gusto) y siendo ese batallón el que custodia los elementos de guerra que tiene el país en esa plaza necesita quedar mandado por un hombre. Sino encuentra usted uno bueno pues, lo improvisaremos de entre los Ayudantes del Colegio Militar.

"Un saludo de mi mujer y mío para usted y familia.

"Su afmo. y leal amigo,

"L. Plaza G."

¡Desde seis años antes pensaba Plaza en la inmolación de su protector y padre, como acaba de llamar al General Eloy Alfaro, en presencia del Cuerpo Diplomático!

---

"Quito, 9 de Julio de 1905.

"Señor don Lizardo García.

Guayaquil.

"Mi querido don Lizardo:

"No es bueno el candidato que le ha presentado Andrade para la segunda jefatura del Alajuela, es curuchupa y fue cruel en la época de Caamaño. Que mas se quisieran nuestros enemigos que acusarnos de que entregamos el ejército á los curuchus.

¡Adomas, Terán es de la escuela antigua y refractaria á la reforma, no tiene ningún vínculo en los oficiales y la tropa y sería por muchos meses un extraño en el Batallón. Hay también injusticia en solo separar al 2º jefe y dejar al 3º, injusticia notoria desde que Jacome es militar y el otro no sabe de que lado se pone la espada. Creo que ambos deben salir; Jacome por tonto, revoltoso é intrigante y el otro por lo mismo y además ladrón. Por esto último se le está siguiendo una causa que le llevará á un Consejo de Guerra.

"El Coronel Andrade al empoñarse por conservar á Bravo en la segunda jefatura de su cuerpo sacrifica la seguridad del mismo á sus conveniencias personales. Por seguridad suya y tranquilidad mía le insisto en este asunto; busque usted un jefe de su absoluta confianza, que sea de buena conducta ó indíquelo para nombrarlo. Si tiene algún paciente preféralo; en ese cuartel tenemos todo el parque. El 3º jefe de ese cuerpo, aunque amigo personal de Andrade, tiene muchos entronques con Flavio y no es de absoluta confianza. Lo he conservado porque es joven y yo tengo la convicción de que los jóvenes no traicionan.

"Mientras usted busca otro jefe para la segunda jefatura del Alajuela voy á colocar allí de 3º jefe á Escovar, recomendado especialmente por Cabrera y Medina. De los oficiales formados por los chilenos no se debe temer nada, están educados para sostener el órden constitucional y nada tienen que hacer con el Luchador. Este oficial dejó la escuela por la situacion equívoca en que se colocó con el nombramiento de Gárrzon de Subdirector del Colegio, oficial menos antiguo que él.

"El Bravo del Aguarico no tiene nada de bravo y se ha llenado de pretenciones y en materia de honradez es nada escrupuloso. Por las recomendaciones del General Andrade lo defendí varias veces del General Garcia que quiso sujetarlo á Consejo de Guerra y hubiera sido condenado á Panóptico.

"En este cotreo escribo á Fuensalida para que traslade al parque algunos de los cañones y de la maquina, á fin de que si el viejo se anima á irse á bordo se encuentre cojido en trampa como raton.

"Ojalá que se cumplieran su pronóstico y que el viejo se pronunciara estos meses; y digo ojalá porque así le dejaria limpio el campo de yerbas malignas; figúrese usted lo, que haria; por lo pronto confinaria á Cueva, Albán M. Arias, Pachano, Calixto, Rivadeneira, Albornoz, Moncayo, C. O. Andrade, Villavicencio y P. Villagómez, Julio Concha, La Pierre, P. Córdova, á fin de que perdieran el carácter de jueces y fueran



reemplazados. Estos, á título de que son empleados por seis años son los que más guerra hacen; ahorraría á todos los perisiosos y expulsaría á todas las Comunidades religiosas.

"Ya sabrá que el viejo troglodita de J. Modesto Espinosa ha sido el primero en contestar, á gusto de Coral, mi circular respecto de Voto Salvado. Este peladillo, como le llamaba Montalvo, dice que no ha leído el voto de la mayoría y sin embargo declara que el voto salvado está arreglado á la ley, es justo y arreglado á las conveniencias nacionales. Que le parece? Este viejo que tiene sobre su conciencia el pecado de haber traicionado á su hermano traiciona hoy á su conciencia! El corresponsal X se encargará mañana de triturar á esta nómia.

"Han empezado á contestar satisfactoriamente los Diputados y Senadores mi circular. El Lunes los convocaré.

"Todos los informes que tengo de esta capital y el norte me hacen creer que cada día que pasa pierden los frondistas la esperanza de salvar al país. Querría usted creer que la vieja de la Marietta sigue escribiendo cartilas?

"Ahora un asunto personal y privado: Podría conseguir para mí el puesto de gerente de esta sucursal que desempeñaba Reyes? Me considero con aptitudes y conocimientos de la materia para desempeñar mejor que don Alejandro, que sigue con sus resabios frondistas. Si esto fuera posible le agradecería decirme para hacer influencias cerca de don Juan.

"Mi Señora agradece su fina atención y corresponde con un atento saludo.

"Su afino. y leal amigo.

"L. Plaza G."

Tenta deseo de expulsar á los Ministros de las Cortes Suprema y Superior de Quito, y á los Ministros de los Tribunales de Cuentas, porque todos ellos debían conocer de la denuncia del General Alfaro, en lo concerniente á los Bonos; pero comprendió que el Sr. García caería en la cuenta de que tal era la intención de Plaza, y por eso da éste por pretexto de la dicha expulsión el hecho de que, *por ser empleados por 6 años, son los que más guerra hacen.* Digan si Plaza no es bellaco.

“Quito, 14 de Julio de 1905.

“Señor D. Lizardo García.

“Guayaquil.

“Mi apreciado D. Lizardo: Corto la discusión del asunto Gobernador del Guayas, porque de seguirlo iba á resultar que yo no he vivido en la República en los últimos dos años. Pero no puedo pasar por alto la barbaridad, para decir lo menos, de la información de Garaicoa respecto á la renuncia D. Martín: amo á ese distinguido ecuatoriano y respeto su desgracia; y en mi archivo queda la carta en que me anuncia su renuncia como uno de los documentos más hermosos para mí. Que mundo Señor D. Lizardo! Cómo se miente para quedar bien con el futuro Presidente!

“Bendito 31 de Agosto de 1905, cuánto tardas!...

“Al doctor Tamayo lo quiero como á antiguo amigo, como á ecuatoriano ilustre y probo, como á yerno de mi respetada amiga Dña. Delfina y como amigo de usted, y si mi influencia pesa algo en el Senado él será su Presidente, de preferencia á cualquier otro. Por su puesto que la influencia y el trabajo de usted será lo decisivo.

“Mucho le agradezco la designación de Miguelito para Cónsul General de Hamburgo, él merece una legación y servirá bien porque tiene talento y patriotismo á la espartana. Creí que iba á New York, que le gusta mas, por el idioma. También me complace saber que el compadre Sánchez Carbo va á París á reemplazar á mi cuñado don Juan M. Lasso Ascósubi.

“De Riobamba han comunicado que los curuchupas se mueven y tienen reuniones continuas en las que no se habla sino de pronunciamientos. Me han pedido un Batallón, que no les he mandado porque no creo que esos comandueros se atrevan á disparar el primer tiro. Sin embargo tengo un batallón listo para marchar después de 12 horas de aviso. Si ese batallón sale llevará incorporados como soldados á los mercedarios y dominicanos jóvenes y amarrados á los jesuitas.

“La modesta ofensa de mi esposa no podrá compararse con la brillante que preparan el grupo de Señores Guayaquileños y un su amigo y por tanto no hay discusión posible en el asunto y la elección no será dudosa.

“Mi compadre Sánchez, cumplió galantemente su recomendación, y mi Señora y yo se lo agradecemos á usted muy sinceramente.

"Siguen los curuchupis contestando, á gusto de Cora! su celebre circular. Hoy le ha tocado el turno á B. Ponce, hermano de Clemente, y mañana seguirá éste. Por su puesto que no dice nada arreglado á derecho ni presenta doctrina jurídica ninguna, obedecen á una consigna. Le recomiendo leer "La Patria", allí se están defendiendo los de la mayoría de la Corte.

"Lo felicito de corazón por la brillante y honrosa respuesta que le dió el Directorio del Banco. Aquí la lico reproducir en "La Linterna". Ese sí es un gran documento y el mejor tapahoca para los *tuchufarros*.

"Por las cartas que he recibido puedo asegurarle que tendremos número para el 10 de Agosto. Esto será otro triunfo.

"Muy apenado quedo con lo que me dice de la Señora de Adolfo, hago votos para que no sobrevenga ninguna desgracia que lamentar.

"Diga á Lizardito que su cuarto con su bamaoa le está esperando.

"Vuelvo á recomendarle el asunto privado de carta anterior. Ya he empezado á mover influencias cerca de D. Juan.

"Por acá no hay novedad.

"Quedo siempre su leal amigo y S. S.

"L. Plaza G."

---

"Quito, 25 de Julio de 1905.

"Señor Dn. Lizardo García.

"Guayaquil.

"Mi querido señor García: No he podido contestar su interesante carta del 14 del presente porque mi ánimo ha estado enfermo con los serios disgustos que he tenido con motivo de la bula que ha hecho don Miguel por la pérdida de las cartas del General Uribe y Uribe y la acusación que, en mi presencia, le hizo al señor Cervantes de ser él el autor del robo de las cartas, después de haber violado una carta de él [Valverde] escrita á usted que dizque depositó en manos de Cervantes. Jamás, en mi vida, había presenciado un hecho semejante, jamás había oído decir á un hombre á otro, cara á cara tantas cosas duras. A éste hecho doloroso, por tratarse de empleados de alta catego-

ría y muy estimados por mí, agregue usted el ompechinamiento de don Miguel en presentar al Congreso dos Memorias, que, en mi concepto son descabelladas. Terminantemente le he dicho que no estoy de acuerdo ni pienso como él, en uno y otro asunto, y que al presentar sus memorias secretas tiene que expresarlo así al Congreso, haciendo constar que es opinión única y personal de él. Ni Alfredo ni los Ministros están de acuerdo con las tales memorias. Figúrese usted que estando como estamos en pleno juicio arbitral sale el Ministro de R. R. E. E. del Ecuador resolviendo el punto por sí y ante sí y señalando linderos! Esto por lo que se refiere á Colombia me parece el caso más grave. Un Ministro de R. R. del Ecuador diciendo que se debe ceder las dos terceras partes del territorio!

"Considéreme pues, amigo mío, y disculpe mi silencio."

"Muy mal ha hecho el Señor Gral. Moncayo en visitar á Alfaro conociendo como conoce las calumnias que contra Ud. y contra mí ha lanzado este viejo ambicioso."

"Lo de tarifa del ferrocarril tiene sus bemoles, según me ha dicho Alfredo. No he podido tratar el asunto con el Dr. Cárdeva porque ha estado enfermo."

"Muy reconocido quedo de sus gestiones á mi favor para la gerencia de la Sucursal del Agrícola, que deseo vivamente obtener, pero en compañía de mi compadre Sánchez, para aprender con él y no hacer una plancha. Por otra parte creo que por lo menos uno de los Gerentes debe saber inglés y francés; y Reyes y yo somos mudos. Como mi compadre no se irá sino en Abril próximo, en ese tiempo quedaría yo listo y afilado."

"Muchas gracias por lo que me dice respecto de Wither, pero mi opinión es que él debe venir á ejercer su profesión en Guayaquil. Por oarta le avisaré lo que Ud. ha resuelto para que mande su renuncia."

"Muy difícil, me parece, que existan militares alfaristas en los cuarteles en la depuración que he hecho en cuatro años de una dedicación esmerada al asunto."

"Mañana se irá la baja de Villegas y después que llene las vacantes que dejará este y Montañó, á quien daré también de baja por resultar comprometido en el desfalco de la caja del cuerpo, or-

denaré la de Eldredge. A Treviño le pediré su renuncia, por conducto del Gobernador y se nombrará á D. Cupertin.

"Para rectificar cualquier concepto erróneo quiero que Ud. sepa que no tuve conocimiento de la carta que escribió á Ud. D. Miguel que no me parecía político escribirle á Ud. en tales términos y que se debía dejar á Ud. en absoluta libertad de escoger á sus colaboradores; le agregué que la labor del Dr. Paz en "La Nación" era digna de un Ministerio. Que conste, pues.

"Tengo la segunda Jefatura del Quito vacante, si tiene algún candidato indíquelo.

"Respecto á Comandancia General de Cuenca creo que Ud. haría muy bien en nombrar, para ese puesto, al General García, al que considero honrado y leal á pesar de su beatería; sin embargo le puse una terna de Ugarte, Centeno y Páez, para que Ud. escoja.

"Todos los Señores Senadores y Diputados, con la sola excepción de los Doctores Tamayo y Avilés Zerda, me han contestado en términos muy lisonjeros, mi circular. Borja y Aguirre, Marcos y Malo se excusarán. Tendremos pues número para el 10....

"Mande su excusa para llamar á D. Elio y si éste se excusa, Napoleón está listo y con deseos de venir.

"Con mi señora saludo á Ud. y su distinguida familia.

"Suyo muy leal amigo

"L. Plaza G."

## XI

Comprobado un crimen, pronunciada la sentencia, no debe demorar un día la imposición de la pena, en especial cuando el acusador es el mundo. ¡Oh Ecuador, demostrad que sois pundonoroso y justo! Las Naciones os tienen lástima; pero este sentimiento noble degenerará muy pronto en desdén, porque para ello dará ocasión vuestra inercia. Cuando se propone uno extirpar un cáncer; curar y cicatrizar una llaga corrosiva; macizar un fangal pestífero, de cuyos efluvios provienen mortandades, deber es obrar al momento, porque la demora es daño á sí mismo, y perjudica también al semejante. No conseguiréis que os llamen bueno, si consentis en que os pisotée un malvado, y no le levantáis á lo alto de la horca, antes de que con vuestra sangre

robustezca, y vengan á ser intolerables sus maltratos: Vuestros hijos, oh Ecuador, están apoderados del más santo de los fueros, el que debe ser puesto pronto en ejercicio: Mirad á esa muchedumbre allí: es de los que acompañan á Caín. No son graves, no son serios, no son hombres de honor ni de virtudes; no son sino infelices, escuálidos por la depravación y el vicio, de esos que buscan la vida hasta royendo el pudor de una hija, como Alejandro VI; de una esposa, como Carlos IV; de una hermana, como César Borgia y Alejandro Farnesio.... Ante esos hombres ¿temblaréis? Hay tiempos en que en el sueño hay agitación de borrascas; en la dejadez, esfuerzo ciclópeo; en el silencio, erupción de volcanes.... Abomino la guerra civil, pero adoro la ejecución de una sentencia, porque me devora el hambre de justicia.

Quito, Junio de 1912.



### ERRATA

Página 134, línea penúltima, dice *dolor*: léase: *deber*.



# INDICE

---

	PAG.
I.—El General Andrade.....	3
II.—Leonidas Plaza.....	13
III.—Antecedentes.....	21
IV.—Sublevación de Esmeraldas, Manabí, Guayas y Los Ríos...	25
V.—Empieza la campaña.....	27
VI.—Los revolucionarios.....	33
VII.—Batalla de Huigra.....	37
VIII.—Asalto en el Naranjito.....	51
IX.—Batalla de Yaguachi.....	55
X.—Capitulaciones.....	71
XI.—Primeras consecuencias de las Capitulaciones.....	93
XII.—En camino.....	107
XIII.—El 23 de Enero.....	125
XIV.—Los triunfantes.....	133
XV.—El 5 de Marzo.....	145
XVI.—Noche del 5 de Marzo.....	163
XVII.—Después del crimen.....	181
Apéndice.....	195

---